

calibrite

colorchecker classic

Reg 4380

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

CRÓNICA
DEL
SITIO DE PARÍS

POR
FRANCISCO SARCEY

TRADUCCION
POR
FRANCISCO LOMBARDÍA

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
López Hoyos, 6.

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

CRÓNICA

DEL

SITIO DE PARÍS

POR

FRANCISCO SARCEY

TRADUCCION

POR

FRANCISCO LOMBARDÍA

Precio: SEIS pesetas.

MADRID

LA ESPAÑA MODERNA

López Hoyos, 6.

FRANCICA

CAONICA

SI O

19E

6 pes et 3

1125 A



- 7 ptas.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 ptas.—El Organismo social, 7 ptas.—El Progreso, 7 ptas.—Exceso de legislación, 7 ptas.—De las Leyes en general, 8 ptas.—Ética de las prisiones, 8 ptas.—Los datos de la Sociología, dos tomos, 12 ptas.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 ptas.—Instituciones profesionales, 4 ptas.—Instituciones industriales, 8 ptas.
- Sohn.**—Derecho privado romano, 14 ptas.
- Squillace.**—Las doctrinas sociológicas, dos tomos, 10 ptas.
- Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 ptas.
- Starke.**—La familia en las diferentes sociedades, 5 ptas.
- Stirner.**—El Único y su propiedad, 9 ptas.
- Stourm.**—Los Presupuestos, dos tomos, 15 p.
- Strafforello.**—Después de la muerte, 3 ptas.
- Stuar Mill.**—Estudios sobre la Religión, 4 p.
- Sudermann.**—El Deseo, 3,50 ptas.
- Summer-Gaine.**—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 ptas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 ptas.—Historia del Derecho, 8 ptas.—Las instituciones primitivas, 7 ptas.
- Supino.**—Derecho Mercantil, 12 ptas.
- Sutner.**—High-Life, 3 ptas.
- Taine.**—Historia de la literatura inglesa, cinco tomos, 34 ptas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, cinco tomos, 36 ptas.—Los filósofos del siglo XIX, 6 ptas.—Notas sobre París, 6 ptas.—La pintura en los Países Bajos, 3 ptas.—El arte en Grecia, 3 ptas.—Nápoles, 3 ptas.—Roma, dos tomos, 6 ptas.—Florencia, 3 ptas.—Venecia, 3 ptas.—Milán, 3 ptas.
- Tarde.**—Las Transformaciones del Derecho, 6 ptas.—El Duelo y el delito político, 3 ptas.—La Criminalidad comparada, 3 ptas.—Filosofía penal, dos tomos, 14 ptas.
- Tchekhof.**—Un duelo, 1 peseta.
- Tcheng-Ki-Tong.**—La China contemporánea, 3 ptas.
- Todd.**—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, dos tomos, 15 ptas.
- Tolstoy.**—Los hambrientos, 3 ptas.—¿Qué hacer?, 3 ptas.—Lo que debe hacerse, 3 p.—Mi infancia, 3 ptas.—La sonata de Kreutzer, 3 ptas.—Marido y mujer, 3 ptas.—Dos generaciones, 3 ptas.—El ahogado, 3 ptas.—El Príncipe Nekhli, 3 ptas.—En el Cáucaso, 3 ptas.—Los cosacos, 3 ptas.—Iván el imbécil, 3 ptas.—El camino de la vida, 3 ptas.—El camino de la muerte, 3 ptas.—Placeres viciosos, 3 ptas.—El trabajo, 3 ptas.—Mi confesión, 3 ptas.—El trabajo, 3 ptas.—Fisiología, 3 ptas.—La Escuela de la vida, 3 ptas.
- Turgueneff.**—Humo, 3 ptas.—...
- dalgos, 3 pesetas.—El judío, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 ptas.—Primer amor, 3 ptas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rodin, 3 pesetas.—El reloj, 3 ptas.—Padres e hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.
- Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.
- Vaccaro.**—Las bases sociológicas del Derecho y del Estado, 9 ptas.
- Valera.**—Vida de Ventura de la Vega, 1 pta.
- Wagner.**—Recuerdos de mi vida, 3 ptas.
- Varios autores.**—(Araguio, Alas, Azárate, Bancea, Benito, Buznangate, Baylla, Costa, Dorado, F. Pelello, F. Prada, García Lastera, Gide, Gibar de los Ríos, González Serrano, Gumplovitz, López Sarva, Menger, Pedregal, Pella Forgas, etc.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 13 ptas.
- Idem.**—Novelas y cuentos, 3 ptas.—Tesoro de cuentos, 3 ptas.—Ramillete de cuentos, 3 ptas.—Cuentos escogidos, 3 ptas.
- Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses modernos,** 7 ptas.
- Virgili.**—Manual de Estadística, 4 ptas.
- Vivante.**—Derecho Mercantil, 10 ptas.
- Voeke.**—Principios fundamentales de Hacienda, dos tomos, 10 ptas.
- Wallace.**—Rusia, 4 ptas.
- Wharton.**—Los millonarios de los Estados Unidos o el país del placer, 5 ptas.
- Witt.**—Historia de Washington, 7 ptas.
- Waliszewski.**—Historia de la Literatura rusa, 9 ptas.
- Wentworth.**—Historia de los Estados Unidos, 6 ptas.
- Westermarck.**—El Matrimonio en la especie humana, 12 ptas.
- White.**—Historia de la lucha entre la teología y la Teología, 8 ptas.
- Whitman.**—La Alemania Imperial, 5 p.
- Willoughby.**—La legislación obrera en los Estados Unidos, 3 ptas.
- Wilson.**—El Gobierno Congre...ual, 5 ptas.
- Wundt.**—Compendio de Psicología, 9 ptas.
- Hipnotismo y sugestión, 2 ptas.—Principios de Filosofía, 9 ptas.
- Zola.**—Vidas de personajes ilustres: Jor Sand, 1 pta.—Victor Hugo, 1 peseta.—Balz, 1 pta.—Daudet, 1 pta.—Sartre, 1 pta.—I mas (hijo), 1 pta.—Flaubert, 1 pta.—Chateaubriand, 1 pta.—Gautier, 1 pta.—Musset, 1 peseta.—Teófilo Gautier, 1 peseta.—Soleuvre, 1 pta.—Stendhal, 1 pta.—Las veladas de Médan, 3 ptas.—...
- La novela experimental, 3 ptas.—Nuevos estudios literarios, 3 ptas.—Estudios críticos, 3 ptas.—El naturalismo en el teatro, dos tomos, 6 pta.—Novelistas naturalistas, dos tomos, 6 pta.—El Doctor Pascual, dos tomos, 6 pta.

OBRAS RECIENTE PUBLICADAS

Ricci: Derecho civil, 19 tomos, 134 ptas.—...

Marshall: Tratado de la República Norteamericana, tomo I, 7 ptas.—...

Fromentin: La Pintura en Bélgica y la tación de las riquezas por el Estado y por sus discípulos, 7 ptas.—...

Chassay: Lo Key: El amor y el matrimonio, 6 ptas.

ESPAÑA MODERNA

...zenes de la Francia contemporánea, tomos I y II, 14 ptas.—...

...to como fenómeno social, 4 ptas.—...

...cheel y Montebert: la explotación: Desartes, sus precursor en la familia, 3 ptas.—Ellen...

La España Moderna

Esta Revista, escrita por los más eminentes publicistas, que cuenta veintidós años de existencia, ve la luz todos los meses en tomos de más de 200 páginas.

CONDICIONES DE SUSCRIPCION

En España, seis meses, 10 pesetas; un año, 18 pesetas.—Fuera de España, un año 24 pesetas. El número suelto en España, 1,75 pesetas, en el extranjero, dos francos. El importe puede enviarse en letras sobre Madrid, París ó Londres.—Todos los abonos deben pagarse en Enero de cada año. A los que se suscriban después se les entregará el primer número en suscripción en la calle de López Hoyos, 6, esquina á la de Serrano. N...

LIBROS PUBLICADOS POR "LA ESPAÑA MODERNA,"

que se hallan de venta en su Administración

CALLE LOPEZ HOYOS, 6. — MADRID

- Aguanno.**—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil (dos tomos), 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
- Alcufurado.**—Cartas amatorias, 3 pesetas.
- Amiel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.
- Anónimo.**—Académicas?, 1 peseta.—Currita Alburaoz, 1 peseta.
- Antoine.**—Curso de Economía social, dos tomos, 16 pesetas.
- Araujo Sánchez.**—Goya, 3 pesetas.
- Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 ptas.—El visitador del preso, 3 p.—El Delito Colectivo, 1,50 pesetas.
- Arnó.**—Servidumbres rústicas y urbanas, 7 p.
- Arnold.**—La crítica en la actualidad, 3 ptas.
- Asensio.**—Vida de Fernán Caballero, 1 peseta.—Pinzón, 3 pesetas.
- Asser.**—Derecho internacional privado, 6 ptas.
- Bagehot.**—La Constitución inglesa, 7 ptas.—Leyes científicas del desarrollo de las naciones, 4 pesetas.
- Baldwin.**—Elementos de Psicología, 8 ptas.
- Balzac.**—Eugenia Grandet, 3 ptas.—Papá Goriot, 3 ptas.—Ursula Mirouet, 3 ptas.—César Biotteau, 3 ptas.—La quiebra de César Biotteau, 3 pesetas.
- Barbey d'Aurevilly.**—El cabecilla, 3 pts.—El dandismo, 3 ptas.—Venganza de una mujer, 3 ptas.—Las diabólicas, 3 ptas.—Una historia sin nombre, 3 pts.—La Hechizada, 3 ps.
- Barthelemy-Saint-Hilaire.**—Buda y su religión, 7 pesetas.
- Baudelaire.**—Los paraísos artificiales, 3 ptas.
- Becerro de Bengoa.**—Vida de Trueba, 1 p.
- Bergeret.**—Vida de Mouton (Mérimos), 1 pta.
- Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 19 pesetas.
- Boissier.**—Cicerón y sus amigos: Estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 pesetas.—La Oposición bajo los Césares, 7 pts.
- Bourget.**—Vida de Taine, 50 céntimos.
- Bréal.**—Ensayo de Semántica, 5 pesetas.
- Brétil.**—La elocuencia política en Grecia, 7.
- Bret Harte.**—Bloqueados por la nieve, 2 pts.
- Brook-Adams.**—La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos, 7 pesetas.
- Bunge.**—La Educación, 12 pesetas.
- Bryce.**—La República Norteamericana, tomo primero, 7 pesetas.
- Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 pesetas.
- Buylla, Neumann, Kleinwachter, Narsse, Wagner, Mithofy Lexis.**—Economía, 12 pesetas.
- Campe.**—Historia de América, dos tomos, 6 p.
- Campanar.**—Vida de Cánovas, 1 peseta.—Terneces y flores: Ayes del alma: Fábulas, 3 pesetas.—Doloras y humoradas, 3 pesetas.
- Carlyle.**—La Revolución francesa, 3 tomos, 21 ptas.—Pasado y presente, 7 pesetas.
- Carnevale.**—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
- Caro.**—Filosofía de Goethe, 6 ptas.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 ptas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Costumbres literarias, 3 ptas.—El Derecho y la fuerza, 3 ptas.
- Castro.**—El Libro de los Galicismos, 3 ptas.
- Colombey.**—Historia anecdótica del duelo, 6 pesetas.
- Collins.**—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, dos tomos, 15 pesetas.
- Comte.**—Principios de Filosofía positiva, 2 p.
- Coppée.**—Un idilio, 3 pesetas.
- Cooperus.**—Su Majestad, 3 pesetas.
- Champcommunal.**—La Sucesión Abintestato en Derecho internacional privado, 10 p.
- Chassay.**—Los deberes de la mujer en la familia, 3 pesetas.
- Cherbuliez.**—Miss Rovel, 3 ptas.—La tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 ptas.—Paula Meré, 3 ptas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.
- Darwin.**—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.
- Daudet.**—Jak, dos tomos, 6 ptas.—La Evangelista, 3 ptas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 ptas.—Cuentos y fantasías, 3 pesetas.—El Sitio de París, 3 ptas.
- Döellinger.**—El Pontificado, 6 pesetas.
- Dorado Montero.**—Vida de Concepción Arenal, 1 peseta.
- Dostoyuski.**—La novela del presidio, 3 ptas.
- Dowden.**—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.
- Dumas.**—Actea, 2 pesetas.
- Eltzbacher.**—El anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 pesetas.
- Ellen Key.**—El amor y el matrimonio, 6 ptas.
- Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.
- Emerson.**—La Ley de la vida, 5 ptas.—Hombres simbólicos, 4 ptas.—Ensayo sobre la Naturaleza, 3,50 ptas.—Inglaterra y el carácter inglés, 4 ptas.—Los veinte ensayos, 7 ptas.
- Fernández Guerra.**—Harzenbusch, 1 pta.
- Fernán-Flor.**—Vida de Zorrilla, 1 pta.—De Tamayo, 1 peseta.
- Ferrán.**—Obras completas, 3 pesetas.
- Ferri.**—Antropología criminal, 3 pesetas.
- Fichte.**—Discursos a la Nación Alemana, regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.
- Finot.**—Filosofía de la longevidad, 1,5 pesetas.
- Fitzmaurice-Kelly.**—Historia de la Literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900, 10 pesetas.
- Flaubert.**—Un corazón sencillo, 3 pesetas.
- Flit.**—La Filosofía de la Historia en Alemania, 7 pesetas.
- Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.—La Ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Historia de la Filosofía, dos tomos, 12 ptas.—La Filosofía de Platón, dos tomos, 12 ptas.
- Fournier.**—El Ingenio en la Historia, 3 ptas.
- Framarino.**—Lógica de las pruebas, dos tomos, 15 pesetas.
- Fromentin.**—La Pintura en Bélgica y Holanda, 6 pesetas.
- Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 p.
- Garnet.**—Historia de la Literatura italiana, 9 pesetas.
- Garofalo.**—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización a las víctimas del delito, 4 ptas.—La superstición socialista, 5 pesetas.—El delito como fenómeno social, 4 pesetas.
- Gautier.**—Vida de Heine, 1 pta.—Las bombas prusianas, 3 ptas.—Nerval y Baudelaire, 3 p.—Madame de Girardin y Balzac, 3 pesetas.
- Gay.**—Los salones célebres, 3 pesetas.
- George.**—Protección y librecambio, 9 ptas.—Problemas sociales, 5 pesetas.
- Girard.**—La elocuencia ática, 4 pesetas.
- Giurint.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.
- Giddings.**—Principios de Sociología, 10 ptas.—Sociología inductiva, 6 pesetas.
- Gladstone.**—Vida de Lord Macaulay, 1 pta.
- Goethe.**—Memorias, 5 pesetas.
- Gonblanc.**—Historia general de la literatura, 6 pesetas.
- Goncourt.**—Historia de María Antonieta

1442

12-5-59

CRÓNICA
DEL
SITIO DE PARÍS

Reg 4380

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

CRÓNICA
DEL
SITIO DE PARÍS

POR
FRANCISCO SARCEY

TRADUCCION
POR
FRANCISCO LOMBARDÍA

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
López Hoyos, 6.

ES PROPIEDAD

Imprenta de San Francisco de Sales, calle de la Bola, 8.

PRÓLOGO

No me propongo contar al público la historia—en la acepción rigurosa de esta palabra—del Sitio de París. Tal empresa compete solamente á los políticos encargados, en aquellos días memorables, del gobierno de la nación, y á los jefes militares que defendieron la ciudad. Unos y otros habrán de laborarla poco á poco, aportando cada cual los datos que posea: más tarde, no faltará algún escritor, enamorado de la verdad, que luego de criticar y contrastar todos los testimonios, los coordine, formando de esta suerte la verdadera historia que no podemos ni queremos escribir hoy.

Nos limitaremos, pues, á narrar lo que hemos visto: las escenas desarrolladas incesantemente en nuestra presencia durante aquel período, pleno de curiosas observaciones para el filósofo y de amargas y violencias para el patriota; á referir, no tanto los hechos como las diversas impresiones que ellos causaron en nuestras almas, colmándolas de tristeza ó arrebatándolas de entusiasmo.

Será una historia, si os place así, pero una historia simplemente pintoresca, anecdótica y moral. Sobre todo moral. Contaremos con la mayor exactitud posible las emociones cotidianas que conmovieron el alma de París, tan nervioso, tan fácil á las sensaciones extremas y que, en el breve lapso de una semana, adopta las resoluciones más heroicas y se humilla hasta las concesiones más afrentosas.

Si, contemporáneos de estos sucesos, escápasenos frecuentemente la verdad de los de índole política y militar, en cambio podemos describir á la perfección las impresiones producidas por ellos en el público, ya que nosotros mismos hubimos de experimentarlas, bastándonos, para pintarlas bien, interrogar á nuestro propio corazón.

Quizá este libro, imperfecto, por haber sido escrito con premura y en medio de terribles preocupaciones, no carezca de cierta amenidad, y contenga muy saludables lecciones. Sus páginas nos ilustrarán con nuevos signos acerca de nuestro carácter: las naciones, como los hombres, revelan al observador su virilidad en las grandes calamidades. Ellas sacarán á pública luz nuestros defectos — ¡ay, por desgracia para todos, nos aquejan en abundancia, habiéndolos expiado harto cruelmente! —, evidenciando á la vez cualidades que nos adornan en grado eminente. De esta suerte aprenderemos á amar más á París, populosa urbe donde se concentra y resume la vida de Francia, nuestra querida é infortunada Patria.

Una última observación, no exenta de importancia: este libro no es un libro de partido. Cualesquiera que sean las opiniones políticas sustentadas por el autor, él ha procurado ser justo para todos, no tratando ninguno de los problemas palpitantes que apasionan á los espíritus y que únicamente el tiempo puede solucionar.

FRANCISCO SARCEY.

CAPÍTULO PRIMERO

Antes del Sitio.

I

En 19 de Julio de 1870 se declaró la guerra á Prusia.

Recuerdo que, almorzando el 22 ó el 23 con varias distinguidas personalidades, como se hablase de la campaña que se iniciaba —era el tema obligado de todas las conversaciones—, uno de los comensales que en silencio había escuchado durante largo rato nuestras esperanzas y probabilidades de éxito, nos interrumpió con voz grave:

—Caballeros, conozco mucho á Alemania. He vivido en ella bastantes años y sé perfectamente sus fuerzas y las nuestras. Apuesto á que, antes de dos meses, los soldados prusianos se hallarán bajo los muros de París.

Todos apostrofamos acremente al profeta de la desventura. Motejósele de mal francés, de prusiano, de espía vendido á Bismark. Sobre él vomitaron injurias de todo género cuantos sentábanse á la mesa: gentes de buen humor que no veían en aquel exabrupto más que la paradoja de un chusco. Muy cierto que, en tales momentos, ninguna imaginación, de este lado

del Rhin, había concebido la idea, absurda, imposible, inverosímil, de que París fuese sitiado.

De cuán probable era esta eventualidad, advertíamos á diario nuestras fortificaciones: no veíamos en aquella interminable serie de declives, cubiertos de fresca hierba, más que un amplio paseo destinado á embellecer el extrarradio de la población: los tranquilos bastiones, con su inofensivo artillado, causábanos el efecto de esos bravucones milicianos nacionales que montaban, por fórmula, con un fusil descargado la guardia en el Estado Mayor de la plaza Vendôme.

¡Ah! París era para nosotros la ciudad santa, la sede de la civilización, y, según la frase de los griegos, el *ombligo* del mundo. ¡En ningún cerebro bien organizado cabía que pudiese ser esclavo del Extranjero!

¡Berlín, ya era otra cosa! Parecíamos muy natural entrar en la inmensa población germánica, tras de tres ó cuatro grandes victorias, á tambor batiente y banderas desplegadas. Girardin acababa de escribir en un artículo, famoso en menos de ocho días, que debíamos rechazar á palos, hasta Berlín, á aquellos vándalos. Hablando así, expresaba, bajo el cálido estilo del periodista, una idea absolutamente parisina. No creo que la guerra fuese, desde sus inicios, muy popular entre nosotros. Empero, reputándola inevitable, en una fecha más ó menos remota, se precipitó su declaración.

—Sea cuanto antes—decíanse todos los franceses.

Ese mismo apresuramiento del Gobierno tranquilizó á los espíritus. Considerando el frívolo pretexto que le había impulsado á semejante extremo y á quemar sus naves, se pensó lógicamente en que se halla-

ría dispuesto para todo, creyéndose que sería un negocio de poca monta, y que antes del invierno el ejército francés tomaría á Berlín.

—¡A Berlín!, ¡á Berlín!...

He aquí el grito con que se despedía á los regimientos que atravesaban París para marchar á Alsacia. Y se cantaba la *Marsellesa*, acompañándoles hasta las estaciones ferroviarias, y el *Morir por la Patria*, y la *Victoria, sonriente, nos franqueará las murallas*, y la *Sátira al padre Bugeaud* y todos los cantos patrióticos conocidos.

¿Era de buena fe todo esto? ¿Deseábase tan vivamente la guerra para sólo atender al voceo callejero? He aquí un punto todavía por aclarar. En nuestro sentir, una vez arrojado el guante, la inmensa mayoría del pueblo se abandonó, sin reflexionar, á ese ímpetu belicoso que late en el alma de todo buen francés. Hablábase sólo de recoger laureles, y recordando las guerras precedentes, conclusas presto y con gloria, sumábase ahora á las probabilidades del triunfo la confianza que nos inspiraba nuestra superioridad militar.

¡Nuestra invencible escuadra!, ¡nuestros bravos soldados!, ¡nuestros viejos generales de Africa! No se oían otras exclamaciones en el paseo y en las calles: hasta el más pacífico burgués gozaba sintiendo el olor de la pólvora. Tampoco faltaron quienes se proveían de banderas y luminarias.

En los teatros estaba como á la orden del día. Apenas caía el telón, finalizado el espectáculo, veinte, treinta, cien voces pedían á voz en grito: ¡la *Marsellesa*! La empresa, que aguardaba esta diaria manifestación de entusiasmo, preparábalo todo para satisfacerla cumplidamente. Tornábase á levantar la cor-

tina y uno de los artistas entonaba el patriótico himno. Nunca faltaba un espectador que, á los primeros compases, gritara en tono imperativo: *¡En pie!, ¡en pie!*: todos obedecían como si fueran una sola persona, co-reando el estribillo de la fogosa canción.

Este acto, que se repetía á diario, revistió un carácter grandioso cuando, por vez primera, surgió del impulso espontáneo de la muchedumbre. Fué en la Ópera. En el cartel no figuraba la *Marsellesa*. Empero todo París, el París de los artistas y de la aristocracia, sabía que, á exigirlo vivamente el público, María Sass hallábase dispuesta á cantarla. Durante el tercer acto de *La Muda*, á continuación del bellissimo trozo musical: *Amor sacro de la Patria*, como si los vibrantes acordes hubiesen marcado la suprema tensión de nuestras almas, oyóse desde el proscenio hasta la galería este grito formidable: *¡La Marsellesa!, ¡la Marsellesa!* La orquesta preludió el sagrado himno. *¡En pie!*, clamó una voz clara y penetrante, que todos reconocimos por la de Mr. Girardin. El público, como agitado por una violenta sacudida eléctrica, púsose en pie, cruzando por el espacio una emoción indefinible. Muchos hombres lloraban: á los restantes faltábales muy poco.

No era, á decir verdad, una opinión que se manifestaba; aquella muchedumbre no había sido aleccionada previamente. Era mejor una explosión de sentimiento: un sentimiento mal expresado, muy vago, mezcla de bélico chauvinismo é ingénua credulidad. Un grupo reducido de espectadores contemplaba con inalterable sangre fría la escena: únicamente ellos podían reflexionar; conocían los medios de combate de ambas naciones, las eventualidades de aquella guerra tan imprudentemente declarada, guardando

por eso, á través del universal entusiasmo, una prudente seriedad, si bien callando sus ideas que nunca habrían osado declarar en público por temor á morir á manos de las masas. He conocido personalmente á varios de ellos, cuyo número era quizá más considerable de lo que se creía entonces. Empero, repito, enmudecían tanto por prudencia personal como por exigencias del patriotismo. Mas, si podemos afirmar que, por el momento, no formaban más que una minoría imperceptible. El pueblo francés, á quien el tambor que bate marcha desconcierta en igual grado que los argumentos más razonables, habríase inclinado presto de parte de las *blusas blancas* que la policía perseguía para mantener, á fuerza de voces y canciones, en las calles y en los espíritus, una agitación guerrera.

II

Este calofrío belicoso logró su plena intensidad desde el 19 de Julio hasta los primeros días de Agosto, complicándose pronto con cierta nerviosa impaciencia que los consejos de los publicistas apenas bastaban á contener.

—¡Cómo, decíase, hace dos semanas que se ha declarado la guerra y aún no hemos llegado á Maguncia! ¿En qué piensan nuestros veteranos caudillos de Africa, nuestros bravos soldados y nuestra invencible escuadra? ¿Para esto compramos mapas y alfileres patrióticos?

Tal es comunmente como los parisienses intervienen en las fatigas de la guerra. Adquieren un mapa —es el mercado predilecto durante los quince días

primeros: huelga notar que, en la ocasión presente, eran mapas de Alemania, ¡no había otros!—y, pertrechándose de largos alfileres terminados por banderas, marcan la posición de los ejércitos beligerantes, maniobrando estratégicamente sobre la carta geográfica. Nada les detiene en la ejecución de sus planes. Vadean los ríos, cruzan las montañas y se adueñan con maravillosa presteza de las plazas fuertes. Un buen alfilerazo y la bandera tricolor se iza en Treves, Maguncia y Colonia. No habría costado más coronar con ella los muros de Berlín.

Esta forma de operar sobre el mapa es tan sencilla que engañó á casi todos los vecinos de París acerca de las dificultades ofrecidas por la campaña. No podían darse cuenta del tiempo preciso para movilizar trescientos mil hombres y lanzarlos sobre Alemania. Por eso indignábanse, ya en los comienzos de Agosto, por no haber ganado á lo menos una gran batalla. ¡Ah, si hubiesen previsto lo que había de acaecer después: la estupenda inmoralidad de aquellas tropas mal dirigidas, peor alimentadas, dotadas de un armamento deficiente y cuya indisciplina revestía ya los caracteres de un mal endémico!

No faltaba un ejército de reporters capaces de decirnos la verdad, mas se les alejaba cuidadosamente de entre los Estados mayores: aun ellos resistíanse á creer lo que sus ojos veían y á romper ese prejuicio de respeto que un francés debe siempre, suceda lo que suceda, al uniforme y á la bandera; sin embargo, de que eran harto ecuánimes para apreciar exactamente las cosas, sentían escrúpulos por narrarlas ó inquirir, entre las filas enemigas, el secreto de nuestra debilidad; nos mecíamos, pues, en plena ilusión: así la noticia de un primer éxito en Sarrebrück no

hizo más que confirmarnos en la excelente opinión que profesábamos de nosotros mismos. Regocijó extraordinariamente á todos un telegrama célebre, en que el Emperador comunicaba á su esposa que su hijo Luis, presunto heredero del trono, había recogido una bala caída á sus pies, llorando de ternura el regimiento. A partir de aquel día, Luis llevó el sobrenombre del *Niño de la bala*. ¡Todavía entonces se reía y se hacían frases!

Dos días más tarde se recibió la nueva de una gran victoria: era un sábado, un bello día de verano. Nunca el sol alumbrará otro más hermoso. Todo un pueblo, ebrio de gozo, corría sin rumbo ni concierto. Todos estrechábanse las manos y se abrazaban, llorando de alegría. En la plaza de la Bolsa congregábase enorme muchedumbre que, agitando en el aire los sombreros, gritaba estruendosamente. Algunas personas reconocieron á Mad. Gueymard que ocupaba un carruaje descubierto y la rogaron que cantase la *Marsellesa*. La ilustre dama accedió á la súplica de las masas, entonando con voz potente el soberbio himno, coreado por cincuenta mil hombres. Todas las casas cubríanse, como por arte mágica, de banderas: imagináos las manifestaciones más entusiastas, más tumultuosas, de una alegría rayana en el delirio.

Una hora más tarde comienza á susurrarse que la noticia era falsa. Este rumor corre, como un reguero de pólvora, de uno á otro extremo de la población. La muchedumbre invade los ministerios, las redacciones de los periódicos, todos aquellos lugares en que podían adquirirse informes fidedignos. Fué menester rectificar; la falsa victoria era una burla de Mr. Bismark que, sin duda, había querido así poner á prueba la buena fe de los vecinos de París. Del

gozo extremo se pasó repentinamente á un furor que no acertaríamos á describir. Las masas habrían estrangulado á los ministros, de haberlos cogido entre sus manos. La decepción era demasiado fuerte; fué como una explosión de rabia, que concluyó en baladronadas, según acaece siempre en París. ¡Al día siguiente nadie hubiera creído tamaño *canard*! En las calles no tropezábase más que á gentes que ya lo habían predicho..., que no se llamaban á engaño..., ¡dónde diablos va á refugiarse el amor propio!...

Heme detenido en este episodio porque, por primera vez, pudo el observador juzgar bien al pueblo parisién: su propensión á los entusiasmos súbitos; su credulidad, su ceguedad, su ingenuidad, su falta de buen sentido y su sinrazón. París obra siempre por capricho, divaga incesantemente, sin rumbo fijo, como un barco sin timonel sobre un mar agitado por vientos contrarios, de uno á otro extremo, de la confianza menos justificada á la más profunda desesperación. Tras de este relámpago de loco júbilo que iluminó á París, éste cayó en el abatimiento más extraordinario. Confieso que este incidente, que no tuvo otros análogos, me impresionó, como á otros espíritus serenos, bastante mal acerca de las energías con que este pueblo sabría oponerse al infortunio.

No me sorprendieron, en su consecuencia, los eventos que, golpe tras golpe, habían de herirnos sucesivamente. El general Donay, vencido y muerto, el 4, en Wissembourg, y el inmediato día 6 la completa derrota, nunca suficientemente llorada, de Mac-Mahon, en Wörth, en Freischwiller y en Reischoffen. La avalancha del ejército alemán precipitose á través de la brecha abierta. No cabía duda: era la invasión.

Entonces desfiló, por vez primera, ante los ojos de los parisienses, el espectro del Sitio de la capital. Casi ignoraban la verdad, que les llegaba por conductos incompletos y falsificados; resistíanse á creer que tras de aquellos trescientos ó cuatrocientos mil hombres lanzados sobre Francia, vendrían otros centenares de miles, y en pos de éstos toda la vieja Alemania. Y, sin embargo, surgieron como una rápida visión del peligro que les amenazaba.

París se inquietó sobre manera ante la adopción de estas dos medidas: la restauración de las fortificaciones y la pronta expulsión de los alemanes, vecinos de la población. Esto fué el preludio. En orden á los súbditos alemanes, los economistas evidenciarán documentalmente cuán grave error fué expulsarles: ¿quiénes limpiarían las calles?, ¿quiénes fabricarían el calzado?, ¿quiénes confeccionarían los trajes?, ¿quiénes, en fin, dirigirían los negocios de la alta Banca? Aquellos bebedores de cerveza, tan industrioses y sobrios, eran gentes honradas que nos enriquecían, negociando, é implicaría un *lapsus* estupendo contra los principios formulados por Say, prescindir de su concurso. De esta suerte razonaba el influyente monsieur Chevalier, miembro del Instituto, senador, apóstol del libre cambio y tutelar de la paz perpetua; empero, la apatía natural de los parisienses podía más que sus teorías. Somos así: vociferamos como energúmenos contra abusos que pensamos redundan en nuestro perjuicio y, por la tarde, nos reímos de ello. Presto olvidóse, siquiera fuese por breve tiempo, á los compatriotas de Bismark.

La preocupación de fortificar la capital duró muy poco. Los periodistas escribían numerosos artículos para demostrar que París no podía ser cercado por

menos de un millón quinientos mil hombres, y en ningún caso esta cifra había de ser inferior á un millón doscientos mil; que una plaza de guerra que podía abastecerse y conservar libres sus comunicaciones, era inexpugnable, salvo siendo tomada por asalto. Respecto del asalto..., nos reíamos, nombrando á aquel aguerrido ejército de cuatrocientos mil guardias nacionales que surgirían de la tierra, apenas nuestros generales golpearan con su pie el suelo. ¡Ah, que vinieran!... ya lo pagarían bien...

Nutríamonos, pues, de estas quimeras que reputábamos entonces, que todo el mundo consideraba como realidades. Empero, nuestro apasionamiento nos convencía mejor que todas las demostraciones de los escritores. No demandábamos precisamente que se prosiguieran aquellas fortificaciones cuya eficacia nadie reconocía. No: partíamos de la idea, tenaz y profunda como todos los prejuicios, de que era imposible que el enemigo arribase á París, que le sitiase y bombardeara. Antojábasenos que tamaña monstruosidad no cabía en cerebro humano. El sagrado suelo de la Patria abriríase, engullendo á los batallones prusianos, antes que se consumara el horrible sacrilegio.

Hay pueblos cuyas imaginaciones, naturalmente tristes, son acariciadas por negras mariposas. Los parisienses, por el contrario, abren en todo instante su espíritu á la credulidad y á la esperanza. Nunca miran cara á cara la realidad que les enoja; parecen al avestruz, que oculta la cabeza entre dos piedras para no ver al cazador que le persigue. Recréanse sibaríticamente con las utopías gratas, ni siquiera posando los ojos sobre los infortunios en que no cabe disimular.

Había en la Prensa como una cruzada de embus-

teros, que adulaban la vanidad nacional. Imposible ocultar los progresos y los reiterados triunfos de los alemanes, allí donde tropezaban á nuestras tropas. Mas, procurábase disfrazarlos con excusas para salvar ante nuestros propios ojos la vejada soberbia francesa. Nuestras derrotas eran más gloriosas que sus victorias; de la jornada de Wœrth decíase que era un desastre triunfal. Exaltábase la gloria de nuestras retiradas y el heroísmo de los soldados que las llevaban á cabo.

Cierto día, Edmundo About, narrador ingénuo de cuanto había presenciado, escribió haber visto cerca de Reischaffen á las huestes de Mac-Mahon en pleno desastre, á los zuavos arrojando al suelo sus armas ebrios de vino é indisciplina, á los generales completamente borrachos, y á cien leguas de terreno abandonadas al enemigo, sin disparar un solo tiro, cuando apenas habrían bastado quinientos hombres para disputar el paso á un ejército numeroso. Un grito de ira acogió estas manifestaciones del infeliz novelista. Se le calificó de prusiano. Había verdades que no podían decirse, porque era una traición revelárselas á Europa.

Por lo demás, todo aquello era inexacto; About había visto mal, exageraba. ¿Cómo suponer que los héroes de Alma, de Magenta, de Solferino habían huido vergonzosamente ante aquellos bárbaros?

¡Bárbaros!, de tal se les motejaba, por considerarles descendientes de los Hunos y de los Vándalos. Sobre sus cabezas lanzábamos cuantas injurias nos facilitaban el diccionario y la historia, ¡inconscientemente, por desgracia nuestra!; no podíamos apreciar los progresos de la humilde é insignificante Prusia, que acababa de revelársenos tan estupendamente,

así en el manejo de las armas, como en las ciencias y en las artes, que son el honor de la paz. Macaulay, sagaz y prudente observador, profetizó en 1843 que la monarquía prusiana, el más joven de los grandes Estados europeos, y que su población, como sus posesiones exteriores, relegadas al quinto lugar, ocuparían el segundo, inmediatamente después de Inglaterra, en orden á la instrucción sólida, al sentimiento artístico y á la capacidad en todas las esferas de la ciencia.

¡Nosotros no pensábamos así! Indudablemente, Macaulay se equivocaba; como buen inglés nos odiaba, y el odio ciega. Tal murmurábamos de un espíritu, criticado como uno de los más imparciales y profundos de Europa. ¡Nosotros, la gran nación, en tercer lugar!, ¡nosotros que creíamos atraer las miradas del Universo, porque la alta vida cosmopolita encargaba á París sus trajes y repetía nuestros modismos! Era preciso que sufriéramos nuevos desastres, antes de aceptar, por cuenta propia, estas verdades tan amargas. ¡Ello sin olvidar que tal vez no fuesen tan incontestables como pensaba Macaulay!

III

Transcurrido el primer momento de estupor, París, con la natural elasticidad de su optimismo, entregóse de nuevo á la esperanza. Destituído en veinticuatro horas el Gabinete Ollivier, se puso al frente del Gobierno el general Montauban, conde de Palikao. Este era un viejo malicioso que no vaciló en tratar-nos desde un principio como á miseros ilusos. Diré,

si me permitís la locución soldadesca, que se propuso «meternos en un puño». Había visto el pésimo efecto causado entre el pueblo por las bravatas y fanfarronadas del regimiento derrotado, y adoptó, con suprema habilidad, el sistema contrario, no facilitando noticia alguna de las operaciones militares. Todos los días, después de la sesión, se encerraba con dos ó tres de sus íntimos, diciéndoles misteriosamente al oído estas palabras enigmáticas: «Si París supiera lo que yo sé, iluminaría esta noche las fachadas de sus casas...» «¡Silencio!»—añadía posando un dedo sobre sus labios.

—¡Silencio!—repetía aquella misma noche París, desde el boulevard Montmartre al barrio de Antin.

Cuando un individuo de la izquierda, impaciente por tal silencio, atreviase á pedir en la Cámara algunos informes más concretos:

—Nada puedo decir—respondía el astuto ministro—, pero todo marcha bien...

Y si se le instaba:

—Necesito ausentarme de la Cámara... Graves negocios reclaman urgentemente mi presencia en otro sitio...

O ya:

—Me es imposible hablar más ni más alto. Hace veinte años que tengo una bala en el pecho y esto me impide pronunciar largos discursos.

Y todos ponderaban sus respuestas evasivas:

—¡Qué hombre! ¡Con una bala en el pecho desde hace veinte años!

Los periódicos no guardaban el mismo silencio que Palikao. Lanzábase todas las mañanas á la publicidad una nube de fantásticos relatos que mantenían la confianza y el buen humor de los parisienses. Cier-

to día, contóse que diez regimientos prusianos, acorralados contra unas canteras, habíanse precipitado en el abismo, pereciendo veinte mil hombres aplastados unos contra otros.—¡Una espantosa tortilla! Al día siguiente, algunos soldados franceses que simulaban lavar descuidadamente su ropa en el borde de un estanque, atraieron el grueso de las fuerzas enemigas, que Bazaine cercó presto con admirable estrategia envolvente, exterminándolas luego.

Calculando el número de prusianos muertos desde el comienzo de la guerra, contábanse por centenares de miles los cadáveres. Jamás los griegos, gascones de la antigüedad, enumerando las derrotas de Jerjes, realizaron una carnicería tan horrible entre los persas.

París devoraba estas historias. Un amigo mío, hombre de altísimo espíritu, aunque levemente escéptico, tenía el privilegio de inventar embustes, inverosimilitudes que, con regocijo, veía circular entre el público crédulo. Como en cierta ocasión le preguntase, después de haberle oído narrar con la mayor seriedad del mundo uno de sus burdos relatos, qué placer le reportaba aquella costumbre, me contestó:

—¡A mí! ¡Ninguno! Lo hago por filantropía. Hay gentes á quienes place acostarse bajo gratas impresiones; de esta suerte acarician sus fantasías los ensueños más dulces; así son felices hasta la hora de levantarse. ¿Qué trabajo cuesta ello?

Lo verdaderamente extraño era que le he visto someter veinte veces á las pruebas más duras la credulidad de los parisienses, sin nunca lograr exasperarla. A tanto lleva su osadía contando nuevas que les agraden, que es capaz de engañarles con algún relato de las *Mil y una noches*, de la princesa Shénézara-

be. Una tarde en que, acaso, había ido demasiado lejos, uno de sus contertulios me dijo en voz baja y con cierta tristeza:

—Sé perfectamente que no hay una palabra de verdad en todas esas historias, ¡pero es igual! ¡Siempre deleitan!...

¡Siempre deleitan! He aquí, en efecto, la clave del enigma. Encararse con la verdad amarga es tan penoso como dulce soñar con halagüeñas ilusiones. Y, sin embargo, algunas voces austeras murmuraban tímidamente ciertas reticencias. Quizá habriase descubierto, escudriñando el fondo de las almas más fáciles á la esperanza, cierto latente sentimiento de inquietud que, de día en día, ibase acentuando.

Extendióse el rumor de que Bazaine se hallaba bloqueado en Metz. Si todas las buenas noticias que, una tras otra, nos llegaban de la frontera lorena eran ciertas, ¿por qué permanecía allí, casi inactivo, en vez de replegarse sobre París? Enviábanse regimientos y más regimientos á Mac-Mahon, acampado en Châlons, y que se ocupaba en formar un nuevo cuerpo de ejército. Empero, este cuerpo de ejército, compuesto de baterías y escuadrones, y en cuya constitución intervenían en grado notable las guerrillas parisienses, apenas inspiraba confianza. Vimos partir á éstas, reconociendo que su apostura no era la más conveniente para tener fe en su disciplina y en su valor. Atravesaron París sin formar, cantando, en su mayoría borrachos, quiénes en coches, quiénes en carretas, en cuantos vehículos pudieron facilitarse; otros á caballo, y los más á pie, en grupos, sin orden ni concierto, sin distinción de grados. Parecía mejor un descenso de la Courtille que un desfile de soldados.

Ya en Châlons, asolaron el país con sus desórdenes y sus locuras. En París circulaban los rumores más siniestros; ora incendiaban los campos, ora sedicionábanse contra su general, que les arengaba en nombre del honor y de la Patria. Estos relatos, abrumadores por sí mismos, exagerábanse ridículamente pasando de boca en boca: ¿cómo resistir con tales soldados á tropas disciplinadas y victoriosas? Estas caminan de triunfo en triunfo á través de las provincias del Este. Las ciudades caen, una tras otra, en sus manos, rindiéndoseles todas las puertas; las grandes poblaciones tiemblan ante cuatro hulanos, acabando por acatar su yugo. En todas partes y á la vez veíase á estos cuatro hulanos, cuya proximidad era como un *¡sálvese el que pueda!* general. Las plazas fuertes de Lorena y Alsacia hicieron frente á esta avalancha que las inundaba, batiendo sus muros; pero el enemigo, diestramente dividido para facilitar el Sitio, avanza siempre á marchas forzadas; las vanguardias de sus columnas asomaban ya por Champaña. No hay que forjarse ilusiones. En ocho días, ó si se quiere en quince, el Príncipe real desembocará con sus huestes victoriosas en las llanuras de Genevilliers.

París piensa por segunda vez seriamente en el Sitio, viéndole tan inmediato. Empero, no se inquieta según exigían las circunstancias. ¿Qué espera?, ¿qué aguarda? No lo sé, y quizá nadie acertaría á decirlo. Mas, siempre se cuenta con algún acontecimiento imprevisto, con algún milagro, con algo.

IV

Este *algo* surge pronto.

Recíbese la noticia de que las tropas de Mac-Mahon, en vez de cerrar el paso á los alemanes ó replegarse sobre la capital para librar bajo sus muros una gran batalla, disponíanse á marchar hacia el Norte y dar, según todas las apariencias, la mano á Bazaine, libertándole del bloqueo.

No critico esta evolución estratégica tan funesta para Francia. Ignoro si, efectuada más rápidamente, hubiese logrado un éxito satisfactorio. Soy poco versado en asuntos militares; además, mi único propósito es demostrar aquí el efecto contraproducente que tales eventos causaron sobre la población parisina.

No creo equivocarme aseverando que todos los pechos lanzaron un suspiro de satisfacción ante semejante nueva. Acaso los políticos de gabinete se consternasen por esa determinación. Murmúrase que Thiers se arrodilló á los pies del conde de Palikao, rogándole que ordenara la suspensión de dicha marcha. No soy más que el eco de las impresiones manifestadas por la muchedumbre; ésta prosiguió viviendo encantada. Alejábase el peligro para nunca volver; así creíanlo todos. Con insólito orgullo se contaba el número de los regimientos en avance bajo el mando de Mac-Mahon. ¡Las huestes de Bazaine ascendían, según la opinión general, á ciento ochenta mil hombres, lo más selecto del ejército francés! ¡Qué no debía esperarse de estos dos generales, más engrandecido el uno después de su derrota, y estimado el otro por su indomable energía y por sus talentos militares, y cuyo

nombre había logrado en los últimos tiempos la suprema popularidad, evacuando sobre París al Emperador con su Estado Mayor en pleno!

Fué en el atardecer de un sábado cuando se extendió en París la lúgubre noticia de un tremendo desastre. Hacía dos días que, en los paseos y en las calles, se preguntaban unos á otros: «¿Qué hay de nuevo?» Entre aquel pueblo inquieto, excitadísimo, febril, circulaban los rumores más contradictorios. Decíase, sin duda con cierto fundamento, que en las cercanías de Sedán se había librado una batalla formidable, que continuaba empeñada con diversas alternativas para ambas partes beligerantes. Mas, ¿y el desenlace? He aquí lo que se ignoraba y ansiaba saber con indecible agitación. El público arrebatada de las manos de los vendedores los periódicos; éstos leíanse en alta voz sobre los bancos de los paseos. Empero, sólo se formaban conjeturas, de las que unas pugnaban con las otras. Nada cierto, nada preciso. Aquellas masas, faltas de informaciones oficiales, eran presas de agudísima tensión nerviosa. A las primeras frases de un coloquio, motejábbase de prusiano y de imbécil, y por un *quitame allá esas pajas* se enviaban los padrinos. Las palabras eran breves, mordaces; los rostros, siniestros.

A las ocho de la noche fui á la redacción de *Gaulois* en busca de noticias, si por casualidad habíase recibido alguna. Sorprendíome ver cerrada fuertemente la puerta, que no se abría sino con grandes precauciones á los conspicuos de la casa. Entré; todos los semblantes reflejaban profunda consternación. Me enseñaron un periódico que uno de los *reporters* recién llegado de Bruselas había llevado. Allí pude leer, con tanta ira como asombro, toda la historia de la

capitulación de Sedán, vieja ya hacía treinta y seis horas, y que París ignoraba en absoluto.

—¡Es posible!—grité aterrado.

Desgraciadamente no cabía duda. El mismo redactor-jefe del periódico había acudido, llevando el número, al despacho del prefecto de policía para preguntarle si aquel relato se conformaba con los despachos recibidos por el Gobierno. El funcionario oficial había bajado la cabeza. En seguida discutimos la conveniencia de publicar un suplemento de *Gaulois* con la fatal nueva. Alguien observó que ello era imprudente en el estado de exasperación que conmovía á los espíritus; quizá el público, en el primer acceso de furor, saquease é incendiase los kioscos destinados á la venta periodística. Fué preciso desistir de la empresa.

Empero, el rumor adquiría cada vez más cuerpo al circular entre la muchedumbre. Nadie sabía detalles, pero nadie dudaba que nos había acaecido algo terrible. Ninguna persona durmió aquella noche en París. El Cuerpo Colegislador debía reunirse á las doce de la misma.

¡Ah! si la Cámara en este instante supremo hubiese cumplido su deber; si contemplando con viril mirada la situación se hubiera encargado sin pérdida de tiempo del mando de la nación, nombrando de entre su seno un Gobierno, en el que París y las provincias fuesen representados igualmente, ¡cuántas desventuras nos habría evitado! Empero, estaba escrito, como dicen los orientales. A todos faltó decisión, dejando para el día siguiente solucionar la pavorosa crisis nacional.

El día siguiente era el domingo 4 de Septiembre, en que se proclamó la República.

CAPÍTULO II

Preliminares del Sitio.

I

Fué una gran desgracia, pero era inevitable.

Más habría valido, sin duda, constituir un Gobierno provisional de defensa nacional, y no prejuzgar una cuestión que Francia entera debía resolver. Hubiérase ahorrado muchos sinsabores, y cierto que hartos serios, que narraremos en los capítulos siguientes. No se habría inquietado á las provincias, en cuya memoria la palabra República no evocaba aún más que las matanzas del 93, los cuarenta y cinco céntimos de M. Garnier Pagés y las jornadas de Junio. No se hubiese enfriado su ardor por correr en auxilio de París; tampoco se autorizara á determinadas poblaciones para desvincularse de la gran unidad nacional y proclamar, á ejemplo de París, un Gobierno local. Esta pretensión de la capital de imponer á las provincias su voluntad, sólo podía enfurecerlas. Erales difícil contemplar sin enojo ni envidia cómo la Diputación de París se adueñaba del poder, mientras que sus representantes eran postergados sistemáticamente.

Empero, los testigos presenciales de estos aconte-

cimientos saben que ellos fueron precipitados de tal suerte, que no hubo tiempo á reflexionar. La República proclamóse, si cabe la frase, á sí misma, improvisando, mejor todavía, confeccionando á su antojo un Gobierno, en medio del universal desconcierto de todos los poderes constituidos, que huían desatentados.

Plumas mejor cortadas que la mía contarán la historia de la caída de un imperio confirmado un mes antes por ocho millones de votos. Me propongo exclusivamente describir la fisonomía de París á través de estas sucesivas revoluciones.

Nunca, aunque viviese mil años, olvidaría las emociones de aquel día memorable. En la tarde anterior habíase sabido el desastre más terrible que jamás afligió á un pueblo; conocíase con certeza la abrumadora realidad de un asedio inminente; este golpe hercúleo habíanos precipitado hasta el fondo del abismo, donde, desesperados, gemíamos. El día siguiente era domingo, fiesta para el pueblo parisien- se. En el cielo resplandecía un sol deslumbrante, que bañaba, en cierto modo, sus ojos en la luz y el color de uno de los primeros días de otoño, tan bellos en Francia. Parecía que todas las trágicas visiones de la víspera habíanse desvanecido ante la claridad de aquella encantadora mañana. El pueblo agolpábase en los paseos, cruzando en todos sentidos sus andenes. En todos los rostros reflejábase el júbilo, se charlabá, se reía. De repente, los batallones de la guardia nacional, unos armados, otros sin armas, pasaron cantando. De vez en cuando interrumpíanse para gritar: «¡Viva la República!», siendo respondidos clamorosamente: «¡Viva la República!»

Presto se extendió el rumor de que esta forma de Gobierno acababa de ser proclamada oficialmente en

el Palacio de las Leyes. Aquel gentío — Dios sabe porqué formábanlo únicamente republicanos — la recibió como una antigua amiga, cuyo retorno se aguardaba desde largo tiempo atrás, y ante cuya presencia henchíanse de gozo sus pechos. Apercibíase en las calles la alegría que rebosaba en el corazón del pueblo.

Ni un tumulto grosero, ni ruidosas algaradas, ni manifestaciones violentas. No; era un gozo expansivo y espiritual, que se exteriorizaba por doquier en sendos apretones de manos, en mutuas felicitaciones, en burlescos propósitos. No se veía más que á obreros ó milicianos que, subidos en largas escaleras, destruían á martillazos las *N* grabadas en los escudos de los proveedores oficiales. Las masas se agolpaban en torno de aquellos justicieros destructores. Ellas arengábanles, siendo replicadas humorísticamente. En una y otra parte resonaban grandes carcajadas. Los cafés hallábanse abarrotados de parroquianos que, apurando copas de licor, seguían con los ojos aquella escena insólita, y figuraban en el espectáculo, interviniendo en la alegría general.

¿Y los prusianos? ¿Y el próximo Sitio? ¡Ah, nadie se acordaba de los prusianos ni del Sitio! Oí á un obrero decir á uno de sus camaradas:

—Ellos no se atreverán á venir, ahora que la tenemos.

Ellos eran los prusianos; *la tenemos*, se refería á la República. No sonríais; tal fué, durante una hora, la demencia del pueblo de París. Pagábase éste de las frases tanto, que creyó de buena fe que la sola palabra República bastaba para que los prusianos retrocediesen con espanto. Imaginóse que tal vocablo era una de esas fórmulas mágicas que expulsan los demo-

nios y aquietan las tempestades. Quienes me lean con sangre fría, acaso reputen inverosímil esta ingenuidad. Empero, invoco á todos los testigos del 4 de Septiembre. Éstos ascendían á dos millones. Si; todos experimentamos en nuestros cerebros el chasquido de tan extraña locura. Si; todos nos emborrachamos de tan estupendos sucesos, faltándonos de una vez el buen sentido, la razón y la sana crítica de las cosas. Todavía no comprendo claramente porqué ello ocurrió; empero, bajo su recuerdo, torno á sentir su influencia, y creo no haber vivido la plenitud de la vida con tanta leticia como en aquellas breves horas.

A la tarde fui á casa de uno de los actores del movimiento, quien, por consiguiente, debía conocer los resultados oficiales. Llegó á la mitad del almuerzo, muy impresionado por las emociones que había experimentado. Nos dijo, sin gran certeza, los nombres del nuevo Gobierno. Aunque entre ellos figuraba él, todas las noticias se confundían en su cerebro.

—¿Y Rochefort?—le preguntaron.

—¿Rochefort?—repuso.—¡Ah! Es un relato interesantísimo. Constituido ya el Gobierno y conclusa la lista de los ministros, se presenta Rochefort, seguido por una enorme muchedumbre que le había libertado de su prisión y que voceaba: ¡Viva Rochefort! ¡Viva Rochefort!

El general Trochu saluda al joven periodista con cierto azoramiento, y después de comunicarle que ya se había formado el Gobierno, le invita á que preste á la República su cooperación, desde un puesto oficial.

El publicista escúchale friamente, y adoptando el tono sarcástico que retrata de cuerpo entero al autor de *La Lanterne*, replica:

—¡Dios mio!, general, cualquiera que sea el car-

go que se me asigne, lo aceptaré sin proferir una sola palabra. Si me nombráis conserje del Ayuntamiento, acudiré á mi destino con igual patriotismo que pongáis vos y vuestros colegas en dirigir la República.

—¡Viva Rochefort!—rugió la muchedumbre.

Esto valía tanto como ganar jugando mal. Ignorábase el lamentable efecto que, en las provincias, causaría el nombre de Rochefort, que condensaba en sí todas las desconfianzas y todos los odios que alentaba Belleville. No era el momento oportuno para inquietudes y temores. Ya habría tiempo para resolver los asuntos serios.

II

Al día siguiente, París supo de un modo cierto la composición de aquel Gobierno que, haciendo resurgir un poder derribado en tierra, echó sobre sus hombros la abrumadora carga de remediar tantas desgracias y salvar á Francia. Citemos los nombres de los ciudadanos que formaban el Gabinete: eran Emmanuel Arago, Crémieux, Jules Faure, Jules Ferry, Gambetta, Garnier-Pagés, Glais-Bizoin, Pelletan, Picard, Rochefort, Jules Simon. Designóse por unanimidad para ocupar la presidencia al general Trochu, á quien el Emperador había nombrado tiempo antes, bajo la enérgica presión de la opinión pública, gobernador de París.

He aquí la distribución de los ministerios: Gambetta, del Interior; Jules Faure, de Negocios Extranjeros; Crémieux, de Justicia; Ernesto Picard, de Hacienda; Jules Simon, de Instrucción Pública; el general Le Fló, de Guerra, y el almirante Fourrichon, de

Marina. La Cartera de Trabajos Públicos reservóse á Dorian, un industrial casi desconocido hasta entonces por el gran público, pero que presto había de lograr, gracias á su inteligente actividad, una vasta influencia, y por último, la de Agricultura y Comercio á Magnin.

Entre todos estos nombres, apenas dos ó tres inspiraban al vecindario de París positiva confianza. Respetábase á Jules Faure por su inmaculada honradez, sus probados civismo y desinterés y su admirable elocuencia. Mas no se le consideraba capacitado para dominar una situación tan difícil como la legada por el desastre de Sedán. No se dudaba que nos sería muy útil, recordando su entrevista con Bismark. Teníase fe en Gambetta, siquiera todavía no hubiese probado suficientemente su capacidad. El público no le conocía más que por una media docena de elocuentísimos discursos. Empero, era joven, activo, muy osado y á la vez prudentísimo; reunía toda la fogosidad del francés del Mediodía y la fina astucia del italiano; había sabido, granjeándose las simpatías de la clase burguesa, conservar una gran autoridad sobre las masas, iracundas y turbulentas, de Belleville, Ménilmontant y Montmartre. En una palabra, era popular; esta frase lo dice todo en Francia, donde nadie ignora que el éxito es el primer elemento de celebridad.

Confiábase igualmente en el general Trochu, no por sus talentos militares, sino porque, durante el Imperio, había osado escribir un libro en cuyas páginas apuntaba las deficiencias de nuestra organización militar, pareciendo haber profetizado las causas de nuestros futuros reveses. La campaña de 1870 prestó á esta obra una palpitante cruel autoridad, populari-

zando en sumo grado el nombre de su autor. Muy cierto que Trochu, escribiéndolo y publicándolo, había consumido una dosis considerable de un valor, en Francia rarísimo: el valor cívico. Había, rompiendo lanzas contra los príncipes de la milicia y contra el Emperador, comprometido su carrera, resignándose á nunca ser nada. Acaeció, pues, que por una inesperada retrovolución, este libro, que debía cortar su carrera reteniéndole en los grados inferiores, elevóle hasta el poder soberano, eligiéndole árbitro de los destinos de Francia.

Solamente en cierto orden inspiraba el general Trochu á los parisienses una vaga inquietud. Habíase prodigado desde un principio en proclamas y circulares. Escribía mucho y muy bien. También hablaba elocuentemente. La tradición le representa apoyado sobre la chimenea de su salón exponiendo con portentosa verbosidad sus proyectos y sus ilusiones á un auditorio que se renovaba incesantemente en torno suyo. El ejemplo reciente de la vana y enfática elocuencia de Ollivier y de su estapendo fracaso, había aleccionado á nuestros compatriotas para que desconfiasen de los charlatanes. Jules Richard, periodista de muchísimo talento, habitual cronista político de *Figaro*, lanzó sobre Trochu este epíteto formidable: *es un Ollivier militar*. Empero, apremiaba tanto la urgencia de un hombre en quien se confiaba, que, dando de mano á todos los temores, hubo de abandonarse muy pronto sin reservas al nuevo salvador á quien se acababa de elegir.

Aquellos ministros hallábanse ante una situación verdaderamente deplorable. El pueblo de París había olvidado en absoluto á los prusianos, pero, sin duda, éstos nos tenían muy presentes. Ellos necesitaban

incontestablemente un breve descanso tras un esfuerzo tan violento, reformar los escuadrones diezmados por la victoria, combinar sus movimientos, andar, á grandes marchas, el camino que separa la frontera francesa de los muros de la capital. Mas, soñar con atajar su avance era una locura que no cabía en el pensamiento de ningún hombre de sano criterio. Carecíamos de ejército con que resistir su empuje. Pactar una paz bochornosa era asimismo imposible. No teníamos más que un Gobierno regular, reconocido por Bismark y que representaba á Francia entera. Puede aseverarse que nada era, en aquellos instantes, tan lejos del pueblo como la idea de paz. Por el contrario, considerándose protegido por la República como bajo un escudo invencible, sólo respiraba el furor y la venganza. Nunca el orgullo nacional había sufrido una humillación tan dolorosa. En vano ojearemos las páginas de la historia: en ninguna aperecibiremos una vergüenza comparable con la de la capitulación de Sedán; por eso acuciábanos el deseo ardiente de una formidable revancha. La anhelábamos, nos era precisa: «¡Que vengan, gritábase, que vengan!, ¡ya verán lo que es un pueblo resuelto á ser independiente ó morir!» Evocábase á este propósito el ejemplo de España, sin pensar que las situaciones eran tan diferentes como los montes de Sierra Morena pueden serlo de las vastas llanuras de Champaña y Beauce. Hasta los más fogosos no se retraían de vocear que estábamos más cerca de Berlín que los prusianos se hallaban de París. Debíamos nuestra ruina á los generales de salón, á una administración tan desordenada como costosa, á un militarismo absurdo; empero, ahora, la propia nación disponíase á empuñar las armas, dirigiendo por sí misma sus negocios.

Tornaríamos á resurgir el 92, esa epopeya hacia cuya sublimidad volvemos siempre los ojos en las grandes calamidades.

Jules Faure no era más que el eco de la conciencia pública, escribiendo esta famosa frase que caracteriza en toda su plenitud á Francia: ¡NI UN PALMO DE NUESTRO TERRITORIO, NI UNA PIEDRA DE NUESTRAS FORTALEZAS! No se diga que las gentes avisadas desconocieron, desde el primer día, el inconveniente de esta antítesis y el siniestro encanto de las complicaciones que podrían derivarse de aquella belleza retórica. Declarar, *a priori* y tan solemnemente, que nada se cedería á un enemigo victorioso, valía tanto como esposarse las manos y condenarse, si la inexorable necesidad nos precipitaba de infortunio en infortunio, á rectificar ó á resignar el poder á riesgo de una nueva revolución en presencia del enemigo. Pase, ello es perfectamente explicable, que se expresara la resolución de no ceder un palmo del territorio francés. Mas, ¿por qué añadir: NI UNA PIEDRA DE NUESTRAS FORTALEZAS? La frase revelaba así una más elegante ecuación. Empero, ¡cuán vana era! Los pétreos muros no integran el honor de una nación: cabe reconstruir más tarde las demolidas fortalezas. De igual suerte es una idea harto divulgada entre los militares, que precisa, arrasando las plazas fuertes que impelen invenciblemente los intereses de un pueblo civil hacia las tristes necesidades de la guerra, establecer enormes campos atrincherados, capaces de resistir los estragos de un bombardeo. Mas, estas reflexiones tan sensatas, cuya justa precisión habia de ser demostrada en breve, apenas eran formuladas por un reducidísimo número de hombres políticos, suficientemente integros para ir contra la corriente.

El pueblo acogió con entusiasmo y repetía, con la convicción más profunda, la frase consagrada: ¡NI UN PALMO DE NUESTRO TERRITORIO, NI UNA PIEDRA DE NUESTRAS FORTALEZAS!, que los demócratas furibundos completaron con estas significativas palabras: ¡NI UN CÉNTIMO DE NUESTRO TESORO! Había, en efecto, una facción que, de buena fe ó por conveniencia de partido, á nada ni á nadie atendía. Un periódico insertaba este diálogo cambiado, según él, entre un comerciante de la calle de Sentier y un industrial de Belleville:

—Sí —decía el primero que quería probar á su interlocutor—, ya se ha firmado la paz. Se retiran los prusianos.

—¿Y qué les cedemos en cambio? —interrogaba con desconfianza el industrial.

—Ni un palmo de nuestro territorio, ni una piedra de nuestras fortalezas.

—¿Ni un céntimo de nuestro Tesoro?

—Ni un céntimo de nuestro Tesoro —afirmaba rotundamente el comerciante.

—¿Y qué indemnización piden?

III

El nuevo Gobierno hallábase abocado á solucionar dos cuestiones abrumadoras y plenas de amenazas: la de las fortificaciones y la del abastecimiento de víveres. ¿Qué había llevado á cabo hasta allí el poder derrocado, y qué restaba por hacer?

Clemente Duvernois, exministro de Comercio, había recibido el encargo de abastecer á París. Duvernois, harto sospechoso para la opinión liberal, tenía,

á lo menos, el mérito, bastante raro, de ser inteligente, activo: sobre todo emprendedor; poco escrupuloso y muy osado y resuelto. Desde un principio rompió terminantemente con la marcha ordinaria de la rutina administrativa, negociando, sin reflexión, una cantidad enorme de créditos con cuantos industriales acudían á él.

Recordaréis al ministro patriota de la Convención que, enviado ante las tropas para apresurar las operaciones de los generales, é ignorando lo más elemental en este orden, repetía constantemente: «Es necesario laborar por grandes masas, procedamos por grandes masas», y que, aplicando este sistema, concluyó por lograr la victoria. Algo de esto ocurrió con Clemente Duvernois. Este no había estudiado detalladamente las cuestiones que, por exigencias de las circunstancias, debía resolver con toda prontitud. Empero, también procedía por grandes masas. Compraba, compraba siempre, y siempre en grandes cantidades.

Referíase en voz baja la estupefacción de uno de los más acaudalados industriales de Francia, tratando con el ministro de Comercio la adquisición de una partida de carbón.

—Carbón—había dicho el impulsivo Clemente Duvernois—; sí, no cabe duda que necesitamos carbón. Este artículo es el pan de la industria.

—¿De qué clase lo queréis?

—¿De qué clase?

—Sí, lo tengo de tres especies.

Y el fabricante enumeró las respectivas cualidades.

—¡Admirable! Entonces traiga de las tres—repuso el ministro.

—¿Qué cantidad?

El ministro indicó una cifra.

—Eso es el consumo de un día en París— replicó, sonriendo, el industrial.

—¡Magnífico!— había concluido el ministro.—
¡Magnífico! ¡Cuanto más, mejor!

Cuanto más, mejor: he aquí su lema, cuya bondad hubimos de reconocer todos en aquellos momentos. He de notar, que no puedo consignar las cifras exactas de las provisiones adquiridas, é ignoro si alguien, aun los propios secretarios del ministro, podría facilitar las auténticas. Unicamente á la historia compete suministrar, en tiempo oportuno, datos fidedignos acerca de este particular, como sobre tantos otros. Desconozco el sentir del vecindario de París, que se limitaba á referir lo que se decía entonces y el efecto que estos rumores causaban sobre el espíritu público.

Copio de un diario del 4 de Octubre la siguiente nota oficiosa, si no oficial, que toda la Prensa reprodujo:

HE AQUÍ UN RESUMEN DE LOS INMENOS ABASTOS QUE LA CIUDAD DE PARÍS POSEE ACTUALMENTE. SOLAMENTE EN LOS DIVERSOS PARQUES DE LA CAPITAL, COMO EL BOSQUE DE BOLONIA, LUXEMBURGO Y ALGUNOS OTROS, TENEMOS CERCA DE 220.000 CARNEROS, 40.000 BUEYES Y 12.000 CERDOS.

AHORA BIEN, COMO, SEGÚN CÁLCULOS, PARÍS CONSUME DIARIAMENTE CERCA DE MIL CARNEROS Y SETECIENTOS BUEYES, DEDÚCESE QUE OBRAN EN NUESTRO PODER LOS RECURSOS SUFICIENTES PARA AFRONTAR LOS ACONTECIMIENTOS.

RESPECTO DE LA HARINA, PARÍS POSEE UNA PROVISIÓN DE TRESCIENTOS MIL QUINTALES, SIN CONTAR LAS CANTIDADES ALMACENADAS EN LAS PANADERÍAS Y QUE SE ELEVAN Á DOSCIENTOS MIL QUINTALES.

DE TREINTA Á CUARENTA MIL QUINTALES DE CARNE EN CONSERVA Y UNA CANTIDAD CONSIDERABLE DE PESCADO PREPARA-

DO EN IGUAL FORMA. POR ÚLTIMO, PARÍS POSEE UNA ENORME PROVISIÓN DE SAL, CIENTO MIL QUINTALES DE ARROZ, DIEZ MIL DE CAFÉ, SIN CONTAR OTRAS EXISTENCIAS DE DIVERSOS PRODUCTOS ACUMULADOS EN LOS ALMACENES MERCANTILES DE LA CAPITAL.

EL PUEBLO DE PARÍS SE HALLA, PUES, ABASTECIDO COPIOSAMENTE Y PUEDE, CON ABSOLUTA TRANQUILIDAD, ESPERAR Á LOS PRUSIANOS.

Eran verdaderamente extraños aquellos inmensos parques de animales en el mismo corazón de París. Además del bosque de Bolonia y de los jardines públicos, habíase dispuesto, en el interior de las fortificaciones, vastísimas extensiones de terreno para encerrarlos. Los voluntarios, elegidos entre los campesinos, eran los encargados de su cuidado. Causaba lástima ver aquellas pobres bestias que parecían sentir la nostalgia de sus establos, y que, venteando, aspiraban fuertemente el aire, lanzando prolongados y tristes mugidos. Coceando sobre un terreno pleno de suciedad, miraban lánguidamente á los visitantes que se aventuraban á pisar el fango de sus cuadras. Entre ellas, contábanse vacas de leche, y nuestros voluntarios, á fuer de galantes, ofrecían á las damas el humeante y espumoso líquido que ellos mismos ordeñaban; alzando ligeramente sus faldas, y riendo, salvaban los obstáculos, mostrando al beber en los toscos vasos de madera, sus lindos y blancos dientes. Algunos toros viejos lanzaban desde lejos sobre esta escena una mirada oblicua.

Los carneros apretujábanse unos contra otros, tiritantes y tristes. La mayor parte padecían reuma. «He aquí, decían los chuscos, lo que es tomar café con los pies húmedos». Imaginóse con harta ligereza que sobraría el forraje para mantener aquellas multitudes. Otro grave contratiempo era que los pastos

mal preparados, caían presto bajo las patas de las bestias que los inutilizaban y para las cuales estaban por otra parte demasiado majados. La mitad perdíanse podridos. Más tarde, cuando arreció el frío, fué menester construir barracones, que no sirvieron para nada, ya que cada día del Sitio disminuyó su número, hasta el momento en que el último buey salió de estos establos improvisados para marchar á la muerte.

El nuevo gobierno prosigue con febril actividad el abastecimiento comenzado por sus predecesores. La industria privada secundaria, de buen grado, el movimiento. Aunque todavía no se creía positivamente en el Sitio, ni mucho menos en un bloqueo, fueron muchísimas las personas que se proveyeron, á toda prisa, y por conductos directos, de toda especie de géneros. Los muelles fueron repletos de provisiones que, lentamente, engrosaban los depósitos improvisados en París. En los mercados apilábanse en gigantescos montones los sacos de harina, los toneles de carnes curadas, las gavillas de pastos, los botes de conservas é innumerables paquetes de legumbres secas. Era un prodigioso espectáculo, digno de Gargantúa, contemplar desaparecer á aquel inmenso ejército de vituallas á través de monumentales aberturas, bajo los amplios arcos de los almacenes, que parecían insaciables.

Todos los monumentos disponibles en París fueron utilizados en esta empresa. Huelga enumerarlos. Citaré, como único ejemplo, la Nueva Opera y la forma en que se empleó su vasto local que, nadie ignora, hallábase concluido en absoluto cuando estalló la revolución de Septiembre. Carlos Garnier, su arquitecto, se ocupaba en cubrir el edificio, rematando así en absoluto su obra. Saboreaba ya el placer

de la primera inauguración, entre tanto llegaba el día de la apertura definitiva. Nadie pensaba que aquel edificio, construido en honor de la música y del baile, habría de servir en sus inicios á otros fines, ni remotamente relacionados con las Bellas Artes.

Temíase que, en determinado momento, los prusianos se apoderaran de nuestros acueductos: París carecería entonces de agua. Garnier recordó haber edificado sobre un depósito que procedía de las alturas de Montmartre. Buscó de nuevo el estanque sobre el cual se basaban los cimientos de la Nueva Opera, y, abriendo un canal, inundó de agua los inmensos sótanos del magnífico teatro.

Además, amontonó toda clase de balas y municiones: y conforme se elevaba de piso en piso la luz, iba llenando hasta una altura de diez metros aquellos extensísimos salones construidos para el placer, de trigo, harina, patatas y vino. En el piso bajo se instalaron una lotería, con diez millones de billetes, un campamento de voluntarios y diversas barracas. Por otra parte, por doquier almacenó millares y millares de objetos destinados ora á la alimentación, ora á la indumentaria del ejército; esto sin mencionar una panadería militar, lo que inspiró á los *reporters* este chiste que muchos atribuyen á M. Auber:

Dans le palais du son on fait de la farine.

¿Qué me resta por decir? En los amplios vestíbulos de aquel templo artístico, de mármoles y oro, estableciéronse albergues para los oficiales: una ambulancia sanitaria para los heridos y, en el techo, un aparato de luz eléctrica y un telégrafo de señales que comunicaba con el instalado en las torres de San Sul-

picio. De arriba abajo la Nueva Ópera respiraba la guerra: su historia es la de todos nuestros monumentos públicos en aquellos memorables instantes.

IV

De nada habría servido abastecer á París si no se le fortificaba. Acerca de este punto notaré, por última vez, para siempre, que ni yo ni nadie podríamos decir exactamente la verdad, sólo haciéndonos eco de los rumores circulados entre el público.

Ignorábamos por completo el valor de las fortificaciones de París. Sabíamos que existían porque nunca dejábamos de exclamar cuando salíamos, el domingo, de la capital, atravesando la vía de circunvalación: «¡Ah!, ¡vamos á las murallas!» Empero nunca las habíamos mirado más que como un juguete prodigioso, como una gigantesca piedra, apenas sorprendiéndonos si alguien nos dijese que procedían de Nuremberg, como los soldados de plomo, y se hallaban destinadas á divertir á los niños.

Mas fué preciso considerarlas en serio: hoy nadie en París desconoce en su justa proporción lo que es un *bastión*, todos hablan de *cortinas* y de *troneras* como un veterano. Cuando un ingeniero pretende fortificar una ciudad, comienza por circuiirla, según la magnitud de la plaza, de un polígono de cierto número de lados: delante de cada ángulo de este polígono construye un torreón en forma de hierro de lanza, que es el *bastión* propiamente dicho; la punta de esta lanza denominase el *saliente*. Llámanse *cortinas* las caras del polígono inclusas entre los diversos *bastiones*. Siendo siempre el *saliente* el punto más débil de un

bastión, se le fortifica ordinariamente con otros medios de defensa, que se titulan *medias-lunas*, *cremalleras*, *coronas*, etc.

Estos medios defensivos no son en París otros que las murallas que amparan su cerco y que, defendiendo la capital, protégense mutuamente. El cerco de París hállase cubierto por noventa y cuatro bastiones en una extensión de treinta y seis kilómetros de circunferencia. La línea trazada de centro á centro de cada uno de los diez y seis bastiones más salientes, mide ciento cinco ó ciento seis kilómetros. Sin duda estas cifras eran muy tranquilizadoras. Mas, ¿en qué estado de defensa se hallaban tales fortificaciones?

Nuestros informes, en este punto, son harto inciertos. Los técnicos calculaban que eran precisos por lo menos seis meses de incesantes trabajos para completar la obra defensiva y dotarla de la congruente resistencia. Refiérese que el general Tottleben, célebrimo defensor de Sebastopol, luego de recorrer en toda su extensión nuestras murallas, interrogó al cultísimo oficial francés que le servía de guía:

—¿Esto es todo?

—Sí, mi general.

—Entonces, París se rendirá cuarenta y ocho horas después que veáis el primer casco prusiano. Tenedlo por descontado.

M. Thiers decía en público á sus amigos:

—París no puede resistir más que ocho días. No se le puede exigir más, según se halla hoy.

Uno de mis camaradas íntimos que en aquellos días conversó con Trochu, preguntóle acerca de las probabilidades de éxito que ofrecía la situación.

El general le sacudió fuertemente un brazo, respondiéndole con voz vibrante:

—Caballero, los prusianos entrarán en París cuando y como se les antoje. No lo dudéis: todos los oficiales, medianamente instruidos, lo saben.

—¡Diantre!, y en ese caso, mi general, ¿qué aguardáis?

—¡Ah!, dejarnos matar antes.

Y Trochu, echándose hacia atrás, concluyó con aquella entonación enfática que caracterizaba su persona y su talento:

—Ello servirá de ejemplo para las futuras generaciones.

El vulgo repetía incesantemente estas desconsoladoras frases, cupiendo aseverar que cuantos generales, jefes y oficiales residían en París, apoyábanlas con demostraciones, á las cuales nosotros, profanos en la materia, nada podíamos oponer. Parecía que adoptaban sus precauciones, justificándose de antemano de una capitulación que reputaban, según las reglas de la estrategia, como inevitable. Es un fenómeno que los historiadores pueden observar reiteradamente: en los casos desesperados, son los sencillos, los ignorantes, el vulgo quienes conservan la serenidad y forman en la vanguardia: los técnicos, conscientes de las dificultades, pierden más presto el valor.—Allí donde los La Hire vacilan, las Juana de Arco se lanzan al combate.

Las fortificaciones que databan de hacia treinta años no podían resistir la artillería y las máquinas de guerra modernas. Habíase descuidado en ellas ciertos detalles que, antaño, de nada servían, pero que, ogaño, eran poderosísimos auxiliares. Tal acaecía con las alturas de Châtillon, que, en el Sur de París, dominan los fuertes de Vanves, de Issy y de Montrouge, pudiendo cubrirlas con sus fuegos. Al Noroeste,

muy inteligentes oficiales habían reputado como gran protección el curso del Sena, que era preciso vadear dos veces para entrar en la capital, y, sin embargo, dejaron, entre el Monte Valeriano y Saint-Auen, una enorme extensión vacía de toda defensa: la semi-isla de Gennevilliers.

El general Palicao, exgobernador de París, pensó en un principio fortificar estos puntos vulnerables y pertrechar convenientemente las murallas y los fuertes, donde no había cañones, ni pólvora, ni balas, ni artilleros. Empero acometió lentamente la empresa, seguro de que el peligro no era inminente y no queriendo alarmar al pueblo parisién.

El arte demandaba diez y ocho meses para levantar un fuerte sobre las cumbres de Châtillon. Apenas disponíase de diez y ocho días, y, á juzgar por las apariencias, transcurriría este corto lapso sin que nadie lo aprovechase. Algunos obreros discurrían en torno de carretas, palas y azadones hacinados en el suelo. Los parisienses, cuyos paseos habituales eran por aquel entonces las murallas y los alrededores de los fuertes, extrañaban tal negligencia, que no comprendían.

La proclamación de la República que debió apresurar los trabajos, los suspendió en firme. Fué, lo repito, un momento de breve demencia. No hubo medio humano, á lo que parecía, de que los obreros trabajasen. Ellos festejaban, á su modo, el retorno de la gran desterrada, creyendo que el nombre de la República defendíales mejor que las trincheras y los cañones que asomaban sus negras bocas por las troneras de las murallas. Habían enloquecido.

En su consecuencia perdieron lastimosamente el tiempo.

CAPÍTULO III

Llegada de los prusianos.

I

¿Qué hacían los prusianos?

La historia explicará el secreto de su prolongada inacción, cuyas causas exactas ignoramos hoy. Lo cierto es, que todos creían verles, cinco ó seis días después de Sedán, caer sobre París, y que hasta el 19 no comenzaron á brillar sus cascos en las cercanías de Saint Denis.

Seguíanse sus etapas, insertas paso á paso y día por día en la Prensa, por este medio; los trenes no llegaban más que hasta Bar-le-Duc, al otro día hasta Vitry, dos días más tarde á Châlons, y después sólo á Epernay. De esta suerte apreciábamos en cuántas leguas decrecía el dominio de Francia; replegándose, de estación en estación, sobre París, el material de los caminos de hierro, enseñábanos el terreno abandonado al enemigo; entre tanto, el cerco que los prusianos formaban en torno suyo, estrechábase incesantemente, hasta que por fin Asnières y Vincennes fueron cabezas de línea. Al otro día, hallábanse encerrados dentro de la capital todos los vagones, todas las máquinas, cuanto se utiliza en la explotación de la industria ferroviaria, y muradas y clausuradas las

puertas, á cuyo través los trenes partían de la populosa urbe.

No cabe dudar que todos aquellos que cuenten á la posteridad el famoso Sitio, notarán la firme é inquebrantable resolución de vencer ó morir que animó, durante el glorioso intervalo, á los vecinos de París; indiscutiblemente encomiarán el heroísmo de la gran capital que rompió, sin palidecer, con sus hábitos de lujo y molicie, formando el propósito de sucumbir sobre sus ruinas antes que rendirse cobardemente. En realidad de verdad, muy complejos sentimientos movieron á la burguesía parisina en aquel período expectante; su análisis es harto difícil aun para el observador más sagaz.

En el fondo de todos los corazones latía—ello era absurdo, insensato, ridículo—como una secreta esperanza, de que todo se arreglaría, no continuando su marcha los prusianos. ¿Sobre qué se fundaban estas singulares ilusiones? Sobre todo y sobre nada. Guillermo había declarado que peleaba únicamente contra Napoleón. ¡Admirable!, decíase; destronado el Emperador, ¿por qué el rey de Prusia ha de proseguir la campaña contra una nación que nada le ha hecho? Tendrá miedo, añadíase, á la República francesa y á la propaganda de las ideas democráticas entre sus soldados. Todos los demócratas de París dedicarían amplios cartelones á los soldados enemigos, á quienes llamarían *nuestros hermanos de Alemania*, colgándolos de todos los muros de París para que los oficiales de Bismark los leyesen cómodamente. También se contaba con la intervención de Europa; Rusia no toleraría que Prusia prosiguiera sus conquistas, peligrosas ya para la seguridad de Europa. Inglaterra debía sospechar que, vencida y fraccionada Francia, Gui-

lhermo se fijaría en Holanda, ambicionando el imperio de los mares. A diario leíamos en los periódicos sendos artículos que nos hacían concebir las más risueñas esperanzas de una próxima intervención. En cambio, nadie se fijaba en los artículos donde *Le Times* exponía friamente las razones que forzarían á Europa á una prudente abstención, aconsejando á las naciones cierta indiferencia, no muy de su agrado.

Empero, sobre todos estos motivos, fomentaba el ensueño insensato del público parisién esa incurable vanidad que constituye el fondo de nuestro carácter nacional. Antojábasenos la toma de París un monstruoso sacrilegio, un atentado contra todas las leyes divinas y humanas, tan horrendo, que ninguna imaginación osaba concebir la posibilidad de tamaño crimen; no, era imposible. Rasgárase antes la tierra, devorando á los malditos que se atrevieran á poner sus manos sobre el arca santa. Estoy convencido plenamente de que casi todos nosotros alentamos, hasta el último día, semejante esperanza; que ella mezclóse con las demás emociones y que no pudo desaparecer, si desapareció, más que con el primer cañonazo disparado desde el fuerte Valerien.

Todo hombre está formado de contradicciones: el francés es, en este orden, más hombre que todos los restantes del planeta. A través de estas ilusiones, toda la burguesía profesaba un sentimiento absolutamente contrario: el de que debía permanecer en París afrontando la tempestad que se avecinaba.

Circula siempre, en todos los grandes eventos, una frase consagrada que expresa el sentimiento público, y que, en cierto modo, sirve de contraseña para reunirse: *Es necesario estar allí*, era la expresión de moda.

El gobierno de la defensa había invitado á todas las personas inútiles para que abandonasen á París. Muchos individuos de las clases elevadas habían, obediendo esta orden y por medida de prudencia, llevado á sus mujeres y á sus hijos, quién á los baños de mar, quién á las quintas de verano, quién á Turena ó al Sur de Francia; mas cumplido este deber de familia, todos tornaban á la capital.

La emigración á las costas de Normandía fué considerable, presentando un espectáculo curiosísimo las estaciones de aquellas célebres playas, llenas de hombres que regresaban solos á París, sin que ningún negocio reclamase su presencia en la hermosa urbe, pero que habianse dicho: *Es necesario estar allí*. En pintorescos grupos platicaban alegremente, sin conocerse, los opulentos fabricantes, los procuradores, los abogados, los empleados, los artistas.

—¡Ah!, ¿también, también vos regresáis á París?

—¡Oh!, desde luego, y no porque pienso causar á los prusianos un gran mal; no sé coger un fusil. Pero es necesario estar allí.

¡Es necesario estar allí!: he aquí el saludo universal, no agotándose los vocablos zumbones para con aquellos individuos que, por miedo ó por razones personales, salían de París para no regresar. Llamábaseles *franceses ojeadores é hilanderos* del Sena. Refiérese que á un periodista muy significado, en el momento de facturar su equipaje, díjole estrechando la mano un su amigo que le había acompañado hasta la estación:

—¡Vamos, querido, valor grande se necesita para abandonar á París en estos momentos!

Comentábase, riendo, la frase de un artista, á quien sus íntimos reconvenían:

—¡Cómo! ¿Te marchas?

—Es más fuerte que yo. No quiero permanecer en una población que no ha de defenderse.

Emilio de Girardin se consideró obligado á explicar al público que, con sus cincuenta y cinco años y su vista enferma, sería á Francia más útil en provincias que encerrado entre las murallas de París. Tenía razón; pero nadie quiso creerle, y los insultos llovieron sobre él.

En aquel momento solemne surgió un impulso universal que honró extraordinariamente á París. Esta ciudad tan frívola, tan vana, y que concluimos de presentar como hartó fácil para las ilusiones, formó simplicísimamente, pero con no menos firmeza, el propósito de resistir hasta el fin, costase lo que costase. Nadie había previsto un bloqueo. Toda la población aguardaba un ataque violento, lo que los parisienses llaman en su pintoresco argot *un golpe de perro*. Pensábase que los prusianos, apenas llegados, bombardearían, y sacrificando cincuenta mil hombres coparían la capital. Muy cierto que esta perspectiva no era nada halagüeña ni tranquilizadora para gentes cuyas tres cuartas partes nunca habían disparado un fusil, y sin embargo, nadie retrocedía: todos voceaban:

—¡Es necesario estar allí!

La heroica defensa de Strasbourg enloqueció todas las imaginaciones. A diario veíamos desfilar por los paseos á las compañías de la Guardia nacional, llevando verdes ramas y flores en los cañones de sus fusiles, con dirección á la plaza de la Concordia, para presentar sus armas y cubrir de flores el pedestal de la estatua de Strasbourg. Pronunciábase un discurso patriótico, se cantaba la *Marsellesa*, se ex-

hortaba á imitar el ejemplo de aquellos valientes que allá, bajo la metralla, defendían obstinadamente el honor de la Patria.

Reconocemos que tales ceremonias eran algo afectadas, que se repetían demasiado para ser espontáneas; empero, las manifestaciones exteriores tienen la ventaja de influir más profundamente sobre las almas é inflamarlas, si no lo están ya por las inspiraciones intermitentes de un solitario entusiasmo. Cuando los hombres han gritado al *unísono* durante largo tiempo: vencer ó morir; cuando han lanzado estos clamores en actos públicos, llega un día en que no pueden retroceder, han quemado sus naves.

Los *clubs*—en París había muchos y de todos matices—laboraban también en este sentido. Nadie se habría atrevido á pronunciar la palabra *paz*. Hubiérasele insultado, silbado, *lynchado*. Los oradores no eran, en general, modelos de bien decir y de elegancia; amenazaban con el puño cerrado como energúmenos, lanzaban miradas terribles, no cesando de proferir invectivas contra el rey de Prusia, á quien se llamaba—ello era de buen gusto—*papá Guillermo*, y contra su aliado M. Bismark. Representábase al uno ébrio de champagne, y al otro de sangre y de soberbia. Burlábanse todos de nuestro *Fritz*, prometiendo enseñarle lo que vale un pueblo libre.

—¡Les haremos retroceder hasta Berlín! —rugía un orador.

—¡Sí, sí!—vociferaba todo el auditorio.

De esta suerte manteníase aquella locura estupenda de patriótica exaltación. Los políticos que, desde su despacho, juzgan friamente los acontecimientos, habrían preferido que el gobierno—cualquiera que fuese—dijese cara á cara á los prusianos:—¿Qué exi-

gis? Imponed condiciones honrosas para Francia, y aun tras de tantos desastres, pactaremos la paz.— Empero, no se aventuraban, sino tímida é incidentalmente, á dar sus consejos; aun aquellas mismas personas que reputaban éstos como justos, hubiesen temido manifestar en público su opinión. Unos, de buena fe, y otros, á la fuerza, todos gritaban:

—¡Es necesario estar allí!

II

No basta, ni aun detrás de las murallas, el patriotismo para defender una plaza. Son menester soldados. No los había. Vencido Mac-Mahon, bloqueado Bazaine, ¿qué guarnición restaba en París? Aquellos trescientos veinticinco mil hombres que componian todo el ejército disponible en Francia, aquellos famosos trescientos veinticinco mil hombres, *actores* del plebiscito, eran precisamente quienes habían descubierto á Bismark nuestra irremediable debilidad. Cuando escribo estas líneas hállanse todos, infelices, en Alemania. El ejército de Metz había capitulado igualmente, y para repetir una de esas frases crueles y cínicas, familiares al espíritu parisién, Bazaine había verificado, por fin, su enlace con Mac-Mahon.

¿Dónde reclutar soldados? Por fortuna, Vinoy, operando tan hábilmente que los mismos prusianos hubieron de admirarle, batíase en retirada, acudiendo en auxilio de París con un cuerpo de ejército que, á sus órdenes, se había librado del desastre de Sedán. Empero, importaba no confiar ciegamente en estas tropas; además de que no eran veteranos, lo más selecto de nuestro ejército, como los que mandaba Ba-

zaine, regresaban desmoralizados por el espectáculo de la tremenda derrota que habían presenciado desde lejos. En su extraviada fantasía, recordaban la vivísima impresión. Mal vestidos, peor calzados, reflejando en toda su persona el desorden del desastre, nada habían perdido en grado tan intenso como la moral y la disciplina. No confiaban en sus jefes ni en sus armas.

—Ni siquiera debemos intentarlo—decían—; los prusianos son más fuertes que nosotros.

Por doquier llegaban á Francia fugitivos de Sedán; unos habían atravesado Bélgica; otros huído de la capitulación; no pocos, precisa decirlo así, habíanse mantenido alejados prudentemente de la batalla, corriendo como galgos apenas publicado el desastre. Todos importaban en Francia un gran disgusto de la guerra, contribuyendo á sembrar el desaliento y el miedo. Es lógico pensar que los cobardes, y por ende los menos fogueados, eran los más entusiastas propagandistas de esta desmoralización. He observado reiteradamente que el francés ha menester ser impulsado por el éxito y que su valor es efecto del entusiasmo mejor que de la resistencia. Los reveses le agotan, y el retraimiento le aniquila. Pensad que aquellos soldados habían sufrido, fuego tras fuego, con inaudita celeridad, los descabros más formidables que la historia registra; que acababan de recorrer cien leguas, pisándoles los talones los prusianos, y decid con qué valor podían correr á nuevos combates. Repetíase, desde los inicios de la campaña, la frase del *Times*.

—¡Sois leones capitaneados por asnos!

¡Ay! Los mismos leones habían perdido sus melenas. No había, á lo menos por el momento, que esperar ningún esfuerzo vigoroso.

Ordenóse que, á toda prisa, acudieran á París los marinos de nuestros puertos. No eran tantos como hubiese sido de desear. Muchos viajaban en aquella escuadra tan fastuosamente inútil que había cruzado el Báltico; cinco ó seis mil se habían dejado matar, con incomparable bravura, en Sedán. Llegó el resto. Eran excelentes soldados, que han hecho en París poco ruido y muy útil campaña. Se les distribuyó entre los fuertes, donde volvieron á encontrar sus cañones que, siguiendo el ejemplo del ilustre Tottleben, se desmontaron de los buques para artillar las ciudadelas. No fueron para nosotros objeto de curiosidad ni de espectáculo; sus jefes, temerosos de que cundiese entre ellos el contagio del desaliento y la indisciplina, apenas les permitían bajar, durante breves intervalos, á tierra. Rara vez les veíamos con su sombrero charolado, su enorme cuello vuelto, su blusa azul, su tez bronceada, su aire marcial é infantil, detenerse en nuestras calles.

Destruído el ejército regular, fué preciso pensar en el *movilizado*, en aquel movilizado que el mariscal Niel intentó organizar y del cual el mariscal Lebœuf, su sucesor, se burló tan ingeniosamente en la Cámara. Fué algunas semanas antes de declarar la guerra; á propósito de la discusión de su presupuesto, la Comisión oportuna ofrecíale varios centenares de miles de francos para poner en pie la guardia movilizada.

—Es muy poco—argumentó un miembro de la izquierda.

—Es demasiado—repuso irónicamente el citado mariscal.—Confieso que aunque nada me déis, estaré muy satisfecho.

Aquellos movilizados, tan despreciados, eran, por

tanto, quienes debían salvar la situación. Desde largo tiempo atrás, nuestro ejército componíase, sin que nadie lo advirtiera, en gran parte de *vendidos* y *re-enganchados*. Aquéllos, en tesis general, son casi siempre malos soldados; éstos, veteranos gruñones. Ellos no constituían la nación. La organización de los movilizados, por el contrario, debióse á las energías vivas de la patria, que reclutaba al campesino, obediente y bravo; al obrero, excelente camarada, de cuerpo flexible y elástico espíritu, pleno de alegría y buen humor; y, junto á estos, á los hijos de aquella burguesía que, durante cuarenta años, había cometido la injusticia de desembarazarse del servicio de las armas, instruidos, inteligentes y esforzados, con ese valor que la superioridad mental presta á las almas bien nacidas. Tales eran los verdaderos elementos de los ejércitos de otros tiempos, de aquellos que habían rechazado á Europa en el 92, y por desgracia nuestra, batido y conquistado, de 1800 á 1814.

Empero toda esta organización apenas existía todavía más que teóricamente. El ensayo verificado en París casi había constituido un fracaso. Los movilizados parisienses aterrábannos por su indisciplina, de la que oíanse á diario espeluznantes relatos. En parte era culpa del antiguo gobierno que, no pensando utilizar aquella milicia, habíala dotado de una oficialidad formada por jóvenes, cultos y ricos, pero en absoluto ignorantes del arte militar y, por ende, sin influencia sobre sus subordinados. Referíase de su acampado en Châlons las historias más inverosímiles. Los soldados insultaban á los generales en plena revista; saqueaban las fondas y las posadas; se negaban á hacer guardia, entregándose á mil locuras que la crónica exagera en nuestros mismos días.

El mariscal Mac-Mahon desembarazóse de ellos, enviándoles á París; se les alojó en el campamento de Saint-Maur; empero, aquí tampoco modificaron su vituperable conducta. Acostumbraban, si lo que de ellos se cuenta es cierto, á abandonar en masa las centinelas nocturnas para venir á los lupanares de la capital. Por la mañana, entre cada ciento, faltaban á la lista sesenta. A no dudarlo, estos rumores, que la opinión pública acogía en serio, eran bastante exagerados. Mas, indiscutiblemente, aquellos soldados de novísima creación, mal capitaneados, sin espíritu militar, de una deplorable disciplina, preocupaban extraordinariamente al general en jefe, que les arengaba sin cesar; por fin les destinó á los fuertes—un puesto de honor—les dijo—para dorar la píldora. Murmurábase, para no citar más que un ejemplo, que en uno de los fuertes donde había sólo un pozo de agua potable, ellos habían elegido este recipiente para evacuar lo que Molière denomina en *Le Médecin malgré lui*, lo superfluo de la bebida. ¡Granujadas de colegio, pero en un campo de batalla ante el enemigo! No obstante, poco á poco se enmendaron y aprendieron su obligación, sobre todo á raíz de habérseles permitido escoger á sus oficiales—acuerdo común á todos los cuerpos movilizados.—Empero, por el momento, sólo á medias podía contarse con ellos; bravísimos, sin disputa, y capaces de las más heroicas hazañas, pero poco seguros y faltos de táctica.

Los movilizados provincianos inspiraban más confianza, no porque fuesen más expertos en la vida militar, ni en el manejo del fusil, sino porque su honrado, robusto y plácido rostro denotaba que todos ellos eran hombres varoniles de quienes se hacía cuanto se desease, sabiendo manejarles. El general Trochu

procede de Bretaña. Llamó á los movilizados, sus paisanos, que acudieron súbito como un solo hombre. ¡Pobres muchachos! Aún me parece verles con sus largas cabelleras, sus enormes sombreros redondos y su cara estupefacta, cuando en cierta tarde desembarcaron en París, mientras que las nubes vertían sobre ellos un verdadero diluvio. Fueron una de tantas curiosidades como desfilaron á través de París en aquellos días de tremenda agitación. La mayoría no hablaban francés; imposible entenderse con ellos.

Serios y graves, con paso tranquilo y mostrando en sus manos las boletas de alojamiento, cruzaban las calles que no conocían sin preocuparse de los torrentes de agua que les calaban hasta los huesos. Tras de los bretones vinieron los de Berrichon, del Franco Condado, de Champaña y Borgoña, más otros muchos que no recuerdo ahora.

Entonces pudo contemplarse la admirable variedad de razas que integran la unidad francesa, que un insolente extranjero pretendía romper. Cada uno de aquellos jóvenes, llegados en grupos de sus provincias, llevaba signados en su semblante y en su actitud los caracteres de la región á que pertenecía. Tuve alojados en mi casa á varios bretones; todos eran pensativos, retraídos y muy enérgicos. Apercibiase en su tosca figura la energía que les presta el granítico terreno que les ve nacer y los hábitos meditativos que engendra la incesante perspectiva del vasto mar que arrulla sus cunas. Muy otro era el borgoñón. De elevada estatura, color encendido, rostro alegre, agraciado, palabra sonora, andar soberbio y gesto majestuoso; de gallarda apostura, parece que el vino rebosa en su corazón. ¡Y qué fantasía la suya!... ¡Qué númen de patriótica abnegación! Conocía á varios;

sentía gran placer escuchándoles; debían devorar de un solo bocado á todos los prusianos.

Por aquel entonces tropecé con el batallón de Semur, uno de cuyos capitanes era mi amigo. ¡Qué relatos tan subidos de color como fantásticos! Habíaseles dejado en su país, adiestrándose militarmente, lejos de las tropas alemanas. Empero, ellos no lo entendían así; querían también venir á París, como los demás, y batirse. Comisionaron á uno de los suyos para que expusiera sus deseos al gobierno, que accedió á ellos. ¡Dijérase que habían enloquecido de júbilo! Cogen sus mochilas y ¡en marcha! Arriban en ferrocarril á Dijon, voceando:

—¡Pronto, un tren!

—No hay tren—replica el jefe de la estación—, acaba de salir el último; quizá los prusianos hayan cortado ya la línea.

—¡Un tren, ó te fusilamos!

¿Cómo no reírse? Tales son las alegres fanfarronadas borgoñonas. Es preciso acceder á las exigencias de estos diablos desencadenados. Organizóse un tren.

—¡Ahora falta un jefe de tren!

—¡Sube en la locomotora! ¡Pronto, ó te fusilamos!

Obedece el jefe de estación; durante la travesía, nuestros borgoñones, ébrios de placer, disparan desde las ventanillas sobre las vacas que pacen, sobre los rebaños de carneros que triscan en los campos; cantan, gritan, escandalizan. Es el vino rojo del país que bulle en sus venas, desbordándose en joviales extravagancias.

Quince días más tarde mencionábase en la orden del día de la plaza á estos gallardos borgoñones. ¡Habíanse peleado con su eterno humorismo, simpático y fuerte!

Fijase en setenta mil el número de los movilizados provincianos en los días que precedieron á la catástrofe; eran la esperanza de un ejército; sin embargo, no constituían un ejército; los periódicos prusianos decían burlonamente:—¡No son los *movilizados* (*sic*) quienes han de intimidar á los vencedores de Woerth y Sedán!—Algún tiempo después hubieron de modificar este juicio.

Detrás vino la Guardia nacional. Tampoco esta era una fuerza organizada. El gobierno caído desconfió siempre de ella. Recordábase á este propósito la siguiente célebre definición: «La Guardia nacional es la nación armada ante el poder». Sin embargo, además de haber sido suprimida en varios barrios, habíase expurgado sus filas en los restantes. Dejóse únicamente á los hombres con quienes se creía poder contar y á quienes descorazonaba todavía un servicio que era sólo de parada. No aspiraban á pertenecer á su oficialidad más que los ambiciosos, que apetecían los galones rojos, exclusivamente para ser invitados á las fiestas oficiales. Había quien, entre los ciudadanos, sustraíase á las cargas de la Guardia nacional; por ejemplo, yo, que al estallar la revolución del 4 de Septiembre, no conocía más que el «hotel de las habichuelas», donde me hospedaba tres ó cuatro días todos los años.

Próximo ya el enemigo, no era tiempo de reír y divertirse. Todos sabían que precisaba alistarse en la Guardia nacional. Organizáronse varios batallones compuestos en general de opulentos burgueses, comerciantes, abogados, empleados, y que contaban de ochocientas á mil plazas. Reclutáronse entre los vecinos que en el barrio disfrutaban análoga posición social, y se distinguían bajo el nombre, que conser-

varon durante todo el Sitio, de *viejos batallones*. Generalmente sumaban unos doscientos hombres.

Los *nuevos batallones* formáronse en los distritos en que no existía la Guardia nacional, en Belleville, Ménilmontant, allí donde el Imperio temía, según la frase de *Charivari*, los excesos de una desenfrenada soldadesca nacional. Urgía organizarlos en los barrios más ricos, donde los antiguos no podían cubrir las inscripciones que afluían de todas partes. Estos nuevos batallones eleváronse rápidamente á la cifra de dos mil hombres. ¿Diremos que nadie se preocupó más que de cómo había de vestir la Guardia nacional? Los antiguos regimientos usaban, en su mayoría, como uniforme, una túnica y sombreros de fieltro; un traje muy caro, muy incómodo y estupidamente ridículo. El gobierno pretendió imponerlo, por medio de un decreto, á todos. Protestóse de tal medida, y el buen sentido público convirtió en letra muerta semejante disposición. Adoptáronse, en su consecuencia, por unanimidad, y á despecho de la administración, el pantalón á listas rojas, la blusa con cinturón negro y el kepis; los mismos batallones antiguos aceptaron presto esta indumentaria, que debía ser durante largo tiempo la de los parisienses. Todas las personas vistieron la blusa, y aun las clases burguesas cubrieron su cabeza con el kepis, que fué el tocado del Sitio. Es el primer contratiempo serio que experimentó el tubo de chimenea que nos sirve de sombrero y distingue al europeo entre los países orientales.

Fué preciso armar á aquellas masas. Faltaban fusiles. Almacenóse enorme cantidad de madera, se buscó en los arsenales; se declaró absolutamente libre el comercio de armas y de pólvora; se invitó á la industria privada á fabricarlas y á importar en

Francia municiones. A diario leíamos con estupefacción en los periódicos estas ú otras análogas noticias: «Se han descubierto en uno de los almacenes del Estado cincuenta mil fusiles, cuya existencia se ignoraba. Distribuiranse entre nuestros valientes Guardias nacionales.» Al otro día, acaecía otro tanto con diez mil Dreyse, hallados en una estación del ferrocarril; murmurábamos en tono muy quedo que Bismark los había enviado misteriosamente para armar á los cincuenta mil alemanes que se ocultaban en París y que caerían sobre nosotros en un momento determinado. «Empero, concluía el suelto periodístico, estos infames cálculos nunca se realizarán y los cincuenta mil fusiles de Bismark serán repartidos entre nuestra esforzada Guardia nacional». Huelga advertir que abundaban los inventores de proyectos; cada mañana surgía un ciudadano con un sistema para poner en pie de guerra á seiscientos mil hombres. Un industrial compró todos los fusiles de *chispa* del primer Imperio para expedirlos al Congo; ofrecíalos, mediante la suficiente garantía al Estado, que los modernizaría convenientemente en fusiles de *pistón—flingost—*, de los que salieron más tarde los de *tabaquera*. Junto á estas armas anticuadas, veíanse el fusil y la carabina *Remington* y la escopeta de caza, el más ligero, elegante, coquetón y terrible de cuantos fusiles se han inventado. Imposible, en aquellos días, acudir á ninguna casa sin entrar en controversia acerca de los méritos positivos de los diversos fusiles; el amo explicaba prolijamente el mecanismo de aquel que obraba en su poder. ¡Los armeros padecían febril exaltación por adquirir fusiles Remingtons y de caza! Los compradores no solicitaban otros; los industriales prometíanles satisfacer sus pedidos; pues, decían siempre,

aguardaban grandes remesas del Havre. En realidad, expendieron muy pocos y, por cierto, á precios escandalosamente elevados. El fusil de caza, que costaba al Estado 70 francos, no se vendía menos de 150 á 200 francos. Los *revólvers* se encarecieron de 30 á 90 francos. En París, no era hijo de buena madre quien no llevaba su revólver en el bolsillo.

—¡A lo menos—decíase—tendré el placer de matar á uno!

Uno, esto es, un prusiano. Pensábase que entrarían de repente y á viva fuerza. Luego se descubrió que únicamente los Guardias nacionales fueron víctimas de estas armas. Ensayábase la batería en presencia de varios amigos, para demostrar la ingeniosidad del sistema. Una bala partía sin decir: *¡en guardia!* Al día siguiente leíanse en la prensa algunas líneas sobre los peligros de las armas de fuego.

Varias compañías privilegiadas, harto reducidas, se pertrecharon de fusiles de caza; los antiguos batallones, en general, adquirieron fusiles de tabaquera, armas excelentes de tiro rápido y grande alcance, que hasta largo tiempo después no fueron apreciadas en su justo valor. Entre los nuevos batallones, muchos no consiguieron más que el fusil de chispa, y otros, como el cuarto regimiento del convoy de Malborough, absolutamente nada.

Todos ignoraban el *A B C* de la instrucción militar. Era preciso, por tanto, remediar tan grave inconveniente. En breves días vendiéronse ochenta mil ejemplares de la *Théorie du garde national*. Hacíase el ejercicio por mañana y tarde; nuestros paseos y nuestras calles hallábanse invadidos constantemente, ora por movilizados, ora por compañías de la Guardia nacional que maniobraban con ardor infatigable.

Realizáronse rápidos progresos, pero se disponía de muy corto tiempo. Faltaban oficiales instructores; y el público sabía bien, y todavía mejor lo sabían los jefes, que los prusianos acecharían los muros de París antes que aquellas multitudes se hubiesen transformado en un ejército.

III

He dicho precedentemente que las fortificaciones no inspiraban mucha más confianza que los movilizados y la Guardia nacional. Eran, según la frase de M. Thiers, sólo una fuerza moral. ¿Trabajábase por eso lentamente? ¿Discutían también acaso, por este motivo, acerca del precio de los jornales, los obreros y el gobierno, que con una honradez harto ingenua en tan formidables circunstancias, realizaba pequeñas economías, las economías de cabos de vela? ¿Debíase igualmente á esta causa que el pueblo de París, ocioso durante los primeros días de la República, no hubiera reanudado todavía sus trabajos de defensa?

Quizá haya una parte de verdad en todas estas razones. Empero, de lo que no cabe dudar, es de que apenas avanzaban las fortificaciones. El pueblo visitaba diariamente los alrededores de París, y en particular los puntos más estratégicos, como el viaducto de Auteuil y los reductos de Châtillon, lamentándose con profunda amargura de la ausencia de los trabajadores.

—¿Por qué no se nos emplea?—gritaban los Guardias nacionales.

Tampoco se llevaba á cabo con mayor celeridad el derribo de las *quintas* que rodean á París. No era, debemos reconocerlo, una labor insignificante destruir tantas casas, tantas riquezas acumuladas por sesenta años de prosperidad sin ejemplo. ¡Cómo conturbaban la vista aquellas ruinas!

En torno de París extendíase un circuito de hotelitos, los más pintorescos y lindos del mundo, habitados por gentes acaudaladas. Urgía demolerlos para abrir una amplia plaza y dejar franco paso á los cañones de las murallas. Por doquier los tabiques derruidos por la piqueta sonreían grotescamente al sol. Centenares de carretas acarreaban de estos desmontes vigas, piedras y muebles. Entre los escombros discurrían, mezclados con los obreros, los habitantes de las *quintas* y los niños, que jugaban, sobre las ruinas, con la inocencia propia de sus infantiles años.

¡Ah! ¡Cuán dolorosos sacrificios! No hablo de los que cada individuo realizó por su cuenta, sino de aquellos que nos interesaban á todos, como vecinos de París, de este infeliz París tan cruelmente mutilado por nuestras propias manos. No, ni siquiera nosotros mismos sabemos cuántos fueron, pero no dudamos, no podemos dudar que los llevábamos á cabo de todo corazón. La suerte de París conmovía nuestras almas por medio de resortes invisibles que no sospechábamos.

¡Quién me dijera que, entre tantos desastres, uno de los golpes más terribles que debía recibir, fué la tala del bosque de Bolonia, de aquel bosque que yo, hombre de trabajo, apenas visitaba cuatro veces cada año; de aquel bosque que creía serme indiferente, como todas las propiedades de las cuales no disfrutaba! ¡Ah! No, no pude saber, sin honda pena, que aque-

llos árboles, transportados con enormes gastos, aquellas praderas improvisadas, aquellos lagos fingidos por la mano del hombre, todas aquellas gracias y bellezas de una naturaleza artificial habían sido deshonrados por el hacha y por el fuego. Faltó poco para que mis ojos vertieran amargas lágrimas.

Recuerdo una chispeante caricatura de Gavarni, en la que se representa á un obrero que, con ambas manos crispadas por la ira, eleva al cielo sus miradas preñadas de dolor y de maldiciones, mientras que un compañero le pregunta:

—Veamos, Trautapé, ¿quién se te ha muerto? ¿Ha sido tu tía Bacchu? ¿No? ¿Tu tío Benjamín? ¿Tampoco? ¿Quién entonces?

Y en el pie del satírico dibujo se añade:

—Trautapé ha perdido al gran Napoleón, emperador de los franceses, rey de Italia, protector de la Confederación germánica, etc., etc.

Asemejábame algo, en mi pena por la destrucción del bosque de Bolonia, á Trautapé llorando á Napoleón. Lo visité la víspera del día en que debía prohibirse definitivamente al público el acceso en el hermoso parque. Era una tarde espléndida. ¿Habéis notado cuánto influye el tiempo sobre el espíritu de los parisienses? Parece que nada triste puede acaecer bajo un sol alegre que brilla, bañando de dorada luz la capital. El gozo se apodera de nuestros corazones como del cielo azul. Un día de lluvia contrista nuestras almas, ennegreciendo todavía más la angustia de nuestra situación.

La mayor parte del bosque era aún sin talar; ya las hojas comenzaban á colorearse con esos tonos purpurinos, á la vez tan bellos y melancólicos. Las avenidas, aquellas avenidas antes pobladas siempre

de equipajes, tan rientes y plenas de vida, hallábanse ahora en absoluto desiertas y tristes; nuestros pasos resonaban en el silencio y en la soledad.

De trecho en trecho, un grupo de árboles cortados, hacinados en tierra, que ayuntan la imagen de la devastación y la ruina con las ideas de civilización y elegancia que por doquier evocaban aquellos encantadores parajes. Invisibles alambres unían entre sí los caídos troncos, formando una tupida red, donde los pies tropezaban y se trababan fácilmente.

En los estanques, ningún carruaje paseando en su torno; ningún cisne, ningún ánade sobre la superficie del agua.

El día anterior, los movilizados mataron á balazos todas las aves acuáticas, así como los corzos y ciervas que pululaban por el bosque. En algunos sitios vimos sobre la hierba plumas blancas. Era ¡ay! cuanto restaba de la vida que animaba aquellos estanques, transformados hoy en lúgubres lagunas.

A medida que nos acercábamos á las murallas, tropezábamos más frecuentemente con leñadores y soldados armados con hachas, oyéndose los sordos golpes del hierro sobre los troncos cortados, que al caer, producían un ruido como de lamento de un bosque próximo á desaparecer.

Los pájaros, asustados, volaban presurosamente, lanzando al aire tristes trinos. Hasta aquel momento sostuve con mis acompañantes amena y animada conversación. A partir de él, el diálogo fué decreciendo poco á poco. Enmudecimos, contemplando la muerte de aquel bosque, tan justamente denominado el *bosque*, el bosque por excelencia, como un fúnebre presentimiento de la desaparición de la populosa urbe. Fué sólo un instante; mas basta para revelarnos cuán

acendrado cariño sentimos por este París, que podrá merecer todos los anatemas de la Biblia, pero que sabe atraerse el amor de Europa entera.

¡Cuán intensos y profundos exteriorizáronse estos sentimientos del pueblo parisino, cuando circuló la voz de que se había incendiado todos los bosques que rodean á París! Subí á Montmartre para, desde sus elevadas cimas, abrazar con la vista mayor extensión de terreno. Apercibíanse á lo lejos densas espirales de negro humo que parecían elevarse hasta el sol y que, á intervalos, dejaban descubrir enormes columnas de fuego. Recordábase á los pueblos incendiados semejantemente. Desde luego, este sacrificio fué inútil. Los bosques, en plena savia, no ardían: apenas si algunos troncos carbonizados pudieron atestiguar nuestra heroica resolución. Jamás sentimos tan honda tribulación como viendo mancillar por el fuego los encantadores paisajes de los arrabales parisinos. ¡Son tan bellos los alrededores de la vasta capital! Si en el mundo existen otras perspectivas más admirables y que impresionen más á la imaginación, no las hay que deleiten más el espíritu, ni más exquisitas, rientes, coquetas, que revelen con tanta propiedad la idea de una civilización simpática y espiritual, dotadas de más estupendos carismas y que inciten mejor al placer. ¡Oh, nuestros lindos bosques de Meudon, de Ville d'Avray! ¡Oh, nuestro alegre Bougival, poblado de ruisseños! ¡Oh, Montmorency, rojo de cerezas! Montreuil, embalsamado por el aroma de las frutas, y vosotras, rosas de Fontenay, ¿qué suerte correréis durante el Sitio? ¿Cómo os tratarán esos bárbaros?

IV

Estos llegaban, henchidos de soberbia, sin apresurarse. Dejaban, según la frase de Bismark, muy aficionado á estas ironías insolentes, que los parisien-
ses se cociesen en su propia salsa. El 9 de Septiembre se les suponía, de una parte en Laon, y de otra en Montmirail; el 20 fueron atacados en el Norte Crespy y Compiègne, y Coulommiers en el Este; ya entre Coulommiers y Compiègne avanzaron hasta Châteaú-Thierry. El 11—¡ay, nuestro último domingo!—Meaux telegrafió haber descubierto las lanzas de los hulanos sobre la cumbre de la montaña de Jouarre. En vano es que, ante tamaña invasión de langostas, el genio de la guerra haga saltar nuestros puentes sobre los ríos y nuestros viaductos sobre las vías férreas; Guillermo escribía tranquilamente á Augusta: «Engañanse los franceses sembrando tantas ruinas á nuestro paso; por ello no ha de retrasarse una sola hora nuestra marcha.» ¡Tal vez no decía toda la verdad!, ¡pero tampoco mentía en absoluto!... El 15, los húsares azules arribaron á Corbeil, evacuado recientemente por dos regimientos de nuestros dragones. Aquella misma tarde acampaba la caballería en el bosque de Senart, á corta distancia de Juvisy; otro tanto ocurría hasta bajo el cañón de Charenton y Vincennes, en las márgenes del Sena y del Marga. El 16 se cortó la línea de Orleans entre Athis y Ablon; el 17 fué asaltado en el mismo Choisy el último tren partido de París. Versailles tembló. Muy trabajosamente, un destacamento de caballería, enviado por

el general Ducrot, pudo atravesar Meudon, cuyas puertas no volvieron á abrirse. Los enemigos invadieron los caminos y los campos, marchando luego, con gran prisa, desde el río hacia Meudon y Versailles.

El 19... Detengámonos brevemente en esta fecha fatal, que signa el primer día del verdadero Sitio.

¿Cuál fué la fisonomía de París durante estas cuatro ó cinco jornadas de azoramiento y confusión? A no dudarlo, muy agitada y tumultuosa. Paréceme que un extranjero que de repente hubiese arribado en globo á París sin tener noticia de nuestras andanzas, no hubiera advertido á primera vista que caía en una población amenazada, en tan próximo tiempo, por supremas catástrofes. La ciudad había conservado todas sus apariencias de ruidoso júbilo; al atardecer, los comercios encendían sus luces y los cafés rebosaban de clientes. La muchedumbre paseaba, indiferente, en las calles, nada advirtiéndose en su aspecto ni en sus rostros que denotase sombrías preocupaciones. Unicamente los parisienses descubrían, en mil detalles, el profundo cambio operado en nuestras costumbres. La clientela de los cafés, siempre tan animada y ruidosa, apenas se componía ahora de oficiales de movilizados, con quienes platicaban en alta voz y riendo las jóvenes asiduas del boulevard. De una y otra parte cruzábanse incesantemente alegres ironías, sendos apretones de manos, gritos, carcajadas, idas y venidas sin fin, un constante bracear; un espectáculo levemente cínico, que acabó por motivar las protestas de algunos ciudadanos escandalizados y que el prefecto de policía consideró muy oportuno suprimir.

Los teatros habían cerrado ya, de orden gubernativa, sus puertas. No iluminaban los frontis de

nuestros coliseos aquellos potentes focos que tanto recreaban la vista. Varios de ellos no habían aguardado la disposición oficial de clausura; en efecto, los teatros fueron las primeras víctimas de la crisis. El 5 de Septiembre, los directores de la Opera Cómica—teatro subvencionado y hartó caro para los parisienses—, viéronse forzados á reunir el personal á sus órdenes para decirle que, el día anterior, con *Zampa* en el cartel, no se habían recaudado en taquilla más que diez francos, y que tres días antes el ingreso había sido todavía menor, de ocho francos. En consecuencia, firmaron nuevos contratos con sus artistas y sus empleados. Todos los directores aprestábanse á imitar su ejemplo, cuando la jefatura de policía vino á librarles de esta embarazosa situación, ordenando, como signo de duelo público, la clausura de todos los teatros. Obligado, pues, á permanecer en la calle el público que asiste de ordinario á los espectáculos, y como París es un pueblo eminentemente noctámbulo, nada extraño es que, en ella, se comportara agitado y febril.

De día, cruzábase en todos sentidos una multitud de abigarrados uniformes; tiradores-gastadores, con trajes de la Opera Cómica; coraceros, artilleros, lanceros, tropas de línea, la guardia nacional, los movilizados. Con los carruajes que surcan incesantemente la capital, mezclábanse volquetes cargados de escombros y rústicas carretas, en que se hacinaban confusamente un mísero mobiliario, y á su lado, sobre un colchón, una mujer y varios niños que miraban asustados aquel alboroto; aquí un rebaño de corderos conducidos por un pastor vestido con la tradicional zamarra; más lejos, bueyes que, uncidos, arrastraban enormes carros de heno.

Eran todos los humildes hogares de los alrededores que se concentraban en París, recogiendo los restos de su dispersa fortuna. ¡Pobres gentes! ¡Cuántas lágrimas vertieron antes de abandonar su querida choza! ¿Dónde se albergarían ahora? Movía á piedad ver sus miserables ajuares; sillas cojas, jarros desportillados, utensilios de cocina, que una doméstica parisién no hubiera osado llevar en la calle, ¡he aquí toda su fortuna! Otros, más ricos, apenas poseían mejores cosas. Algunos murieron de pena; entre ellos, Alejandro Flan, ingenioso autor cómico, predilecto del público por su inagotable y agudo humorismo. Este vivió los más bellos años de su vida escribiendo una colección de obras teatrales, ya casi á punto de concluir. Había comprado para habitar en él, un lindo hotelito en Neuilly, realizando de esta suerte, gracias á su constante trabajo, el *hoc erat in votis* de su maestro Horacio. Cierta día dijéronle:—Es preciso que salgáis al punto de aquí, que desalojéis la casa. Los prusianos vendrán de un momento á otro, y si el genio de la guerra no derriba vuestra mansión, la saquearán los enemigos.

—¡Salir de aquí!—respondió el festivo escritor; no, es imposible. Aguardaré: los prusianos no vendrán.

Y mientras que inquieto, nervioso, paseaba á través de su minúsculo jardín, cuyos árboles habían sido plantados por su mano, recorriendo con la vista todos sus libros que había coleccionado con tanto afán y ordenado tan cuidadosamente, oyó llamar reciamente sobre su puerta. Eran los soldados franceses.

—¡Ea, no hay tiempo que perder! ¡Esta misma noche habéis de desalojar la finca!

—¡Esta misma noche! ¡Si apenas bastan ocho días para trasladar mi biblioteca!

—¡Tanto peor para vuestra biblioteca! Mañana arrasaremos la casa.

El infeliz humorista nada responde. Guarda en su maleta algunas ropas y marcha sin saber adonde. En el primer hotel que tropieza en su éxodo, pide una habitación, acuéstase sin proferir palabra, y al otro día, cuando entran á despertarle, hállanle muerto sobre el lecho. Los vínculos que le ligaban con la vida quebráronse de un sólo golpe; huyó en el sueño eterno.

Su historia es la de otras muchas personas cuyos nombres vela el anónimo. ¡Cuántos labradores, ricos propietarios á quienes hasta el último instante no pudo persuadirse de que les era urgente salvar sus cosechas, sus provisiones y sus muebles, llevándolos á París!

—Se acercan los prusianos, decíaseles, y el gobierno ha ordenado que se destruyan estas riquezas para que no caigan en las manos del enemigo.

Imposible resolverles al cruel sacrificio. Permanecían estúpidos, atónitos, sin adoptar ninguna determinación: cuando sonó la hora fatal, huyeron desnudos y llorando de ira. Los propietarios de las casas de campo que rodean á París, fueron más listos, aún cabe decir que demasiado listos. Casi todos dispusieron sus casas de forma que fueran bien recibidos los huéspedes que se avvicinaban, y para que no causaran en ellas ningún estrago. Ocultaron en los sótanos los vinos finos, llenando de otras clases toneles y botellas. Dejaron las llaves en los armarios, rebosantes de ropas. Algunos llegaron á olvidar negligentemente sobre el aparador los botes de las más sabrosas confituras y los licores de las más exquisitas marcas. Suponíase que estas delicadas atenciones enternecerían

á nuestros feroces vencedores. No creo que influyeran sobre ellos en la intensidad que aguardaban aquellos previsores burgueses; muy cierto que los prusianos comieron las confituras, pero esto no impide que, acto seguido, embalaran el aparador para remesarlo á Alemania.

¡Cuántos estragos habremos de lamentar, una vez que desaparezca el círculo de hierro que nos oprime!
¡Cuántos millones perdidos! ¡Cuántas alegrías desaparecidas!

CAPÍTULO IV

Châtillon.—Ferrières.—Villejuif.

I

En la mañana del 19, todos los parisienses pudieron leer en la prensa un suelto redactado en los siguientes ó en análogos términos: «Ayer tarde han sido cortadas las últimas vías férreas que comunicaban á París con el resto de Francia y con Europa. París se halla, pues, entregado á sí mismo. No debe contar más que con sus recursos personales y con su propio valor. Europa que tanto debe á esta capital, cuya gloria ha visto siempre con cierta envidia, le abandona. Empero somos convencidos plenamente de que París demostrará que no ha cesado de ser el baluarte más sólido de la independencia francesa».

Todos los diarios comentaban, en términos más ó menos enfáticos, esta tesis común: París resistirá, París debe resistir. Empero, conforme se aproximaba el momento solemne, parecía debilitarse y esfumarse la resolución gubernativa de la defensa nacional ante la inminente amenaza de peligros extremos y de un fracaso tan deplorable como cierto. Los ministros publicaron un decreto por el que convocaban á los electores parisienses para que eligiesen un Consejo municipal y á los franceses para que nombraran una Consti-

tuyente, que pudiese resumir la opinión de la mayoría y decidir los futuros destinos del país. Al otro día del 4 de Septiembre, nadie habría impugnado este acuerdo de dotar á Francia de una representación verdaderamente nacional; empero, tras de doce días de expectación, ello acusaba cierto fastidio del peso que tan imprudentemente habíase cargado sobre las espaldas; un secreto deseo de pactar la paz, lanzando sobre otros una responsabilidad demasiado abrumadora. Era el momento en que se censuraba públicamente la negligencia del gobierno; en que, confiando siquiera tibiamente en el entusiasmo patriótico de la provincia, resistíase á convocarla como no fuese para que exteriorizara su protesta por la guerra actual; estos rumores de las masas tuvieron confirmación en la noticia, todavía incierta, pero cuya veracidad reconocióse presto, de una visita cambiada entre nuestro embajador cerca del rey Guillermo y Mr. de Bismark.

Los *clubs* vomitaron fuego y llamas. ¿Con qué fin se introducía Jules Faure en el campo enemigo? Había olvidado su fiero apóstrofe: NI UN PALMO DE NUESTRO TERRITORIO, NI UNA PIEDRA DE NUESTRAS FORTALEZAS. Los agitadores, levantando los puños en actitud amenazadora, agregaban entre enérgicas imprecaciones: NI UN CÉNTIMO DE NUESTRO TESORO. Eran las primeras manifestaciones del partido radical, que pronto aperebiremos en la continuación de estas frases. Este rechazaba, por aquel entonces, la convocatoria de una asamblea nacional y de los Consejos municipales, por idéntico motivo que le movía á solicitar en París la constitución de la *Commune*. Ambicionaba el poder para sí, y la prosecución de la guerra coadyuvaba al feliz éxito de sus planes.

Los afiliados á esta facción eran, en su mayoría, personas honradas, convencidas firmemente de que sólo ellas podían salvar á Francia; fanáticos del 93, que no hubieran retrocedido ante ningún medio para que triunfasen sus ideas, y con éstas ellos mismos. Hasta aquí habíanse limitado á combatir en silencio al gobierno del 4 de Septiembre, mas ahora rompieron abiertamente con él en un artículo que M. Delescluze, su jefe, insertó en *Réveil*, y que no era más que una enérgica alocución á la voluntad del pueblo soberano. Delescluze, espíritu vigoroso, pero estrecho, sutil dialéctico, escritor brillante y rectilíneo, ejercía sobre su partido extraordinaria influencia, respetándole todos por la independencia, algo huraña, de su carácter, su vida honrada, y los múltiples sacrificios que había ofrendado á su causa. Imponía sus órdenes como jefe:

DESDE MAÑANA, SIN MÁS RETRASO, URGE ADOPTAR MEDIDAS RADICALES, ENÉRGICAS; ENTRE OTRAS:

1.º ELECCIONES PARA LOS CONSEJOS MUNICIPALES DE LOS DISTRITOS Y PARA LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE CONTRARIA Á LA PAZ;

2.º ELECCIONES INMEDIATAS PARA LA COMMUNE DE PARÍS;

3.º SUPRESIÓN DE LA PREFECTURA DE POLICÍA;

4.º SUPRESIÓN DE LA MAGISTRATURA NOMBRADA POR BONAPARTE;

5.º DESTITUCIÓN DE TODOS LOS FUNCIONARIOS DEL IMPERIO;

6.º PÚBLICA DECLARACIÓN DE QUE NO SE PACTARÁ CON EL REY DE PRUSIA, ENTRE TANTO QUE SUS EJÉRCITOS NO ABANDÓNEN NUESTRO TERRITORIO;

7.º EMBARGO DE LOS BIENES DE TODOS LOS MINIS-

TROS, EMBAJADORES, SENADORES, DIPUTADOS, PREFECTOS, GENERALES, MIEMBROS DE LAS COMISIONES MIXTAS;

8.º REEMPLAZO DE LOS GOBERNADORES DEL BANCO Y DEL CRÉDITO URBANO.

Y el periodista concluía:

CON MENOS DE ESTO NO HABRÁ DE SATISFACERSE EL PUEBLO.

Huelga notar que, hablando del pueblo, Delescluze no se refería más que á él y sus amigos, ya que no se podía decir más descaradamente á los treinta y cinco millones de franceses que no convivían dentro del recinto de las murallas: «No sois el pueblo. Desconfío de vuestro patriotismo y me propongo trataros según me plazca, sin consultaros para nada».

Delescluze y sus acólitos defendían en los clubs estas exorbitantes pretensiones. Aquél es un anciano arrogante, de nevados cabellos, fina fisonomía y ascético andar, y cuya palabra brota de sus labios con cierto tono de convicción que mejor parece simulado que sincero. Detrás de él hablaban Lhermina, Vermorel y otros varios, apenas conocidos de nombre, pero cuyo verbo tenía el privilegio de asustar y tornar soñadora á la burguesía. Proponíanse organizar una gran manifestación que conmemorase el aniversario del 21 de Noviembre. Debíase congregarse en la plaza de la Concordia, ante la estatua de Strasbourg, y de este punto, con armas ó sin ellas—poco importaba, según la frase dulce y cálida de Delescluze—, encaminarse al Ayuntamiento para jurar su resolución de defenderse hasta morir.

Estos actos conmovían á París, tanto más cuanto

que su constancia había sufrido, la víspera, un rudo golpe, debilitándose extraordinariamente. Es probable que, corriendo los siglos, la historia, que no critica los acontecimientos más que en conjunto, si vale la frase, en bloque, ensalzará el heroísmo de los parisienses, narrando á las generaciones futuras cómo él nunca ha decaído. Empero, nosotros, testigos oculares de aquellos sucesos y fieles enamorados de la verdad, debemos consignar los desfallecimientos del espíritu público y reconocer que, en tales instantes, un fenómeno extraordinario abatió de un solo golpe la confianza de la población, que volvió sus ojos hacia la paz, ó por lo menos hacia un armisticio.

II

Los prusianos, en su avance sobre París, debían, para apoderarse de Versalles, rodear la población hacia el Sur, y cruzar primero por Créteil, para ocupar después las alturas de Châtillon y Clamart. Basta examinar el primer plan desarrollado para darse cuenta de su evolución. Decíase en público que Trochu había resuelto desde un principio dejarles operar; que no se atrevía, con las tropas mal instruidas de que disponía, á oponerles una resistencia seria, concibiendo sólo la esperanza de retorcerse, por decirlo así, bajo aquella inmensa mole de piedra, y aguardarles detrás de las posiciones, que haría poco á poco inexpugnables. Ignoro si, en efecto, pensaba de esta suerte; no me cansaré de repetir que no me propongo narrar aquí el Sitio de París, sino las impresiones de nuestros corazones en el transcurso de aquellos eventos memorables. Trochu dejóse convencer por M. Ducrot, general que había logrado fugarse de su prisión

á raíz de la rota de Sedán, y que desafiando mil peligros, de etapa en etapa y de disfraz en disfraz, arribó á París, ofreciendo su espada al gobierno provisional de la defensa.

Parece, á creer á los versados en asuntos militares, que su plan era de los más osados y mejor excitados. Intentábase copar en Châtillon á los prusianos, dividirlos en dos secciones, arrojar una de las columnas que ocupaba las cercanías de Versalles y destruirla, mientras que se rechazaba á la otra hacia la estación ferroviaria de Orleans. No figura entre mis cálculos describir esta batalla; lo cierto es que retrocedió la derecha de nuestro ejército, formada por los zuavos, de los que unos eran reclutas demasiado jóvenes, poco fogueados, y otros, malos soldados que se habían batido peor en Sedán. No se les previno que los obuses prusianos, en lugar de tirarles de cara, dispararían sobre sus espaldas, sin que pudieran descubrir de dónde procedía su metralla. Su imaginación era plena de evoluciones envolventes. Apenas cuatro ó cinco obuses explotaron en medio de ellos, sin causar grandes perjuicios, considerándose perdidos, se desbandaron, gritando con espanto: *¡Sálvese quien pueda!* De este modo desguarnecieron un flanco de la defensa; los prusianos, aprovechándose de la cobarde fuga, avanzaron en columnas cerradas. El centro y la izquierda proseguían resistiendo; mas los jefes comprendieron presto que si no se batían en retirada, serían envueltos, copados. Retiráronse, pues, en admirable orden, abandonando al enemigo las alturas de Châtillon, juntamente con algunos cañones que fué imposible salvar.

Criticando justamente los sucesos, no cabe aseverar que éste fuera un desastre, sino un golpe harto

leve, ya que únicamente elogios merecen la mayor parte de los soldados que intervinieron en el combate; por dos veces se apoderaron de las alturas de Châtillon, haciendo pagar caro al enemigo este su primer triunfo. Mas, sólo quienes vieron á París en aquel momento, pueden imaginarse su excesiva ira, su profundo terror y la turbación de su espíritu.

Hacia el medio día circuló en el *boulevard* este rumor, que se extendió como si hubiera prendido fuego en un reguero de pólvora: «¡Estamos perdidos! ¡Han vencido los prusianos y no tardarán en entrar en París!» Hallábame á la sazón con un amigo que tenía entrada en los Ministerios. Corrimos al del Interior en demanda de informes precisos. Encontramos á Gambetta, muy acalorado, que se disponía á dictar algunas órdenes.

—¿Qué sucede?—le preguntamos.

—Sucede... sucede que, en estos momentos, esos b... llegan quizá á la puerta Maillot...—Y acto seguido se precipitó en el fondo de su carruaje.

¡En la puerta Maillot! era una exageración de meridional. Nos encaminamos al Campo de Marte. Aquí reinaba una estupenda y dolorosa confusión de caballos sin jinetes, afustes sin cañones, militares sin mochilas y sin armas, oficiales en busca de sus compañías. Nos admiró extraordinariamente el rostro embrutecido y, en realidad de verdad, idiota de los soldados. Parecían estupefactos. Intentamos preguntar á varios; imposible arrancarles una palabra. Permanecían mudos, consternados, como heridos por un rayo. Nos dirigimos al Trocadero: allí estacionábase una enorme muchedumbre, provista de grandes anteojos, pero nada viéndose, nos hicimos conducir á la puerta de Montrouge.

Allí encontré á uno de mis colaboradores, que había asistido como *reporter* á los inmensos desastres de Sedán; el espectáculo que presenciábamos apenas le conmovía. ¡Había visto tantos otros más emocionantes! Yo nunca olvidaré la dolorosa impresión que laceró mi corazón como si hubiera sido atravesado por aguda flecha. Era la derrota, la horrible derrota. Llegaban soldados de todas armas, desbandados, en unidades ó por pelotones, unos sin mochilas, otros todavía armados, pero llevando impreso sobre su rostro el estigma de la fuga. Por doquier corrían, en indefinible desorden, los arzones de artillería, los carros de las ambulancias sanitarias, caballos sin jinetes. En ambas cunetas del camino, una muchedumbre enorme, compuesta de mujeres y niños, que preguntaban con curiosa ansiedad á los recién llegados, ó que se mofaban de los borrachos, porque había miserables, vestidos de uniforme, en tan asqueante estado, tendidos sobre las murallas. Gritos, canciones, imprecaciones, carcajadas, lamentos y gemidos de los heridos, juramentos de los carreteros, y por cima de esta confusa algarabía, el murmurio inconfundible de la plebe, el susurro lejano, semejante al bramar del Océano en los días tempestuosos. Regresamos desesperados. Mientras tanto, advertíase entre los concurrentes al *boulevard* una excitación rayana en la demencia. Decíase á gritos que veinte mil soldados nuestros habían sido completamente destruidos cerca de Clamart por cien mil prusianos; que todo el ejército había depuesto sus armas, declarando que no se batiría más; que las tropas vencedoras aprestábanse á asaltar la capital, obligándonos á buscar refugio en sus suburbios.

Todos estos rumores eran exagerados; empero, la

misma verdad, que pronto resplandeció, no dejaba de ser mortalmente abrumadora. Los guardias nacionales, furiosos, asían del cuello á los despavoridos soldados, llamándoles cobardes, y llevándoles á culatazos al cuartel ó á la plaza Vendôme. La muchedumbre, exasperada, escupía al rostro de los miserables borrachos, que deshonoraban su uniforme y el nombre francés. Súpose que los movilizados, al revés de las tropas denominadas veteranas, habíanse batido valerosa y firmemente: *¡Vivan los movilizados!*, comenzóse á gritar: *¡abajo los zuavos! ¡abajo los cazadores!* Exigíase el inmediato fusilamiento de los que huían; algunos hablaban de saltarles los sesos, sin otro sumario procesal.

Aquella tarde era imposible circular por los *boulevares*. Una compacta muchedumbre discurría por los andenes y por el malecón; muchedumbre impaciente y nerviosa que arrebatava á los vendedores los periódicos que, sin embargo, no podían comunicarla ninguna noticia cierta. La mayoría penetró en los cafés, radiantes de luz, donde parecían haberse citado los oficiales de los movilizados. Muchas mujeres sentábanse á su lado, según su costumbre, y por un contraste que constituye uno de los rasgos característicos de la fisonomía de París, todos charlaban animadamente, mintiendo, criticando, riendo. Esta alegría pugna con el aspecto de los guardias nacionales que pasan: éstos censuran la conducta del público y retiran á toda prisa los veladores de los cafés. Es un motín de buen sentido y buen gusto, del cual surge un inexplicable desorden. A las diez y media, hallábanse cerrados todos los establecimientos de recreo, clausurados definitivamente al día siguiente por orden de la prefectura de policía.

Empero, la emoción no se calma de repente; algunos necios, venteando como sabuesos, imaginanse sorprender en los pisos altos de una casa del boulevard Montmartre luces que pasan repetidamente. No pueden ser más que señales hechas á los enemigos. Congrégase la muchedumbre, tumultuosa, irritada, amenazando saquear aquellos inmuebles. Interviene la guardia nacional, registra los lugares sospechosos, no descubre nada, y la multitud se dispersa lentamente.

Nadie en la capital pudo conciliar aquella noche el sueño. Nuestros oídos acechaban el redoblar de los tambores, en la plena convicción de que los prusianos no demorarían el asalto más allá de las dos de la madrugada. A la hora de ahora en que escribo estos recuerdos, todavía creen muchas personas que si nuestros enemigos hubieran sido más audaces, si hubieran afrontado el peligro, sacrificando treinta mil hombres, habrían abierto una brecha en nuestras murallas, tras de las que cundía extraordinariamente la desmoralización. Otras piensan, por el contrario, que se hubieran estrellado contra la resistencia de nuestros fuertes, ya que sin ser artillados, como lo fueron después, cada cañón disponía de cuatrocientos tiros. Renuncio á criticar estas opiniones antagónicas; no deseo más que describir exactamente nuestras emociones en aquél y en los días sucesivos.

A la mañana siguiente pudimos leer dos documentos oficiales: una relación militar sobre la batalla de la víspera, harto pálida, y de la cual destacábase esta frase, que se hizo célebre en París: «Algunos de nuestros soldados han retrocedido con sensible precipitación». El diálogo parisién se adueñó de estas palabras, transformándolas en aguda ironía. De un

guardia nacional que se ufanaba de ser un bravo con pelos en el corazón, decíase en tono zumbón: «Será un hombre que se retira con sensible precipitación», y otras frases de esta índole. El segundo documento era una proclama enérgica y concluyente de Gambetta, que instituía un Tribunal marcial para juzgar y castigar á los soldados que traicionasen su deber y su honor.

Estas comunicaciones tranquilizaron algo las aterradas fantasías. Mas el público cesó de confiar en el triunfo, tornando en su mayoría los ojos hacia la paz, ya que el fracaso del combate de Châtillon pareció corroborar la opinión de quienes reputaban imposible la lucha. El partido radical sabíalo perfectamente; no ignoraba que el gobierno propendía á una transacción, aguardando sólo para llevarla á cabo las negociaciones entabladas por Jules Faure; por esto, agitábase febrilmente, arrojando al fuego todos los periódicos y sublevando los *clubs*; preparaba, en fin, una *jornada*, para que la burguesía se viera, no sin cierta melancolía, entre los prusianos, que la pondrían el pie sobre el cuello, y aquellos que denominaba *rojos*, á quienes no concebía más que con el puñal en la mano y sedientos de pillaje. No sé á cual de estos dos males temía más; temblaba ante el extranjero, pero los Bellevilleses infundíanla un pavor más agudo.

¡Ah! Si Bismark hubiera conocido exactamente lo que acaecía en París, habría respondido á Faure en términos que pudiera confiarse siquiera remotamente en una paz futura; entonces la guerra civil hubiese estallado furiosa, desesperada. ¿Quién sabe?: quizá el partido derrotado habría abierto á los prusianos las puertas, rogándoles, luego de arrojarle en sus brazos,

que se sirvieran restablecer el orden en nuestra capital. Quiso nuestra buena estrella que el primer ministro del rey Guillermo, ensoberbecido por tantas victorias é infatuado por su último éxito bajo las murallas de París, respondiese insolentemente á Jules Faure y que, proponiéndonos condiciones inaceptables, hermanase á todos los corazones, divididos, en una común explosión de indignación y furor.

III

Débese honor eterno á Jules Faure por haber confundido nuestras almas en el mismo patriótico entusiasmo, haciendo correr por nuestras mejillas lágrimas sublimes, lágrimas de dolor y de venganza. Si nos hubiese referido, en estilo diplomático, el resultado de su entrevista en Ferrières, acaso le habríamos escuchado con indiferencia y frialdad. Empero, Jules Faure es un hombre y un ciudadano. Así expansiona su corazón en el Manifiesto, que constituirá una de las páginas más elocuentes que puedan surgir de la pluma de un orador, hombre de Estado.

Faure había dicho á Bismark:—«Esta guerra, declarada por el capricho de un solo hombre, no tiene razón de ser, hoy que Francia ha vuelto á ser dueña de sí misma. Francia desea la paz, pero una paz honrosa, no una breve y amenazadora tregua».

Y Bismark respondió que, á tener la convicción de que semejante paz era posible, la firmaría al punto. Mas ¿con quién negociarla? El gobierno que París se ha adjudicado es tan precario, que si los prusianos tardan algunos días en apoderarse de la capital, ésta será destruída por el populacho...

Oyendo esta palabra, Jules Faure protestó enérgicamente.

Nunca un diplomático profirió un vocablo tan grosero.

Teniendo noticia de este incidente, el pueblo parisién siente como si una mano aleve hubiera cruzado su rostro con bochornoso bofetón. Lánzase un solo grito de ira. Todavía hoy, á pesar de los días transcurridos, el recuerdo de la injuria agita la sangre en las venas. Basta decir en cierto tono: *el populacho de Mr. de Bismark*, para ver cómo la cólera enrojece los ojos.

El fondo de las cosas era tan doloroso como desgraciada había sido la forma. Bismark exigía imperiosamente la Lorena y la Alsacia, y objetándole Faure que, sin duda, los pueblos que habitan ambas regiones no consentirían en ello:—«Lo sé, respondió el Maquiavelo prusiano; no ignoro que nada quieren con nosotros; nos humillarán cuanto les sea posible. Empero, no podemos prescindir de ellas. Estoy seguro de que en breve nos hallaríamos empeñados en una nueva guerra con Francia. Y reclamo para mi patria cuantas ventajas esté en mi mano procurarla».

Imposible ser más exigente ni más altanero. Jules Faure puso entonces sobre el tapete la convocatoria de una asamblea nacional:—«Para realizar ese plan, interrumpió el canciller, precisaría acordar un armisticio que no quiero á ningún precio».

Ambos negociadores continúan, por tanto, discutiendo. Bismark parece dejarse convencer y cita para el día siguiente á nuestro ministro de Negocios extranjeros. Aquí dejamos la palabra á Jules Faure. Es necesario leer su relato, tan doloroso, tan fiero, pleno de patrióticas emociones que, escapándose del alma

del escritor, inundan el espíritu de todo un pueblo, moviéndole á defender su gloria.

«Séame lícito decir sólo una palabra: reproduciendo este angustioso episodio, mi corazón conmuévase, agitado por cuantas emociones le torturaron durante los tres días mortales que acaban de transcurrir. Fué en el castillo de Ferrières.

»El conde concluyó su despacho con el rey á las doce menos cuarto, comunicándome acto seguido las bases que imponía al armisticio; habíalas escrito en alemán, y me las tradujo verbalmente.

»Exigía como garantía la ocupación de Strasbourg, Toul y Phalsbourg. Habiéndole dicho la víspera que la asamblea debía reunirse en París, quería poseer un fuerte que domine á la capital... por ejemplo, el de Mont-Valerien...

»Le interrumpí:—Más valdría pedir que os cediéramos París. ¿Pensáis que una asamblea francesa ha de deliberar bajo vuestros cañones? Tengo el honor de deciros que transmitiré fielmente á mi gobierno nuestra entrevista; sin embargo, acaso no me atreva á reproducir en su seno semejante proposición.

—»Buscaremos otra combinación, repuso Bismark. Le hablé de la reunión de la asamblea en Tours, no reclamando ninguna garantía en orden á París.

»Me propuso conferenciar con el rey, é insistiendo sobre la ocupación de Strasbourg, concluye:—«La plaza caerá en nuestro poder; todo se reduce á un cálculo de ingeniería. Así, os exijo que la guarnición se constituya en prisionera de guerra.»

»A estas palabras rugí de dolor, y poniéndome en pie, exclamé:—Señor conde, olvidáis que habláis á un francés; sería cobarde sacrificar una guarnición heroica, asombro de mi patria y del mundo entero.

Dudo que ose decir que me habéis propuesto tal condición.

»El conde replicó que no era su intención herirme, pero que acataba las leyes de la guerra; que por lo demás, previo el regio consentimiento, podría modificarse este artículo.

»Al cabo de un cuarto de hora abandonó de nuevo la cámara del monarca. Este aceptaba la combinación de Tours, insistiendo en que se declarase prisionera la guarnición de Strasbourg.

»Agotadas las fuerzas temí desfallecer de un momento á otro. De vez en cuando volvíame para devorar las lágrimas que me sofocaban, disculpando esta involuntaria debilidad con sencillas frases:

—»Señor conde, me he equivocado viniendo aquí; mas no me arrepiento; he sufrido demasiado para excusarme á mis propios ojos; he cedido sólo á un imperativo de mi deber. Referiré á mis colegas de gobierno cuanto os he oído, y si ellos consideran oportuno volverme á enviar, vendré aunque este acuerdo lacere con suprema amargura mi corazón. Os agradezco la benevolencia con que me habéis acogido, pero temo que no haya otro medio que dejar que los acontecimientos sigan su curso. El pueblo de París es valiente y se halla resuelto á los últimos sacrificios; su heroísmo puede cambiar el aspecto de los sucesos. Si os cabe la honra de vencerle, jamás le esclavizaréis. Toda la nación abunda en estos sentimientos. Entretanto que apercibamos en ella un elemento de resistencia, os combatiremos. Es una lucha indefinida entre dos pueblos que deberían estrecharse las respectivas diestras. Había esperado otra solución. Así parto con el alma dolorida y, no obstante, plena de esperanza.»

No creo que, desde que el mundo es mundo, ningún documento diplomático haya impresionado tanto á una nación. En todo París surgió una sacudida de indignación, una explosión de ira y cólera, una furiosa protesta contra tan absurda y estupenda insolencia. El pueblo resolvió, como por encanto, resistir hasta la muerte. Uno de los oradores más celebrados del club de Folies-Bergères dijo, entre los aplausos del auditorio, que en lo sucesivo no habría partidos, que no restaba más que agruparse en pos del gobierno, y así marchar todos contra el enemigo. Respecto á la manifestación anunciada, que debía verificarse en la plaza de la Concordia, para conmemorar el aniversario de la restauración de la República—21 de Septiembre—y de cuyo acto se temía derivase una revolución, transcurrió pacíficamente. Entre los oradores, únicamente Vermorel atacó, aunque de modo indirecto, al gobierno provisional y á Jules Faure, mereciendo sus palabras ostensibles muestras de disgusto de parte del público.

—¡No es el instante de dividirnos!—voceaba la muchedumbre.

—¿Lo harías tú mejor?—apostrofaban de todos los extremos.

A duras penas pudo Vermorel concluir su peroración. Las masas dispersáronse silenciosamente, persuadiéndose los agitadores de cuán imposible era agruparlas para lanzarlas juntas contra el Ayuntamiento. Todos pensaban al unisono. Bismark nos había prestado el señaladísimo favor de borrar todas las divisiones é inflamar nuestras almas en el amor de la patria, insultada groseramente por aquellos hijos de los Vándalos.

Un leve éxito—el primero para nosotros en esta

guerra—concluyó de reanimar nuestro valor y nuestras esperanzas. Habíase oído por el camino de Villejuif un fuerte cañoneo; súbito se extendió por París el rumor de una gran victoria. Hablábase nada menos que de veinte ó veinticinco mil prusianos que habían caído prisioneros, sin contar los muertos y los heridos que eran sin número. La alegría fué vivísima; empero, el escarmiento de las anteriores lecciones nos movió á ser cautos. No nos entusiasmos como en los inicios de la campaña, por lo que hubimos de ser á la vez testigos y víctimas de nuestro propio júbilo; temíase que ahora, como antes, al gozo excesivo sucediese un bochornoso engaño. Y sin embargo, tal es la inconsistencia del carácter francés que ni siquiera en este caso pudimos reprimirnos. Creímos perderlo todo en Châtillon, y nos equivocamos; imaginamos haberlo ganado todo en Villejuif, y lo sucedido no era, en realidad de verdad, extraordinario.

Por la mañana, se cantaba en las calles el estribillo tan de moda entre nuestros soldados:

*Bismark, si continuas,
Apenas quedará algún prusiano;
Bismark, si continuas,
Ni un prusiano quedará.*

Por la tarde fué menester rectificar la copla. Comprobada la noticia, apenas restaba de la magnífica victoria una insignificante ventaja, muy cierto que de buen presagio, pero nada decisiva para el levantamiento del Sitio. La división Maud'huy había ocupado, tras brillantísimas cargas, las posiciones de Villejuif. Este resultado, aunque de poca monta, después de las exageradas esperanzas que nos había he-

cho concebir, no dejó de recomfortarnos y de serenar nuestra imaginación.

El gobierno publicó un decreto suspendiendo las elecciones municipales de París, convocadas primeramente para el 28 de Septiembre, y las generales para la asamblea nacional constituyente, señaladas para el 2 de Octubre. Esta cuestión, que tanto había apasionado á los espíritus, pareció resuelta para siempre.

Sin embargo, habíalo sido nada más que de momento.

CAPÍTULO V

Primeros días de Sitio.—Fisonomía moral de París.

I

París era un campamento. Todos, jóvenes y viejos, se alistaron en la guardia nacional. Viendo funcionar esta institución, aprendí á conocer y apreciar en su justo grado el carácter del pueblo parisién. Allí apercibíase ese refinado placer de honda independencia, límite de la indisciplina; esos honrados sentimientos, afines de la sublimidad; ese valor pleno de astuta buena fe, jalón del heroísmo; en una palabra, ese inaudito maridaje de caracteres mediocres y defectos atemperados, que integran las masas populares. Todavía subsistía el buen humor, la sana y vigorosa alegría que hemos heredado de los galos, nuestros antepasados, y que es el signo indeleble de nuestra raza.

Todos ejercitábanse ardorosamente en las prácticas militares. No había policía en París, porque los antiguos sargentos municipales, demasiado aborrecidos por el pueblo para continuar prestando servicio, fueron reemplazados por los guardias de París, impecablemente afeitados, de afables modales, sin armas, y que paseándose durante todo el día, de tres en

tres, parecían honrados marchantes, recién llegados de provincia, mejor que autoridades. La guardia nacional se encargó, en su consecuencia, de velar por la seguridad de París. En todas las calles establecía sus puestos de retén, de donde salía, por la noche, para patrullar á través de la población. Ignoro si, realmente, fué uno de sus méritos, pero ello es cierto, que nunca se perpetraron menos robos y crímenes que en este lapso del Sitio. Igualmente importa consignar que M. Trochu ordenó, antes del alistamiento, expulsar del interior de la capital á los *vagos* de profesión, y que otros muchos pícaros merodeaban por los alrededores de París, entonces feudos absolutos del hampa.

La genuína é importantísima misión de la guardia nacional era vigilar en el inmenso perímetro de las murallas. Por eso constituyó una positiva garantía de tranquilidad cuando se supo que los prusianos no intentarían apoderarse de la plaza á viva fuerza, limitando el Sitio al bloqueo. Abrigábamos, en los primeros días, la firme persuasión de que los enemigos entrarían en París por sorpresa y que, en cualquiera bello atardecer, caerían sobre la ciudad las bombas y las granadas de los artilleros del rey Guillermo. No por eso dejábamos de sazonar con el proverbial júbilo parisién nuestras excursiones. Aún no hacía frío; casi á diario alumbraba un sol alegre y resplandeciente. ¡Cuántos recuerdos risueños nos legaron á la mayoría de los franceses aquellos días; cómo nos recreará, corriendo los años, contarlos, al amor de la lumbre, á nuestros pequeñuelos!

Acudíase por la mañana al lugar ordinario de reunión de cada compañía. Los activos y los novatos se presentan á las siete en punto, hora militar; los

verdaderos soldados no conocen otra. Los perezosos desembocan, entre siete y media y ocho, por todas las calles adyacentes. Acto seguido, confórtanse con humeante sopa ó aromoso café, preservativo recomendado por el comité de higiene contra las insanas nieblas matutinas. A las ocho, todos se hallan en sus puestos. Comiéntase á organizar el servicio de limpieza. Los oficiales corren y gritan. Aunque con trabajo fórmanse en dos filas. Unos asean su persona y otros cepillan el uniforme. Se les clasifica. Aquí descubren los más míopes el vicio capital, que perduró largo tiempo, de la guardia nacional. Al lado de un anciano de blanca barba, un joven casi imberbe; un honrado y obeso padre de familia, cuyo amplio abdomen mecíase sobre dos piernas flacuchas; rostros diáfanos de pacíficos ciudadanos, vecinos de bélicos semblantes de viejos soldados; muchos anteojos que testimoniaban agudas miopías; amoratadas narices que denotaban alcohólicos empedernidos; es el más estupendo *totum-revolutum* que cabe imaginar.

Parece fácil organizar tamaño caos; el gobierno preparaba una ley que le autorizara para llamar á filas á todos los hombres — casados ó solteros — de veinticinco á treinta y cinco años. Habría podido, de grado ó por fuerza, segregar de la guardia nacional los elementos más vigorosos y formar el núcleo de un verdadero ejército. No obró así, y las medidas que adoptó más tarde—que reseñaremos en lugar oportuno—no fueron tan radicales y tan rotundas como exigían las circunstancias.

Por el momento, abandonó estas masas á su buena voluntad y á la indisciplina. Jamás la guardia nacional de Francia ha brillado por su amor al orden y á la obediencia. La nuestra era horriblemente volunta-

riosa. Discutíamos las órdenes, nos burlábamos de nuestros jefes después de haberles elegido, y si alguna ordenanza se nos antojaba inútil ó depresiva, la acatábamos sólo á medias, enviándolo todo al diablo

—¡Malos soldados! — según dice grotescamente Couderc en *La Grande Duchesse*.

Algunos batallones inspiraban serias inquietudes. No sólo habíanse introducido en ellos ciertos hábitos de desorden, sino que afectaban, respecto á los poderes constituidos, cierta independencia de palabra muy de temer. Vimos á varias compañías atropellar de hecho á un general, jefe de un cuerpo de ejército, que, tras de breve alocución, sustituyó el grito de ¡*Viva la República!* por este otro más amplio de ¡*Viva Francia!* El gobierno fingió no advertir esta algara, y para obviar las consecuencias, relevó al general; empero, otros muchos detalles no hablaban al observador muy en pro de nuestra disciplina.

Llegaban á los bastiones próximamente á las once: la hora del almuerzo. Unos extraen del fondo de una mochila inagotable las provisiones preparadas por la patrona; otros penetran en la cantina; no pocos se reparten por las fondas de los alrededores. Por aquel entonces costaba supino trabajo convencer á un guardia nacional de que un día de servicio era algo más que un paseo sobre las murallas para festejar la blusa azul. Apurábanse sendas botellas de vino; las rondas de copas sucedíanse incesantemente, y los galones no preservaban siempre á quien los ostentaba de las funestas consecuencias de estas estaciones en las tabernas.

No habría habido más que un medio de librarles de semejantes contingencias; forzarles, aun por medio de castigos, á una labor enervante. No faltaban

ocasiones para ello: cavar la tierra, construir barracones, fortificarlos, acarrear materiales, todo se hallaba por hacer. Empero, nada se hacía. Paseábase todo el día de arriba abajo, á lo largo de las tiendas de campaña donde se debía pernoctar. Unos jugaban al moscardón; otros al *whisk* ó al *piqué*. Muchos charlaban en grupo, otros leían el periódico y algunos dormían al sol.

¡He aquí el penoso deber de la guardia! De día, gracias al magnífico sol otoñal, las dos horas de centinela eran verdaderamente deliciosas. Más tarde amanecieron días de copiosa lluvia y gélida nieve, menos gratos. Tiritábase bajo el burdo capote militar, entumecido de frío hasta la medula de los huesos. Mas, en aquella época, esto era un placer.

Todavía me figuro en el terraplén de la muralla, donde prestaba centinela. Desde aquella garita, caricatura de observatorio, con la mirada errante sobre un paisaje admirable y por detrás del luminoso arrebol que flameaba en los extremos límites del horizonte, en obscura lontananza, apercíbese, siquiera imaginativamente, el siniestro hormigueo de los cascos enemigos. Ni la más pálida sombra de terror turba el ensueño. En aquel instante no existe el peligro. Esta imagen de la vida militar, sin los riesgos que son su secuela ordinaria, la novedad de la situación, la austera sublimidad del paisaje ó las melancólicas reflexiones que surgen invenciblemente de todo paseo solitario, la sensación de bienestar causada por un fresco céfiro tras de un caluroso día septembrino, la vaga mirada que abarca el amplio horizonte, las dos manos apoyadas sobre el cañón de un fusil, el *¡quién vive!* de los centinelas, que, de tiempo en tiempo, os torna á la realidad, prestando á tan poética placidez

cierto tono gris, todo esto emociona y encanta; y entre tanto me abandono á estas impresiones tan placenteras como nuevas, acude á mi memoria un *couplet* que se canta en una de las póstumas bufonadas de Offembach. Entónalo un rey destronado por sus vasallos, luego de una revolución:

*Me han arrebatado mi dicha, mi imperio,
Diamantes, trono y demás;
Pero aunque me divirtiesen,
Me alegre haber visto esto. (BIS)*

Si, nos regocijamos presenciando aquel espectáculo. El alma humana es así. Experimenta un placer misterioso siendo testigo de sucesos tan estupendos que no tuvieron precedente en otros siglos, y en ufanarse de haber contribuido en su debilidad á su realización. Colaborar en la historia, en la sublime historia, es un carisma insólito.

El servicio nocturno era más penoso. Es fuerza notar que nuestros jefes, exagerando su celo, algo belicoso, multiplicaban sin razón el número de centinelas. Situados de quince en quince pasos, la línea de observación era por doquier doble, y algunas veces triple. Cada guardia veía aminorarse su responsabilidad, cumpliendo su deber con cierta apatía. Algún tiempo después se obró con más discreción en este punto, sin que los milicianos estuviesen á todas horas sobre las armas. ¡Cuántas corizas, bronquitis y reumatismos nos han legado las noches de guardia en las murallas!

Dormíase todavía en las tiendas de campaña; aún no se habían concluido los barracones. La tienda de campaña es pintoresca, pero adolece, para los buenos

burgueses, del grave inconveniente de ser poco confortable y muy fría. Además, ¿por qué no confesarlo?: ignorábamos en absoluto los detalles de la organización en campaña. Señalábase á cada miliciano el puesto que debía ocupar en la tienda; no sabíamos colocarnos, y surgían numerosas disputas, llenas de cómicos incidentes.

A cada paso tropezábase en las tiendas á dos ó tres guardias nacionales acostados en el primer rincón hallado, y que, reclinada la cabeza sobre una mochila que no era la suya, dormían con la comodidad posible sobre el petate del compañero. Los infelices que tornaban de prestar centinela, ateridos de frío, penetraban á tientas, buscando, con las manos extendidas en el vacío, el jergón y la mochila que habían dejado para marcar sus respectivos lugares. Ellos encontrábanlos ocupados por cabezas que gruñían:

—¡Ea! señores, esto es absurdo. Han abusado de mí. ¿Quién es el que no está en su puesto?

—¡Nadie!—decía otro.

—¡Es una villanía!—replicaba un tercero.

Los durmientes reclinábanse silenciosamente sobre sus mochilas; algunos osaban roncar fuerte. El ronquido es reputado indicio de una conciencia tranquila. Poco á poco se encolerizaban, insultándose de nuevo:

—¡Basta ya de broma! ¡Estoy helado!... ¡Eh! caballero... caballero... vos sois quien me usurpáis el puesto... Os repito que sois vos... pero ¡carape!, devolvedme el sitio ú os echo de aquí.

—¡A que no!

—¡Ahora mismo!

—¡No me toquéis!

Aprestábanse á reñir en las tinieblas, cuando intervenía algún tercero en conciliación:

—¡Llamaos por vuestros nombres!

—¡Por nuestros nombres!... ¿No veis que hace una noche tan oscura como boca de lobo? Sois un estúpido, querido...

—¡Cómo! Me insultáis...

El escándalo despertaba aun á los durmientes de sueño más pesado:

—¡Diablos!, ¡callaos! ¡Bastante duro es dormir sobre el petate, para que vociferéis así!

—¡Dichoso que lo tenéis! ¡Me han robado el mío!

—¡No he sido yo!

—¡Yo no sé una palabra!

—¡Recontra! ¿No lo sabéis?

—¡Haya paz! Sois ridículo con vuestras susceptibilidades.

—¡Oh! Acabad de una vez. Si os queréis batir, serviré de padrino.

—¡No me asustáis!

—¡Ni vos á mí!

En este punto de la contienda, el guardia que busca su lecho vislumbra una tenue ráfaga de esperanza, y exclama con voz insinuante:

—¡Admirable! Señores, salid fuera de la tienda y daos mutuas explicaciones.

Esta proposición aterra á ambos adversarios, que continúan increpándose, como los héroes de Homero, á distancia y sin venir á las manos. Incúlpense de haber sido demasiado necios, desprendiéndose de sus explicaciones, que á los dos asiste por igual la razón.

Entre tanto, el otro pobre diablo proseguía palmando, rodando por el suelo, jurando, tropezando con todas las piernas que encontraba, hasta que un alma caritativa enciende un fósforo. Entonces descúbrese una mochila sin dueño.

—¡Ahí tenéis vuestra mochila!—gritan á coro.

—No, no es la mía.

—Cogedla, y ¡asunto concluído!

Obedece, harto de lucha, pero no se hace la paz. Desasosegado, jura que no puede dormir, mientras que los contrincantes no cejan en insultarse, de un extremo á otro de la tienda, dirigiéndose con pertinaz encono los mismos apóstrofes, invocando á cada paso á los colegas como testigos de que toda la culpa compete al adversario.

Una voz entona *La Marsellesa*. Todos protestan.

—¡Silencio! Si estos señores alborotan, no hay razón para que se me prohíba cantar.

El escándalo acrece con nuevos bríos.

Los más sensatos abandonan la tienda para pasear un rato. A fe que invitan á ello el cielo, tachonado de estrellas y la noche admirablemente serena. Al Este alborea plácidamente el horizonte, coloreándose después de vivo tono rosáceo. A través de la confusa neblina matinal, cruzan, como sombras vivientes, las viejas que, en sendas cestas y sobre improvisados tenduchos, expenden á precio módico la sopa acebollada y el negro café. Bébese en pie, en torno de un fuego de vivac recién encendido, cambiando con los camaradas algunas frases de salutación: «¡Brrr! ¡qué frío hace!... ¡Ay, el rocío entumeces!... ¡Habéis oído esta noche el cañón?...» Y otras análogas.

Hienden los aires los alegres acordes de la diana; el campamento comienza á agitarse. De las incómodas tiendas de campaña salen paulatinamente, reflejando en sus ojos la falta de sueño, los guardias nacionales. Uno, envuelto en amplia bata, pásase gravemente, con la pipa en la boca, sin cuidarse de su tocado poco guerrero; otro desaparece bajo un ener-

me cobertor, asomando la cabeza por un agujero redondo. Los tapabocas de Escocia, los impermeables americanos, las pieles de animales á modo de abrigos, las capas usadas en España: las costumbres más inverosímiles habíanse citado allí. ¡Qué rostros! ¡Cómo revelaban toda una noche de insomnio! Todos se levantan atontados, rendidos. Los dientes castañean lúgubrementes. Transcurre media hora y los milicianos cambian radicalmente su fisonomía; el espíritu torna á vencer las flaquezas de la materia, y entran gallardamente al redoble del tambor y el sonido del clarín en la hermosa urbe, que ha dormido tranquilamente, mientras que ellos velaban por su seguridad.

¡Alegría! ¡Alegría! Nunca me cansaré de insistir acerca de esta nota, profundamente característica. Jamás, ni en los días más luctuosos y crueles, ha desamparado el espíritu francés. Es la forma, esencialmente parisina, bajo que se encubren aquí todos los dolores, aún los más agudos; todas las necesidades, hasta las más apremiantes. Nadie como la guardia nacional respetó la consigna militar; tampoco nadie, como ella,—permítasenos la frase—se burló de sus severos preceptos. Hacíanla blanco de sus mofas y, sin embargo, practicábanla más exactamente que si fueran verdaderos soldados, adiestrados por la costumbre. Nada más curioso, á este propósito, que una ronda, de noche, al mando de un oficial, para requisar los centinelas de una sección. Cada cual estaba en su puesto, pero no faltaban quienes se permitían bromas, que hubieran aterrado á más de un bigotudo veterano del ejército normal.

—¡Quién vive!—grita el centinela, en pie sobre la muralla.

—¡Ronda mayor!—responde el oficial.

Y el guardia nacional, con respetuosa extrañeza, exclamaba en tres tonos diferentes:

—¡Ronda mayor! ¡Oh!... ¡oh!... ¡oh!...

Imitando la voz de Gil Pérez.

O bien, si era un amigo quien capitaneaba la ronda, replicaba:

—¡Ronda de oficial!

—¡Oh! Ya sabes—respondía el centinela, que *no necesito espías*... He conocido tu voz, viejo marrullero... ¡Ea, lárgate de aquí!...

—¡Vamos! ¡basta de tonterías!—insistía el oficial.
—Dame la seña.

Esta era *Mostaganem*.

—¡Come—tú—gamella!—exclamaba con voz cavernosa el guardia.

Todos reían estrepitosamente, mas á través de estas excentricidades y de estas locuras, si se confiaba á estos burlones una misión, cuya transcendencia comprendían, no transigían en el menor detalle, ni admitían excusas de ningún género. Exageraban el rigorismo hasta el ridículo. Habíase prohibido la salida y la entrada en París de cuantas personas vestían uniforme. Esta medida dirigíase principalmente á los movilizados, que, con harta frecuencia, se escapaban de los fuertes para visitar los burdeles de la capital. La guardia nacional la aplicó sin contemplaciones á todos los militares. He visto á valientes muchachos detenidos en las puertas por llevar á guisa de sombrero redondo el kepis de moda.

—No tenemos otros sombreros—decían.

—No me importa—replicaba el miliciano, impertérito en el cumplimiento de la consigna.

Intervine, apuntando un medio de conciliación:

—Escondedlos debajo del abrigo, y marchad descubiertos. Así tendréis derecho á pasar, porque entonces no sois más que unos ciudadanos sin sombrero.

Estos recuerdos serán los primeros, entre los más sugestivos y amenos de cuantos habemos del Sitio. La guardia nacional tuvo más tarde ocasión de realizar hazañas heroicas; empero, aun no había sonado el momento de las sublimes abnegaciones y de los sacrificios supremos. La guardia sobre las murallas y la policía en el interior de la capital cumplían perfectamente su misión.

Por aquel entonces, complicaban el servicio policiaco múltiples detalles que la posteridad apenas se explicará. ¡Quién ha de imaginarse que una de sus ocupaciones más importantes fué, durante los primeros días de Sitio, la captura de los espías prusianos! Precisa conocer París para comprender qué excesivo grado puede lograr una idea fija en esta bulliciosa capital, donde todos los sentimientos se hallan siempre en tensión, desvaneciéndose como el humo. Durante una ó dos semanas, todos los parisienses padecieron la preocupación del espionaje enemigo, preocupación terrible, que degeneró en locura. Veíase por doquier espías. Uno de los publicistas más constantes en acecho de las modas del espíritu parisién para propagarlas en sus escritos—he nombrado á Timoteo Trimm—decía en uno de sus artículos, que á nadie recreó, pues tan admirablemente reflejaba la opinión pública:

«En época remota, temían en Venecia á los agentes del Consejo de los Diez, á quienes apercibíase ora en las lagunas, ya sobre el último peldaño de las escalas de cuerda, ó bien detrás de la rejilla de los confesonarios... Pero, ¡ah! el Consejo de los Diez era un

cónclave de párvulos en comparación de la policía militar de los prusianos... Por todas partes, y bajo los más varios disfraces, se ve á los espías enemigos. Ayer fueron detenidos un cochero y un carbonero. Ambos eran espías; se reconoció al primero en que guiando, torcía siempre hacia la izquierda, según acostumbran los aurigas alemanes; al otro, porque tenía las manos demasiado negras. En la Puerta Maillot, á dos pasos de las fortificaciones, agrúpase la gente en torno de un vendedor de impresos. Expende la *Biografía del bravo general Ulich, gobernador de Strasbourgo*, al módico precio de un sueldo. ¡Comprad, señores! Una mujer le entrega una moneda de cincuenta céntimos; él registra el bolsillo de su chaleco, de donde se deslizan dos napoleones de oro que le traicionan. Era un espía... Esta mañana pasa cerca del Palacio de la Industria una dama vestida, rica y elegantemente, con abrigo de seda negra, sombrero de gasas y con el rostro cubierto por un tupido velo. Un curioso la sigue, ofrécela el brazo, la asedia más y más, cuando, de repente, un súbito vendaval levanta el velo, y el incógnito personaje cree apercibir en el semblante de la bella el tono azulado de un recién rasurar... Era un espía.»

En un lapso de quince días, la imaginación de los parisienses fué obsesionada constantemente por el espectro del espionaje. Deteniase arbitrariamente y á todas horas á las personas más honradas del mundo, á quienes costaba inauditos esfuerzos sustraerse á las iras de las masas amotinadas. Conducíase las al puesto más inmediato, donde luego de reconocerlas, se les ponía en libertad, ofreciéndolas todo género de excusas. Entre estas víctimas figuró nuestro compañero Lomón, el hombre mejor que ha nacido. Su aspecto

bonachón le acarreó este serio contratiempo. Tanta bondad debía ser fingida; por esto, pareció sospechosa. También se asevera que dos milicianos demasiado diligentes detuvieron al propio general Trochu, á quien la aventura hubo de divertir sobre manera. ¡Desventurado aquél que hablaba con acento alsaciano! Su perdición era cierta. Sé de un amigo mío, natural de Alsacia, que se resignó á no pronunciar en público ni una sola palabra. Por dos veces había sufrido estos lamentables errores. En esto como en todo lo que acaece en París, intervenía extraordinariamente el natural burlón del pueblo. Los mixtificadores gritaban *¡al prusiano!*, y guardaban sus costillas, viendo la figura aterrada del pobre diablo, asido por el cuello. Un deudor, azorado en la calle por un sastre ó por un zapatero indiscreto, era señalado en alta voz como espía, riéndose de muy buena gana á su costa.

A menudo, por la tarde, divisábase cómo se formaban lentamente grupos de narices olfateadoras, que presto se convertían en masas. ¿Qué miraban con tanta atención?... Una luz que brillaba en un cuarto piso y que se movía de uno para otro lado. ¡Una luz!, ¡á las diez de la noche!, ¡en el último piso de una casa! ¡Indefectiblemente eran señales!... Son señales... ¡Silencio! Ved el reflejo verde... Y la fantasía se desbocaba en innúmeros comentarios: «Conozco al portero... su mujer es prusiana... no hay duda que encubren espías... quieren entregar París»...

Llega la guardia nacional, algunos milicianos apoderánse del despavorido portero y suben con él á todos los pisos. En ellos sorprendíase casi siempre á una honrada familia que hacía labores ó leía á la luz de la lámpara...

—Pero ¿y aquella luz que se movía de una ventana á otra?

—Cuando íbamos á buscar algo en otra habitación.

—¿Y el reflejo verde?

—Porque nuestros *portiers* son de ese color.

Cierto día, ó mejor, cierta tarde, un objeto extraordinario, cuyo color cambiaba de rojo en verde y en azul, á la luz de una bujía que se veía girar con inquietantes evoluciones, amotinó á un barrio entero que, no acertando á explicarse el fenómeno, hablaba de saquear é incendiar aquel observatorio. Asaltóse el domicilio, descubriéndose tras el balcón, y colocado sobre su percha, á un papagayo disecado, sobre cuya figura se proyectaban los rayos de una bujía en movimiento. El sesudo *Journal des Débats* narró al día siguiente, con cierta ingenua astucia, este episodio de la espiomanía. Fué el golpe de gracia. He aquí otra nota gráfica de las locuras parisienses: cuanto más intensas, son tanto más breves. Esta pasó presto, y nadie volvió á acordarse de los espías si no para detener á los verdaderos, esos miserables de la infima capa social que, bajo el pretexto de merodear, salían de París cargados con un saco de hortalizas ó patatas y facilitaban á los enemigos nuestros periódicos y los informes que podían recoger en uno y otro lado.

¿Hubo otros?: ¿entre tantos detenidos se contaban, en realidad de verdad, individuos vendidos al oro prusiano para sorprender nuestros secretos? No lo sé, pero es probable. Mas no puede dudarse que, aparte el proceso Hart, un espía auténtico, fusilado á raíz de comenzar el Sitio, no se oyó hablar de prisiones y menos de ninguna ejecución capital. Importa con-

cluir que no se aducían cargos suficientemente serios contra las personas detenidas. De otra suerte, la autoridad no habría parado mientes en publicar ruidosamente su castigo, aunque sólo fuese para calmar algo la aterrada fantasía de los vecinos de París.

II

Esta pasión se desvaneció, pues, á falta de eventos que la fomentaran. Por el contrario, otros dos rasgos característicos de este Sitio debían acentuarse cada día más. En los inicios apenas eran sensibles, pero después fueron extraordinariamente dolorosos. El primero fué la falta absoluta de noticias. París, donde convergen todos los rumores del mundo entero y que torna á reexpedirlos, en cierto modo multiplicados y exagerados como por un eco maravilloso, encuéntrase incomunicado bruscamente con el resto del universo. Habíamos creído hasta allí en la imposibilidad rotunda de un aislamiento completo de la populosa urbe, á menos de cercarla por un millón doscientos mil hombres, cifra enorme de que no disponía el enemigo. Los acontecimientos nos tornaron á nuestro juicio, rindiéndonos á la evidencia. En París no entraba un periódico, una carta, un correo. El servicio postal comisionó en diferentes direcciones á varios oficiales del Cuerpo para que, atravesando las filas prusianas, nos trajesen la correspondencia; ninguno regresó á la capital. Además, habianse alejado de nuestro lado los embajadores de Inglaterra, Rusia y Austria. Los representantes de las otras naciones continuaban entre nosotros, habiendo pedido al Estado mayor prusiano que se dejase vía libre á sus res-

pectivos súbditos. Bismark respondió insolentemente que circularían sus cartas y las respuestas de éstas, pero abiertas, después de leídas y selladas por el canciller. La pretensión era exorbitante, inadmisibile; expresaba la resolución implacable de mantenernos en un absoluto aislamiento, de transformar á París en un inmenso Mazas.

Ello nos sorprendió y desconcertó extraordinariamente. El resultado propuesto y logrado por los enemigos excedía á todas nuestras previsiones. Nuestro amor propio recibió, en primer término, una profunda herida. ¡Habíamos dicho y repetido hasta la saciedad, bajo todas las formas, que París era el cerebro del mundo, el gran núcleo de las energías del pensamiento humano, que si cesaba de emitir ideas y sentimientos, se detendría al punto la máquina del Universo; lo que sería como un largo paréntesis abierto en el curso de la civilización...! Hubimos de reconocer, aunque á la fuerza, que si, en efecto, ocupamos un lugar importante en el Planeta, no por eso somos su corazón; y que, aislado París de las restantes naciones, la Tierra proseguía girando, como antes, en torno del Sol, la Humanidad pensando y obrando, y por ende, sin interrumpir su avance hacia el progreso eterno. ¡Molesto descubrimiento! ¡Amarga desilusión! Europa y América podían prescindir de nosotros; todo el Universo nos abandonaba. Como marineros extraviados en alta mar, habíamos sed de noticias. ¿Qué hacía el resto de Francia? He aquí, para nosotros, un problema gravísimo, al que no sabíamos responder.

Algunos días antes de que se llevase á cabo esta incomunicación, el gobierno envió á Tours dos de sus miembros para organizar la leva y entusiasmar á

los distritos. Empero, los hombres á quienes competía esta difícil misión, apenas nos inspiraban una muy vaga esperanza. Eran dos ancianos, Glais-Bizoin y Cremieux, ambos conocidos por la honrada sinceridad de sus opiniones, mas la senectud había debilitado sus energías. ¿Cómo aquellas vacilantes manos podrían realizar tan estupenda labor? No lo esperábamos; así apenábanos profundamente no poder rasgar las negruras de aquella tenebrosa noche, impenetrable para nuestras miradas. Advirtiéosenos que Mr. Thiers, ofrendando al nuevo gobierno su larga experiencia y su indiscutible autoridad, había partido para ponerse al habla con diversos Gabinetes de Europa, encaminándose primero á Londres, luego á San Petersburgo, regresando á Tours, después de pasar por Viena y Florencia. ¿Qué había acaecido en esta expedición? ¿Qué suerte habían corrido las negociaciones de nuestro embajador? ¡Somos tan propensos á los ensueños quiméricos, que, aun entonces, creímos en la posibilidad de una coalición europea contra Prusia victoriosa! ¡Sobre todo—oh nuestra incurable ingenuidad—contábamos con Rusia! Decíamos que ésta conocía harto bien sus intereses para no temer que algún día la poderosísima Prusia, enloquecida por sus triunfos, la reclamase sus provincias alemanas, y ante una negativa, se las arrebatase por la fuerza. «¿Quién sabe?, decíamos; quizá á estas horas la alianza es un hecho», y calculábamos cuánto tiempo era menester para que un ejército ruso cayese sobre Berlín, forzando á nuestros sitiadores á marchar contra este nuevo combatiente. ¡Qué enfadosa é irritante inquietud, carecer de informes precisos sobre asuntos que tan de cerca y tan sensiblemente nos afectaban!

Además, esta falta de noticias implicaba para cada uno de nosotros una privación amarguísima, seguramente la más cruel entre todas. Habíamos enviado á nuestras madres, á nuestras esposas, á nuestros hijos, á nuestras familias, unos al extranjero, otros á las playas normandas ó bretonas, no pocos al interior de Francia. Nadie previó el bloqueo, y apenas les entregamos dinero más que para breves días. ¿Qué les ocurría y, principalmente, qué les sucedería de allí en adelante? ¿Cómo tranquilizarles respecto á nuestra suerte? Porque pensábamos lógicamente que Bismark colmaría las columnas de la prensa con el falso relato de nuestras luchas civiles, representándonos como entregados al crimen y al saqueo. Nosotros mismos, ¿cómo sabríamos que aquellos seres, cuyas vidas nos eran tan caras, disfrutaban de perfecta salud? Contábamos angustiosamente las horas transcurridas; aquellas horas tan fecundas en enfermedades, accidentes, vagos temores, desesperaciones; la amargura y el enojo torturaban horriblemente nuestro corazón. Es el único sufrimiento que no compartimos con nadie. He visto á la fanfarronería parisina burlarse de todo y ridiculizar con su desenfado satírico las calamidades más serias del Sitio, pero siempre respetó ésta; ante ella habría enmudecido, y las chanzas hubiesen degenerado en sollozos. París era una inmensa población de viudos que, á su regreso, por la tarde, á casa, preguntaban al portero:

—¿Qué?... ¿Hay carta?...

—No, señor, no hay carta—respondía el humilde servidor.

Todos los días recibían esta nueva y dolorosa impresión. Nunca se borrará de mi memoria que, comiendo cierta tarde en un restaurant, en compañía

de tres parisienses, altamente escépticos, discutiríamos humorísticamente, para amenizar la pésima calidad del agape, sobre éste y sobre los horrores del Sitio; animábanos esa alegría, algo ficticia, que chispea sobre el espíritu parisino como la espuma sobre el champagne. A cuatro pasos de nosotros, en una mesa especial, comían un anciano, una mujer joven, indudablemente su hija, y al lado de ésta, un niño de tres ó cuatro años, rubio, de rizada cabellera, y que charlaba con infantil candor. Vió sobre nuestra mesa una pera y se la pidió á su madre. Uno de nosotros se puso en pie, y tras de excusarse correctamente para con la joven, ofreció la apetecida fruta al pequeñuelo, abrazándole después. Cuando tornó junto á nosotros, por sus mejillas corrían abundantes lágrimas, que en vano se esforzaba por disimular; los cuatro, valientemente, lloramos unos en presencia de los otros, ante nuestro plato, sin despegar los labios.

Cabe, desde luego, acusar de negligente á la Administración que no supo excogitar ningún medio para conjurar el mal. Asombran, realmente, el escaso ingenio, los misérrimos recursos y la infecunda inventiva de nuestro gobierno en esta guerra; una buena voluntad enorme, pero ayuna en absoluto de originalidad. Fué preciso que, en todos los órdenes de ideas, recibiese del público impacientado el impulso que debiera haber surgido de su seno. La organización de los peatones militares fué demasiado tardía. Al principio, empleóse á los peatones libres que llevaban cartas sin sobre y franqueadas con un sello de diez céntimos. A la hora de ahora, ignoro qué suerte corrieron estos peatones y las cartas que les confiamos. Nótese que escribo estas impresiones antes que se levante el bloqueo de París, para no desnaturalizarlas

con ninguna omisión. Solamente, al cabo de dos ó tres semanas de tentativas, se organizó un servicio regular de verdaderos peatones. Ya insistiré, más oportunamente, acerca de este punto, en otro capítulo. Aún más se retrasó el empleo de las palomas mensajeras para facilitarnos algunas breves y lacónicas noticias de nuestros queridos desamparados. ¡Un reducido número de dichas fueron obra de estos alados correos! ¡Cuántas se les deberá todavía!

III

La segunda sorpresa y la segunda miseria del Sitio que comenzaba fué la repentina escasez de viveres. El gobierno había advertido á todos para que se proveyesen de antemano. Empero nadie, ó casi nadie, hizo caso del consejo. Repetiré una vez más que ninguna persona previó el bloqueo. Algunos vecinos prudentes—muy contados—almacenaron en sus despensas abundantes comestibles. Otros compraron, por moda, por burla, un jamón de York, algunas latas de sardinas, cuatro ó cinco kilos de arroz y legumbres secas y botes de confituras. Acudíase á las tiendas como á un recreo. Las mujeres del gran mundo llegaban, con fastuosa *toilette*, á la puerta de Potin; ellas amontonaban, al azar, en sus carretelas, los frascos, los botes, los trozos de salazón y queso, pagaban en oro, y se alejaban, riendo como locas, con sus compras.

Advirtiósse pronto que el Sitio transformábase en bloqueo, y que estas provisiones, reunidas precipitadamente, sin orden y en chanza, no durarían mucho

tiempo. Entonces toda la capital acudió, tendiendo en súplica sus manos, á los almacenes de comestibles. De un día á otro se encarecieron todos los géneros. Por delante de las tiendas de este ramo formábanse largas colas de mujeres, en busca de queso, jamón, salchichón y otras viandas. Reíase todavía de tamaño apresuramiento; empero, habíase la convicción de que se avecinaba la hora de positivos apuros, de crueles sufrimientos.

Prodújose un raro fenómeno, que nos resistiríamos á creer, si no lo hubiésemos comprobado: París experimentó súbito un apetito devorador. Nunca hubo *un hambre tan enorme* en la capital. Antes se comía para vivir, sin prestar gran atención á los manjares. Difícilmente se habría encontrado un parisién que eligiese su almuerzo. Apenas se inició el Sitio, nuestros estómagos comenzaron á gritar con desaforada urgencia. Contemplábamos, al pasar, con miradas codiciosas, los escaparates de los almacenes de comestibles; las enormes pilas de botes de hoja de lata, las hileras de frascos donde brillaban las confituras, amarillas ó rojas, las cubas de arenques prensados, todo ese aparato de comida que se expone en los escaparates de dichos establecimientos nos *hacía la boca agua*; en espera de futuros banquetes, lo contemplábamos con tiernas miradas. Quien almorzaba habitualmente un par de huevos fritos y un trozo de queso, no se satisfacía ahora con menos de un *bisteack* arrojando sangre, rociado con una botella de *Bordeaux*. ¿Levantaba su voz el estómago?: ¿debía acallársele? Grave problema cuya solución brindo á los moralistas. Lo realmente cierto es que, en previsión de una abstinencia forzosa, cada cual comía más y mejor. La comida era más abundante y más exquisi-

ta. Parece que cada uno se decía á sí: ¡Devoremos esto para que no lo disfrute el enemigo!

Nunca, como en la primera etapa del bloqueo, desnudaron los convites entre la clase burguesa.—¡Una comida de Sitio!...—era la frase consagrada. Experimentábase cierto placer, que no acierto á explicarme, en ultrajar á los prusianos, sirviendo á los invitados manjares selectos, que ellos engullían, quejándose de los horrores del hambre. Estas excentricidades pasaron pronto; las tiendas de comestibles no tardaron en resentirse del bloqueo. Fué preciso racionar al público, siendo ésta una de las cuestiones de más difícil solución. Por aquel entonces aún no podían apreciarse todas las dificultades que habían de surgir en este orden. La carne fresca de buey y carnero abundaba suficientemente para subvenir al consumo normal de la población; por otra parte, tampoco escaseaba la carne de caballo, que, repugnada por el prejuicio popular, adquiríase fácilmente.

Recuerdo que encaminándome, por la mañana, á los ejercicios de la guardia nacional, pasaba por delante de las colas que se extendían á la puerta de las carnicerías y entablaba conversación con las compradoras, que pateaban, ateridas por el frío, riendo y charlando, mientras que les llegaba el turno.

—¿Por qué—les preguntaba — estáis aquí aguantando la lluvia, con los pies entre el barro, aspirando el aire húmedo de la mañana, cuando allá, más abajo de mi casa, hay un puesto de carne de caballo, que nunca vende toda su mercancía?

—¡De caballo!—gritaban con espanto las comadres.

Sin embargo, yo la como á diario y la encuentro muy buena; mis amigos y los ricos también gus-

tan de ella sin repugnancia. Mas precisó, para convencer á los obreros y sus mujeres, el aguijón del hambre. Pude seguir los progresos del bloqueo estudiando la carnicería de mi vecino, el vendedor de caballo. Su clientela aumentó á medida que las subsistencias disminuían en París. Mediaba Noviembre, cuando ante su tienda comenzaron á extenderse filas interminables de parroquianos; él acabó por abrir sólo á ciertas horas y no expender carne más que á los portadores de ciertos bonos.

Cada alcalde organizó, según su particular criterio, el racionamiento. De todas partes surgieron quejas, en su mayoría justas. Humildes mujeres pasaban medio día entero para recibir un misérrimo trozo de carne de carnero ó de buey, siendo facilísimo ahorrarlas tan larga estancia al aire libre. Hubo de reconocerse, en su consecuencia, que no era empresa de pocos arrestos nutrir, por administración, á dos millones de hombres de temperamento maleante, y que, de continuo, acechaban la ocasión de burlar la vigilancia de la autoridad. En los instantes en que escribo estas líneas, la organización adolece todavía de muy intensos defectos: un barrio es mejor abastecido que otro; el sistema de números de orden, entregados á los consumidores, se halla dispuesto más ó menos cómodamente, pero el público ha concluido por sobrellevar con paciencia su infortunio; todo ha llegado á *su colmo*, como dice el pueblo. Súfrese quizá más, pero se gime en tono más quedo.

He de insistir reiteradamente, en el curso de estos recuerdos, acerca del problema de las subsistencias. Así, pues, séame lícito coger de nuevo aquí, en el punto donde lo solté, el hilo interrumpido de los acontecimientos.

CAPÍTULO VI

Bourget.—Rendición de Metz.—Manifestación de 31 de Octubre.

I

El manifiesto de Jules Faure y el leve éxito de nuestras armas que hubo de seguirlo, habían reanimado los corazones y vigorizado los nervios del pueblo parisién. Recobráronse nuevos bríos de los que, fuerza es confesarlo, nos hallábamos harto necesitados. La situación era cruel. Fluctuábamos entre dos peligros, á cual más amenazadores: en el exterior, los prusianos; dentro, los sediciosos. Creo que, en los últimos días de Septiembre, el vecindario temió á éstos más que á los primeros; quizá no le faltaba razón para ello, porque los segundos eran, inconscientemente, los aliados en quienes más confiaban los enemigos para entrar en París. Bismark no había ocultado sus esperanzas. En todos los tonos, en todos sus documentos públicos, en todas sus conversaciones privadas, cuyos ecos llegaban hasta París, decía que la guerra civil abriría las puertas de la capital, injuriando de paso á este pueblo que, ante el supremo peligro de la Patria, no podía apagar la tea de la discordia.

Compréndese que viviéramos muy desasosegados

entre estos dos enemigos. ¿Cómo nos atacarían los prusianos?, ¿qué rayo surgiría de la nube tras de la que velaban sus intenciones para lo sucesivo? Nada sabíamos con exactitud. Ignorábamos que se hallasen resueltos á bloquearnos solamente, aguardando, al pie de sus armas, que la sedición ó el hambre les rindieran la plaza. Debimos suponerlo, porque los grandes capitanes, como el zorro de la fábula, nunca tienen más que una torre en su mochila. Inventan una combinación nueva que modifican incesantemente, hasta que se la enseñan á sus adversarios, combatiéndose de esta suerte, en último término, con sus propias armas. Moltke empleaba en casi todas sus campañas cierto movimiento circular, forzando, por medio de una admirable evolución, al enemigo á capitular. Era probable que procediera de idéntico modo contra París, cuyo recinto cercaría con todas las fuerzas de Alemania, dejando al tiempo completar su plan bélico. Empero, nuestro espíritu no era entonces apto para tales filosofías, cuya precisión sólo se nos alcanzaba á raíz de algún desastre...

Durante el mes de Octubre, creímos en un asalto á viva fuerza ó en el bombardeo. Acerca de éste no abrigábamos ninguna duda. A diario, decíase: «Mañana; á lo más tarde pasado mañana». Se anunció para el 9; para el 11, aniversario de la batalla de Jena; luego para el 27, aniversario de la entrada de Napoleón en Berlín; finalmente, para la fiesta onomástica de Guillermo, de Augusta, de Fritz. Los bandos fijados sobre los muros de las casas nos recomendaban queuviésemos en ellas cubas llenas de agua, desempeñar nuestros patios, arrojarnos en tierra cuando viéramos explotar un obús, apagar los fuegos que se produjesen con lienzos mojados; cada francés inspec-

cionaba con aspecto pensativo su casa. ¿Será el abovedado suficientemente sólido para resistir el súbito ahondamiento de la obra? Los museos enterraban en el subsuelo sus tesoros; las bibliotecas blindaban sus techos y calafateaban sus ventanas; el Instituto dedicaba á la Europa civilizada una protesta contra los bárbaros que preparaban la destrucción de tantas obras maestras. El *Times*, en un número que llegó á nuestras manos—estos ejemplares nunca se extraían—decía que, después de todo, el bombardeo de París no era una monstruosidad tan extraordinaria: ¿por qué se le calificaba así?, ¿por qué los parisienses tenían el mal gusto de defenderse?, ¿por qué resistían á los buenos prusianos?, ¿por qué les molestaban tanto? A pesar suyo, nuestra maldita obstinación forzábales á medidas algo rigurosas. Nuestra sería la responsabilidad ante la Historia...—¡Ah! el *Times* puede ufanarse de habernos proporcionado muy malos cuartos de hora, y si alguna vez...; ¡pero paciencia, paciencia! Día vendrá en que se salden todas las cuentas. No recibíamos un periódico alemán que no estudiase *ex professo* los efectos de aquel bombardeo tan esperado, y que no lo ofreciese como último recreo á los honrados y leales hijos de la rubia Alemania. Los oficiales prusianos, en las conversaciones de las avanzadas, hablaban con pena á nuestros compatriotas como de una desventura inevitable. Ninguna de las cartas recogidas á los soldados muertos ó heridos dejaban de tratar del bombardeo. La joven y melancólica Gretchen, de azules ojos, nunca olvidaba en sus sentimentales epístolas, extraña mezcla de los besos de su alma, de las medias de lana, de confituras, de Dios, de Beethoven y de las florecillas del bosque; nunca olvidaba, digo, añadir, lanzando un suspiro de

satisfacción: «¡Murmúrase que mañana comienza el bombardeo!» A nuestro recuerdo acudían aquellos famosos Krupp que, en la Exposición universal, tanto nos extrañaron por sus enormes bocas. Afirmábase que alcanzaban de ocho á doce mil metros. *L'Illustration* había publicado las distancias que mediaban entre los diferentes puntos de París, deduciéndose evidentemente de su estudio que las bombas de ciento cincuenta libras podían caer sobre la plaza del Teatro Francés. Fundóse una asociación de seguros mutuos contra los daños que esto suponía, reuniéndose en breves días un capital de varios millones.

Transcurrieron las semanas y el famoso bombardeo desvanecía en humo como un vano fantasma de la neblina nocturna. Por aquel entonces, no oímos el ronco tronar de los cañones Krupp (1). Debemos creer que si salieron de Strasburgo, atascáronse en el camino en el fondo de algún barranco. Es harto incómodo maniobrar con máquinas que pesan de veinticinco á treinta mil kilos. No consiste todo en fundir cañones, sino en disponerlos para entrar en línea de fuego. Esta amenaza, que debía quedar incumplida, no dejó de inquietarnos. Un hecho insignificante revelará mejor que todas las reflexiones del mundo cuán arraigada era en nosotros esta preocupación. Visitaba á diario á un pariente mío, aquejado gravemente por la viruela, que tan horrible mortandad produjo en aquella fecha en París. El espectro del bombardeo animaba su delirio; así no cesaba de preguntarme: ¿Cómo me salvaré cuando comience el bombardeo?

(1) Escribí este capítulo en la primera semana de Enero. Tres días más tarde, el bombardeo me desmintió cruelmente. No taché, sin embargo, el párrafo, para que se comprenda mejor la intensidad de nuestras ilusiones.

Muchas casas de París surtiéronse de banderas de ambulancia sanitaria ó de embajada y consulado. Se imaginaba que los artilleros enemigos divisarían á tres leguas de distancia aquellos lienzos de color izados en el extremo de un palo, respetando los inmuebles protegidos por la enseña. A la hora de ahora, todavía flotan algunos pingajos sobre varios balcones y ventanas. La prensa alemana que leemos, siquiera intermitentemente, nos amenaza de continuo con el cañón Krupp. Mas era moda no parar mientes en tales bravatas, que nos hacían el efecto de un espantapájaros.

Todos sabemos que nada inquieta tanto como esperar. Esto fué, durante un mes interminable, á modo de nuestro sustento cotidiano. Estábamos excitados, nerviosos. Preguntábamos: ¿Qué hacemos? Y añadíamos: ¿Por qué no hacemos algo?

Nuestros gobernantes eran personas honradas, de bravo corazón y positivo mérito. Empero, desconfiábase de su genio. Habríase deseado que, abandonando senderos manidos, asombrasen á diario el mundo y á nosotros mismos con algún acto sorprendente, con algún invento singular. Citábase á cada instante el recuerdo de las guerras de Secesión, y las inauditas hazañas de los improvisados generales de la joven América. Trochu era sólo un buen militar, que marchaba prudentemente por caminos trillados. Parecía resuelto á no empeñarse más que en pequeñas acciones, en escaramuzas sin importancia, donde se adiestrarían poco á poco las tropas todavía bisoñas y sin solidez, aprovechando juntamente el plazo concedido por los adversarios para concluir nuestras fortificaciones. ¿Cabía hacer más y mejor? Resuelvan este problema las personas competentes. Por nuestra

parte nos limitamos á describir el efecto que, en los momentos de lucha, causó sobre nosotros esta táctica. Unos censurábanla acremente, y hasta quienes no se recataban de laudarla en público, elogiando la temporización y comparando al general Trochu con Fabius Cunctator, sentían un secreto despecho no viendo marchar con más celeridad los acontecimientos. Nos asemejábamos al calenturiento que censura á su médico, porque la dolencia no remite pronto bajo sus fórmulas.

El general Trochu es bretón, lo que vale tanto como decir que es extraordinariamente terco. Pertenecía á la raza de aquellos que introducen clavos en las paredes, sirviéndose de su cabeza como de un martillo. Ignoro si le impresionaban los epigramas de la prensa, la nerviosidad de la opinión pública; empero, él realizó casi en silencio y lentamente una labor cuya eficacia hemos reconocido más tarde. Concluyó de fortificar París; afirmó los puntos débiles y fortificó los mejor artillados de aquella inmensa línea de defensa; puso á la capital en condiciones de hacer frente al enemigo allí donde éste se presentase. Gracias á su esfuerzo, París fué inconquistable. Ciertamente, á la vez, los prusianos completaron su asedio, en forma que un oficial alemán decía á un médico de nuestra ambulancia: «Tan difícil os será salir de París, como á nosotros entrar».

Este trabajo de topo, largo y paciente, no es de los que deslumbran las imaginaciones. Así no se rindió la justicia que merecían, al general Trochu, que lo había ordenado, ni al genio que vigilaba la ejecución. Ni el uno ni el otro pudieron reprimirse, y el 18 de Octubre publicaron una relación oficial sobre los trabajos llevados á cabo en el perímetro de París du-

rante aquellos días en que el público les acusaba de ociosos. Argüían, no sin cierto orgullo legítimo, que, al día siguiente de los grandes desastres del ejército del Rhin, el inmenso cerco de la capital carecía no sólo del preciso artillado, sino que no tenía puertas, ni casamatas, ni polvorines, ni puentes; que ninguno de los fuertes se hallaba en estado de defensa, y que el tiempo había destruido todas las obras exteriores. Renunció á detallar los trabajos realizados; estos relatos competen á la historia propiamente dicha, y no quiero extralimitarme. A ella incumbe contar hasta en sus más leves minucias el número prodigioso de los sacos de tierra transportados, de cañones emplazados, de obras construídas, de metros de terreno minados bajo el campo enemigo; he de concretarme á consignar el resultado definitivo: era verdaderamente admirable, y el general Trochu debía felicitarse de él con razón. Se demostró, en efecto, á partir de este día, que París, siempre temeroso de alguna sorpresa, se hallaba en lo sucesivo al abrigo de un ataque á viva fuerza, pudiendo dormir tranquilo tras de tantos obstáculos como le habían desvelado. Las barricadas, levantadas en los primeros momentos en las calles y en los paseos, eran ya casi inútiles; á no dudarlo, el enemigo nunca entraría, si no capitulábamos. En realidad, cesó de funcionar entonces la comisión nombrada para organizarlas; Rochefort, su presidente, ostentaría en adelante un título puramente honorífico. ¡Admirad de pasada la ironía de los acontecimientos! ¡El mismo Poder había designado una comisión de barricadas, adjudicando á Rochefort la jefatura! ¡Cuán cierta es la frase de Talleyrand: *en Francia todo llega!*

Bueno era defenderse, pero atacar habría sido

mejor. Afirma un axioma de la guerra, que la defensa de una plaza sitiada debe ser ofensiva. Estas dos palabras que integran una antítesis, *defensa ofensiva*, resumían todas las opiniones del público parisién sobre el Sitio. ¿Por qué—preguntábase—el general Trochu no ataca á fondo? Los impacientes, los sediciosos, los Bellevilleses no hablaban más que de salidas en masa. Urgía marchar todos juntos, próximamente cuatrocientos ó quinientos mil sobre un punto determinado y destruirlo; ¡como si fuera posible ordenar, desplegar y hacer maniobrar á un ejército tan numeroso de ciudadanos que apenas sabían manejar un fusil! Las personas sensatas no exigían tanto; habrían deseado, no obstante, más actividad, que no se redujese todo á simples reconocimientos. Todos criticaban: unos con cierta delicadeza, otros acremente.

El general Trochu no se preocupaba de estas censuras. Había formado su plan. Un día, cometió la imprudencia—estas pequeñas desventuras son el castigo de los jefes que escriben demasiado—de publicar una proclama en la que decía en síntesis: «Dejadme tranquilo; tengo mi plan, y no cejaré en él. Todavía no han fallido ninguna de mis conjeturas sobre la presente guerra, según podrá comprobarse, cuando se lea el testamento que obra en poder de M. Ducloux, mi notario. ¿Por qué pretendéis que desconfíe de mi juicio? Aguardad.» Esta ingenuidad, característicamente bretona, excitó la risa de los parisienes. El plan de Trochu, aquel plan invisible, convirtiéndose en tema de innúmeras burlas. Inspiró numerosísimas caricaturas y canciones. Todo París repetía los *couplets* demasiado picarescos, improvisados sobre la música de *On va lui percer le flanc*:

*Yo sé el plan de Trochu,
¡Plan, plan, plan, plan, plan!
¡Dios mío, qué bello plan!
Yo sé el plan de Trochu;
Gracias á él nada se ha perdido.
Cuando sobre el blanco papel
El escribió su testamento,
Fué á entregar su plan
Al señor Ducloux, su notario.*

—

*¡Allí está el plan de Trochu!
¡Plan, plan, plan, plan, plan!
¡Dios mío, qué bello plan!
¡Allí está el plan de Trochu!
¡Gracias á él nada se ha perdido!*

—

Enseguida enumerábanse en múltiples *couplets* todas las necesidades que se suponía cometidas, repitiéndose siempre el endiablado estribillo:

*Así dice el plan de Trochu.
¡Plan, plan, etc.!*

Todos nos regocijábamos con esta burla, que, por otra parte, revelaba un gusto pésimo. Temo que el general Trochu no fuera insensible en absoluto á estas leves punzadas.

Sin embargo, no permaneció por ellas menos fiel á su plan, que únicamente él conocía, y que consistía, á lo menos para el mes de Octubre, en llevar á las tropas al fuego por pequeños destacamentos, á fin de aguerirlas; en reemplazar las salidas en conjunto

por múltiples reconocimientos, sin mencionar el fuego incesante de los fuertes que, de día y de noche, cañoneaban á distancia el campamento prusiano. Lejos de mi propósito censurar este plan, pero ruego á quienes me lean que se representen el estado de un pueblo muy impresionable y violentamente excitado, cuando todas las mañanas leía en sus periódicos estos ó parecidos sueltos: *Ayer, desde el fuerte de Mont-Vallérien se ha disparado una docena de obuses sobre una batería en construcción, desmontándola y obligando á los soldados enemigos á huir...*; ó *Los tiradores del Sena han realizado durante la noche un paseo militar por las márgenes del Marga, tropezando una patrulla enemiga y empuñándose entre ambas partes un vivísimo tiroteo que duró dos horas. En este encuentro, que honra altamente á nuestros voluntarios, éstos no tuvieron ningún herido. ¡Bien poco, en verdad, para nuestra impaciencia! Y como en París todo mueve á risa, leíase en los periódicos parodiando los cotidianos informes: Ayer se divisó una ligera nubecilla de humo sobre las alturas de Saint-Cloud. Supónese que fué uno de nuestros obuses que estalló, por descuido, bajo la pata de un perro. El can perdió el rabo á consecuencia de la explosión. El rey Guillermo le ha condecorado con la medalla del Mérito militar.*

Tampoco nos satisfacían cumplidamente los reconocimientos más intensos, como los ordenados á Ducrot y Vinoy con diez ó doce mil hombres por el general Trochu. Los partes oficiales hablaban invariablemente de la maravillosa alegría de nuestros soldados, de muy considerables descalabros sufridos por los enemigos, de la victoria que habíamos logrado: empero no nos ilusionábamos, y, al fin de cuentas, tornábamos siempre de estas expediciones sin lucrar un

medro material, aun insignificante, de nuestros careados éxitos. Contribuía, más que otro cualquiera motivo, á enfurecer al pueblo en este orden, que, desde el primer momento, hacíasele creer en un triunfo brillante, siendo desengañado á la mañana siguiente por una decepción, de día en día más cruel. Decíanse en una ocasión: ¡Ah, si hubiéramos tenido dos baterías más!... Y el público, sin malicia, replicaba: Y ¿por qué no las teníamos?... Otra vez habríase apresado á diez mil prusianos, de haber partido dos horas antes... ¡Oh!, murmuraba el vulgo, no era preciso salir tan tarde... Había, observaban los técnicos, un pequeño atajo que nos hubiese guiado en línea recta hasta el flanco del enemigo: ¡ah, si lo hubiéramos conocido!... ¿No tenéis mapas?, argüían las masas... ¡Qué lástima!, gritaban los militares, venciéramos á contar allí con más de diez mil soldados... Pues, replicaba el público, haber dispuesto de veinte mil, y ¡asunto concluido!... La Prensa, cuyo nerviosismo corría parejas con el del pueblo, concluyó—aun en sus órganos más conservadores y prudentes—por impacientarse seriamente: al efecto, demandaron que nunca se organizase una expedición sin un fin determinado: un punto que conquistar ó defender, como garantía del éxito conseguido. Las oposiciones lanzaron á los cuatro vientos su protesta.

No figura en mi plan narrar en detalle los hechos de armas. Me propongo exclusivamente describir la fisonomía general. Otros contarán el valor de nuestras tropas, las combinaciones estratégicas que llevaron á cabo, el nombre de los héroes que sucumbieron por la Patria; se nos antoja bastante haber esclarecido el efecto contraproducente causado por estos eventos sobre las almas parisienses. Él fué idéntico tras

del combate de Thiais, el 2 de Octubre; del de la Malmaison, el 8, y del de Châtillon, Bagneux y Clamart, el 13; él preparó la explosión de protesta surgida, el 1.º de Noviembre, á raíz del de Bourget.— Empero, nos será lícito detenernos en este punto, que signa uno de los momentos climatéricos del Sitio. Inquiramos de nuevo las causas que engendraron esta admirable evolución de opiniones.

Nuestras armas no eran muy afortunadas en el interior de Francia. ¿Qué podíamos aguardar del Exterior? Nuestros hermanos de provincia, á quienes dedico especialmente este libro, deben imaginarse con qué ardiente ansiedad escudriñábamos en la densa noche que nos ocultaba su historia: cómo nos emocionábamos con el más leve rumor que de sus esfuerzos llegaba á nosotros. ¡Cuán débiles y vagos aquellos otros que, de tiempo en tiempo, se deslizaban á través de las líneas enemigas! ¿Merecían crédito? Hasta el 7 de Octubre no leímos un periódico de provincias. En esta fecha, *Gaulois* tuvo la suerte de recibir un número de *Journal de Rouen*. ¡Ah!, nunca olvidaré el júbilo que ello nos produjo. Nuestro amigo Beuzeville, que dirige, con admirable talento, este periódico, no puede figurarse el enorme éxito que aquel día obtuvo entre nosotros.

Fué digno de ver, en la sala de redacción, todos los rostros conmovidos, todas las miradas fijas, con suprema curiosidad, sobre el lector. ¡Noticias! ¡Por fin teníamos noticias! Quebrábase, por último, el círculo de silencio que nos sofocaba desde hacía diez y nueve días. Nuestro pecho aliviábase de un gran peso. No, no me cansaré de repetirlo, no hay peor suplicio que vivir incomunicado del universo en la capital del mundo civilizado como Robinsón en su isla. ¡Oh, con

qué impaciencia y con qué reconcentrada ira sufríamos el irritante suplicio de no saber nada! Circulaban los rumores más alarmantes, propagados por la inquietud universal. Creíase fácilmente así lo que se temía como lo que se deseaba.—Los prusianos se han apoderado de Rouen... Sitian el Havre... Han derrotado el ejército de refuerzo... El gobierno de Tours nos traiciona...—El público, nervioso y enloquecido, recogía, comentaba y aumentaba estos rumores. ¡Por fin sabíamos la verdad! ¡Hela aquí! ¡Benditas seas, pequeñas hojas de papel impreso, que venís á nosotros burlando la vigilancia de nuestros sitiadores! Jamás ninguna lectura nos confortó y recreó tanto como aquellos despachos oficiales que narraban la historia de Francia en estos últimos días. Dicha ó infortunio, no importaba; todo era preferible al silencio.

¡Ay!, no eran gratas las noticias que nos comunicaba el periódico, ni las que recibimos después. No hablo de la toma de Strasburgo y Toul, que supimos tres ó cuatro días antes, gracias á la amable oficiosidad de los prusianos.

La pérdida de estas dos plazas nos entristeció profundamente, sin descorazonarnos, porque la preveíamos, sabiendo que, faltas de auxilio, habrían de rendirse. No nos inquietaba la suerte de ambas poblaciones, sino saber lo que las provincias pensaban y hacían. ¡Ah!, cómo comprendimos entonces que París no es toda Francia. No, París no es la nación; París, sin ella, nada es; á diario preguntábamos con creciente ansiedad: ¿se subleva Francia? Un periódico tradujo esta preocupación universal bajo esta forma humorística de la ironía, familiarizada con el genio parisién: un hombre del pueblo, en su lecho, consul-

ta el reloj colocado sobre la mesa de noche, y exclama:— ¡Las siete! ¡Ea! ¡Ya es hora! ¡La provincia se levanta!

Mas no se levantaba. Lo poco que sabíamos de su vivir nos la mostraba vacilante y dividida; en Tours, un gobierno de ancianos sin energía; por doquier, camarillas bonapartistas ú orleanistas. Hasta murmurábase que algunos miembros de la familia Orleáns, ofreciendo á Francia su espada, habían complicado la situación, de suyo tan embrollada; que las ciudades populosas, abocadas á las extremas facciones, pretendían gobernarse por sí mismas; que cada provincia olvidaba la salud común para pensar sólo en su defensa personal; y que en las últimas capas de esta sociedad vislumbrábanse los destellos de una anarquía, en nuestro sentir pronta á explotar. ¡Que nos perdonen las provincias si en tales momentos dudamos de ellas! No sabíamos, quizá lo ignoraban ellas mismas, que de aquella amplia y plácida fermentación surgiría presto una llama de patriotismo que abrasaría á todos los corazones; que todos estos elementos de viril energía se concentrarían y unirían en grandes ejércitos, y que toda la Francia, animada por el mismo impulso, por el inmortal entusiasmo de 1792, correría en auxilio de París, marchando á la conquista de su capital.

Entonces se acordó que Gambetta fuera á Tours para robustecer con su juvenil autoridad la delegación del gobierno. Gambetta nos era muy útil en París, por su positivo ascendiente sobre los hombres del partido avanzado, sirviendo de nexo entre éstos y la burguesía. Empero es evidente que, en provincias, debía desempeñar un papel importantísimo. Partió, pues, el 6 de Octubre, hurtando felizmente la inspec-

ción prusiana. Pronto supimos que se había encargado otra vez de la dirección de los asuntos, prestando al espíritu público nuevos bríos. M. de Kératry le siguió en breve, encargado de una misión particular, que ignorábamos; después, Ranc, casi desconocido fuera de París, pero que, además de ser un hombre honrado, era un revolucionario y un buen republicano.

¿Qué hicieron en provincias? Es probable que algún periodista provinciano escriba esta historia para nosotros, en estos mismos instantes en que escribo para él la nuestra. No puedo hablar más que de rumores que, de tarde en tarde, nos llegaban. Unas veces era algún despacho de Gambetta. Mas Gambetta, temperamento meridional, prefiere voluntariamente el efecto de la frase oratoria á la exactitud del detalle preciso; y, en lugar de decirnos el número justo, y la fuerza, y la posición de los cuerpos de ejército organizados por las provincias, nos anunciaba pomposamente que la resistencia de París atraía la admiración del Universo. Nos sonreíamos de este lenguaje exagerado, pensando en el fuero interno que el primer ministro nos daba tan á menudo con el incensario en las narices, porque no había cosa mejor que decirnos. Otras veces, eran los periódicos, unos llegados de las provincias francesas, otros americanos é ingleses, que recibíamos frecuentemente por conducto de la embajada americana. No eran muy consoladores. Narraban brillantes hechos de armas, la defensa de Saint-Quentin contra una columna prusiana, por Anatolio de Laforge, nuestro colega del *Siècle*, herido gloriosamente en el combate; y más tarde, la heroica abnegación de Châteaudun, que resolvió sepultarse bajo sus ruinas antes que rendirse.

Fácil nos fué deducir de estos fragmentos de sucesos llegados de aquí y de acullá á nosotros, que se había empeñado rudamente, en un amplio radio, una guerra de reconocimientos y escaramuzas entre los prosélitos de las diversas fracciones políticas; que hervía por doquier una efervescencia patriótica, fecunda en actos entusiastas; empero, ¿se formaba un ejército regular que agrupase todas las fuerzas dispersas, lanzándolas contra el enemigo? Imposible obtener el menor informe acerca de este punto, el más importante de todos.

Restábanos una esperanza: Bazaine proseguía en Metz. «Metz, según la frase de uno de los caudillos más distinguidos de la guerra de América, es la llave de la situación.» Por Metz habíamos de desalojar de París á los prusianos, ya que el medio más hábil de obligar á un perro á que se vuelva, es pisar su cola. Este simil pintoresco impresionó extraordinariamente los espíritus. Imaginábase á Bazaine rompiendo el círculo de hierro que le aprisionaba y cayendo sobre los sitiadores con un ejército que, según cálculos, se componía, cuando menos, de 80.000 hombres, los más aguerridos de Francia. Aunque, decían los más moderados, él no avanzara hasta París, quedándose en los Vosgos, interceptaría los convoyes del enemigo, atacándole por hambre y forzándole á retirarse; y entonces, los parisienses nos lanzaríamos en su persecución... Ya repetíamos la célebre frase: ¡No saldrá, ni uno solo vivo, de Francia!

No carecían de fundamento estas ilusiones. Cierta día descubrióse, caído entre unos zarzales, un pequeño globo, cuya barquilla se hallaba cubierta plenamente de letras escritas y confiadas al viento por la guarnición de Metz. Estas letras recomendaban la

confianza más absoluta. Decían que en la villa sitiada no faltaban el pan ni la carne, que la moral de la guarnición era excelente, que Bazaine realizaría, cuando y como le placiese, su famoso zafarrancho. Los periódicos ingleses nos referían sus constantes salidas, que ellos calificaban de *furiosas*, y que causaban á los prusianos enormes pérdidas.—Acabará por avanzar de una vez, pensábamos. ¡Quién sabe! ¡Acaso en estos momentos se haya puesto ya en camino!—Y continuábamos prestando atención.

Imaginaos, por tanto, la emoción de París cuando, en la mañana del 28 de Octubre, leímos, al despertar, en *Le Combat*, periódico de M. Félix Pyat, estas palabras impresas en grandes caracteres: TRAICIÓN DEL MARISCAL BAZAINE, y por bajo, un *entre-filet*, orlado de negro, donde se relataba una supuesta capitulación del ejército de Metz, que renovaba la vergüenza de Sedán. Prodújose, al principio, entre el público cierto movimiento de estupor, que se convirtió presto en cólera é indignación. ¿Cómo había recibido el periódico tan estupendas noticias? Se acudió al gobierno. Los ministros respondieron que carecían de informes sobre Bazaine. La muchedumbre se encaminó al domicilio del mencionado periódico, amenazando incendiarlo. Ausente M. Pyat, exigióse á su segundo que citase á la persona que había notificado el hecho. Se nombró á Flourens, quien á su vez atribuyó á Rochefort la paternidad de la noticia. El asunto era grave, porque Rochefort formaba parte del gobierno. Empero Rochefort afirmó no haber dicho nada semejante, culpando entonces Flourens á un personaje importante, cuyo nombre se hallaba obligado á callar.

Reputóse apócrifa la noticia. No obstante, cierta sorda inquietud continuó agitando los espíritus. Los

periódicos no hablaban del incidente, pero susurrábase misteriosamente al oído:

—¿No lo sabéis? Desgraciadamente es cierto: Bazaine ha capitulado.

—¡Cómo!, ¿quién os lo ha dicho?

No cabían otras explicaciones; inclinábase la cabeza. Los incrédulos—formaban legión numerosa—persistían en sus negativas. Empero, el 31 fué preciso rendirse. Anuncióse oficialmente la capitulación. Nuestra última esperanza se desvaneció súbito, precisamente cuando llorábamos el descalabro de Bourget.

Nada significaba en sí esta derrota; habíamos sufrido, sin afectarnos, otras de mayor cuantía. Mas surgió en el momento más infausto, y bajo la forma más desagradable que puede entenebreecer una mala nueva. Al atardecer del 28, avanzando una compañía de tiradores hasta cerca de Bourget, pequeña aldea, próxima á Saint Denis, había sorprendido al puesto que la ocupaba, y tras de un combate nocturno sin importancia, se adueñó de la posición. Esta, á decir verdad, era mediocre, no valiendo el trabajo de conquistarla ni defenderla. Los prusianos regresaron, á la mañana siguiente, con numerosas fuerzas; mas atacando débilmente, fueron rechazados de nuevo. Nuestros compatriotas erigiéronse, pues, en señores de la aldea. Era un éxito del amor propio, porque Bourget para nada podía servir, y mejor hubiera sido abandonarlo inmediatamente después. Empero, se cometió la imprudencia de comunicar enfáticamente esta victoria al pueblo parisino; anuncióse en una alocución oficial, que se había ensanchado el círculo de hierro que nos rodeaba y forzado á los prusianos á retroceder. Desde el momento en que se hablaba así, urgía fortificarse en Bourget, transformándolo en

cabeza de una línea estratégica seria. Mas por negligencia del gobernador ó por olvido del general, no se enviaron refuerzos ni artillería. Nuestros soldados, que se habian batido durante un día y una noche, permanecieron allí, bajo un furioso aguacero, hundidos los pies en el fango, extenuados por la fatiga y muertos de frío. Asevérase que muchos de ellos, tropezando con las bien surtidas bodegas, se emborracharon. Sea ello lo que fuere, lo que no puede dudarse es que, al romper el día, los prusianos tornaron otra vez con una división entera, dotada de excelente artillería. Después de tirotear nutridamente á Bourget, y mientras que nuestros soldados, cegados por una metralla infernal, disparaban al azar, los enemigos rodearon la posición. Fué menester replegarse; quienes osaron resistir cayeron prisioneros; en aquel combate, Ernesto Baroche se dejó matar heroicamente, redimiendo con una muerte gloriosa la impopularidad de su nombre.

Perdióse Bourget. La pérdida no era considerable, pero el efecto moral fué inmenso en París. Lanzóse unánimemente un grito de indignación, de dolor y de desesperanza. ¡Siempre acaecería otro tanto!, ¡nunca bastante artillería!, ¡nuestros soldados sin viveres é indisciplinados!, ¡para qué seguir una lucha imposible! Difícil sería precisar el excesivo abatimiento en que se abismó el público; la derrota de Bourget, la rendición de Metz, ¡era ya demasiado!

Otro incidente contribuyó á inclinar todavía más en pro de la paz á los espíritus que no eran sus partidarios. Se recordará que, varios días antes del Sitio, M. Thiers fué encargado por el gobierno de la defensa de una misión, cuyos términos ignorábamos, cerca de diversos Gabinetes de Europa. Había partido en

pleno invierno para Londres, y desde aquí se dirigiría á las otras grandes urbes. De tiempo en tiempo, leíamos en los periódicos estos breves sueltos relativos á sus viajes: «M. Thiers se encuentra actualmente en San Petersburgo, donde se le ha dispensado un recibimiento entusiasta. Toda la nobleza de Rusia ha acudido á visitarle... M. Thiers ha residido muy contados días en Viena, siendo objeto de una acogida cariñosa. Esperemos que habrá hecho comprender á M. de Beust que los intereses de Austria se hallan vinculados íntimamente con los de Francia», etc., etc. ¡Esperemos!—repetíamos—; mas nada se esperaba; la intervención de las potencias habíase relegado al estado de quimera, cuando de repente circuló el rumor de haber arribado á París M. Thiers, portador de interesantísimas proposiciones de armisticio, y que, á instancias del Czar, había obtenido de Bismark un salvoconducto para cruzar las filas enemigas. Presto se confirmaron oficialmente estos rumores.

Todos los espíritus excogitaron á la vez idéntico raciocinio. Si Bismark permite á M. Thiers comunicar con el gobierno de la defensa, es porque no considera el armisticio como un imposible; ahora bien, el armisticio es el prólogo de la paz. Francia nombrará una asamblea nacional que pactará con los prusianos, librándonos del peso de esta horrible guerra. Es evidente que si las potencias europeas se han pronunciado, á instancias de Thiers, en pro de Francia, su intervención no puede ser platónica. Sabrán influir sobre las resoluciones de Prusia de otra suerte que con buenas razones y con súplicas. No ignoran que los disparos de cañón son los más contundentes de todos los argumentos.

Este alentar de una paz próxima domeñó extraor-

dinariamente la dureza de los espíritus belicosos.

Preguntábase en la calle:

—¿Qué pensáis del armisticio?

—Me parece que ya se ha firmado.

—Es evidente.

Esta fe universal en el desbloqueo de París por la paz, fué un sintoma curiosísimo y muy ameno. Los escaparates de las tiendas de comestibles mostrábase desde hacía tiempo desprovistos de sus habituales mercancías. Los jamones, los embutidos y todo género de exquisitos artículos surgieron, como por encanto, de los sótanos donde se ocultaban prudentemente en expectación del alza, reapareciendo triunfantes ante los ojos de los inquietos gastrónomos. Sonreíase gratamente á todas estas súbitas apariciones. *¡El cerdo, he aquí la paz!*, decían las caricaturas. Cesó el tiroteo de las avanzadas y el cañonear de Mont-Valérien. Murmurábase que existía una tregua tácita entre ambos ejércitos enemigos; de la tregua á un armisticio, y del armisticio á la paz general, no había más que un paso. Reinaba una alegría universal.

Universal, no; habríase podido contar un reducido número de ciudadanos, firmemente adictos á su Patria, que se negaban á creer en una transacción, probablemente deshonrosa, y de seguro dudosa; otros, más expertos, que consideraban los sucesos con menos prevención, y conociendo desde más antiguo las falacias de la política prusiana, hallábanse persuadidos de que tales prórrogas velaban algún nuevo lazo de M. de Bismark, y que se nos entretenía con vanas esperanzas. Empero, estos callaban, reservando para sí sus tristes reflexiones. En aquellos instantes casi todo el vecindario de París se abandonó, según testimonios inequívocos, á las ilusiones de la paz.

El partido avanzado eligió este momento culminante de nuestra historia para intentar una revolución y apoderarse del poder, llevando á cabo lo que denominamos hoy la jornada del 31 de Octubre. Mas precisa, para que el lector forme cabal juicio de tamaño extremo, remontarnos algo más alto.

II

He mencionado en otro capítulo á los bellevilleses, insinuando de paso los temores que inspiraban á los vecinos sensatos. Pienso que ellos no eran tan siniestros como les describía la Prensa. Contábase entre la población obrera que habita las alturas de Belleville, Ménilmontant, Montmartre y Clignancourt, una muchedumbre de honrados trabajadores cuya conducta durante el Sitio abonó muy favorablemente su profundo patriotismo. Empero, todos no eran así; de allí surgieron en días remotos aquellos celeberrimos *blusas blancas*, que, bajo el Imperio, habían aterrado á París. De su seno salió aquella pequeña partida de blanquistas que el 15 de Agosto, fiesta onomástica del emperador, cayeron de improviso sobre un puesto de bomberos, proclamando la República, á la vez que asesinaban, disparando sus pistolas, á tres ó cuatro transeuntes pacíficos. Por último, entre aquellas hordas de la miseria y del odio, procreábase de continuo fermentos de envidia, de holgazanería y de cólera, que á cada instante amenazaban estallar con revolucionario ímpetu. No faltaban ambiciosos que explotaban estas pasiones y estas miserias; los unos, quizá convencidos de que agitando aquella escoria

humana, laboraban mejor en pro de la sociedad; los otros que, movidos por una furiosa ambición de mando, ante nada retrocedían por satisfacerla, aunque su imperio durase un sólo día.

Muy rara vez los partidos manifiestan su verdadera pretensión, que cabe sintetizar en esta vulgarísima locución: *Quitate, para que me ponga yo*. Consignan en su programa alguna reforma y avanzan, cubiertos por este anuncio. Los jefes de la facción bellevillesa adoptaron por enseña la palabra *Commune*. En el fondo, influía sobre ellos, acaso más que otros, el principio de la representación municipal; por eso, pidiendo la *Commune* para París, denegaban á las provincias la elección de consejeros municipales. Sabían perfectamente que un gobierno que no radicaba más que en la aclamación popular, no podía perdurar largo tiempo contra una *Commune*, surgida de elecciones regulares; así, ufanábanse de constituir por sí solos la *Commune*, ó á lo menos, de tener mayoría. Tampoco ignoraban que en toda asamblea deliberante, los exaltados deciden á los tímidos y resuelven como soberanos. De esta suerte exigían rabiosamente la *Commune*, siendo muy de notar que eran fuertes porque les asistía la razón; su demanda era justa; bien podían decir á sus adversarios: cuando estabais en la oposición, declarabais ser inicuo privar á París de un Ayuntamiento elegido libremente. ¿Con qué derecho empleáis procedimientos, constante y acremente censurados por vosotros? El gobierno de la defensa, por desgracia, hallábase constituido por hombres honrados, de excesiva timidez. Vacilaba, titubeaba. Si desde un principio hubiese replicado á aquellos caballeros: «Primero, salvemos á Francia, después ya veremos. París tendrá un Ayuntamiento cuando sea sim-

plemente un Municipio, y no la patria sobre las armas. No queremos convocar elecciones; de ningún modo las convocaremos. Callad, ó si no...» Si se hubiera empleado este lenguaje enérgico, ó si, confiando en el buen sentido del pueblo parisién, se hubieran convocado los comicios, nombrando á sus representantes con exclusión de todo elemento díscolo, no habríamos presenciado las luctuosas escenas que integran la segunda parte de este capítulo. Empero, lo realmente raro fuera que nuestros gobernantes tuviesen un plan y ajustasen á él sus actos. Ellos divagaron hasta última hora acerca de esta vitalísima cuestión, apenas faltando para que no fuesen arrollados por ella.

He narrado precedentemente cuánto apasionaba á los espíritus allá hacia el 21 de Noviembre, época de la entrevista de Jules Faure y Bismark. Pareció haberla resuelto de por vida el manifiesto de Faure, aunando los corazones en la suprema resolución de vencer ó morir. Empero, no había sido más que aplazada. *Le Reveil* no tardó en plantearla de nuevo, solapadamente; presto fué como una consigna de orden en toda la línea. El 28 de Octubre se celebró en la calle Aumaire una gran reunión pública, en la que M. Ledru-Rollin, resucitando los floridos días de su vieja elocuencia, entusiasmó con el sublime vocablo *Commune* á un auditorio inmenso. «Recuerdo, decía, que la gran *Commune* libró del yugo extranjero el suelo sagrado de la patria... Lyon la ha instituido ya: ¿marcharéis á la zaga de Lyon, vosotros, hijos de París, que habéis formado siempre la vanguardia de la revolución? ¿Seréis incapaces de llevar á cabo lo que ha realizado Lyon?... ¡Ah, lo haréis; estoy seguro de que lo haréis! Estáis decididos á ejercitar vuestro de-

recho, á proporcionaros una *Commune*. ¡Vosotros elegiréis la *Commune* de París!...» Y observando que el gobierno, luego de haber convocado las elecciones, habíalas aplazado, proseguía: «¡Ciudadanos, á ese decreto debéis responder con el ejercicio de vuestro derecho! En la práctica de este derecho emplead los medios más pacíficos, porque al presente, toda nuestra sangre pertenece á Francia. No dudo que tropezaréis con algún alcalde republicano que, consciente de vuestro derecho, inspeccionará el escrutinio, permitiendo que la elección se verifique por secciones. Los otros alcaldes seguirán este ejemplo saludable... ¡Si creéis que la *Commune* nos ha de fortificar para destruir al insolente extranjero que nos amenaza, insistid, obrad, votad! Seremos dignos de nuestros padres; cumpliremos nuestro deber, imitando al gran pueblo y á la gran *Commune*, que en el 92 salvaron á Francia y prepararon la República!»

Unánimes aclamaciones acogieron esta briosa peroración. Nótese que Ledru-Rollin no podía ser un jefe de partido. Era anciano, fatigoso, amargado; quizá apenas conocía las miserias de la inquieta facción, que robustecía con su elocuencia. Empero, su palabra era singularmente enérgica; no había perdido nada de su antigua pujanza. Habría bastado discurrir racionalmente para responder á Ledru-Rollin, demostrándole con suma facilidad que su *Commune* no era otra cosa que la tiranía de la capital sobre el resto de Francia; un *Consejo de los Diez* parisino, imponiendo leyes sin réplica á toda la patria; que los nominados centralistas y unitarios no eran, en realidad de verdad, más que federalistas; que exponiendo la pretensión de reconcentrar á Francia en un club ó en un salón del Ayuntamiento de París, inspi-

raban á las provincias un formidable deseo de abandonarles á sus fuerzas en su prisión celular, de permanecer á solas y defenderse; que los inmortales revolucionarios, cuyos nombres invocaban, habían laborado por la unidad de Francia, mientras que ellos, insensatos y parricidas, destruían esta obra, fraccionando el territorio patrio.

Mas ¿cómo reducir á la razón á aquellos energúmenos, entre los cuales se contaban algunos imbéciles, que gritaban: ¡*La Commune!* ¡*La Commune!*, sin saber el significado de esta palabra, ó si ella no era una panacea como las que expenden, por calles y plazas, los charlatanes para curar todos los males? ¡Cuántos charlatanes ¡ay! en un partido! y ¡cuántos locos! M. Félix Pyat—que fué lo uno ú lo otro—era uno de los más activos y peligrosos; redactaba *Le Combat*, con venenoso númen y bajo un estilo romántico, que excitaban la hilaridad de las personas cultas, pero que dejaban estupefactos á los espíritus poco ilustrados. Blanqui había fundado *La Patrie en danger*, cuya publicación cesó hacia la mitad de Diciembre, á falta de lectores, pero que era solicitada insistentemente en la vía pública. Blanqui era un sofista habilísimo; muy diestro en adular las malas pasiones de los suyos y censurar ácremente el lado débil de sus adversarios. Escribía su periódico con tanto talento como mala fe, lo que es decir bastante. Los ciudadanos de *Rappel*, Vacquerie, Pablo Meurice y los hermanos Hugo; los de *La Cloche*, Ulbach y sus amigos, no figuraban precisamente en este bando. No aullaban con los lobos, ladraban en pos de ellos. Al lado de los escritores, los hombres de acción. Flourens era el más conocido, mereciendo cierta simpatía por su incontestable valor, sus numerosas aventuras y sus ar-

tísticos movimientos de cabeza. Quienes habíanle tratado de cerca, aseveraban que tenía eso que el pueblo denomina un grano ó una cicatriz de martillo. A ser cierto lo que se refiere — nunca departí con él; así sólo soy eco de rumores — impulsábale cierta vanidad morbosa é incurable. Por sí erigióse en jefe de los cinco batallones de la guardia nacional, y no habiéndosele podido conferir el grado de coronel, que no existía, creó en su provecho el de *mayor*, sin temer el ridículo que le implicaba este nombre, únicamente propio de los trinchadores en las mesas redondas de los hoteles. No recuerdo qué periódico le tituló *mayor apocalíptico*. Por bajo de él brillaban los nombres de los otros jefes: de Sapia, detenido un día por sus subordinados, á quienes arengaba á marchar contra el Ayuntamiento, y conducido ante el *mayor*; de Mégy, cuyo único título para merecer la confianza de sus soldados era haber disparado un tiro sobre un sargento del ejército imperial; de Vallés, escritor de vigoroso talento, desorientado en aquella confusión, y de tantos otros, que sería prolijo y perfectamente inútil enumerar.

Los periodistas del partido excitaban á las manifestaciones; los jefes de los batallones las organizaban. Celebrábanse con cualquier pretexto y sin ningún motivo. El 5 de Octubre, M. Flourens acudía ante el Ayuntamiento á la cabeza de los batallones de Ménilmontant y Belleville, con sus respectivas bandas de música. Pedía fusiles para sus hombres. El gobierno se presentó en pleno, respondiendo:—No tenemos fusiles, pero fundiremos mucha metralla.

—¡Ah!—replicó Flourens.—¡No tenéis fusiles! Yo se los he prometido á mis milicianos, y si no me los dais, presento la dimisión.

—Es lo mejor— respondió el gobierno—; la aceptamos.

—¿La aceptáis— rugió fieramente el *mayor* Flourens—para desacreditarme? ¡La retiro!

Toda esta historia parece un cuento, ó mejor, un relato de taller, y sin embargo, es la pura verdad. Era menester que Trochu y Gambetta recibiesen á diario á los delegados—no importa quiénes ni de quién—y les brindaran explicaciones de todo género, que nunca se les escuchaba; en esta labor malgastaban la tarde, reanudándola al día siguiente. No obstante, la prensa avanzada recrudecía sus ataques, vomitando fuego y llamas. En sus rabiosas elucubraciones mezclaban á cada paso el *ithos* y el *pathos*, á cuyos vocablos eran tan aficionados. «¡Ah!, voceaba uno de sus acólitos en *La Patrie en danger*, de Blanqui, en nuestro seno surgen ya la descomposición y la muerte. Rodamos, poco á poco, desesperadamente hacia el abismo. El júbilo salvaje de los aristócratas insulta nuestro duelo, mientras que el prusiano, insensible, acéchanos allá abajo, en la sombra... ¿Dónde están las esperanzas y los entusiasmos del primer día? ¡Lejos, muy lejos de nosotros! Parece que largos siglos han envejecido esta República de un día, quizá abocada á hundirse presto en la inmensidad.— Siglos de crueles sufrimientos, siglos malditos en cuyo lapso los corazones han padecido inauditos tormentos y los cabellos han blanqueado. ¡He aquí porqué amamos tanto á nuestra República! ¡Ay de quien ose arrebatárnosla! El gobierno irónico de la defensa nacional no ha sido más que una pálida continuación de Bonaparte. Ha asesinado la esperanza y sofocado el entusiasmo. Ha despilfarrado esas energías inmensas que se denominan entusiasmo y expansión popular. La

duda, la siniestra sospecha reina hoy en París, más que Trochu el Piadoso y Kératry el Truhán... ¡Gambetta, Trochu, nombres históricos que se inscribirán á la par que los de Fouche, Marmont, etc...!

Y en este diapasón, tres columnas íntegras; todas las mañanas se desbordaba el mismo torrente de invectivas contra los gobernantes, y al fin la sempiterna frase: «Necesitamos la *Commune*». La *Commune* debía, por sola su virtud, facilitarnos viveres, municiones y soldados, apresar á los prusianos, retrovernarnos á la edad de oro de Francia. Aquellas gentes repetían: ¡*La Commune!* ¡*La Commune!*, con tan excelente sentido y razón, como el marqués de Molière replicaba á todas las objeciones: ¡*Tarta á la crema!* ¡*Tarta á la crema!*

Al fin descargó la nube. El 8 de Octubre se celebró una gran manifestación ante el Ayuntamiento. Tres ó cuatro mil guardias nacionales, unos con blusa, otros uniformados, bajaron de Belleville, mostrando numerosos cartelones en los que leíase, trazada en caracteres enormes, la contraseña del motín, y vociferando como un solo hombre: ¡*Viva la Commune!* Empero, el gobierno había adoptado sus precauciones. En todas las calles de París oyese el redoblar del tambor. Llegan á paso de carga varios batallones; penetran en la plaza, y formando el cuadro, por una hábil evolución, obligan á las masas á retroceder. Jules Faure, seguido por casi todos sus colegas, sale del Ayuntamiento, mientras que Trochu, á la cabeza de su Estado Mayor y el general Tamisier, paseábanse de trecho en trecho. Ellos fueron acogidos con entusiastas gritos de ¡*Viva la República!* ¡*Abajo la Commune!* La manifestación había fracasado; sus organizadores intentaron reproducirla al día siguiente, pero

este primer golpe desgraciado desilusionó á muchos; además, este día, domingo, llovía torrencialmente; todos sabemos que la lluvia es la más eficaz de las duchas sobre las exaltaciones parisienses. El gobierno habíase hecho, pues, una vez más, dueño de la situación. Mas nadie ignoraba que su éxito era sólo provisional. Soplabá entre ambos partidos como un levante de ira que había de fermentar forzosamente en el interior y estallar de nuevo algún día.

—¡Ah! — murmuraban los soldados veteranos. — ¿Vamos á necesitar guardar á diario el Ayuntamiento? Ya hacemos centinela durante cuarenta y ocho horas cada semana, en las murallas, para que se nos obligue á hacer el ganso por las tardes, bajo la lluvia, con el armamento, en la plaza pública. ¡Esto es ridículo, y debíamos acabar de una vez con todos esos farsantes! Éstos, por su parte, sentían vivamente la amargura de haber fracasado. El gobierno, confortado por la actitud del pueblo, concluía de declarar, en una proclama, que nunca se doblegaría á las amenazas, no consintiendo que se celebrasen elecciones municipales en París. Los radicales devoraron al principio, en silencio, sus hieles, pero acechaban una ocasión propicia para tornar á la carga. Sabían que, evidentemente, habían perdido, por el momento, la partida.

Rocheftort, con cuya dimisión contaban, á raíz de aquellos sucesos, se negó resueltamente por medio de una carta muy patriótica, muy digna y que honra en sumo grado la rectitud de su espíritu. Blaquí, que juzgó congruente renunciar su grado de jefe de batallón para que sus electores le reeligiesen, vió cuánto desagradaron á los guardias nacionales sus explicaciones, terminando el incidente de forma tan

infausta para él, que el 21 fué derrotado, por gran mayoría, por sus infieles soldados.

A despecho de esto, prosiguieron en *La Patrie en danger*, en *Le Combat* y en otros periódicos de análoga índole, las predicaciones, quizá más violentas, empero, al parecer, menos escuchadas. La terrible voz del cañón, la voz misma de la Patria había rugido, de repente, dominando los tumultos del arroyo, el día 8, fecha de la abortada manifestación, en el preciso instante en que los espíritus hallábanse más exaltados, en que unos y otros podían venir á las manos. Al primer cañonazo, acalláronse todos los gritos. La sacrosanta imagen de Francia cruzó ante los ojos. Parecía que invitaba á todos sus hijos á la concordia. Hubiérase dicho que nadie dejó de acudir á este llamamiento. En los *clubs*, donde se manifiesta libérrimamente la opinión pública, casi no se discutía el problema de la *Commune*; en todo caso, suscitaba menos alborotos.

Mas el fuego latía bajo la ceniza. Los jefes espían el momento de reaparecer en escena. La pérdida de Bourget, la ocupación de Orleáns, la rendición de Metz, y, por último, la embajada de M. Thiers, suministráronles una maravillosa tesis para perorar, que por cierto explotaron con tanta habilidad como inspiración. Descargaron sendos golpes contra los espíritus ya estupefactos que, á disgusto con las cosas y consigo mismos, excitados, nerviosos, no sabían á qué carta quedarse ante tantos infortunios como les aquejaban á la vez. Describieron con caracteres de fuego el gobierno infiel á su misión; por doquier, la traición; los soldados sacrificados voluntariamente en Bourget para desmoralizar á todo el ejército; Bazaine de acuerdo con el gobierno, que mantenía, sin duda,

secreta inteligencia con algún pretendiente; Thiers, agente de los orleanistas, laborando la paz por cuenta del duque de Aumale. Huelga evidenciar la insensatez de estas acusaciones. Sobre Bazaine, no había recaído entonces ninguna sospecha fundamentada; hoy mismo, ignórase la verdad plena de este triste proceso; Thiers, que redimió harto suficientemente sus defectos por su amor ardiente del nombre francés, demostró en este asunto el celo más patriótico, prestándonos el servicio más señalado resolviendo á las cuatro potencias de primer orden á ligarse en una acción común en favor de la paz; en orden á Trochu, éste era un hombre honrado, obsesionado con la idea de apresar á los prusianos; desconocían en absoluto su carácter quienes le acusaban de connivencia con los tímidos y los traidores. Mas, ¿razonan los partidos políticos?

—¡Barramos todas esas gentes—repetían los cabecillas de la facción bellevillesa,—é instituyamos la *Commune*!

Ellos eran la *Commune*. Muchos han creído descubrir en estos acontecimientos la mano y el dinero de Bismark; parece que el mismo gobierno asiente á tal complicidad, declarando más tarde que el canciller alemán, que aguardaba una revolución en París, había roto las negociaciones sobre el armisticio, apenas recibió la noticia de haberse llevado á cabo la asonada. Pienso que este proceder no se recomienda por su lealtad. Los Delescluze, los Pyat, los Blanqui, los Flourens reputaban lógico combatir el gobierno de la defensa nacional con los medios que éste había utilizado para luchar contra el Imperio. El 4 de Septiembre fué un día propicio para la antigua izquierda; el 31 de Octubre éralo excelente para la nueva,

que se aprestó á aprovecharse de la oportunidad.

Todavía ignoramos los detalles de esta jornada y la intervención que en ella tuvieron los diversos jefes del movimiento. Durante ocho días, los periódicos fueron plenos de rectificaciones, recriminaciones y mentis, á cuyo través no puede un amante de la verdad inquirir y reconocer ésta. Precisa esperar que los actores de aquel gran drama lo cuenten á su manera para integrar con todos sus relatos una narración única, con mayores probabilidades de exactitud. Me limitaré á bosquejar en vastas pinceladas la fisonomía general.

Al amanecer del 31, tocábase á llamada en todos los cuarteles; próximamente á las once encaminábanse numerosos batallones hacia el Ayuntamiento. ¿Sabían lo que iban á realizar? ¿Hallábanse decididos completamente? A no dudarlo, algunos sí, en uno ú otro sentido. Empero, pienso, que la inmensa mayoría vacilaba, irresoluta. Sentía vagamente que la guerra civil era una horrible desventura; mas, ¿en qué brazos arrojarle para evitar sus horrores? Carecía de una opinión bien definida. Se corría, ella corría; se gritaba, ella gritaba. Esto no es muy heroico, pero yo cuento las cosas conforme he visto que sucedieron.

Transecurrió el medio día en una sola manifestación. Los miembros del gobierno debieron entontecerse con tamaño tumulto, relevándose mutuamente para hablar á las masas, que replicaban con rumores muy confusos. Esteban Arago, alcalde de París, y tras de éste Rochefort, y, en último término, Trochu, el propio Trochu, intentaron domeñar con su arrebatadora elocuencia á aquella muchedumbre que engrosaba de cuarto en cuarto de hora. Mas su voz se per-

día en una indefinible confusión. A las dos se presentó una comisión, siendo recibida en la misma sala donde deliberaba el gobierno. Formábanla unas cincuenta personas presididas por Mauricio Joly, Chassin y Lefrançais. Exigían explicaciones sobre el desastre de Bourget; diéronselas los ministros, culpando de la derrota al general Bellemare que había obrado sin la orden oportuna.

—¡Es falso! ¡Es falso!—vocea Mauricio Joly.

En medio del tumulto que suscita este incidente, entrégase un papel al general Trochu que palidece leyéndole.

—¡Es el fin de Francia!—murmura.

El papel en cuestión no es más que un proyecto de decreto que los agitadores quieren imponer al gobierno. «Se convocará durante tres días consecutivos á elecciones para nombrar la *Commune* de París; ésta se compondrá de ochenta ciudadanos, ante los cuales responderán de sus actos los miembros del futuro Gabinete, de igual suerte que la *Commune* será responsable para con el pueblo francés. Los poderes de la *Commune* finalizarán cuando las tropas enemigas evacuen el territorio y sea posible elegir regularmente una asamblea constituyente».

Retíranse los ministros á deliberar. Mientras tanto, en la plaza se recrudece el alboroto. Suenan varios disparos, sin que nadie sepa de dónde han partido. Aprovechando la confusión, numerosos milicianos asaltan las puertas del Ayuntamiento, invadiendo sus salones. La manifestación degenera en revolución. Delescluze y Félix Pyat continúan en la plaza. Forman una primera lista en la que, tras de sus nombres, aparecen los de Ledru-Rollin y Dorian. Ábrense las ventanas, y por sus huecos, manos febriles lanzan

los nombres del nuevo gobierno. Hay disparidad de candidaturas, porque en aquella hora de desorden, cada cual presentaba la suya; pero en muchas de ellas consignanse insistentemente varios nombres y, en particular, el de M. Dorian que la muchedumbre designa, ignoro los motivos, para dictador, y que sufrió todos los disgustos habidos y por haber para eludir el cargo.

Los amotinados inundan la sala donde se refugian los ministros. Insúltase y se amenaza á éstos. Algunos facciosos se atreven á abofetearles. Jules Faure permanece impasible. Jules Simon traza desdeñosamente sobre la mesa algunos caracteres. Trochu contempla con estóica mirada los fusiles asestados contra su pecho.

—Salid, general—le dice alguien—, van á mataros.

—Caballero—responde él—, soy soldado y debo morir en mi puesto.

Todos aguardan la muerte; únicamente Ernesto Picard, ministro de Hacienda, desaparece. Este no pierde por un instante la noción de la gravedad de los sucesos. Corre á su ministerio; expide órdenes á los jefes de los batallones que considera adictos; avisa á las administraciones telegráficas; envía una estafeta al general Ducrot... Comiézase á tocar generala en todos los cuarteles de París.

Son las ocho de la noche: los soldados fieles se reúnen presurosamente y acuden al lugar de peligro. A los *viva la Commune!*, responden con *viva Trochu!* Penetran en la plaza, siendo verdaderamente milagroso que, entre tanta confusión y en las tinieblas de la noche, no hubiera que lamentar un solo herido ni un muerto. Mientras que realizábase esta evolución, se murmura que el batallón de movilizables de Finis-

tére, entrando en el Ayuntamiento por un subterráneo, conocido por muy contadas personas, ha liberado al general Trochu, que desapareció por una puerta secreta como por un escotillón de teatro. Otros dos ó tres ministros huyeron igualmente, aprovechando aquella espantosa confusión. Muy cierto que Jules Faure, Jules Simon y el ministro Dorian eran prisioneros de los revoltosos; pero, á partir de aquí, éstos perdieron la partida. Cercados los revolucionarios en la casa de la Villa por fuerzas superiores, no hubieron más recurso que rendirse. A las dos de la madrugada, el gobernador Trochu revistó la guardia nacional, formada en la calle de Rivoli y que le acogió con calurosas aclamaciones. Después retiróse á su casa, imitándole los ciudadanos soldados que se esparcieron por todos lados. En el vivac no quedaban más que tres batallones de movilizados guarneciendo la plaza. La revolución había fracasado definitivamente.

Al despertarse en el siguiente día, París supo lo ocurrido durante aquella noche. Un bando, firmado por Dorian y Esteban Arago, le advertía que debía elegir, por sufragio, un consejo municipal; y en otro edicto, fijado algunas horas más tarde, invitábasele á hacer caso omiso del anterior, pues el gobierno, dueño otra vez de la situación, había resuelto firmemente no embrollar su gestión con una *Commune*.

¿Cómo se había publicado la primera convocatoria, para desautorizarla tan pronto? Todavía no se ha explicado claramente esta incongruencia. Algunos periódicos afirmaron que varios ministros habían prometido apoyar la elección de un consejo municipal, y dimitir, si el resto del Gabinete no accedía á su demanda. Solamente Rochefort se creyó obligado á hacer honor á su palabra. Y aún no estoy seguro de que

no lo verificase para esquivar las imputaciones. Veíase forzado á compartir la responsabilidad de actos que no aprobaba; quizá sentíase demasiado periodista para tener el temperamento de un ministro. Esteban Arago abandonó presto la alcaldía de París; empero, lo hizo por cansancio, para desempeñar otras funciones menos absorbentes. Dorian prosiguió en su puesto, donde era indispensable.

En otros tiempos, tras de esta victoria de la burguesía, hubiese sobrevenido una furiosa reacción. Nadie olvidaba lo que acaeció á raíz de las jornadas del 48. Empero todo se redujo á prender á algunos cabecillas del motín, disminuyéndose poco á poco la vigilancia, así sobre los más comprometidos, como sobre las figuras secundarias del movimiento. La prensa avanzada comenzó á vociferar que había habido traición, y nadie pensó amordazarla. Felix Pyat publicó en su periódico, que él, buen ciudadano y hombre de orden, había sido atropellado en el Ayuntamiento por los *sobornadores* de la guardia nacional, y nadie se cansó de reír; todos mostrábanse alegres porque tal aventura había finalizado sin que se derramara una sola gota de sangre. Respirábase con mayor fruición; experimentábase un alivio inexplicable viendo alejado, siquiera de momento, el peligro de una guerra civil, y que no había, pues, que temer más que á los prusianos.

El mismo gobierno juzgó conveniente pedir un *bill* de indemnidad. ¡Extraña inversión de las cosas de arriba abajo!; todos sus individuos habían impugnado tenazmente el famoso plebiscito en que el emperador obligó al pueblo francés á votar en contra ó en favor del régimen existente, diciendo *sí* ó *no*. También ellos recurrieron á esta forma de sufragio que tanto ha-

bían criticado, y el pueblo de París les confirmó sus poderes, el 6 de Noviembre, por 340.000 *si* contra 54.000 *no*.

Lo más extraño y á la vez lo que refleja más gráficamente el espíritu parisino, es que este mismo pueblo que acababa de desautorizar tan en rotundo á los agitadores, no vaciló tres días después, al elegir sus alcaldes y sus concejales, en nombrar para estos cargos á la mayoría de los que habían fomentado y dirigido la revolución, entre otros Delescluze, que fué tan pésimo administrador cuanto era brillante periodista.

El Ayuntamiento recobró su aspecto habitual. Al día siguiente no quedaban rastros del motín: habíase barrido. En el interior, por tanto, habíase restablecido la paz; cierto que una paz efímera—nadie lo ignoraba—, por lo que tampoco se recataba nadie para expresar en alta voz los temores que ello causaba: «Todo esto, decíase corrientemente, acabará por las jornadas de Junio.» ¡Perspectiva poco consoladora! Entonces se supo también, para colmo del infortunio, que las negociaciones entabladas por Thiers cerca de Bismark, á instancias de cuatro grandes potencias, no habían concluido, sino fracasado.

La ruptura había surgido al tratar del abastecimiento; Thiers demandaba, si se suspendían las hostilidades, que se abasteciese diariamente á París, según el número de sus habitantes, en una proporción que sería fácil discutir. Esta proposición era justísima. Porque siendo el objeto de un armisticio dejar las cosas en su estado hasta una paz definitiva ó reanudar la lucha, era evidente que forzar á los parisien-
ses á consumir sus provisiones, durante los veinticinco ó treinta días de armisticio, valía tanto como arre-

batar á esta plaza de guerra veinticinco ó treinta días de posible resistencia. Bismark pareció comprenderlo así; la Memoria dirigida más tarde á las cancillerías extranjeras por M. Thiers, explicando el proceso de las negociaciones, hace suponer que el ministro prusiano aceptó en principio este punto. Empero, nuestro representante advirtió que, de una á otra conferencia, había cambiado el viento. Bismark, lejos de discutir los detalles de la ejecución, impugnó la misma base del abastecimiento. Sin éste, no hay armisticio; sin armisticio, no hay asamblea nacional; sin asamblea nacional, es imposible la paz. Estos puntos ligábanse entre sí por un nexo íntimo. Pero, ¿qué había ocurrido? ¿Por qué el canciller había cambiado de opinión, ó, por lo menos, de lenguaje?

¿Acaso porque, en el intervalo, tuvo noticia de la revolución del 31, y había contado con innúmeros motines y una sangrienta guerra civil, á consecuencia de aquella algarada? Thiers no lo consigna terminantemente, pero cabe deducirlo de los términos en que se halla redactado su relato; el gobierno lo afirmó más tarde en una proclama oficial, fijada sobre los muros de París. ¿No será más verosímil que la noticia de la rendición de Metz, cruzándose en medio de aquellas negociaciones, inspiró ciega confianza al ministro prusiano, que no se consideró obligado á guardar atenciones, rechazando las bases que de otra suerte habría aceptado? ¿No cabe suponer asimismo que Bismark, iniciando estas negociaciones, no se proponía más que embaucar, con hipócritas signos de deferencia, á las cuatro poderosas naciones europeas, debilitar el espíritu de resistencia que veía desarrollarse entre los parisienses y estorbar sus medios de defensa? He aquí un cálculo eminentemente maquiavélico,

pero muy digno de aquel político astuto y trapacero. Empero, cualquiera que fuese la cierta entre estas hipótesis, el resultado definitivo era el mismo. Jules Faure comunicó á los parisienses, en estilo doloroso y noble, que era fuerza renunciar á toda esperanza de armisticio, que no se convocaría á la asamblea nacional, que no había otro recurso que resistir hasta el último extremo.

Fué para el pueblo un momento triste y cruel. Los espíritus habíanse adormecido positivamente con el murmurio de la suspirada paz. A muchos labios asomaba la terrible pregunta: ¿para qué? ¿Para qué aguardar á las provincias, si éstas no empuñan las armas? ¿Para qué prolongar una lucha cuyo coste diario se evaluaba en cien millones? Todas estas desilusiones sintetizáronse en un artículo, escrito de mano maestra, y que causó enorme sensación en París.

«París, decía Edmundo About, es tan incapáz de salvarse por sí, como Metz, Toul y Strasburgo. Recordad que Metz era una plaza inconquistable, más fuerte que París, defendida por cien mil soldados, los más aguerridos del ejército francés, y por Bazaine, nuestro general más experto. Los prusianos no han tomado á Metz, ni siquiera la han asediado, ni disparado un solo cañonazo contra sus murallas; hanse limitado á bloquear la plaza, rindiéndola por hambre; no por otro sistema confían apoderarse de París.

»¿Qué podemos nosotros contra tamaña fatalidad? Efectuar salidas. También Bazaine llevábalas á cabo, y por cierto muy admirables, con una energía y un talento militares de que los generales de París están ayunos, y al frente de unas huestes extraordinariamente más sólidas que las nuestras. Varias veces

forzó las primeras líneas de Federico-Carlos; empero, el número de los enemigos y la superioridad de la artillería, obligábanle siempre á retroceder á sus posiciones. Suponed, sin embargo, que de la noche á la mañana surge entre nosotros un Bazaine; demos por cierto que nuestros 230.000 soldados y movilizados, reforzados con 100.000 milicianos voluntarios, lánzanse un día sobre las líneas prusianas, verificando un estupendo zafarrancho; el enemigo, más numeroso, más diestro, mejor disciplinado y mejor armado, les rechazará inevitablemente, si no prefieren sucumbir allí mismo.

»Ningún militar, aun el más ciego por el orgullo nacional, se atreverá á decir que París puede salvar á Francia, si Francia no acude en masa á socorrer á París; 200.000 hombres, buenos soldados, á retaguardia del enemigo, tornarían posible, ya que no fácil, la victoria; empero, la mejor voluntad del mundo no acertaría á improvisarlos en un mes. Ahora bien, en este lapso de tiempo, París carecerá de muchos elementos de vida; dispondrá de mayor número de cañones que hoy, pero tendrá mucho menos pan; no hablo de la carne, porque esta faltará en absoluto; sea así, mas los prusianos pueden esperar y colocarnos pronto en esta alternativa: capitular ó dejarnos matar por el honor. He aquí porqué M. de Bismark considera á París como una plaza virtualmente tomada.

»Todo se reduce á un cálculo de ingeniero, según él mismo aseveraba á propósito de Metz y Strasburgo. Jules Faure sustenta igualmente esta opinión, con la que se halla identificado también M. Thiers, cuya convicción muéveles á negociar con la más rápida brevedad un tratado de paz.»

Abundando en estas ideas é insistiendo en estos

argumentos, el brillante escritor evidencia no haber otro recurso para lograr la paz que la convocatoria de una asamblea general, única autoridad capacitada para pactarla, pagar á Prusia la indemnización exigida y acatar sus imposiciones, por muy duras que ellas fuesen. El artículo en cuestión inspiró sentimientos diametralmente opuestos. About osaba decir en voz alta y bajo una forma harto viva, lo que muchas personas, hondamente desilusionadas, pensaban por lo bajo.

¿Quién nos hubiera dicho que en el fondo de aquel abismo donde nos hallábamos sumidos, había de brillar ante nuestros ojos espantados el primer rayo de esperanza que reconfortase nuestros corazones?... ¿qué, tras de semejante abatimiento, una inesperada noticia debía entusiasmar de nuevo nuestro heroísmo, devolviéndonos la alegría?, ¿qué tan presto habríamos de resurgir de este desfallecimiento de un día para acometer todas las empresas y dispuestos á todos los sacrificios? Tal es en su consecuencia la elasticidad del espíritu parisién; tres días más tarde, el mismo Edmundo About, feliz rectificándose, rasgaba en público la página en que había desconfiado, para escuchar los consejos de la realidad, de nuestro gran patriotismo.

Una sola frase había cambiado el curso de los sucesos. La provincia habíase levantado en armas y avanzaba hacia París. Debía llegar de un momento á otro. ¡Ya era únicamente cuestión de tiempo!

CAPÍTULO VII

Vida íntima de París durante los meses de Octubre y Noviembre.

I

Hagamos estación en esta fecha, que signa uno de los momentos climatéricos del Sitio. Hemos narrado la historia pública de París en el mes de Octubre y en los primeros días de Noviembre, tan intensos y tan tristes; nuestra labor sería incompleta, si no contáramos también algunos de los curiosísimos detalles de su vida íntima.

Nadie extrañará, sin duda, que asevere que el problema magno del Sitio fué el de comer, y, en segundo término, el de cenar. Durante este período, no se encareció el pan, gracias á las tarifas de la administración. Otro tanto acaeció con el vino, cuya provisión era abundantísima; además, su alza en los primeros meses fué insignificante, por no decir nula. En buena hora se tasó también la carne de buey y de cerdo; ya que escaseaba, á lo menos no se exigían por ella precios fabulosos. Lo mismo puede notarse de la de caballo, que se sometió igualmente á la tarifa. Esta duró mucho más tiempo que la de buey; cada escaramuza militar proveía de nueva remesa el mercado. Siendo muy raro el heno y faltando en absolu-

to la avena, la mayoría de los poseedores de caballos viéronse forzados á nutrirlos con pan; noticiosas de este despilfarro las autoridades, se incautaron de cuantos caballos no eran absolutamente necesarios para los servicios públicos, enviándolos por parejas al matadero; el humilde rucio que arrastraba el coche de alquiler, como el caballo de silla del *spormant*, que había costado mil escudos, valían, al peso, cuatrocientos ó quinientos francos.

Los restantes artículos de consumo encareciéronse rápida y excesivamente. Pienso que será un documento raro consignar el precio de los géneros en las diversas épocas del Sitio. He aquí—primera semana de Noviembre—lo que costaba comer, cuando no se reducía la alimentación al pan, al vino y á los treinta gramos reglamentarios de carne que la Administración asignaba diariamente á cada ciudadano:

«Antes del Sitio—copio estas cifras de un periódico fechado el 9,—un pato ordinario costaba de seis á siete francos; en la actualidad, su precio corriente es de 25 á 30 francos; un buen pollo valía en el mercado de 3 francos á 3,50; este precio oscila hoy entre 14 y 15 francos. Hemos visto expender un par de pollos regulares en 25 francos y una pareja de pichones en 12 francos. Los pavos son tan raros, que no figuran en las tarifas. Sabemos que se han vendido á 53 francos; en tiempo normal, lo habrían sido en 10, á lo sumo en 12 francos. Los conejos abundan más, siendo por eso menos caros; un par valen 36 francos. Antes del Sitio, no se habría exigido por ellos más de 6 ó 7 francos. El tipo ordinario es 28 francos. La carne salada y la salchicha se hallan fuera de precio; en muchos establecimientos se encuentran sólo como muestras. El kilo de jamón curado cuesta 16 francos;

el salchichón de Lyon, 32 francos. El precio regular del primero era antes 2,50 francos y el del segundo 8 francos kilogramo.

»Mas, en compensación, tenemos el salchichón de buey y de caballo, cuyo precio, desde luego bastante elevado, es de 4 y 6 francos kilo, según la calidad. Hasta la clásica morcilla de cerdo, tan desdeñada por las cocineras, como la de sangre de buey, se expenden á 1,80 francos, cuando el precio corriente de la primera era de 1,20 francos kilogramo. Los otros productos de la industria salchichera faltan por completo en el mercado.

»Las carnes en conserva, singularmente las de Australia, han desaparecido de los escaparates de las tiendas de comestibles. Las personas pudientes apresuráronse á adquirirlas á 8 francos kilo; cuando la Compañía americana intentó explotar estos artículos, anteriormente al Sitio, apenas si encontraba compradores á 1,20 francos.

»El pescado de mar no existe; el de agua dulce es muy raro. Una carpa que, en alta tasación, valía 2,50 ó 3 francos, véndese ahora á 20 francos. Hemos visto pagar 30 francos por una de mediano tamaño. Una modesta fritura de peces blancos ó gubios costaba 1,25 francos; actualmente se expende á 4, 5 ó 6 francos, según la clase del pescado.

»No es más fácil adquirir el pescado en salazón. La libra de bacalao se vende á 2 francos; un arenque vale hasta 2,50 francos. Idéntica alza exagerada obsérvase en las legumbres. Antes de la guerra, una arroba de patatas costaba un franco; hoy se vende á 6 francos, cuyo precio aumentase de día en día. La inmensa mayoría de los consumidores véanse privados de los huevos; nunca como en nuestros días puede ti-

tularse al ave que los produce la gallina de los huevos de oro. Ayer valían á 4,60 francos la docena; hoy, los frescos, se pagan á 0,75 francos y un franco cada uno.

» Los huertanos hacen pagar igualmente las hortalizas del día á precios realmente extraordinarios. Así, exigen por una berza, 1,50 francos; por un manojo de escarola, 0,75 francos; por una coliflor, 2 francos; por unas cuantas zanahorias, 2,25 francos, y por las otras legumbres en la misma proporción. Las legumbres secas, como habichuelas, lentejas, guisantes y habas, faltan por completo en el mercado. Esta súbita desaparición es causa de que se paguen al cuádruplo de su verdadero valor. El acaparamiento las ha encarecido de tal suerte, que la alimentación pública prescinde en absoluto de ellas. Hemos visto abonar 5 francos por un kilo de habichuelas, que, en época normal, costaba 0,60 francos.

» En orden á los condimentos, la penuria es extrema é ilimitada la carestía. El azafrán no es más que un mito. No existe en París. La manteca fresca, ya excesivamente rara, vendióse al principio á 28 francos el kilo, y más tarde á 45 en los *restaurants* de renombre. En la manteca salada adviértese un alza proporcional. Expéndese á 14 francos, pero de pésima clase. El aceite ha triplicado su precio ordinario. El mercado carece completamente de grasa de cerdo y de ave, habiéndola sustituido por una horrible mezcla de grasa de buey y de otros animales, que se vende á 3,50 y 4 francos el kilogramo.

» No hay ninguna clase de queso. El *Roquefort*, el *Gruyère*, de Holanda y el corriente alcanzan, desde los inicios del Sitio, precios estupendos. Cada trozo cuesta su peso en oro. En los almacenes no hay frutas

secas; han desaparecido las uvas, los higos, las almendras y las nueces. Restan únicamente algunas cestas de ciruelas averiadas, que se cotizan á 0,80 francos la libra.

»Por el contrario, el arroz, el café y las pastas alimenticias no han experimentado un alza muy sensible. Comienza á faltarnos el combustible, especialmente el carbón de encina, cuyo saco de 50 kilos se expende de 22 á 25 francos, esto es, á razón de 0,44 á 0,50 francos el kilo... En resumen: los artículos de consumo general han quintuplicado en su mayoría su coste en París, durante el primer período del Sitio.»

La clase media, formada por modestos rentistas, empleados de 1.500 francos y de 1.000 escudos, mezquinos industriales, y, en general, por todos los que registran escasas ganancias en sus hogares y viven al día, en esa situación intermedia entre la pobreza y la abundancia, más cerca ¡ay! de la primera que de la segunda; la clase media, decimos, sufrió más duramente que ningún otro orden social esta extrema carestía de víveres. A muchas personas faltó el trabajo; demasiado orgullosas para exponer al público sus necesidades, tampoco se hallaban acostumbradas á las rudas privaciones de la miseria. No se quejaban; sufrieron con resignación, rayana en el heroísmo, crueles privaciones, cuyo secreto guardaron, dando así ejemplo de un fortísimo temple de espíritu. Advertirán mis lectores que no prodigo los epítetos altisonantes, que aborrezco los relatos pomposos y huecos, y que no exagero los acontecimientos ni adulo á los hombres. ¡Ah! No sé nada más emocionante ni digno de admiración que la viril simplicidad con que aquellas esforzadas gentes — el corazón de la población parisina — resolvieron á sufrir males que se re-

crudecían á diario y cuyo término nadie vislumbraba. Quizá las mujeres se mostraron más decididas que los hombres. Suya era la carga más pesada; de su competencia abastecer el hogar, formaban en la cola de las carnicerías, de las tiendas de comestibles, de las cantinas; dejaban al marido el misérrimo trozo de carne, adquirido á gran esfuerzo; cuidaban á los hijos y procuraban iluminar con un rayo de alegría la tristeza del pobre hogar. ¡Ah! ¡Las mujeres francesas!, ¡las mujeres francesas!, ¡qué tesoros de desinterés, de abnegación, de energía moral nos descubre su corazón cuando late rectamente! Unicamente en las esferas superiores había algunas corrompidas por el lujo, la molicie y la *coquetería* del segundo Imperio; la nación permanecía sana; bien pudo advertirse en el día del sacrificio.

Estos sufrimientos físicos no aquejaron tan intensamente á la alta burguesía. Además de que dispone casi siempre de suficiente dinero, había enviado, lo he dicho antes, lejos de París á sus hijos y esposas. Érale, pues, fácil comprar los comestibles, por caros que se expendiesen, ó comer en un *restaurant*. Habíanse cerrado algunos establecimientos de este ramo, pero la mayoría continuaba prestando al público sus servicios. ¿Qué milagros realizaban para dar de comer á sus clientes? Este milagro, verificado á diario, excede á todas las energías imaginativas. Empero compréndese que la *lista* no ofrecía grandes variedades y que las *conservas* habían de ser, por fuerza, el manjar principal. En efecto; ellas eran la base de casi todas las comidas; las personas que proseguían viviendo la vida de familia, invitaban á sus amigos, ensayando con ellos la elaboración de los platos más extraños. No me refiero á la carne de mulo y de

burro — consignaré de paso que ésta última es de un sabor muy agradable — que se expendían corrientemente; la de mulo es exquisita, bastante superior á la de buey; un asado de mulo es un bocado delicioso. Por nuestras cocinas desfilaron los animales más fantásticos del Jardín de Aclimatación; gustamos sucesivamente el oso, el antilope, el kanguro, el avestruz... ¡Qué se yo!... ¡Toda la fauna zoológica! Había una carnicería, titulada inglesa, donde se vendían estos ejemplares extravagantes á precios no menos raros; he comido un antilope pagado á 18 francos la libra, y juro por mi honor que un conejo frito me habría satisfecho más. Compitiendo con esta carnicería aristocrática, estableciéronse expendedurias de gatos, perros y ratas. Un gato valía 6 francos y una rata 30 céntimos. Lo deliciosamente estupendo es que los ricos eran quienes apetecían más los gatos, los perros y las ratas, consideradas hasta entonces, por un *diletantismo* fanfarrón, como bestias inmundas.

—¡Servid la rata en salsa verde!—ordenaba el anfitrión.—Todos gritaban: ¡La rata!, ¡probémosla! Y mitad gruñendo, mitad haciendo remilgos y no sin manejar con cierto nerviosismo el tenedor, devoraban los sabrosos roedores hasta no caberles más en el estómago. ¡Cuánto nos regocijaba leer, en los periódicos alemanes que por casualidad llegaban á nuestras manos, que nos veíamos forzados á comer ratas! ¡Comen ratas, no tienen otros víveres! ¡Si hubieran sabido que lo hacíamos para abrir un paréntesis en los horrores del Sitio, por el gusto francés de ridiculizarnos á nosotros mismos! Estos inverosímiles alimentos suministraban un tema constante de bur-las. Un pacífico vecino exclamaba melancólicamente en una dulce digestión de su perro asado y contem-

plando los huesos en el plato: «¡Qué lástima! ¡Qué banquete para el pobre Fox!» Cham pone en boca de una mujer furiosa contra su marido, estas palabras:

—¡Cómo! ¿Has prometido nuestra hija al carnicero?

—¡Señora..., querida!... lo hice para comer pier-na...

Debo confesar que esta alegría, algo ficticia, encubría á su vez, en esta clase social, muy amargos y honrosos sacrificios. Entre aquellos hombres, que criticaban con tan espiritual ironía sus miserias, todos sin ninguna excepción, descendieron desde una elevada posición donde les sonreían las esperanzas más risueñas, hasta no poseer más que lo suficiente para atender á sus primeras necesidades. Unos eran banqueros, y la Bolsa no hacía operaciones; otros, grandes industriales, y el comercio se hallaba paralizado; otros, ricos propietarios, y las casas nada producían; otros, rentistas, y entre los bienes muebles, muchos habían sido destruidos. ¿Qué valdrían, al término de la guerra, los que aún poseían? Todos se hallaban arruinados, y sin embargo, ninguno protestaba de su infortunio. Desahogábanse únicamente colmando de insultos á los prusianos: «¡Esos canallas!, ¡esos ladrones!...» Empero, nadie se habría atrevido, aun en los instantes de general decaimiento que acabamos de referir, aconsejar que se pactara con ellos. Afirmino rotundamente que todas las clases sociales—alta, media y baja—de París testimoniaron, en aquellos días difíciles, una constancia meritísima, tanto más sublime, cuanto que se encubría bajo el manto burlesco que en la capital de Francia enmascara todos los sentimientos, hasta los más tiernos y nobles.

El obrero sufría intensamente. El gran infortunio

del trabajador parisién proviene de que muy rara vez se preocupa de ahorrar. Gasta el dinero, frecuentemente mal, conforme lo gana; de suerte que, casi siempre, el paro le sorprende sin recursos. El que sobrevino por efecto de la guerra de 1870 y del Sitio de París, fué terrible, ya que afectó simultáneamente á numerosísimos industriales. La mayor parte de los obreros quedáronse sin trabajo, y aquellos á quienes no faltó, tampoco supieron aprovecharse de él. Es un rasgo particular del carácter del hijo de París: trabaja de firme cuando lo necesita; pero le place mejor holgar. No ve, que tanto valdría reconocer la propia culpa, la triste suerte de su camarada sin trabajo. Los múltiples servicios de la defensa reclamaban muchos brazos, con destino á muy varias ocupaciones. Precisaba ropa, calzado, fundir cañones, moler granos, abrir trincheras, edificar las murallas, fabricar cartuchos, forjar el hierro de los fusiles: ¿á qué proseguir?, la guerra ha menester del concurso de todo género de industrias. Fué imposible, en los inicios, encontrar, para estos oficios, obreros de buena voluntad. Los trabajadores, admitidos por vez primera desde hacía largo tiempo, al honor de llevar un fusil, sentíanse como ebrios de este placer tan insólito para ellos. No les parecía ninguna ocupación más hermosa ni más digna de un hombre libre que la de hacer centinela en las murallas con una mochila sobre la espalda. Despreciaban al obrero que prefería el taller al cuerpo de guardia. Casi le motejaban de cobarde, como si, en realidad de verdad, urgiese un coraje sobrehumano para pasearse sobre una plataforma, á seis mil metros de los prusianos. Los periódicos repetíanlo á diario y en todos los tonos: «No; sois víctimas de una ilusión. Es más patriota quien, sabiendo el

oficio de zapatero, calza á nuestros soldados para la batalla, que aquel otro que aprende la instrucción en doce horas. Cualquier individuo no impedido sirve, en último caso, para disparar un fusil; empero, únicamente los versados en el arte de la zapatería, son aptos para labrar y coser la suela. Es más glorioso fabricar un fusil que manejarlo; si no hubiera quien los fabricase, ¿en qué emplearían los que los llevan con tanto orgullo y que hacen guardia? Estos consejos, de suma prudencia, se estrellaron casi siempre contra el oído de los peores sordos que, según la frase vulgar, son los que no quieren oír. Divértiales mejor reunirse, bajo pretexto de ejercicio, elección ó centinela y pasar alegremente el tiempo, cantando, jugando, riendo, bebiendo...; ¡sobre todo bebiendo! La embriaguez, la abominable embriaguez, ha sido la lepra de buena parte de la guardia nacional. Por fortuna, se atenúa conforme avanza el Sitio. Empero, dura todavía; hemos leído con tristeza, dos ó tres días antes de las acciones decisivas, en el mes de Diciembre, las órdenes severísimas del general Clemente Thomas que exponían en la picota de la opinión pública la conducta de tal ó cual batallón, tan negligente de sus deberes como enemigo de la sobriedad.

Los milicianos cobraban diariamente 1,50 francos. Era una disposición política y equitativa. Murmúrase que M. Picard, ministro de Hacienda, había impugnado en Consejo, alegando que representaba para el Tesoro un gasto de 800.000 francos diarios. ¡Qué importaba que esta cantidad se elevase hasta un millón! ¿No era evidente que el primero y más capital deber del gobierno era conservar el orden en la ciudad y que sí, de una ú otra manera, no se hallaba medio de alimentar á las gentes que nada ganaban,

se desencadenarían todas las codicias y se autorizarían todos los desórdenes? ¡Un millón más ó menos! magno negocio, en verdad, cuando Francia no contaba más que por millares. El reparto de esta indemnización cotidiana constituyó una lucha estupenda. Los demócratas de pura cepa pretendían que, en nombre de la igualdad, todos los milicianos la percibiesen, sin perjuicio de reingresarla en el Tesoro, si de ella no habían menester. Otros, por el contrario, deseaban que no se abonase más que á los que la pedían, justificando previamente ante un consejo de familia que la necesitaban para vivir. El gobierno hizo suya esta última opinión; pienso, no obstante, que permitió—porque tenía muy débil la mano—á los diferentes cuerpos de la guardia nacional que se administrasen á capricho. Los antiguos batallones, formados casi en absoluto por ciudadanos de cómoda posición social, aceptaron la última forma de reparto. La mayoría de los nuevos exigieron, lo sé por informes ajenos, que se abonase por igual á todos, dejando á los que sintieran sonrojo aceptándola, en libertad para devolvérsela al capitán. Esta disparidad de procedimientos causó no pocas irregularidades, ciertos errores de contabilidad sobre los que hubo de entender, en último término, la policía correccional.

Por desgracia, satisfaciase esta indemnización á los propios hombres, en vez de efectuarlo á sus familias. Con frecuencia se la bebían íntegra á la salud de la patria, reservando lo estrictamente preciso para no morir de hambre. Placíanles estos hábitos de vagancia militar y disipación soldadesca; entre tanto aumentaba su aversión hacia el trabajo. Recuerdo que, necesitando tarjetas, acudí á un grabador, que me dijo:

—Caballero, durante el Sitio no tenemos obreros; como no ganan más que 3,50 á 4 francos trabajando en nuestros talleres, prefieren cobrar 1,50 por no hacer nada.

Eran los famosos talleres nacionales del 48 que resurgían bajo otra forma. Cham tradujo gráficamente esta analogía en uno de sus dibujos, tan artísticos como intencionados. Al efecto, representó á un guardia nacional, medio beodo, que abrazaba fervorosamente su fusil.

—¡Amigo mío, mi tesoro—decía—mi bien, mi alegría, mi consuelo, mi taller nacional!

A la hora de ahora pende todavía sobre nuestras cabezas esta formidable cuestión: al tiempo compete exclusivamente decidir si nuestros temores son legítimos ó quiméricos. Algún tiempo más tarde se advirtió que la indemnización de 1,50 francos era insuficiente para los hombres casados, sumándosela setenta y cinco céntimos para las mujeres, y en algunos batallones, según me dicen, veinticinco por cada hijo. Habiéndose decretado al mismo tiempo que ingresasen en el servicio activo todos los solteros de treinta á cuarenta y cinco años, acaeció un curiosísimo fenómeno que ofrenda al observador un apunte interesante sobre las costumbres parisinas. Los alcaldes registraron numerosos matrimonios en la *misma calle* y aun en la *misma casa*. Huelga advertir que la mayoría de ellos eran uniones ilegítimas que, por fin, consentían en legalizarse ante el alcalde y el cura. El número de estos semi-matrimonios es enorme en París, sobre todo en cierto ambiente donde sabéis que *don Fulano de Tal*, que vive hace veinte años con una mujer, que tiene con ella hijos, que es, además, modelo de esposos, no es su marido más que ante Dios. Las exigen-

cias de la guerra sacaron á estos falsos maridos de la situación ambigua en que vivían complacidos; y estos matrimonios, calificados pintorescamente de *matrimonios á quince sueldos*, constituyeron un triunfo para la moral oficial; empero, el filósofo puede preguntarse, viendo surgir de bajo tierra y pulular tantas uniones ilegítimas, si no late en la legislación vigente ó en nuestras costumbres algún vicio ignoto que desvía del verdadero matrimonio á tantas personas que aceptan sus cargas sin reivindicar su dignidad legal.

Quienes acaso sufrieron menos las privaciones del Sitio, porque su vida no es en todo tiempo más que un continuo padecer, fueron los pobres auténticos, inscriptos, que viven de la caridad pública. Nunca, como en aquella época de universal penuria, fué ésta magnánima y previsora. No ignorando que esta clase de indigentes se recrudece y aumenta á diario con los vergonzantes que no se atreven á implorar una limosna y cuyos pudorosos escrúpulos sólo ceden ante la imperiosa necesidad, la caridad se ingeniaba en multiplicar sus socorros. Repartiéronse profusamente en ciertos barrios los bonos de pan, carne, leña, carbón y arroz; este mismo exceso de liberalidad motivó algunos abusos. ¡Quizá sea mejor exponerse á ser atracado que dejar á los prójimos perecer de hambre! Instituyéronse cantinas municipales, cocinas económicas, donde se entregaba, ora contra vales abonados previamente, ó al contado, á precios reducidísimos, alimentos calientes, por ejemplo, caldo, habichuelas, cocido, que podían comer en la misma calle ó llevarse á sus casas aquellos á quienes se distribuía. Varias damas caritativas se encargaron en algunos barrios de repartir por sí mismas estos platos, siendo

movidas á tan filantrópica empresa por el deseo de conocer á sus pobres y así auxiliar mejor á los más necesitados.

«Nos cuesta el dinero —decíame uno de estos ángeles de la caridad que había tomado en serio su papel—porque, por ejemplo, es imposible negar un plato de sopa á una pobre mujer que la pide, sin *bono* y sin *un céntimo*, pero con un hijo en los brazos». Los niños ¡ay!, no puede hablarse de ellos sin que el llanto surque las mejillas. Las madres mal nutridas los amamantaban insuficientemente: la leche de vaca era escasa y muy cara, á despecho de la vigilancia de la administración, que se había incautado de todas las vacas lecheras, suplicando á la población que se privase del clásico desayunar café con leche. Las mujeres, obligadas á formar en la cola de las tiendas de comestibles y de las cantinas, no podían prodigar á la vez á los tiernos infantes todos los cuidados que reclaman. Los niños morían como moscas. Conozco á una infeliz joven que, regresando á casa, tras de tres horas de espera en la cola de una cantina, encontró á su hijo, de diez y ocho meses, helado en su cunita; le reanimó como pudo, pero había llegado demasiado tarde: el párvulo sucumbió. Nunca fué más cierto el verso de Horacio:

Bellaque matribus detestata!

¡Quizá la voz de las madres desoladas haga caer sobre la cabeza de los emperadores y de los reyes que ordenan las guerras, las maldiciones y todos los odios del Destino! Y, sin embargo, esas mujeres, tan despiadadamente azotadas por la miseria, no se quejaban: también ellas sufrieron mucho durante el Sitio, y si, como nosotros, decayeron alguna vez, su

desaliento fué breve y pasajero. Cabe aseverar que jamás el espíritu de solidaridad, engendrado por una desventura común, surgió con más admirable esplendor que en aquella gran catástrofe, que, identificando todos los infortunios, vinculó todos los pensamientos. Nunca hubo mayor pobreza, ni nunca se dió más. Nunca nos aproximamos tanto á esa fraternidad ideal á que la misera humanidad propende incesantemente. Acaso Francia fué más excelsa en el 92, pero no mejor, más magnánima: he aquí un homenaje que, en mi opinión, rendirá al pueblo de París la historia imparcial, y notad que todavía no ha sonado la hora de las magníficas heroicidades llevadas á cabo con sencilla sublimidad.

Quiero hablar ahora de aquellos á quienes París denominaba *los refugiados*. Eran los vecinos de los alrededores que, al arribo de los prusianos, replegaron sobre la capital. Fué preciso alojarles, habilitando para ello locales vacíos, donde se instalaron con la apatía algo brutal del lugareño. No hay para qué observar que entre ellos se contaban numerosas personas honradas, y aun de cierto gusto exquisito; empero la mayor parte eran ajenos á los refinamientos de la civilización parisina, y, como entrando en país conquistado, pensaron que les era lícito usar de represalias contra quienes les favorecían. Cuando, levantado el cerco, pudieron regresar á sus moradas, los propietarios descubrieron sus huellas, por cierto nada bien olorosas. Entre aquellos labriegos, unos obraban á impulsos de la mezquina envidia que agita frecuentemente el corazón del pobre: un amigo mío sorprendió á uno de ellos escupiendo un enorme salivazo sobre un magnífico tapiz:—Así, replicó el mal intencionado á la prudente observación, proporciono trabajo

á los obreros.— En otros, era imbecilidad: en pleno París, figurábanse en la campiña, y confundían el hotel de una *cocotte* de alto vuelo con una granja agrícola. *Le Figaro* narra á este propósito una de esas leyendas parisinas tan del gusto de los franceses. Trátase de un propietario que ha puesto el primer piso de una de sus fincas á disposición de una familia de refugiados. Quince días más tarde, su portero le advierte que, á raíz de la intrusión de los recién venidos, invade la escalera un olor infecto que molesta á la vecindad, y que ha intentado penetrar en su cuarto para averiguar el origen de aquellas nauseabundas emanaciones, pero que se han negado á franquearle la entrada.

—¡Bien!—responde el casero—. Ya veré lo que eso significa.

Y he aquí, en efecto, á nuestro hombre que, al día siguiente, gira una visita á su inmueble. Apenas traspone los umbrales del portal, oye el canto de un gallo encaramado sobre el balcón del primer piso; á este grito responde el cloquear de varias gallinas.

Algo confuso, sube la escalera. A la puerta del cuarto en cuestión ha menester parlamentar, discutir, enfadarse; porque el labriego que lo ocupa entiende no perjudicar á nadie, y no reconoce al propietario derecho á intervenir en su vida privada. Después de reiteradas instancias penetra en el cuarto. Nuestro campesino ha transformado el recibimiento en corral. Húndense los pies en una especie de cieno, formado por el *detritus* de las aves y del establo, cubierto por una capa de paja que, en la estación próxima, sería un excelente abono. La estancia inmediata habíase destinado á conejera, conteniendo además una abundante provisión de legumbres de

todo género, entre las cuales predominaban berzas, ajos y cebollas. En la habitación contigua—una alcoba, si os place—velase un enorme depósito de agua que parecía el fondo de un viejo barril y que servía de estanque á varios ánades.

El casero hallábase estupefacto. Recorría todas las habitaciones seguido por el campesino, que se mostraba encantado contemplando cómo aquel *amateur* admiraba la inteligente explotación agronómica con que él usufructuaba su finca.

—¿Y mi salón? — balbucea el propietario, consternado.

—¡Allí está el *amo!* — exclama con cierto orgullo el rústico.

Abre la puerta del salón. Era lo mejor. En un ángulo, sobre un montón de inmundicias de toda procedencia, revolcábase un corpulento cerdo, sucio y gruñidor.

—¡Infeliz! ¿Por qué alojáis á vuestro... amo en mi salón, cuando hay abajo un extenso corral donde podríais vivir con él y con vuestras gallinas y vuestros patos?

—¡Ah, señor!, presto llegará la siembra, y entonces ¿dónde guardaré mis granos?

He aquí la leyenda de *El labriego en la capital*, que se recargaba, á capricho, de los detalles más fantásticos. Bajo estas extravagancias latía un fondo de verdad. El único servicio positivo que estos emigrados prestaron á la población parisina fué cultivar, á las órdenes de M. Joigneaux, un agrónomo reputadísimo por sus escritos, los vastos eriales que circundaban á París, transformando aquellos campos yermos en frondosas huertas que, al fin del Sitio, debían suministrarlos legumbres frescas, berzas y ensala-

das. Entre tanto que aparecieron en el mercado sus productos, nos vimos precisados á comprar los que osados merodeadores recolectaban, casi bajo el fuego enemigo, en los abandonados campos. Su regreso era un espectáculo curioso y triste. Entre muy contadas fisonomías de honradas mujeres, encorvadas bajo el peso de sus sacos, destacábanse numerosas caras patibularias, infinitas desmedradas figurillas de entecos granujas. Todo este mundo, insolente, irónico ó quejumbroso, llevaba su mercancía; quién patatas, quién puerros y berzas, quién alcachofas y otras legumbres. Algunos días, particularmente los domingos, reuníanse cuatro ó cinco mil; otros reducíanse á quinientos ó seiscientos, siendo los habituales la hez de la población hampona. Los revendedores, quizá más viles que estos miserables, salían á su paso, comprándoles la carga, mitad por la fuerza, mitad persuasivamente, por un precio mínimo, revendiéndola en seguida, á tipos muy caros, al vecindario de París. De esta suerte los ladrones eran despojados por aquella horda de bandidos. Todo ello en medio de estrepitosos gritos, terribles juramentos y sonoras bofetadas: una indescriptible Babel. La guardia nacional, encargada de vigilar las puertas, fingía no ver estos tráficos, bajo de los que se ocultó más de una vez la traición. En efecto, aquellos merodeadores eran protegidos por los prusianos, cuyas líneas atravesaban impunemente. ¿A qué precio?: fácil es suponerlo. La cuadrilla dispersábase en seguida por todo París á colocar, conforme podía, el fruto de sus rapiñas. Los improvisados vendedores bullían en las más concurridas plazas de París; á diario he cruzado la calle de los Mártires entre filas de berzas, nabos, zanahorias y conejos, que se disputaban las mujeres

con fuertes gritos que, á menudo, degeneraban en disputas y, en ocasiones, en riñas. He aquí un dato que explicará más elocuentemente que todos los discursos el aspecto de esta etapa del Sitio: ¡Hase visto, durante ocho días, en pleno *boulevard* de los Italianos, ante Tortoni, á una revendedora expender nabos y puerros sin escandalizar ni insultar á nadie! ¡Tan natural parecía el espectáculo!

Habían desaparecido aquellos que, en otros días, frecuentaba habitualmente. He dicho antes que los teatros habían cerrado sus puertas por orden de la autoridad. A todos interesaba inquirir si reanudarían sus representaciones: la Prensa dedicó á esta cuestión sendos artículos. Unos publicistas sostenían que las diversiones eran poco conformes con el duelo nacional; otros aseveraban que París ha menester espectáculos, que la alegría es compatible con la moral, que la reapertura de algunos teatros desorientaría á los prusianos, siendo como una jubilosa fanfarronada, lo que se adapta perfectamente á las tradiciones francesas; que sería fácil elegir obras en armonía con aquella situación anormal; que, así, se proporcionaría trabajo á una legión considerable de gentes humildes, empleados, guardarropas, jornaleros, que carecían de ocupación, sin hablar de los mismos artistas, cuya situación era igualmente precaria. El foyer de varios teatros habíase transformado en ambulancia. ¡Qué importa!, replicaban los partidarios de la reapertura. El público no entrará en aquella dependencia, y asunto concluido.

A la larga, suyo fué el triunfo. No precisamente porque sus argumentos fueran los más contundentes, sino porque París se aburría. Nadie preveía el término del bloqueo, asustando los muchos días que habían

de transcurrir en medio del hastío más desesperante. Para subsanar la falsa inconveniencia de estas fiestas, se resolvió celebrarlas con fines benéficos. Bien para los heridos, ora para los huérfanos, ya para las cantinas municipales: cada batallón organizó una *matinée* ó una velada, cuyos productos se destinaban á la adquisición de un cañón ó una ametralladora. M. Pasdeloup inauguró, en primer término, el 23 de Octubre, los conciertos populares. El abate Duquesnay se encargó de desvanecer las susceptibilidades más delicadas, en una alocución que el público saboreó con gran deleite y aplaudió exageradamente. La orquesta atacó al punto la *Sinfonía en la*, de Beethoven: en el *andante*, la frase musical tan dolorosa, tan punzante, produjo sobre la concurrencia un efecto indecible. El llanto corría por todas las mejillas; pienso que nunca, como en aquel día, se ha sentido tan vivamente la obra maestra del genio. Todas las fibras de nuestra alma vibraban al unísono.

El director de la Opera organizó todos los domingos veladas musicales, en cuyos programas alternaba los trozos más inspirados de la música sinfónica con fragmentos de óperas célebres; un público numerosísimo concurría asiduamente á estas sesiones. La Comedia Francesa reanudó igualmente sus tareas bajo la dirección de M. Legouvé, á cuyo cargo corrió la primera *matinée* literaria, disertando acerca de la alimentación moral durante el Sitio de París. Una fisonomía particularísima caracterizaba estas representaciones. Luz sombría, público de guardias nacionales y de mujeres ataviadas varonilmente; en la escena ningún decorado; los actores, casi en traje de calle; y simultaneando con fragmentos de obras del repertorio clásico, algunas odas de circunstancias,

improvisadas por jóvenes poetas como Bergerat, Delpit, Abraham Dreyfus, sin olvidar á Banville, que recreábase narrando, día por día, en el lenguaje de los dioses, nuestras tristezas, nuestras alegrías, las curiosidades de nuestras emociones más diversas. En el amplio palco proscenio, antes reservado á la familia imperial, acomodábanse los heridos convalecientes, asistidos con solícito cuidado por todos. Entre ellos veíanse semblantes empalidecidos por la fiebre, brazos en cabestrillo, cabezas vendadas, y muchas veces, algún bronceado hijo del Desierto, cuyos ojos centelleaban en la sombra, como los de su compatriota el león. Y, no obstante, á pocos pasos de allí, otros pobres diablos sufrían y agonizaban sobre el lecho de dolor de la ambulancia. Teófilo Gautier describe á maravilla el contraste de aquellos placeres mundanos con estos acerbos padeceres, contando en *Le Moniteur* su visita á los heridos del Teatro Francés en un día de función.

«Cruzando la galería que conduce desde el escenario á la sala, encontramos á dos religiosas, á dos Hermanas de la Caridad, una de las cuales preguntaba á la otra:—¿Dónde está Sor Magdalena?—En el Teatro del Palacio Real, respondió la interrogada en el tono más natural del mundo. En aquel preciso instante, salía del salón de los actores *Basilio*, con su amplia sotana negra, su blanco alzacuello y ese extravagante sombrero que todavía usan los sacerdotes españoles. El histrión se detuvo contra la pared, saludando respetuosamente. Representábase un acto de *El matrimonio de Figaro*. Huelga notar que era una coincidencia puramente casual. Pero, ¿no acusaríais de inverosimilitud á un autor que osara llevar á la escena tamaña antítesis? ¿Qué serie tan extraña de

vertiginosos eventos no fueron precisos para que el *Basilio*, de Beaumarchais, se codeara con auténticas religiosas en una galería de la Comedia Francesa? A nuestra memoria acudió el recuerdo de la canción de Beranger, *La Actriz y la Hermana de la Caridad*; empero, aquí, la realidad excede muy mucho á la fantasía, porque, en el otro mundo, no puede *encarnar* esta paradoja. Nada más congruente y decoroso que las relaciones entre comediantes y religiosos. Las artistas de la Comedia Francesa son verdaderas señoras, que profesan á estas santas mujeres toda la veneración que tan en justicia se les debe... A la vuelta, no acertábamos con el camino por donde debíamos abandonar el edificio. Corredores, galerías, pasadizos habian desaparecido para separar la ambulancia del teatro, viéndonos precisados á preguntar por la salida á una Hermana que, muy atentamente, nos acompañó hasta la misma puerta. Un novelista, guiado á modo de Ariana á través del laberinto del Teatro Francés por una esforzada Hermana de la Caridad, ¿no es esto, como dicen ciertos periódicos, un *signo de los tiempos?*

Otro suceso, todavía más extraño, fué la representación escénica de *Los Castigos*; ¡*Los Castigos!*, el libro proscripto que circulaba en secreto de mano en mano y que, descubierto en poder de un republicano, tornábase en acusación contra él; aquella formidable sátira del régimen imperialista, plena de personalismos é invectivas, la más virulenta que se ha escrito en ninguna época contra un tirano. Antes leíase entre amigos, á puerta cerrada; en el teatro de la Puerta de San Martín, y ante tres mil espectadores, se recitaron los pasajes más rotundos y violentos; de allí emigraron á la Comedia Francesa, repitiéndose desde

entonces en cuantos conciertos y espectáculos se organizaban. Por fin, tras de esperar diez y ocho años, le llegó su día á Victor Hugo.

Al primer rumor de la caída del Imperio, él se echó á la calle; todos los puntos estratégicos hallábanse ocupados, siendo probable que, de haber alguno disponible, habríalo desdeñado, no juzgando digna de él más que la primera fila. Luego del primer entusiasmo de un triunfante regreso, vivió largo tiempo en el aislamiento, no interviniendo en la política y negando su nombre á cuantas manifestaciones no solicitaban su dirección. Parecía no proponerse deducir de su largo exilio otro fruto que el placer de ver reestrenadas sus obras teatrales y recitados en público sus *Castigos*. Fué el 3 de Noviembre cuando Berton leyó ante un auditorio maravillado el estupendo capítulo de *La Expiación*; Mlle. Favart entonó, con su voz argentina y vibrante, el canto *¡A la Esperanza!*, y Coquelin declamó, con su mordaz tono, las lamentaciones de un conservador á propósito de un revolucionario. El éxito fué inmenso; todos extrañaban, encantados, de escuchar en un teatro aquellas invectivas que habían profetizado supremos acontecimientos y que confortaban la conciencia pública. Solamente, tras de largo reflexionar, caíase en la cuenta de que era harto inconveniente exponer en la picota, para halagar las pasiones populares, los nombres de hombres, ausentes para defenderse, y cuyo título de vencidos debía preservarles de semejantes ultrajes. Las representaciones siguientes entusiasmaron menos, y poco á poco *Los Castigos* desaparecieron de los carteles. En compensación, la edición publicada por Victor Hugo se elevó rápidamente á veinte mil ejemplares, en una época de tanta penuria. Los espectáculos corrieron

la suerte del Sitio: en auge, si las noticias eran satisfactorias y el viento soplaba del lado de la esperanza; en baja creciente y aun cerrando las puertas, cuando los sucesos más dolorosos enlutaban con negros crepones nuestras almas.

A falta de teatros, los *clubs* brindaban á París un recreo cotidiano. Esta irrespetuosa asimilación enojará sin duda á los promotores de las reuniones públicas y á sus habituales concurrentes que creen seriamente en su eficacia. Ruégoles que me disculpen, pero todo lo que he visto, salvo raras excepciones, se me antoja más propio para divertir que para salvar á la *Patria*. El sesudo *Journal des Débats* insertaba todas las mañanas los incidentes acaecidos en estas reuniones; París entero se desternillaba de risa leyendo aquellas reseñas chispeantes de malicia é ingenio.

El primero de estos *clubs*, por orden de antigüedad, fué el de *La patria en peligro*, presidido por Blanqui. Hallábase situado en la calle de Arras, en las cercanías de la plaza Maubert. Después se fundaron otros muchos que adoptaron el nombre de los departamentos en que estaban instalados, por ejemplo, el *club de Belleville*, que celebraba sus sesiones en la sala Favié y el de la *Corte de los milagros*; otros, según el título del local donde radicaban; así el club del *Eliseo-Montmartre*, de los *Mil y un juegos*, en la calle de Lyon; el de la *Puerta de San Martín* y el *Folies-Bergères*; otros, en fin, con un epígrafe que resumía su programa político, como el de *La Regeneración*, establecido en el salón Valentin; el de *La Resistencia*, en el Alcázar, y por último, el de *La Venganza*, en el *boulevard Rochechouart*. Sumad á esta nomenclatura los clubs de *El prado de los clérigos*, *El pequeño Casino*, *La escuela de medicina*, *Los porqueros* y *La reunión*,

y tendréis la lista casi completa de los centros que vivieron más ó menos intensamente, con mayor ó menor agitación durante el Sitio: á lo sumo, unos quince. Ya se halla muy remoto de nosotros el año 1848, en cuya fecha París contaba con 189 clubs en activas funciones. De igual suerte, los temas á debatir eran harto reducidos. El de la *Commune* entretuvo, por espacio de un mes, á casi todos ellos; mas cuando fué solucionado rotunda y definitivamente por el descalabro del 31 de Octubre, no restaba más que los de la *defensa de París y la alimentación*; ¡raquítico asunto para asambleas que duraban tres horas y se reunían á diario! La vida política escaseaba en incidentes que, por otra parte, no inspiraban á los oradores. Acaecía con frecuencia que el presidente preguntaba reiteradamente: *¿Nadie pide la palabra?*, y todo el auditorio enmudecía. Los aficionados á perorar no siempre se hallaban en voz. El público había formado poco á poco su gusto, soportando con marcada impaciencia á los oradores que le molestaban. Tampoco dejábase deslumbrar por las frases retumbantes, silbando y gritando á muchos que, al principio de sus discursos, le gustaron por su voz sonora y su inagotable facundia; la tribuna, pues, estaba en decadencia. He visto cerrarse, por falta de oradores, el club de la Puerta de San Martín, de justo renombre, fundado por el partido liberal, y presidido por M. Desmarets, á quien asesoraban en sus funciones directivas M. de Pressensé, el pastor; M. Yung, de *Les Débats*; M. Coquerel, M. Leberquier, abogado distinguido, y otros varios. Este club se inauguró con enorme concurrencia y apenas duró tres semanas, reuniéndose todos los días el mismo público en su salón de actos, completamente atestado. Fracasó por no disponer de

asuntos á discutir, ni de oradores. Estos fatigáronse de permanecer de continuo en la brecha; los oyentes habían concluido por educarse, no aceptando más que lo sensato y lo dicho correctamente. A este club sucedió el de *La Regeneración*, estatuido algún tiempo después por nuestro compañero Vrignaut, redactor jefe de *La Liberté*. Conservando la antigua tradición de honradez en las ideas y de buen gusto en los discursos, las primeras sesiones fueron brillantísimas; empero, el éxito entibióse presto. Ignoro si su vida será muy larga.

Entre todos los clubs, el de *Folies-Bergères* tenía su fisonomía peculiarísima; era el club fantaseador por excelencia. Situado á dos pasos del *boulevard* Montmartre, en un barrio céntrico, numerosos parisienses acudían por la tarde para matar el tiempo ó fumar un cigarro, no tardando en imprimir á la naciente Sociedad ese tono burlón que caracteriza á los vecinos del centro de París. Las controversias degeneraban en chanzas; entablábanse diálogos inauditos entre los oradores y el público. He presenciado allí escenas curiosísimas: unas serias, otras bufas, mientras que el presidente agitaba desesperadamente la campanilla para restablecer el orden.

Huelga advertir que los restantes clubs pertenecían al partido más avanzado. Acaso había diversos matices entre aquellos radicales, pero no se distinguían claramente. Parodiábase con imperturbable seriedad las violencias del 93. Energúmenos á quienes las masas acogían con frenéticas ovaciones, trataban en la tribuna las tesis más insensatas y burlescas. Nadie osaba argüir en contra. Quien tal hiciera, habría sido linchado por el auditorio que, de mano en mano, como una pelota viviente, le hubiese expulsa-

do del local. Todos se creían unos pequeños Robespierre y Marat.

Trasladémonos al salón Favié. Ocupa la tribuna un individuo ataviado con la guerrera de la guardia nacional, de hirsuta barba y mirada amenazadora. Saca de su bolsillo un papel y comienza á leerlo; es la sentencia de muerte—por el delito de contumacia—pronunciada unánimemente por el *club* vecino contra el traidor Bazaine y sus cómplices Caurobert, Lebaeuf y Coffinières. El orador invita á todos los ciudadanos de Belleville á que ratifiquen el acuerdo. La concurrencia pónese en pie, confirmandose por aclamación la terrible sentencia. Prosigue entonces el discurso, diciendo que los ciudadanos pueden ejecutar por sí mismos la formidable condena. Esta proposición calofría convulsamente al auditorio. Abordando luego la cuestión social y religiosa, declara que ha llegado el momento de reemplazar la teología y la metafísica por la geología y la sociología; arrebatándose gradualmente hasta la indignación, grita, descargando un tremendo puñetazo sobre la tribuna: «Ciudadanos, no temo al rayo. Odio á Dios, al miserable Dios de los curas, y quisiera, como los Titanes, escalar el cielo para apuñalarle». Esta segunda sentencia de muerte no entusiasmó tanto como la primera; sin embargo, algunos amigos aplaudieron. «¡Necesitaríais un globo!»—interrumpió una voz socarrona. Las mujeres se miran, azoradas. Tras del titanesco escalo, el orador desciende para abismarse entre los batallones de guerra de la guardia nacional.

Esta escena, copiada al azar entre tantas otras, puede dar una idea de las imbecilidades que se proferían corrientemente en los *clubs*. No es mi intento criticarlas con demasiada severidad, porque ni he

asistido puntualmente á sus reuniones, ni he seguido con atención más que dos ó tres controversias, teniendo noticias de ellas, á decir verdad, por las reseñas de *Les Débats*. Mas, si es lícito juzgar un árbol por sus frutos, paréceme que los *clubs* revolucionarios no engendraron la más leve iniciativa de justicia, ni ejercieron sobre los espíritus una acción útil, ni contribuyeron en absoluto á los intereses de la defensa. Alborotaron más que otra cosa. Por lo demás, el partido á que se hallaban afiliados era mucho menos numeroso que la burguesía imaginaba en su pánico. Pruébalo la desaparición, por falta de compradores, de *La Patrie en danger*, periódico de Blanqui.

Precisando que París sea siempre el centro de las excentricidades, se fundó un *club* de mujeres, donde los hombres eran admitidos sólo como espectadores. El presidente era una presidenta; los asesores, asesoras. Ignoro si celebraron muchas sesiones. La reseña de la celebrada en el gimnasio Yriat, en Octubre, regocijó á todo París. El ciudadano Jules Allix, secretario del comité de las mujeres, sostuvo dos proposiciones, á saber: Primera, ¿las mujeres deben armarse para acudir á las murallas? Segunda, ¿debe solicitarse su concurso para proteger su honor contra los enemigos, y por qué medio? Aquí el orador tuvo un momento feliz, exclamando con energía: Por medio del ácido prúsico. ¡El ácido prúsico! El ciudadano Jules Simón demostró después con fina sonrisa cómo el ácido prúsico podía servir para matar á los prusianos. A continuación, describió un aparato con el que sería fácil exterminar á todos los prusianos que entraran en París. El inventor había bautizado su aparato con este significativo nombre: ¡el dedo de Dios!...; pero el ciudadano Jules Allix creía que debía titularse el

dedo prúsico. Consistía en una especie de dedal de *caotehouc* que las mujeres se ponían. Al extremo de este dedal había un tubo conteniendo ácido prúsico. Acercábase el prusiano, le tendíais la mano, le picabais y caía muerto. Si se aproximaban varios enemigos, mientras que no golpearan ó maltratasen á la mujer, era indudable que el dedo prúsico proseguía funcionando; ella permanecía tranquila y pura, sembrando en torno suyo la muerte. Así habló el ciudadano Jules Allix, excitando el tierno llanto de las mujeres y la hilaridad de los hombres. Se puso en seguida á discusión el tema de la indumentaria, y ya se disponía el mencionado ciudadano á hacer de nuevo uso de la palabra para encarecer las ventajas del cinturón higiénico, cuando una voz advirtió que Jules Allix debía, en su calidad de hombre, ser excluido de la tribuna. El ciudadano increpa al interruptor invitándole á que se presente. Verificalo así un guardia nacional, de seis pies de estatura, que, de un salto, sube á la presidencia. A su presencia se promueve tremendo alboroto; presidenta, asesoras y socias lanzanse sobre él, pellizcándole, arañándole y rasgándole el traje... No culpo al pueblo parisién de estas extravagancias que surgen casi siempre de las grandes conmociones políticas y sociales.

Otra excentricidad que preocupó más seriamente á la opinión pública, fué la cruzada emprendida por algunos alcaldes contra las imágenes de Cristo, que ordenaron quitar de las ambulancias, y contra las escuelas de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, que mandaron clausurar. Inicióla M. Mottu, alcalde del distrito undécimo. Los *clubs* discutieron apasionadamente la cuestión, á cuyo estudio dedicó, por su parte, la prensa sendos artículos. La autoridad supe-

rior destituyó á M. Mottu, armonizándose casi con el impulso de la opinión pública, que protestaba enérgicamente contra tales importunas medidas. Al presente, nada resta de aquella agitación; reanudáronse las clases, como de ordinario, en los colegios de los Hermanos y de las Hermanas y en los Institutos; M. Jules Simón, ministro de Instrucción pública, escribió una hermosa circular diciendo que por cima de las vanas borrascas de la política, debían subsistir los intereses de la educación y de la ciencia, decidiendo, en conclusión, que el Instituto comisionara á uno de sus miembros para estudiar el eclipse total de Sol, que debía ser visible en Argel. Partió el sabio, pero creemos que el aerostato en que se había embarcado, fué precisamente uno que la prensa inglesa afirmó haberse perdido en el Atlántico.

II

Durante este periodo se normalizó definitivamente el servicio postal, que remitía nuestras cartas en globo, expidiendo las respuestas, harto raras y breves, por medio de palomas mensajeras. El gobierno estableció una gran fábrica de globos para que siempre hubiera alguno dispuesto á partir apenas soprase un viento favorable. En los inicios del Sitio, lanzábanse de día, al aire, estos aerostatos, pero se advirtió pronto que los prusianos, noticiosos de la hora de salida, acechaban el paso, lanzando contra el globo cohetes ó balas de fusil de gran alcance. Resolvióse, pues, que tales ascensiones se verificaran por la noche. Casi siempre inflábanse y se soltaban aquellos correos aéreos en una estación: la del Norte ó la de

Orleáns. Quienes asistieron á este espectáculo, nunca lo olvidarán. En el centro de una amplia rotonda, el globo, medio hinchado, cabecea furiosamente á impulsos del viento; es de tafetán amarillo; las linternas de las locomotoras esparcen sobre la vía férrea sus luces fantásticas. En la sombra, muévense hombres, á quienes cabe confundir con demonios que fuesen á consumir alguna obra infernal. A un lado, M. Rampont, director de Comunicaciones, consulta su reloj é interroga con reflexiva mirada al viento, y luego parece pedir consejo á M. Godarf, el aeronauta que ha de pilotar el aerostato, conversando en voz baja con él. Es evidente que hay peligro; deben partir tres hombres, entre ellos un viajero cuyo nombre es un misterio. Envuelto en pieles, pasea inquieto y pálido, esforzándose, al ver fija sobre sí alguna mirada, en reprimir sus nervios. Un marino fuma indiferentemente su pipa; sábese que montará en la barquilla con el mismo valor é igual apatía que salta á bordo. Es cuestión del servicio. Vése un empleado de Correos, atareadísimo; acaba de llegar el vagón de impresos; él transporta los preciosos sacos, ordenándolos convenientemente en la barquilla. Traen cinco jaulas pequeñas, en cuyo interior aletean treinta y seis palomas; aves adorables, negras, blancas, amarillas, que ostentan nombres de triunfo: *Gladiadora*, *Hija del aire*. El mismo propietario las cuida y vigila en su instalación. En el momento de partir, adviértese que ninguno de los viajeros se ha preocupado de las provisiones; se corre, se agita, y, por fin, se reúnen tres panecillos, dos pastillas de chocolate y una botella de vino. Este retraso tuvo su justa compensación. Aparece, sofocado de tanto correr, un ayudante de campo, que grita:—*¡Un despacho del gobernador!* El

aeronauta lo coge; algunos sujetan la barquilla; se oye el sacramental: — ¡*Soltad!* El globo surca de un impulso los aires, manteniendo un rudo combate con el viento, que le azota violentamente. Es un segundo de indefinible emoción; todos los asistentes retenemos la respiración, fijos los ojos sobre aquella masa negra que se agita en estupenda convulsión. ¿La arrollará el viento? No, asciende; apenas ha traspasado la marquesina de cristales que cubre el andén de la estación, las tinieblas de la noche ocultan á nuestra vista el globo, que aparece en el espacio como un diminuto punto luminoso: — ¡Adiós! ¡Adiós! — nos gritan los viajeros. Respondémosles: — ¡*Buen viaje!* ¡*Buen viaje!* — y agitando nuestros sombreros: — ¡*Viva Francia!*

Las palomas que van con ellos tornarán pronto á nuestro lado, á menos que el frío, la niebla, el gavilán ó la bala de un prusiano no las detenga en el camino. Cada una nos traerá, atado por tres hilos á una pluma de su cola, un tubito, donde se arrollará un papel de cuarenta milímetros por treinta. Es la reducción microscópica, por la fotografía, de una composición tipográfica ordinaria. Esta reducida plancha, apenas visible con el auxilio de una lupa muy intensa, se asemeja á un periódico dividido en cuatro columnas. En la de la izquierda se lee únicamente:

Servicio postal por las palomas mensajeras.

STEENACKERS Á MERCADIER, 103, CALLE DE GENELLE.

Las otras tres columnas contienen, en el anverso como en el reverso, la transcripción de los despachos, unos á continuación de otros, sin blancos ni regletas. Algunos de estos despachos son oficiales; otros, privados. ¡Ah! ¡Cuántos consuelos y alegrías les debe-

mos! ¡Cuántas monedas de cien sueldos y luises de oro han caído entre las manos de los ordenanzas que nos entregaban la codiciada misiva! ¡Con qué tierno respeto se trataba á las palomas! Cuando, por casualidad, una de ellas, agotadas las fuerzas, chorreando agua, se posaba en el borde de alguna cornisa, la muchedumbre agolpábase bajo de ella, expiando ávidamente sus más leves movimientos. Todas las manos se tendían para ofrecer á la mensajera el pan ó el grano que debían reanimarla. ¡Qué jubilosa exclamación cuando remontaba de nuevo el vuelo hacia su palomar! Fué inevitable que la poesía las ofrendase sus inspiradas composiciones. Eugenio Manuel las dedicó un lindo sainete, representado en el teatro Francés, y Pablo de San Víctor las cantó en una prosa más poética que las rimas del vate de *Los Obreros*. He aquí, integro, el admirable trabajo:

«Son las palomas de este arca inmensa batida por olas de sangre y fuego. La suave espiral de su vuelo traza en los aires el arco iris que anuncia el término de las tempestades. El alma de la Patria palpita bajo sus diminutas alas. ¡Cuántas lágrimas y cuántos besos, cuántos consuelos y cuántas esperanzas esparcen sus plumas, ateridas por la nieve, ó arrancadas por el ave de rapiña! Retornando á su nido, llevan á millares de nidos humanos la dicha, el valor y la vida. Hoy, más que nunca, y en el sentido más puro de la palabra, son las aves del amor.—Como las cigüeñas de los pueblos del Norte, igual que las palomas de Venecia, merecerían ser consideradas como aves sagradas. París debía recoger las polladas de su palomar, abrigarlas y nutrirlas bajo uno de sus templos. Su raza sería la tradición poética de este glorioso Sitio, único en la historia. Volando sobre nuestras

calles y jardines, nos recordarían que hubo un tiempo en que todos los corazones de esta populosa urbe se hallaban suspensos de las alas de una paloma mensajera. Una religiosa veneración protegería á estas aves propicias.—Durante su largo asedio, Venecia, cien veces más castigada que París, sólo sufría cuando se atentaba contra las palomas de San Marcos. Faltaba el trigo, se las mantenía con pan, que no les faltó ni un día. Venecia, agonizando de hambre, arrojaba á sus palomas los últimos granos de sus exhaustos graneros.

¡Vientos, decid nuestro infortunio!

¡Aves, llevad nuestro amor!

vocean los proscritos de la canción de Víctor Hugo. Esta imagen del poeta es en nuestros días de encantadora y vibrante actualidad. Los vientos son los que narran á Francia las miserias y las esperanzas de París: las aves son las encargadas de llevar á los queridos ausentes su amor».

III

Tales eran nuestras preocupaciones, nuestras tristezas y nuestras alegrías en aquel momento del Sitio. Apenas transcurridos tres meses desde que comenzó la guerra, hallábanse á prodigiosa distancia de nosotros el Imperio y sus vergüenzas. Casi nos acordábamos del régimen caído como de Nabucodonosor degenerado en bestia, ó de Faraón ahogado en el Mar Rojo con todo su ejército. Su recuerdo huyó presto de nuestra memoria, según lo evidencia cumplidamente la frialdad con que se acogieron los últimos *Fascicu-*

los. Al día siguiente de proclamada la República, el nuevo gobierno resolvió publicar, en folletos, que recibieron el nombre de *Fascículos*, los papeles secuestrados en las Tullerías, á fin de sacar á pública luz el cáncer que minaba las entrañas de aquel casi podrido poder. Los primeros tomitos lograron un éxito colosal. La curiosidad que excitaron latía como bajo una sed de venganza. Era estupendo escudriñar aquellos misterios de iniquidad, recorrer los espesos velos que ocultaban á los ojos tan inauditos escándalos. Las cartas del exemperador á Margarita Bellanger, célebre cortesana, y las respuestas de esta sacerdotisa de Citerea al emperador, regocijaron enormemente al público parisién. Vislumbrábase en ellas cierta historia de un hijo supuesto, y no sabemos cuántas otras aventuras abominables, en las que, según parece, el presidente del Tribunal Supremo había desempeñado un papel poco digno. Nuestra malicia recreábase con la narración de tantos crímenes. Asimismo se leyó con avidez la correspondencia que nos descubría lo que ya habíamos sospechado, que la guerra de Méjico no tuvo otro motivo que el deseo de facilitar una ocasión al duque de Morny para que se embolsase varios millones de primas negociados con el aventurero Jecker; otras cartas revelaban que Napoleón III recibió, de todas partes, aviso de las inmensas fuerzas de que disponía Alemania, y que su loca declaración de guerra no podía atenuarse siquiera con la excusa de la ignorancia. Estas publicaciones, que sucedíanse periódicamente, fueron solicitadas cada vez menos por el público, á pesar de que su texto era de tanto interés como antes. Empero, cada día que nos alejaba de aquel tiempo de infamia, se computaba por nosotros como un siglo. Así, cuando

innobles industriales, caricaturizando estos escándalos, expendieron sus productos cínicos en los paseos mas frecuentados, voceando: «La mujer de Bonaparte, sus crímenes y sus amantes»; cuando se expusieron en los escaparates de las librerías los horribles retratos de los hombres del segundo Imperio disfrazados, ora de lobo, bien de maquerel, ó ya de asno ó cerdo, surgió como un disgusto universal, y los periódicos, interpretando el pudor público, pidieron que se suprimieran tales exhibiciones, más escandalosas que los escándalos que pretendían castigar.

Las almas, purificadas por tantos infortunios, no podían soportar aquellos repugnantes espectáculos. Empero, aún habíamos de tornarnos mejores. Ya veremos el corazón de los parisienses remontarse hasta el supremo nivel de los terribles acontecimientos que nos restan por contar.

CAPÍTULO VIII

Levantamiento de la provincia. — Combates al pie de las murallas de París. — ¡Se va á bombardear!

I

Recordaréis, seguramente, las viejas leyendas de los días remotos que representan al vigía nocturno acechando, desde la torre de la iglesia del pueblo, si á lo lejos se divisaban las huestes auxiliadoras de la plaza. Inmensa muchedumbre rodeaba el templo, preguntando de vez en cuando al centinela si veía algo. Entregábanse á la desesperación, lloraban, casi pensaban ya en rendirse cuando, de repente, oíase al observador de la atalaya que voceaba:—Allá abajo, á mucha distancia, en la llanura, se descubre una gran nube de polvo que parece venir hacia aquí. A través de ella brilla el acero de las lanzas y el cobre de los cascos...—El pueblo entero acogía con estruendosa aclamación de alegría la buena nueva. Abrazábanse unos á otros, jurando morir juntos antes que rendirse. Tornaban á sus pechos la confianza y el gozo, y por ende, el valor y una resolución firmísima de resistir hasta el último instante.

Esta leyenda, del siglo de Atila, es nuestra historia, y acaso la de todas las plazas sitiadas. El 15 de

Noviembre recibimos, por conducto de las palomas mensajeras, un despacho en que se nos anunciaba que un ejército de orleanistas, á las órdenes de Aurelio de Paladines, había derrotado á los prusianos, reconquistando Orleáns. No: nada puede reflejar con justa intensidad la emoción que esta noticia inesperada produjo en toda la capital. Y ¡era cierto! Aquella provincia, que se reputaba dividida, indiferente, quizá hostil, había, por un esfuerzo supremo, organizado un ejército, un verdadero ejército, capaz de batir y luchar á los prusianos; ¡aquellos valientes soldados apenas distaban de nosotros veinticinco leguas; presto llegarían á las filas enemigas! ¡Había, pues, sonado la hora de la redención!

Quienes ignoran la maravillosa elasticidad del carácter parisién, los que no han advertido con qué estupenda facilidad pasa del abatimiento más profundo á la más viva exaltación, no comprenderán la prodigiosa revirada que se obró, en aquel momento, en todos los espíritus. Se olvidó todo, las desconfianzas, las miserias, los odios y las desesperaciones.

Parecía que la paloma mensajera había venido á nosotros, como el ave del arca, portando en su pico el ramo de la paz. En todos los corazones brilló el arco iris de la victoria. La celebridad orló súbito con espléndida aureola el nombre de Aurelio de Paladines, hasta allí ignoto en absoluto, y que tan presto había de caer en el olvido. La prensa panegirizó unánimemente al insigne campeón, elogiando su inflexible amor por la disciplina, sus dotes de organizador, su hábil táctica, sin callar el pintoresco detalle de que una bala que no había podido extraerse de su cerebro, donde se hallaba alojada, rodando constantemente en el interior de su testa, prestaba á su fisonomía una ex-

presión feroz. Era un caudillo genial, un héroe, el salvador prometido. Hasta se calculaba ya cuántos días habría menester para unírseles; todos, estudiando ávidamente el mapa, provistos de banderitas rojas, indicábamos de antemano sus etapas. Ibamos de victoria en victoria. Nuestra confianza era tan firme, que sufríamos una decepción terrible cuando abriendo por la mañana el diario, no leíamos la nueva de algún triunfo:

—Pero ¿qué hace Aurelio de Paladines?

Antojábasenos que avanzaba harto despacio. A falta de palomas mensajeras, los *canards* se cernían á bandadas sobre el *boulevard*.

—Ha reconquistado Amiens... y Chartres... Pronto lo será Etampes...

—No, ya lo ha sido.

—¡Cómo! ¿Etampes?

—Sí, en verdad.

—Y ¿por dónde lo sabéis?

—Por un labriego que ha cruzado las líneas y que se detuvo en una posada de Montrouge, donde encontró á los soldados, que le refirieron el suceso.

—Y ¿qué se ha hecho de ese campesino?

—Se le busca.

Huelga decir que nunca se le capturaba. Es increíble el número de aldeanos fantásticos, carteros inverosímiles y legendarios cazadores furtivos que, durante el Sitio, divulgaron los rumores más absurdos. *Charivari* publicó una crítica humorística del hombre que ha cruzado las líneas. *L'Officiel*, requerido insistentemente, explicaba á diario esos rumores, replicando que no sabía nada de lo que había publicado; que apenas recibía una noticia, la daba á la publicidad, sin parar mientes en que pudiera compro-

meter los intereses de la defensa. Empero, una vez desbocada, la imaginación de los noveleros no se detiene fácilmente. Ella ganaba victorias con igual prisa que antes acumulaba derrotas sobre derrotas.

Algunas personas obstinábanse en creer que no se había perdido por completo la esperanza de armisticio; á este efecto, notaban que M. Thiers permanecía aún en el cuartel general prusiano, ó bien que lord Lyons se había encargado, por orden de Inglaterra, de proseguir las interrumpidas negociaciones. Estas versiones que la semana anterior hubieran emocionado profundamente á París, pasaban ahora casi inadvertidas. El viento soplaba en otra dirección. ¡Un armisticio! ¿Por qué pactar un armisticio? ¡Seguramente por bromal! ¡La guerra hasta el último extremo! He aquí una prueba más de la extraña veleidad del parisién y de su impetuoso carácter.

De esta suerte, la capital entera deseaba, como al otro día de la entrevista de Ferrières, continuar la lucha. Tornaban de nuevo la confianza y la alegría. ¡Todos nos creíamos felices, por haber sentido, aunque á distancia, latir, siquiera algo tarde, el corazón de las provincias! Las provincias eran—¿por qué no decirlo?—más responsables que París de la lucha en que nos hallábamos empeñados. Ellas habíanla votado dos veces: primero, enviándonos una abrumadora mayoría en pro del plebiscito imperial, y concediendo por ello, á despecho de París y de los parisienses, al gobierno omnímodas facultades en orden á la expedición de Méjico. Segundo, por mediación de sus diputados, que acallaron las voces de los representantes de París cuando pedían veinticuatro horas para reflexionar antes de comprometer á Francia en una aventura más peligrosa que todas las otras.

Nada más justo, pues, que las provincias nos ayudasen; que despojándose de sus arcáicos prejuicios contra la capital, no permaneciesen acantonadas, en su pequeño recinto, abandonándonos con abominable egoísmo á nuestras propias fuerzas... No; jamás comprenderán las provincias cuánto nos regocijamos viéndolas cumplir su deber. En aquellos instantes, no sentimos hacia ellas sólo una patriótica gratitud, sino el inefable placer de contemplarlas llenando dignamente las obligaciones que se habían creado á sí mismas. Ya era mucho que nos salváramos; ¡pero, salvados por ellas, de quienes habíamos dudado y acusado de ingratas! Francia resurgía íntegra, á través de las filas enemigas; París y las provincias, en discordia durante largo tiempo, se saludaban cordialmente, aprestándose á combatir al común enemigo.

No se escuchó en la población más que un sólo grito: «¡Vienen á nosotros, vayamos á ellas! ¡Debemos romper el Sitio! ¡Adelante! Somos cuatrocientos mil, y no se vence fácilmente á cuatrocientos mil hombres!» Así voceaban las masas, mientras que M. Trochu proseguía vacilando. Este honrado militar, tan inteligente como leal, no se dejaba engañar por falsos espejismos. Sabía perfectamente que cuatrocientos mil hombres no son cuatrocientos mil soldados, y que el patriotismo más resuelto no basta para formar buenos ejércitos. Los marinos, con quienes podía contar incondicionalmente, estaban en minoría, siendo además necesarios para guardar los fuertes, cuya artillería habíaseles confiado. La guardia movilizada se componía de elementos muy heterogéneos. A no dudarlo, era apta para un zafarrancho; todos sus individuos, cualquiera que fuese su procedencia, no deseaban más que entrar en pelea; pero no todos eran

igualmente hábiles y diestros en las maniobras militares. Por apatía de la dirección general ó por indisciplina de los oficiales, que ignoraban su misión ó no se molestaban en cumplirla, aquellos cien mil jóvenes, aun siendo individualmente muy esforzados, no integraban un ejército aguerrido, en el que cada soldado es el brazo derecho de su camarada, y cada batallón confía en el que le precede y en el que le sigue; donde, animados todos por la misma fe é idéntico entusiasmo, obedecen ciegamente al jefe que les conduce á la batalla. Apreciaban á sus generales, pero éstos carecían de esa fogosidad imaginativa que arrastra y subyuga á las multitudes. Sin estímulo, reputábanse infelices. Los boletines, donde á diario se narraba al público los incidentes de la noche, se hallaban redactados en un estilo triste. Era una burla corriente denominar á M. Trochu y á M. Schmitz, jefe de su Estado Mayor, el general *De Profundis* y el coronel *Contra-Orden*. Estos dos remoquetes dicen más que todas las reflexiones del mundo en orden al espíritu de los movilizados. No se mandaba á éstos con el heroico júbilo que inspira las alegres abnegaciones, ni con la exacta y firme disciplina que motiva la confianza. Sus jefes eran hombres honrados, celosos de sus cargos, pero conocedores de los peligros de la situación, á su juicio, de imposible vencimiento; sus oficiales, hombres poco instruidos ó disgustados. Entiéndase que hablo en general, porque he tenido la dicha de conocer en París á jóvenes muy entusiastas y patriotas que sabían comunicar á sus subordinados el ardor que les inflamaba; era la excepción, aunque precisa reconocer que hubiese bastado un rayo del Sol del éxito para transformar á los otros, animándoles con la misma fogosidad.

La guardia nacional no era por aquel entonces más que un caos tumultuoso de buenas voluntades que el desorden inutilizaba. Si desde el primer día de Sitio un organizador de genio hubiera seleccionado, por medio de un decreto, entre aquella masa armada los hombres de veinticinco á treinta años, casados ó solteros, equipándoles é instruyéndoles y unificándoles en compañías, habría formado un ejército excelente. Hubiérase reservado á los demás para el servicio poco penoso de las murallas y las puertas, que desempeñarían, como así lo verificaron, con un celo digno del mayor encomio. Empero, ¿precisaba ser joven, instruido, de corazón animoso, para pasearse dos ó tres veces por semana con el fusil terciado sobre un torreón que nadie atacaba? Los periódicos repetían á diario, con la más viva insistencia, al general Trochu: «¡Haced lo que os plazca de la guardia nacional, pero haced algo! Confundiendo en un montón tan enorme jóvenes y viejos, soldados eméritos y obesos burgueses, bajo jefes nombrados con harta inconsciencia, no tendréis más que una multitud armada, pero no un ejército; un rebaño, no una milicia».

¿Por qué el general Trochu dilató tanto adoptar una resolución acerca de este problema? ¿Quizá porque no creyendo en la posibilidad de prolongar el Sitio, pensaba no disponer de tiempo para organizar la guardia nacional? ¿Acaso porque no confiaba, en su carácter de militar viejo, más que mediocrementemente en los servicios que ella podía prestar, aun después de reorganizada? ¿No sería tal vez porque, por su misma naturaleza, fuese lento en decidirse, incapaz de acometer juntamente varias empresas, prefiriendo no comenzar una cosa hasta luego de concluir la

que había entre manos? Ninguna de estas hipótesis es imposible; quizá todas son igualmente verdaderas.

La mayoría de las medidas ordenadas durante el bloqueo por la autoridad, fueron dictadas bajo la irresistible presión de la opinión pública. De ordinario, en una plaza sitiada, su comandante anima y entusiasma á la población civil; en París fué el pueblo quien, con energía cada vez más intensa, impulsó al general en jefe á la acción.

Por fin, el 9 de Noviembre, más de cincuenta días después del arribo de los prusianos á la capital de Francia, se publicó el decreto organizando compañías de guerra, á base de la guardia nacional. Tan mal lo redactaron, que nadie entendió ni una línea de su texto, siendo menester explicarlo por medio de circulares, casi tan ininteligibles como el decreto, y de cuyo comentario se encargaron al punto los oficiales, ayunos de ideas, faltos de estilo.

Este decreto no formaba nuevos batallones; reorganizaba, estableciendo nuevas distinciones, los ya existentes. Cada batallón se componía al principio, según su efectivo, de ocho á diez compañías; el nuevo decreto ordenaba la organización de cuatro compañías, tituladas *de guerra*, formadas: primero, por los voluntarios de cualquier edad; segundo, por los solteros y viudos sin hijos, de veinte á treinta y cinco años; tercero, por los solteros y viudos sin hijos, de treinta y cinco á cuarenta y cinco años; cuarto, por los casados y padres de familia, de veinte á treinta y cinco años; quinto, por los casados y padres de familia, de treinta y cinco á cuarenta y cinco años. ¡Hartas complicaciones de categorías, existiendo una ley tan rotunda que preceptúa: ¡Todo francés, de veinticinco á treinta y cinco años, es soldado! Las recla-

maciones surgieron á miles. No citaré más que una, que constituyó una de las dificultades más insuperables del momento. Se recordará, que los batallones de la guardia nacional se distinguían por el sobrenombre de *veteranos* y *novatos*. Aquéllos constituíanse, en su mayor parte, por casados, y éstos por solteros. Los primeros cubrieron rápidamente las cuatro primeras categorías, mientras que los segundos no llegaban á la tercera; en su consecuencia, un casado de cuarenta y cinco años velase forzado á formar en un batallón veterano, entre tanto que un joven de treinta y cinco años, soltero vigoroso, permanecía holgando en una de las avanzadas de París.

—Podéis — establecían las circulares — trasladaros de uno á otro batallón.

¡He aquí los inconvenientes del sistema! Esto sin tener en cuenta que era preciso desposeer á quienes integraban la guardia nacional sedentaria de los fusiles perfeccionados de que, en su mayor parte, se hallaban pertrechados, para armar con ellos las compañías de guerra. Muy á disgusto lleváronse á cabo estos cambios. Tal compañía de patriotas, tan fogosa hablando como apática de nombre y de hecho, replicó bravamente, como Leónidas, siendo requerida para que cediese sus fusiles:

—¡Que vengan á buscarlos!

—Pero nada haréis... No podéis hacer nada.

—¡Quién sabe!

Hubo, pues, rozamientos que, de grado ó por fuerza, se solucionaron gracias á la buena voluntad del vecindario parisino. Se organizó y equipó — no me atrevo á decir que se instruyó — á varias compañías de guerra. Componíanlas hombres valerosos, poco habituados á las fatigas de una campaña, pero resuel-

tos y conscientes de la urgencia de combatir *pro aris et focis*. No se forjaban ilusiones acerca de los servicios que podían prestar, sabiendo que, en la línea de fuego, su desconocimiento de las maniobras les reduciría á la categoría de fuerza de reserva; empero se decía que en las trincheras y en las avanzadas, relevarian á los *cazadores* y á los *movilizados*; y que aliviándoles de esta penosísima faena lograrían, en orden á otras operaciones más importantes, la libertad de sus movimientos. Acaso se explotó este celo con demasiada discreción. Se les colmó de elogios, mencionándoles en la orden del día. Se les encomió desmesuradamente, bombeando sin tino la primera escaramuza en que intervino uno de los batallones de la nueva organización. He nombrado al 72 que, á las dos del 24 de Noviembre marchó, en unión del 4.º de Exploradores del Sena, á ocupar el pueblecito de Bondy, á las órdenes de M. Massión, capitán de fragata. «El batallón núm. 72, decía la versión oficial, ha entrado en Bondy, asaltando las barricadas, rechazando al enemigo de árbol en árbol, en la carretereta de Metz y á lo largo del canal de Ourcq. No ha tenido más que cuatro heridos...» Reserváronse, en su consecuencia, á la guardia nacional estos simulacros de combate. No se supo, por un reparto suficiente de víveres y deberes, haciéndola experimentar la necesidad de los servicios que se exigía de ella, inculcándola por medio de la persuasión una moral congruente; no se supo, repito, deducir de estas tropas, aunque fuesen muy excelentes y sólidas, toda la utilidad que había derecho á esperar de ellas.

Además del ejército regular, de línea y movilizado, y de la guardia nacional, movilizada ó sedentaria, un historiador del Sitio de París no puede omitir

á los *Cuerpos Francos*, cuya formación data de los mismos inicios de la guerra. Eran, como su nombre indica, compañías de voluntarios que se equipaban á sus expensas, luchando á capricho. A raíz de nuestros primeros desastres, el pueblo percatose presto de que si era insensato hacer frente á un ejército tan formidable, fuerte, homogéneo y disciplinado como el prusiano, cabía batir con enorme ventaja á los enemigos, organizando guerrillas, copando sus convoyes, sorprendiendo sus destacamentos en marcha, hostigándoles incesantemente é inquietándoles en sus flancos y á retaguardia: en una palabra, destruyéndoles poco á poco. Estos sistemas de pelear placen mucho á nuestro espíritu aventurero; así, numerosos soldados, veteranos y bisoños, se apresuraron á alistarse en los *Cuerpos Francos*, de disciplina menos rigurosa, á la par que ofrecían mayor variedad é imprevisión en futuros combates. Nuestros paseos presentaron entonces el aspecto de un Carnaval de los trajes más fantásticos. Algunos *Cuerpos* adoptaron una indumentaria severa; pero otros disfrazáronse de bandidos de opereta. Chambergos con plumas, cinturones multicolores, botas de campana, franjas y galones extravagantes, bellotas y cordones de oro brillaban sobre aquellos viriles compatriotas, *convirtiéndoles en algo así como un ramillete de flores*. A nadie antojábase esto ridículo, y todos parecían satisfechísimos de su persona. Era el tiempo en que aún se divertía París. Por lo demás, todos ó casi todos muy valientes y resueltos. No faltaron—fuerza es confesarlo—quienes prefirieron eludir, entre las filas de los voluntarios, donde no *servirían* más que nominalmente, los deberes más serios del alistamiento ordinario. Algunos de estos *Cuerpos Francos* adquirieron

rápidamente renombre, aun antes del Sitio; por ejemplo, los Franco-tiradores de París, más conocidos bajo la denominación de Franco-tiradores Lafont-Mocquart, que partieron en número de 960 para Sedán, y regresaron 167; los Franco-tiradores Arronshon, que saliendo de la capital antes del asedio, se distinguieron en la toma de Chateaudum, por su heroica defensa.

Parecía que, luego de bloqueado París, los Franco-tiradores no tenían razón de ser. Intentóse, en efecto, por los Consejos de la defensa, refundir en el ejército regular á los que existían ya, é impedir la formación de nuevos cuerpos. Mas entonces, como antes, fué imposible resolver nada en definitiva. Nadie osó tocar aquellos batallones que habían conseguido agradar al público, impresionar su imaginación, poner en actividad muchas buenas voluntades que acaso habrían permanecido inertes en el ejército regular, y excitar por la emulación á los soldados y movilizados. Empero se procuró á todo trance incluirles, en lo posible, en los límites de las operaciones proyectadas, estorbando que realizasen sus iniciativas, y abandonándoles, indiferentemente, y no concediéndoles la importancia que merecían. Se les acusó de desorden, porque, á lo mejor, faltaba algún botón en sus polainas. Empero habría sido preferible, ya que se resignaba á aceptar sus servicios, verificarlo francamente y encargarles de esos golpes de mano aventureros que demandan más prontitud y audacia que disciplina.

M. Trochu no disimulaba el pésimo humor que le producían á menudo estos auxiliares cuyo concurso era tan intermitente como desigual. En las postrimerías de Noviembre, M. Beaurepaire, esforzado capitán

veterano, comenzó á predicar en todos los *clubs* de París una especie de cruzada, pidiendo doce mil voluntarios Franco-tiradores, á cuyo frente se comprometía á atravesar las líneas enemigas y caer presto sobre la retaguardia de los prusianos, combatiéndoles implacablemente por el sistema denominado de guerrillas. Hablaba con gran convicción y elocuencia, habiendo reunido, á lo que parecía, numerosos afiliados. Precisaba la autorización del gobernador. Al principio, Trochu se la concedió, y luego se la negó, fundándose en las trabas y en los contratiempos que los Cuerpos Francos habían causado siempre á la defensa.

Muy cierto que en París eran menos útiles que en los Vosgos y en los Alpes. Contábanse, no obstante, numerosos reconocidos por la autoridad. Entre estos, algunos eran notabilísimos; por ejemplo, en artillería *las baterías de la Escuela politécnica*, mandadas por M. Manheim, y los *auxiliares de las ametralladoras*, cuyo jefe era M. Pothier, jefe del escuadrón de artillería; en los cuerpos facultativos, *la legión de los voluntarios*, á las órdenes del comandante Flachet, y el *batallón de los mineros auxiliares*, á las de Jacquot, de igual graduación; en infantería y caballería había tantos que citaré sólo los más célebres: *Los amigos de Francia*, que se distinguían por su uniforme color marrón, austero y espiritualmente coqueto; *Los exploradores Frauchetti*, apellidados con el nombre de su comandante, un joven heroico y leal, que sucumbió destrozado por la explosión de un obús al portar una orden, y cuya muerte fué llorada por todos; *Los tiradores parisienses*, capitaneados por M. Lavigne, y *Los tiradores del Sena*, por M. Dumas; *Los exploradores parisienses*, *Los exploradores de la guardia nacional*, *Los*

carabineros parisienses, Los caballeros de la República, y tantos otros, cuya enumeración sería tan lata como las de Homero. Sería harto difícil precisar exactamente la cifra total de estas legiones diferentes; el propio Ministerio de la Guerra no las conocía más que aproximadamente. El conjunto sumaba de quince á diez y ocho mil hombres. Cada uno de estos cuerpos merecerá, á la conclusión del Sitio, su crónica correspondiente, porque varios de ellos se distinguieron por altos hechos de armas; mas el genio exacto y calculista de M. Trochu y el espíritu de rutinaria burocracia de su Estado Mayor impidieron que estas energías se aplicasen allí donde habrían sido más eficaces.

Este análisis evidencia á qué se reducían, en realidad de verdad, aquellos cuatrocientos mil hombres que abrumaban á cada momento al gobernador de París, exigiéndole, costase lo que costase, un zafarrancho. Trochu sabía perfectamente que ellos no valían lo que ochenta mil soldados verdaderos; por eso sufría muy mucho, careciendo de inventiva, actividad, energía y fe ardiente para transformarles debidamente.

El problema del armamento proseguía inquietándonos. La opinión pública había quedado estupefacta ante la superioridad evidenciada en Reichshoffen y en Sedán por la artillería prusiana. En Solferino causaron enormes estragos los cañones rayados, y en Sadowa los fusiles Dreyse; culpábase de todos nuestros desastres á los cañones que se cargan por detrás.—«¿Por qué no tenemos cañones que se carguen por detrás? ¡Necesitamos cañones que se carguen por detrás! Los de los prusianos alcanzan cinco mil metros; fabriquémoslos que lleguen á seis mil...» La

Prensa, y singularmente *Le Temps* y *L'Opinion nationale*, acometió con insólitos bríos esta campaña, insistiendo á diario sobre la urgencia de proveernos de artillería nueva; esta su obstinación se estrelló contra la apatía de los miembros del comité de artillería. No insisto acerca de este punto, porque desconozco casi en absoluto la cuestión. Me limito á referir lo que se decía en público. Había dos pequeños centros, horriblemente celosos de su mutuo progreso: uno, en el Conservatorio de Artes y Oficios, donde la industria civil, dirigida por M. Tresca, no hablaba más que de nuevas máquinas; otro, en Santo Tomás de Aquino, donde el comité de artillería, bajo las órdenes del general Guiod, aseveraba que vivíamos en el mejor de los mundos posibles; que era imposible encontrar un cañón superior al cañón francés, y que, en último caso, no cabía improvisar la fabricación de estos utensilios de guerra; que precisaba ver, reflexionar, comparar, aguardar...

—¡Aguardar! ¡No tenemos tiempo de aguardar!— gritaba M. Tresca exasperado; y toda la Prensa y el público á coro repetían el ruego popular:

Necesitamos cañones que se carguen por detrás.

Pienso que, en punto tan vital, Trochu debió resolverse presto en pro ó en contra. ¡Vaciló, divagó! Era cruel enemistarse con un comité formado por insignes técnicos, procedentes de la Escuela politécnica; él, producto de una revolución, no se atrevía á afrontar tan formidable responsabilidad. Era demasiado militar para no doblegarse, aun á despecho suyo, ante los superiores jerárquicos. Y por otro lado, ¿qué hacer sin cañones?

Allí, como en todas partes, fué el pueblo quien, alentando á los jefes, les forzó á la acción. Por doquier abriéronse suscripciones para regalar un cañón al gobierno. Cada batallón de la guardia nacional, cada cuerpo de ejército aportó su óbolo. Organizáronse en casi todos los teatros representaciones cuyos productos se destinaban al mismo fin. Bautizábase á los cañones con nombres que rememoraban algunas circunstancias de la donación; ofrecíaseles con acompañamiento de tambores y música y arengas oficiales. Atravesaban París, que los saludaba con entusiasmo. Era como una victoria de la opinión pública, porque aquellos cañones se cargaban por detrás y habían sido fabricados por la industria privada. Entre los fundidos primeramente, varios explotaron ó se inutilizaron.

Parece que M. Tresca prescindió de los consejos y del concurso de los jóvenes oficiales de artillería con igual terquedad que el general Guiod rechazaba los servicios de la industria privada. Habría deseado efectuarlo todo por sí solo; empero, hay innúmeros detalles en los que toda la buena voluntad del mundo no reemplaza á la experiencia adquirida. Por fin, siquiera paulatinamente, ambos rivales se pusieron de acuerdo; entonces los excelentes cañones del siete, que se cargaban por detrás, los cañones superiores de la artillería de campaña que podíamos oponer á los prusianos, salieron á centenares de la fábrica Cail, transformada en fundición, y de los talleres de M. Flaud. Uno de aquellos cañones del siete se denomina hoy cañón Reffye, del nombre de su inventor, que ordenó fabricar en París las primeras piezas, bajo la dirección del comandante Pothier.

A la vez que los cañones, se fabricó un sistema de

ametralladoras, inventado por el mencionado coronel Reffye. En aquella época, ningún parisién dejaba de visitar la fundición Cail. Todos presenciábamos las diversas operaciones que exige la fabricación de un cañón, viendo alguno surgir del molde, donde había hervido durante largo tiempo bajo la forma de lava, admirándolos con estupefacción, sobre los torreones que guardan como gigantescos monstruos de bronce y contemplando con curiosidad estas maravillas, tan nuevas para nosotros. No nos sorprendían menos las ametralladoras. Era una verdadera fiesta ser invitado á las experiencias en que se las ensayaba. Nada más estupendo que su siniestro fragor, que hiere el oído con la impresión de una tela de seda rasgada violentamente y de un solo golpe.

A esta artillería improvisada fué menester sumar otra que interesó extraordinariamente á los parisíenses, erigiéndose presto en asunto de leyenda. Me refiero á la que portaba la flotilla del Sena. Esta había llegado de Toulón por el camino de hierro, instalándose en la isla del Cisne, donde la visitó la población en masa. Eran baterías flotantes, cada una de las que tenía dos cañones que alcanzaban 5.500 metros. La dotación era de cuarenta hombres, á las órdenes de un alférez de navío. Mandaba estas flotillas el comandante Thomasset (1), enérgico marino, cuyo nombre se popularizó muy pronto entre nosotros.

Al lado de estas baterías operaba aisladamente el cañonero del alférez Farcy. Este y su cañonero hallábanse en París á causa de uno de tantos errores como se registran casi cotidianamente en la crónica de esta capital. Componíase dicho cañonero de un

(1) Ascendido más tarde á contralmirante.

enorme cañón, montado sobre un afuste de un solo eje, de tan extraordinaria ligereza, que podía, aprovechando las escasas corrientes de agua, emboscarse en los ríos, donde no penetraba ninguna otra batería, y allí explorar en todos sentidos, en todas direcciones, los puntos donde acampaba el núcleo de las fuerzas enemigas. Llevaba á cabo las más osadas aventuras, apenas transcurriendo una semana sin que la Prensa pidiese para su jefe un ascenso ó una recompensa honorífica. Fué, por tanto, como un duelo en París, cuando se supo, en el mes de Enero, que el cañonero Farcy había sido desmontado y colocada su pieza sobre uno de los fuertes para responder al bombardeo iniciado y contrarrestar el fuego de una batería prusiana.

Sería incompleta esta reseña si no mencionase á *Josefina*, *Mari-Juana* y otras piezas de vasto alcance que habían deducido del calendario sus nombres. *Josefina* ha sido muy célebre. Era un cañón enorme, colocado en el bastión de Saint-Ouen, y que alcanzaba, según rumores, más de nueve mil metros. Cuando se oía su ronco tronar, decíase: ¡Oh! ¡oh!, escupe la *Josefina*; ó: Suspira la *Josefina*. Los prusianos disparaban de continuo contra ella, sin nunca lograr apagar su fuego. Banville, el poeta del Sitio, cantó á *Josefina* en lindos versos, recitados en pleno teatro. ¿Por qué á *Josefina* mejor que á *Mari-Juana* y *Cunegunda*? ¡Misterio! La moda adula á quien le place. Los marinos sonreían paternalmente á este entusiasmo. Ellos fueron los niños mimados de París durante el asedio. No hablo de los servicios que prestaron á la defensa; estos servicios son inmensos. Los marinos han dispuesto adornar, según su frase, los fuertes, habilitándolos convenientemente; ellos dieron el ejem-

plo de una disciplina exacta, de un valor indomable, de una viril y alegre energía. Empero, lo que admiró extraordinariamente á los prusianos, fué la exquisita corrección y la profunda cultura de los oficiales de marina, desde el almirante hasta el último alférez; sus modales distinguidos y su nada vulgar lenguaje. ¡Qué contraste con los soldadotes del ejército de tierra! ¡Si hubieran sido así todas nuestras tropas! Recuerdo el éxito logrado por estas huestes selectas cuando desfilaron por vez primera en París. Nos hallábamos impresionados todavía por el lamentable espectáculo de los cazadores diezmados y de los indisciplinados movilizados. Cuando vimos á estas marciales compañías, de aire tan gallardo y aspecto tan pintoresco, con sus sombreros de cuero y bordes vueltos y el cuello de sus camisas recogido sobre sus blusas, gritamos entusiásticamente: ¡Estos son hombres! ¡Estos son verdaderos hombres! ¡Su fisonomía inspiraba tanta tranquilidad!, ¡respiraba tanta confianza! ¡Ah, si todo nuestro ejército se les hubiese asemejado!

Muy por el contrario, distaba enormemente de este modelo, según se desprende de los detalles que hemos expuesto en orden á cada uno de los elementos que lo integraban. ¡No importa! ¡Es preciso tener fe y llegar hasta el fin!: he aquí la frase que circulaba de boca en boca. Todos los corazones embriagáronse de esperanza y júbilo, cuando, en la mañana del 29 de Noviembre, se leyó sobre las murallas de París una proclama del general Ducrot, que nos anunciaba haber sonado la hora de romper el círculo de hierro que nos oprimía... Los primeros pasos, decía el mencionado general, serán difíciles; precisaremos realizar un esfuerzo vigoroso, pero no superior á nuestras energías. Más de 400 cañones, en sus dos

terceras partes del más grueso calibre, secundarán al ejército, formado por más de 150.000 hombres, bien armados, equipados y provistos de abundantes municiones.—«¡Yo—concluía Ducrot—, no regresaré á París más que muerto ó victorioso; podréis verme sucumbir, pero no retroceder. Entonces no os detengáis, y vengadme!»

Todo París se agitó, santamente emocionado, ante arenga tan noble y patriótica. ¡Cuán sinceramente deseamos la más óptima de las suertes á aquellos valientes que marchaban, plenos de gozo y con la mochila á la espalda, á comprar con su vida el triunfo y la redención! Los que fuimos testigos de aquellos días de fiebre, nunca los olvidaremos. La población entera agolpábase en las calles, en los paseos, en todos los sitios por donde podían recibirse, con los heridos, noticias de la batalla; una muchedumbre enorme acudía á la alcaldía de la calle Dro-not, erigida en centro general de información. No figura en mi plan—lo he repetido insistentemente—narrar las operaciones de la guerra; además que ignorar este orden de sucesos, sería difícilísimo rendir culto á la verdad á través de los relatos de los testigos oculares, cada uno de los que ha visto casi siempre lo contrario que su vecino.

Empeñóse la acción en la mañana del 29. Las huestes del general Vinoy atacaron, al Sur de París, las dos posiciones de la estación de los Bueyes y de Hay, apoderándose resueltamente de ellas. Se ordenó á la división que ocupaba Hay, que se replegara; entonces los prusianos se lanzaron contra la aldea, siendo al punto acerbillados por todas partes por las baterías de Matas-Altas. Los enemigos sufrieron en esta escaramuza numerosas bajas, siendo forzados á huir.

Estas primeras noticias, recibidas de hora en hora y fragmentariamente, colmaron de júbilo á los parisienses.

En estos momentos, un diario de la tarde publicó en un *entrefilet*, que la contienda tan brillantemente iniciada por la mañana, había concluido de una manera infausta. Todos lanzamos un grito de dolor y de rabia. ¿De dónde procedía una noticia tan grave? Y si era exacta, ¿por qué no se insertaba con la oportuna amplitud? No era cierta más que en parte. El general Ducrot, encargado del principal papel en el conjunto de las operaciones, no pudo desempeñarlo. No había llegado á tiempo, por no haber podido atravesar el Marga, á causa de ser engrosados los cauces de éste por una fuerte crecida. Era un retraso enfadoso, porque el ataque de Vinoy no figuraba en el plan general más que como un entretenimiento, y el éxito obtenido en Hay de nada serviría si el ejército de Ducrot no se hallaba dispuesto prontamente.

Los soldados de Ducrot vadearon el miércoles 30 el río, y habiendo sido atacados por los prusianos, que se habían parapetado en estratégicas alturas, se apoderaron palmo á palmo de las posiciones ocupadas por el enemigo, pernoctando, merced al auxilio de las tropas de refuerzo mandadas por el general Exea, en el fuerte de Villiers. En su retirada, los prusianos nos abandonaron dos cañones, sus heridos y sus muertos. Por primera vez, en tan desventurado Sitio, llegaba á nosotros la buena nueva de un *éxito*; hablo de un éxito importante, real. La alegría fué inmensa en París. Ensalzábase hasta las nubes al general Ducrot, que se había batido como un león, desplegando la sangre fría y el cálculo exacto que deben caracterizar á un experto general. Al propio tiempo

reparábase la fama de Trochu, á quien, todos convenían, se había juzgado mal. «¡Trochu—voceaban los periodistas arrepentidos—, ha sido quien sacó de la nada ese ejército que ha conseguido el triunfo de hoy!» ¡La victoria!: ¡cuán armoniosamente sonaba á los oídos franceses este vocablo, que no habíamos escuchado durante tanto tiempo!

Mientras que se llevaba á feliz término la acción principal, realizáronse á derecha é izquierda en todo el perímetro del Este, y con suerte diversa, otras operaciones secundarias. Así, en la derecha, la división Susbielle, que había conquistado en un principio el fuerte de Montmesly, no pudo sostenerse contra fuerzas superiores y se retiró por la izquierda; luego batióse en Drancy, sin gran resultado.

Empero, ¡qué importaba esto! En el centro éramos los amos; nos manteníamos en las posiciones conquistadas, sobre los flancos del enemigo.

¡Qué noche de triunfo! Recuerdo que la pasé en *Moulin de la Galette*, un reducido observatorio, instalado sobre la terraza Montmartre, donde M. Bazin, célebre inventor de los aparatos eléctricos submarinos, iluminaba con su proyector intensísimo la inmensa planicie de Gennevilliers, desde Mont-Valérien hasta el fuerte de Briche. Hallábase establecido en este punto, desde los inicios del Sitio, un puesto de guardias nacionales, donde acababa yo de ser agregado. ¡Cuántas dulces horas pasé contemplando desde aquellas alturas el amplio panorama que se extendía ante nosotros!: ¡París á nuestros pies, y en lontananza, hasta perderse de vista, aquella vasta fila de alturas, ocupadas por los prusianos, y que el fuerte Valérien parecía desafiar con su sombría mole! Al atardecer era un espectáculo mágico, que París entero acudía á

presenciar. M. Bazin proyectaba á gran distancia, sobre la campiña, un potente rayo de luz eléctrica. Este rayo, cruzando por cima de la capital, sumida en una penumbra apaisada, salpicada por múltiples luces, blanqueaba las techumbres de los edificios, y enfocando algunos árboles lejanos, destacábalos de la noche con extrañas formas; habríase soñado en una ilustración de *La corza en el bosque*. Próximamente á la una de la madrugada, una estafeta corrió á comunicarnos que los prusianos intentaban, por el puente de Bezons, un ataque nocturno contra Gennevilliers, dándose orden de iluminar con el proyector los alrededores. ¡Con qué infantil gozo dirigimos la luz hacia el punto indicado! «¡Allí están! ¡En el mismísimo ojo!», exclamábamos, repitiendo un modismo muy de moda por aquel entonces en París. Ruego al lector me perdone estos recuerdos tan personales; empero, en mis largas estancias en dicho puesto, concebí este libro; allí también tropecé un editor que me comprometió á escribirlo; la exactitud del relato de estas impresiones del Sitio débese á que he podido someterlas á la crítica de los parisienses, mis camaradas en *Moulín de la Galette*.

La jornada del 1.º de Diciembre se empleó íntegra en relevar á los heridos y fortificarse en las posiciones que acabábamos de conquistar. Todos esperábamos un ataque ofensivo de los prusianos, pensando que, por fin, algún recuerdo glorioso borraría de nuestra memoria la bochornosa fecha del 2 de Diciembre. En efecto, el día 2, los prusianos retornaron con fuerzas enormes y con una artillería formidable. Atacaron con furia, forzando á replegarse á nuestras tropas que, repuestas al punto de su primer asombro, y á las órdenes del general Ducrot, rechazaron defini-

tivamente, tras de un combate de siete horas, el esfuerzo del enemigo, manteniéndose en sus posiciones.

Fué una victoria más extraordinaria de lo que creímos en los primeros momentos. En efecto, cuando más tarde leímos en la Prensa alemana el relato de esta batalla, supimos con extrañeza que su descalabro había sido más grave que el de Gravelotte, casi tan formidable como el de Metz. Calculaban sus pérdidas en quince mil hombres. Habían sido barridos por las ametralladoras, que destruían compañías enteras. Nuestra nueva artillería había demostrado una superioridad que nos auguraba un brillante porvenir. No se iluminó á París, porque escaseaba el gas para gastarlo tontamente; porque todos éramos más prudentes y no olvidábamos las tristes lecciones recibidas. Mas el júbilo no fué por eso menos profundo é intenso:—¡Ah, es el comienzo del fin!

Nuestras tropas se encaminaban hacia el Este, y fuera porque se quisiera avanzar más de lo conveniente en este sentido, ó porque se hiciese recaer sobre el camino de Orleans y la posición de Choisy todo el esfuerzo ulterior del ejército francés, la redención distaba todavía bastante. Así, pues, nos hubimos de sorprender desagradablemente cuando el lunes, 4 de Diciembre, conocimos una proclama del general Ducrot, en que se decía á los soldados que su caudillo les había ordenado que vadeasen de nuevo el Marga para no empeñarles en una guerra asesina é inútil; pero que el descanso sería breve, debiendo prepararse á nuevas empresas. Aunque procuraba disfrazar esta retirada con aduladoras alabanzas al valor de sus soldados, nadie dejó de comprender que ello era sólo una retirada. Abandonóse, por tanto, de buen grado, las posiciones conquistadas; mas entonces,

¿por qué adquirirlas á costa de tanta sangre? Habíamos vencido; pero ¿esta victoria estéril no nos procuraba más ventajas que una derrota? ¿Había reconocido Trochu su impotencia para romper las líneas enemigas? ¿Sabía, por confidencias secretas, que Aurelio de Paladines, con cuyo refuerzo contaba, había retrocedido, y temía, una vez abierta la brecha, precipitarse en el vacío? He aquí lo que se preguntaba el público y á lo que nadie sabía responder.

Este retroceso imprevisto no impresionó, por tanto, á la opinión tan desastrosamente como cabía suponer. Estábamos envanecidos de haber hecho frente á los veteranos de Prusia, pasando y repasando, á su vista, un caudaloso río, sin que osasen estorbar nuestras evoluciones. Pensábamos que la partida era nuestra. El viento continuaba soplando del lado de la risueña esperanza. Por la alborozada capital circulaban los rumores más favorables y extraños. Murmurábase que toda la flota prusiana había sido copada de un solo intento en el puerto de Jahde; desviadas del resto de la escuadra dos fragatas francesas, y burlando la vigilancia de los torpederos que defendían la entrada, volaron éstos, penetrando en seguida sin peligro nuestra flota en el puerto y sorprendiendo al pájaro en su nido. En vano los técnicos se esforzaban por evidenciar la inverosimilitud de este novelesco relato; la noticia sedujo la fantasía de las masas, tan prontas á nutrirse de quimeras.

Añádase que recibimos copiosamente datos y cartas. Un misterioso mensajero conocido bajo el remoquete de *el hombre de Amiens*, y que había atravesado anteriormente dos veces las filas prusianas, nos trajo varios millares de cartas; los despachos, públicos y privados, llegaban á nosotros por medio del correo

aéreo; los periódicos alemanes é ingleses, unos cogidos á los prisioneros y otros venidos á nuestro poder por secretos conductos, habían reanudado nuestras comunicaciones con el resto del mundo. Todas las noticias eran en extremo consoladoras; nos representaban á las provincias sobre las armas; á Francia entera, de uno á otro confin, poseída del mismo entusiasmo. Fácilmente olvidábamos ciertos incidentes desagradables; por ejemplo, algunas plazas que franqueaban sus puertas, algunas localidades saqueadas con mayor ó menor saña. Lo importante para nosotros era pelear. «¡Iremos á todas partes y por todas partes!», había dicho uno de los jefes del Estado Mayor del rey Guillermo, y ¡en todas partes y por todas partes se combatía al enemigo! ¡Por doquier caían muertos los prusianos, muchos prusianos! ¡Ah, sí, concluíamos por matar á todos!

Entre tantas buenas nuevas, una nos impresionó más gratamente que todas las restantes: ¡Rusia había denunciado, por la vía diplomática, el tratado de 1856! Esta denuncia afectaba, muy sensiblemente, á los ingleses: porque, en realidad de verdad, en nuestro actual estado apenas debía preocuparnos la cuestión de Oriente. Mas, para Inglaterra, ello implicaba un peligro en orden á su imperio en la India, además de mermar, ó tal vez destruir, su influjo en el mundo. Saboreamos, pues, el placer de la venganza. Difícilmente se imaginará el odio que profesábamos á nuestros antiguos aliados de Alma y Sebastopol. No obedecía exclusivamente á que nos hubiesen abandonado en esta crisis: después de todo, ninguna ley les obligaba á socorrernos. Empero, habíanos exasperado el sistemático insultar de su Prensa, su altanera ironía, su fría y burlona conmiseración. Aborrecía-

mosles cordialmente: estoy convencido de que esta impresión perdurará mucho tiempo en nuestros espíritus. Ignoro lo que nos reserva el porvenir: mas, si el azar nos coloca alguna vez en situación de jugar á los ingleses una mala partida, nuestros hombres de Estado habrán menester mucha sangre fría y gran autoridad sobre la nación para impedir que nos lancemos ciegamente contra quienes nos impulsa la pasión.

Sólo un hombre se propuso que olvidáramos las arteras mañas de sus compatriotas, rehabilitando entre nosotros el nombre inglés: he mencionado á Sir Ricardo Wallace, heredero del marqués de Hertford. No satisfecho compartiendo con nosotros el hastío de tan prolongado asedio, prodigó, en caritativas fundaciones, en socorros de toda especie, su inmensa fortuna. Era un cumplido caballero, cuyos nobles ademanes y generoso lenguaje cautivaron á cuantos le tratamos. El pueblo parisién, por iniciativa propia, acordó que la *calle de Berlín* se denominase en lo sucesivo de *Sir Ricardo Wallace*, significando de esta suerte al insigne filántropo su más viva gratitud.

Para salvar á Israel, precisábanse por lo menos tres justos. Ricardo Wallace no podía borrar, por sí solo, el acre resentimiento suscitado por un pueblo entero. Así, todos los franceses encantáronse apercibiendo la nube que se cernía sobre la cabeza de nuestros excelentes vecinos. Vislumbrábase en lontananza la guerra, frotándose de placer por ello las manos.

¡Será una hecatombe general! ¡He aquí á toda la Europa en guerra! ¡Magnífico! Se nos ha dejado para que nos estrelláramos: se han burlado de nosotros: se nos ha respondido como único consuelo á nuestros infortunios un desdeñoso: ¡Está bien! Pues á nuestra vez, replicamos: ¡Está bien!

De tal suerte hallábase dispuesto nuestro espíritu, cuando el general Trochu recibió la carta siguiente, expedida desde las avanzadas prusianas:

«Versalles, 5 de Diciembre de 1870.

»Quizá convenga á Su Excelencia saber que el ejército del Loira ha sido derrotado ayer cerca de Orleans, cuya localidad ha caído en poder de las tropas alemanas. Si Su Excelencia desconfiara de este aviso, juzgando oportuno informarse por uno de sus oficiales, le facilitaré un salvoconducto para ir y venir.

»Recibid, mi general, el testimonio de la consideración más distinguida de vuestro humilde y obediente servidor,

El Jefe del Estado Mayor,

CONDE DE MOLTKE.

He aquí la respuesta de M. Trochu, que, por una vez en su vida, demostró ingenio:

«París, 6 de Diciembre de 1870.

»Su Excelencia ha creído conveniente comunicarme que el ejército del Loira ha sido derrotado cerca de Orleans, y que los soldados alemanes han reconquistado esta plaza. Me complazco en acusaros recibo de vuestra notificación que, en mi sentir, no debo comprobar por los medios que Su Excelencia me indica.

»Recibid», etc.

El gobernador de París,

GENERAL TROCHU.

Ignoro el efecto que en otros tiempos habría causado á los parisienses la nueva de este desastre; empero, resueltos á esperar, nada era capaz de alterar la serenidad de nuestra confianza. Todo lo reputamos en nuestro favor, teniendo el raro privilegio de no ver las cosas más que bajo el aspecto en que favorecen á nuestros deseos.

—¡Bien! — nos decíamos unos á otros en los paseos.—Y ¿qué prueba esto? Fijense en que M. de Moltke dice *derrotado*, y no *destruido*. ¡Oh! Si hubiese sido destruido ó disperso, ya lo habríamos sabido. Empero, no; él habla sólo de una *derrota*. Es probable que hayamos de lamentar algunas pérdidas, quizá éstas sean verdaderamente graves. El ejército del Loira está muy cerca de nosotros. Nos tiende la mano. Avanza bajo las órdenes de un caudillo insigne...

Aurelio de Paladines era todavía un caudillo insigne, como lo son, entre nosotros, todos los que mima el público, hasta el día en que sufren un descalabro.

Otra circunstancia contribuyó á tranquilizarnos más y más. Dos días después de recibir la carta de M. de Moltke, llegaron á nosotros dos palomas mensajeras que, según costumbre, portaban despachos. Estas aves eran harto conocidas por haber partido con el aerostato *Daguerre*, que, según noticias, había caído en Ferrières en poder del enemigo. Advirtiéndose que los despachos, atados de idéntica forma, no lo estaban conforme la costumbre adoptada hasta allí por la administración francesa. Fueron abiertos, y he aquí su contenido:

«Al gobernador de París.

»Rouen ocupado por los prusianos que avanzan sobre Cherbourg. Aclámalos población rural. Orleans

reconquistado por estos demonios. Bourges y Tours amenazados. Ejército del Loira completamente derrotado. Resistencia no ofrece mejorar situación.—*(Rubricado.)* A. LAVERTUJON.»

Lo más bufo era que M. Lavertujon, á quien se atribuía la remisión de este despacho desde Rouen, habitaba en París, desempeñando el cargo de secretario del gobierno. El otro despacho era todavía más ridículo. Reducíase á una de esas estupideces germánicas que tan burdamente regocijan á aquellos insaciables bebedores de cerveza. Los alemanes habían apresado nuestras palomas mensajeras, y pensaban, sin duda, que éramos bastante idiotas para caer en el ceпо. París entero lanzó una sonora carcajada.

—Adviértase bien—se decía—; han organizado un sistema de mentiras. Tras de la carta de M. de Moltke, los falsos telegramas de algún oficial de su Estado Mayor. No debemos creer ni una sola palabra de cuanto esas gentes nos anuncian. Todo marcha bien...

No obstante, era en gran parte cierta la comunicación oficial dirigida por el jefe del Estado Mayor prusiano. Presto nos lo confirmaron así despachos expedidos en Tours y fechados en 5 y 11 de Diciembre. Los enemigos habían reconquistado Orleans, fraccionando en dos el ejército de Aurelio de Paladines, que defendía la plaza.

—¡Fraccionado en dos! —replicaban los incorregibles parisienses.—¡Han hecho de uno dos ejércitos! ¡Mejor que mejor!

—Razonando de esta suerte—escribía espiritualmente en *Les Debats* M. Luis Ratisbonne—, si se dividía un francés en cuatro pedazos, tendríase cuatro soldados.

¡Extraño fenómeno! A diario circulaban los rumo-

res más favorables sobre las operaciones realizadas en torno de París, que la credulidad pública acogía con entusiasmo, á despecho del mutismo guardado por el Estado Mayor, ó quizá á causa de este mismo silencio.

—¿Sabéis la última noticia? Se dice que, avanzando á la sordina, entraron en Bolonia diez mil prusianos, ni uno menos, y que los nuestros les han sorprendido y derrotado completamente.

—¿Completamente?

—Lo sé por un oficial que se encontraba allí.

¡Ah, cuánto se ha abusado, durante el Sitio, *del oficial que se encontraba allí!* Otro día habíase percibido claramente, en el silencio de la noche, aplicando el oído en tierra, el ronco estampido de un cañonazo que explotaba, á lo lejos, por detrás de las filas prusianas. Era indudable que procedía del ejército de refuerzo, y que llegaba ora por el Sur, con dirección á Hay, ó ya amenazaba á Versalles. Días de esperanza y de alegría, ¿dónde estáis ahora?

Tan firme era la confianza en el corazón de los parisienses, que no pudo desvanecerla el fracaso de un nuevo ataque, que el gobernador de París intentó en aquella fecha—21 de Diciembre—para franquear las líneas prusianas. Esta vez dirigióse el golpe contra Bourget... ¡Y pensar que, á la hora de ahora, aún ignoramos si este pueblo merecía la pena de ser rescatado! Cuando lo perdimos primeramente, se nos dijo en tono despreciativo:

—¡Bourget! No lo necesitamos. Es una posición que para nada nos sirve. Bien que nos opongamos á que los prusianos se establezcan en ella, mas ¿para qué establecernos nosotros?

No obstante, los enemigos se habían instalado en

Bourget, fortificándolo admirablemente, y lo que es más sensible, á nuestra costa.

Importantes escaramuzas precedieron y constituyeron, según preceptúa el arte de la guerra, el ataque del 21. A la derecha, el general Vinoy ocupó *Neuilly* sobre el Marga, *Ville-Evrard*, donde sucumbió el general Blaise, y *Maison-Blanche*. Maniobrando en sentido inverso, en *Mont-Valérien*, el general Noel llevaba á cabo, al mismo tiempo, una vigorosa demostración sobre *Montretaut*, *Buzenval* y *Longboyau*, mientras que Faure, capitán de ingenieros, se apoderaba de la isla de *Chiard*. Empero, éstas no eran más que operaciones accesorias. Nuestros esfuerzos iban ahora contra Bourget. Incurrióse en el error de lanzar contra las barricadas y los almenados muros á los soldados que marcharon, á pecho descubierto, hacia un enemigo invisible. Nuestros marinos aprestáronse al asalto, como si se hubiera tratado de un abordaje, con el hacha en la mano. Nada pudo resistir el ímpetu del primer avance: luego de escalar la parte Septentrional del villorrio, resistiéronse durante largo tiempo, bajo una lluvia de proyectiles, apoderándose de las casas, una por una. Empero, fué preciso ceder ante una artillería superior y retirarse. Repetíase de nuevo el caso epopéyico de Bayardo, obstinado en combatir, espada en mano, á un enemigo provisto de un arcabuz, que le disparaba á ciento cincuenta pasos. ¡Heroísmo caballeresco y absurdo!

Había, pues, fracasado el intento. M. Trochu lo reconoció sencillamente, y no sin cierta dignidad, en su relación oficial. Mas este desastre no acobardó los ánimos tanto como era de temer. Equilibráronlo en nuestros espíritus las noticias insertas en la Prensa alemana acerca de los muertos y heridos en Bour-

get. Todos los periódicos abominaban unánimemente de aquella guerra interminable, testimoniando cierta inquietud no exenta de ira; contando á sus lectores el inesperado levantamiento de la Francia entera, colmaban á Gambetta de injurias que le aumentaban nuestra estimación, causándonos indecible placer. En ellos leímos una alocución del rey Guillermo, quien, dirigiéndose á sus soldados, reconocía los esfuerzos extraordinarios de París y Francia, pareciendo desprenderse de ciertas alusiones indirectas, que les animaba á afrontar valientemente los reveses que consideraba como posibles.

También tiemblan, pensábamos, esos insolentes vencedores; nosotros estamos mal, pero ¿ellos se encuentran á gusto? Lo importante no es combatir, sino que prosigamos luchando. Es una guerra de exterminio; no debemos cejar hasta aniquilar á los enemigos. Son novecientos mil; nosotros cuatro ó cinco millones; concluiremos por destruirlos. Cada victoria merma sus energías.

De esta suerte, nos embaucábamos con vanas quimeras. Así deducíamos del inagotable caudal de esperanza con que la naturaleza ha enriquecido el corazón de los franceses, refuerzos con que afrontar las privaciones, los desastres, las malas noticias y defendernos del rigor de los elementos desencadenados contra nosotros. El día del ataque de Bourget, una densa niebla, formada súbito, contrarió nuestras operaciones, haciendo infructuoso el fuego de nuestros soldados. Inmediatamente habíase dejado sentir un frío terrible, uno de esos fríos secos y penetrantes que abrasan las manos, los pies y el rostro; que hielan, bajo su capote, al soldado, hasta la medula de los huesos. Hacía veinte años que no se conocía un

invierno tan crudo. Todas las noches el termómetro señalaba doce grados bajo cero, en el interior de París. ¿Cuál sería la temperatura á campo raso? El Sena arrastraba enormes témpanos; endurecióse el suelo, imposibilitando toda labor de atrincheramiento. La piqueta rebotaba sobre la tierra, como habría ocurrido contra la roca.

Registráronse por centenares los soldados helados en sus garitas de las avanzadas. Los infelices no se hallaban abrigados suficientemente para soportar una temperatura tan hiperbórea. Entre tanto que los prusianos frotábanse con grasas, y envueltos en fuertes pieles de carnero se guarecían en agujeros convenientemente dispuestos, durmiendo al abrigo del frío, nuestros soldados, á medio vestir, tiritaban bajo el viento del Norte, que hería traidoramente sus pechos. Movía á piedad verles. Cubríanse la cabeza con pañuelos; liábanse en varias vueltas en torno del cuerpo los cobertores de sus lechos, envolviendo las piernas con cuantas telas hallaban á su alcance; con este aspecto indefinible, espantoso, no teniendo traza de soldados, prestaban sus servicios. La intendencia eligió precisamente tales días de fatiga para cercenar el *plus ordinario* y disminuir la ración de vino. Al cansancio y la enfermedad se agregó el descontento. Aquel ejército nunca se había distinguido por su disciplina; respetaba sólo, á medias, á sus jefes, elegidos por él, sin jamás sentir sobre sí la firme mano del comandante. Tantos sufrimientos acabaron de minar su moralidad, ya harto quebrantada. Quienes de nosotros, como guardias nacionales movilizados, ó como adscritos á las avanzadas, tenían ocasión de departir con nuestros cazadores ó nuestros movilizados, tornaban espantados y afligidos de su desaliento.

Muchos habían enfermado; la pulmonía, la viruela y las afecciones oftálmicas causaban entre ellos grandes estragos. Empero la enfermedad más irremediable que todos, sin excepción, sufrían, era el hastio. Aquellos movilizados, arrebatados de repente á sus trabajos, y que pensaban no ausentarse de sus pueblos más que, á lo sumo, por quince días, comenzaban á sentir la nostalgia de sus casas, sus campos y sus familias. Amaban á los parisienses, en cuya defensa habían corrido, y de quienes no recibían ninguna noticia, pensando que, sin duda, el enemigo, en aquel momento, saqueaba sus aldeas, y no estaban allí para proteger á su madre y su novia, vertiendo, en cambio, su sangre por una ciudad que no les interesaba. En vano decíaseles que esta ciudad implicaba la salvación de Francia. La idea abstracta de la Patria, circunscrita á los muros de una ciudad, les afectaba menos sensiblemente que la pena del país perdido y los sufrimientos experimentados por nosotros bajo nuestras murallas. ¿Cuándo se acabará todo esto?, suspiraban, soplando sus dedos ateridos por el frío. Los oficiales, á quienes competía inculcarles la congruente moralidad, extremaban todavía más su disgusto. Eran, en su mayoría, esforzados jóvenes, resueltos á cumplir su deber en un día de acción; pero desconfiaban del éxito definitivo. No les guiaba la intensa antorcha de la fe, cuyo calor es tan comunicativo. Su corazón, pleno de amargura, desbordábase en desalentadores coloquios, en recriminaciones y en quejas, disolventes ordinarios de toda disciplina. Añádase que el Estado Mayor, por negligencia ó por impericia, no había sabido repartir equitativamente entre los diversos Cuerpos, sujetos á sus órdenes, los riesgos y los trabajos del Sitio. Algún

regimiento no había salido del cuartel, ni siquiera prestado servicio en las trincheras. Otro, en cambio, permanecía constantemente en las avanzadas. Aquél aburríase de su inercia; éste murmuraba viéndose de tal suerte sacrificado.

Acaece en casi todos los Sitios, que los jefes del ejército y los soldados sostienen y alientan á la población civil. Aquí ocurrió todo lo contrario. Los generales mandaban contra su voluntad; los soldados no habrían recibido orden más grata que la de concluir de una vez. Empero, los hombres civiles, animados por una fe inquebrantable y una esperanza inmortal, imponían á todos, con su enérgica actitud, la necesidad de combatir. No se arguya que obraban así porque sus personas no debían temer ningún peligro. Además de que lucharon valientemente en la toma de Bourget, luego veremos, en el mes de Enero, cuando avanzaron contra Montretout, que no retrocedían ante las balas, desplegando sobre el campo de batalla la firmeza de un ejército avezado á la pelea. No; la población civil había resuelto no rendir París, porque así lo exigía su honor, y, sobre todo, precisa decirlo, porque adoraba á su capital; la adoraba con ese amor profundo, tierno, infinito, ardiendo en santa ira su corazón ante la sola idea de verla hollada y profanada por los bárbaros extranjeros. Cada quincena, la *Revue des Deux Mondes* expresaba elocuentemente, por la pluma de M. Vitet, los dolores y los odios de la población parisina; aquellas cartas, inspiradas en el patriotismo más fogoso é impulsivo y reproducidas por todos los periódicos, emocionaban profundamente al público.

Tal era nuestra situación al finalizar Diciembre. ¡Cuán tristes fueron aquellos días, de ordinario con-

sagrados á la alegría! Muy cierto que hubimos un leve consuelo de venganza satisfecha, pensando que los alemanes, forzados á permanecer al pie de los muros de París, tampoco celebrarían en familia su *Noël*, y que el tradicional árbol de la *Christmas* no vería en su torno más que rostros melancólicos y ojos preñados de lágrimas. Mas, ¡cuán diferente fué, para nosotros mismos, aquella Navidad de otras noches de estruendosas francachelas que en años anteriores alborotaban alegremente á París en tan conmovedor aniversario! La mayor parte de los templos habían cerrado sus puertas; por las calles, alumbradas con petróleo y sumidas en densa penumbra, sonaban de tarde en tarde los pasos de algún transeunte trasnochador. En el centro ordinario de las diversiones parisienses, del *boulevard* de los Italianos al *boulevard* Montmartre, y en los barrios populosos, como Montmartre, Ménilmontant y Belleville, permanecían abiertos algunos, muy pocos, *restaurants*. En los últimos bebíase vino blanco. Allá habíase acudido, por *dilettantismo*, á cenar *menús* extravagantes y raros. Junto á las chuletas de lobo, figuraban la trompa de elefante asada y el kanguro en pepitoria, rociando todos los platos con el clásico *champagne*. Era preciso hacerse cosquillas para excitar la risa. Nadie se hallaba propicio á divertirse. ¡Con qué melancólica amargura se recordaba la centelleante fisonomía de París, de nuestro París, en los días que preceden al Año Nuevo! ¡Qué animación en nuestros paseos y en nuestras calles! ¡Cuán alegremente rodaban sobre el empedrado millares de carruajes! ¡Qué profusión de luces en los escaparates de los grandes almacenes preparados para estas fiestas! No se tropezaba más que á personas que corrían, muy afanosas, con los

bolsillos de sus abrigos repletos de paquetes, con muñecas bajo del brazo, ó llevando en las manos cajas de bombones. Y ¡aquella larga, interminable fila de barracas que imprimía á nuestros paseos un carácter tan encantador de júbilo popular, ¡ay!, cuánto distábamos de todo esto! ¡Un cielo gris, preñado de nieve, pesando abrumadoramente sobre una capital plena de tristeza!: tiendas á medio cerrar y casi á oscuras; en los umbrales, sus dueños, interrogando con tedio al horizonte; algunos, muy contados, ómnibus que recorrian, casi vacíos, su trayecto reglamentario; escasos carruajes hacían *su punto* en el desierto malecón. Únicamente el 31 de Diciembre, varios barrios privilegiados parecieron querer sacudir este desaliento; la muchedumbre se agolpó delante de dos ó tres confiterías de renombre; en ellas expendiase, según costumbre, *marrons glacés*. ¡Los *marrons* del año anterior!, porque el presente invierno no nos habían visitado esos honrados auverneses que, en las esquinas de nuestras calles y al aire libre, elaboran en sus sartenes los *marrons* entreabiertos y dorados.

¡Y la mañana del 1.º de Enero! ¡No; nunca se borrará de mi memoria la primera mañana de 1871; cuando la criada me sirvió el almuerzo y en aquel preciso instante en que, según costumbre, reunida toda la familia, se colmaba de felicitaciones y besos, viéndome completamente solo al lado de la chimenea, frente á un trozo de caballo, que humeaba en el plato, me sentí desfallecer y no pude reprimir el llanto! ¡Ah!, ¡cuántas personas lloraron también en aquella hora cruel! Pensad que todos ó casi todos nos habíamos separado de nuestras mujeres, de nuestras esposas, de nuestros hijos, y que, desde hacía tres meses, no teníamos noticia de estos seres queridos. En tiem-

po ordinario, era fácil consolarse de esta soledad; los negocios, las conversaciones, las centinelas, el habitual movimiento de la vida, y, singularmente, esa apática filosofía que constituye la esencia de nuestro carácter nacional, todo contribuía á borrar de nuestro recuerdo tan adorables imágenes; los rumores del Exterior nos evitaban pensar en los pedazos de nuestra alma. La solemnidad del día les tornaba á nuestra memoria, presentándoles ante nosotros, suplicantes los brazos y las miradas tristes, pareciendo decirnos: ¡Llévanos contigo! ¡Esta guerra maldita durará todavía largo tiempo!... No; imposible acordarse de esto sin que el corazón se subleve de ira. ¡Miserables!, ¡hijos de *hunos*!, ¡bárbaros!, nos habéis robado todo; os debemos la ruina, el hambre; ahora queréis bombardearnos; os odiamos cordialmente. Y, sin embargo, quizá algún día os perdonemos todas estas miserias, vuestras rapiñas, vuestros crímenes, el saqueo de nuestras poblaciones, vuestras infames traiciones, vuestras groseras burlas. ¡La raza francesa es de tan infantil bondad y de un humor tan voluble, que acaso olvide alguna vez estos justos motivos de aborrecimiento! ¡Mas siempre permanecerá presente en nuestro recuerdo aquel Año Nuevo, transcurrido sin familia y sin noticias; aquel día desolado en que nos faltó el beso de la esposa y el sonreír del hijito de rubios cabellos!...

Nuestras penas abocaban ya á su término. Presto iniciárase una nueva fase del Sitio, la más terrible. Tuvimos conocimiento de ello por una de aquellas versiones militares, cuyo estilo conciso tanto nos desesperaba.

«27 de Diciembre (mañana).

»El enemigo ha descubierto esta mañana las baterías de sitio contra los fuertes del Este, de Noisy en Nogent, y contra el Norte del terraplén de Avron. Todas ellas se hallan formadas por piezas de grande alcance.

»En este momento—las once—sostiénese un fuego nutridísimo contra los puntos indicados, y como este cañoneo pudiera ser el preludio del bombardeo general de nuestros fuertes, hemos adoptado todo género de disposiciones para rechazar los ataques y proteger á los defensores.

»Esta noche se han oído, desde *Mont-Valérien*, dos fuertes detonaciones, que invitan á pensar en que el enemigo haya hecho saltar el puente de la vía férrea de Rouen. De día comprobaremos lo acaecido.—Durante la mañana, el enemigo ha destruido la estación de *Bœufs, de Choisy le Roi*.

»Todos estos hechos parecen demostrar que el enemigo, fatigado por una resistencia de más de cien días, se dispone á emplear contra nosotros todos los medios de ataque á larga distancia que ha acumulado durante ese tiempo.»

¡Comenzaba, pues, el bombardeo! ¡Era menester continuar esperando!—Sufriríamos todos los horrores de un asedio.—Miramos, sin palidecer, tan formidable eventualidad, y elevando al cielo nuestros corazones, nos fortificamos para soportar dignamente esta nueva prueba.

CAPÍTULO IX

**Estado moral de París durante Diciembre.—
La vida en las avanzadas.—Las ambulancias.**

Detengámonos brevemente aquí. Hemos llegado al último período del Sitio. A partir del día en que se rompa el fuego del bombardeo contra la llanura de Avron, seremos impelidos y arrollados con tanta violencia por el torrente de los hechos, que apenas si podremos hilvanar estos estudios pintorescos y morales, que constituyen el primer objeto final de este libro.

El mes de Diciembre fué terriblemente cruel. Las privaciones aumentaban á medida que disminuían nuestras provisiones. Muy cierto que la falta de pan no inspiraba todavía serias inquietudes, aunque en orden á este punto, habían circulado ya rumores alarmantes en Montmartre y en los barrios vecinos. Habiendo rechazado agriamente varios panaderos al populacho, éste se extendió por el resto de la capital, apoderándose de todo el pan cocido que halló á mano, de suerte que, á las tres de la tarde, fué imposible encontrar ni un panecillo del Norte al Sur y del Este al Oeste de París. El gobierno, algo sobrecogido por este incidente que no debía repetirse, declaró solemnemente que disponía de trigo abundante, y que sucediera lo que sucediese, nunca se racionaría el pan.

Fué una imprudencia, conforme lo demostraron sucesivos acontecimientos; en efecto, se llegó á tal extremo, y mejor habria sido adoptar, desde el primer día, este sistema de raciones, que hubiese prolongado un mes nuestra resistencia. Nunca se sabrá cuánta harina se despilfarró. Nutriase con ella á los caballos, porque costaba menos que el heno y la avena. Utilizábase para elaborar galletas que, en previsión del hambre, cada cual guardaba en un rincón del armario; cuando el comité de defensa vióse forzado á fabricar galletas, ninguna familia dejaba de comprar doble cantidad de pan que la que necesitaba; fraccionábase en pequeñas barras, que se tostaban, para conservarlas mejor. A nadie se ocurría la inutilidad de estas medidas; porque una vez agotado el depósito general, sería fuerza rendirse, implicando la capitulación el inmediato abastecimiento. Empero, ¿razona el miedo? Teníase muy en cuenta la amenaza de M. de Bismark, que había dicho á Europa en un manifiesto oficial, que luego de rendido París, no se encargaba de abastecerle, abandonando al gobierno francés la responsabilidad de la muerte de cuatrocientas ó quinientas mil personas que perecerían de hambre en las calles. Cada cual, en su consecuencia, acaparó á manos llenas en las despensas del Estado y se asevera haberse duplicado el consumo de la harina. Era demasiado tarde cuando se acudió al sistema necesario de racionar. ¡Suministrábanse, por cabeza y por día, trescientos gramos de pan! ¡Trescientos gramos! ¡Como si hubiese sido posible vivir con trescientos gramos de alimento! Y ¡qué pan, Dios santo! El pan que comimos en los últimos días de Sitio, era un amasijo, negruzco y pegajoso, de componentes ignotos, donde entraba todo, menos el trigo. Todos conser-

vamos un trozo como muestra y recuerdo del bloqueo. ¡Y pensar que la mitad de la población no comía otra cosa que aquella pasta grosera é insípida! Empero, esta degeneración del pan, hasta convertirse en una aligación de *detritus* cocidos juntamente, se verificó poco á poco. El que se nos distribuyó en Diciembre y aún en los primeros días de Enero, era de color gris, pero bastante apetitoso; la propensión parisina á soportar alegremente las calamidades, movíanos á engullirlo de buen grado, comparándolo con el sabroso pan moreno de los labriegos. ¡Ah, si hubiéramos dispuesto de leche para ensoparlo, habría sido un bocado exquisito!

La carne de buey había pasado á la categoría de mito. Otro tanto cabe aseverar de la de carnero. No se comía más que caballo. ¿Qué se había hecho de nuestros escrúpulos del primer mes? Burlábase de este manjar, entretanto que se propagaba su uso. No creo que nunca adquiriera derecho de ciudadanía en las *cartas* de ningún *restaurant*, pero ello se deberá á que, en Francia, el formulismo rutinario impera largo tiempo después de haberse verificado una revolución. Un fondista que hubiese anunciado platos de caballo, habría aterrado á sus clientes; nadie ignoraba que su buey, cocido ú asado, había llevado silla, y no por eso lo comían con menos apetito. ¿En virtud de qué milagro estos mismos industriales servían de comer todas las tardes, y cierto que en abundancia, y á precios relativamente económicos, á un número considerable de consumidores? Abismos son estos donde se pierde el pensamiento. La vida parisina abunda siempre en misterios, cuyo secreto se reserva sólo á los iniciados. Y ¡cuán admirablemente lo callan!

He aquí un hecho que puedo afirmar, porque Pa-

rís entero lo ha presenciado: unos cuantos *restaurants* —próximamente doce— de los que no citaré á ninguno, para que no parezca que haga un *reclamo*, han estado provistos, hasta el fin, de todos los manjares posibles, excepto, entiéndase bien, del pescado de mar y de legumbres frescas; si á las seis de la tarde encargabais en alguno de ellos comida para diez personas, se os servía al punto y con relativo *confort*. ¡Claro es que todo esto se pagaba, pero seguramente costaba menos que en la propia casa!

Cuantos géneros sirven de complemento al pan y la carne, expendíanse á precios exorbitantes, que se elevaban de día en día. La libra de aceite costaba corrientemente de seis á siete francos; de la manteca valía más no hablar; alcanzaba precios fantásticos, 40 ó 50 francos por kilo; no se vendía queso *Gruyère*, habría costado muy caro; ofrecíase como regalo. Conozco á una linda joven que, el día de Año Nuevo, recibió, en lugar de los bombones acostumbrados, un saco de patatas y un trozo de queso. Un trozo de queso era un presente de reyes; la fanega de patatas valía 25 francos; huelga advertir que se vendían más caras á los compradores al *por menor*, por kilos, y aun por fracciones más reducidas. Una berza costaba seis francos; vendíase hoja por hoja, y tan averiada, que en otro tiempo nadie la habría arrojado á sus conejos, figuraba ahora noblemente en el cocido de caballo. Las cebollas, los puerros y las zanahorias desaparecieron del mercado. Estos artículos carecían de precio, que únicamente fijaba la fantasía del comprador. A precios realmente insensatos, expendíanse las grasas más inmundas. Los periódicos publicaban á diario maravillosas fórmulas para depurarlas y quitarlas todo olor pestilente. Todavía restaban en París enor-

mes cantidades de conejos y aves, igualmente fuera de tarifa. He visto, en los días próximos al Año Nuevo, á una muchedumbre imbécil agruparse en torno de una pava, como antiguamente delante de las opulentas joyerías de la calle de la Paz. Admiraban todos que tan tentador bocado desafiase, tras del simple cristal de un escaparate, la voracidad de las golosas miradas. Muchas cocineras compraron conejos, que alimentaban con mondaduras, esperando que el hambre les tornaría en pasteles en la cazuela. El pastel *sienta mejor que el asado*.

Escribiendo estas líneas, hállanse á dos pasos de mí, acurrucados en un rincón de mi gabinete, una pareja de conejos, que me contemplan con espantados ojos. La patrona los había llevado allí, pretendiendo que se morían de fastidio en su nido, que tenían frío y no querían comer. Esta última consideración me decidió; los recibí, procurando distraerlos. Me libraré muy mucho de leerlos este capítulo, donde se pronuncia su sentencia. No habrían menester enflaquecer de tedio. ¡Funesto presagio! Poseo igualmente dos gallinas, á los cuales prodigo todo género de atenciones. No las gusta el mijo. Estoy horriblemente perplejo sobre el alimento que conviene suministrarlas, celebrando con la cocinera muchas conferencias acerca de tan importante asunto. Presento al lector mis huéspedes, no por fatuidad, sino para que sepa quiénes eran mis buenos camaradas de hospedaje, por amor á la verdad. Estos pequeños detalles explicarán, más justamente que las frases de mayor elocuencia, la vida interior de París en aquella época del Sitio, y el excelente humor espiritual con que se regocijaban los que aún disponían de bastante dinero para reirse de vez en cuando.

El número de éstos decrecía de día en día. La clase media comenzaba á vislumbrar el fin de sus ahorros. Yo había seguido con curioso interés los progresos de aquel agotamiento. Era socio de un reducido círculo, donde nos reuníamos para jugar al *whist* ó á la ruleta. En el primer mes no cambiaron sensiblemente la cuantía de las *puestas* y la forma de llevar el juego; en el segundo, el valor de las fichas fué depreciado en un 50 por 100 del que antes signaban, después en tres cuartas partes, y por fin, en las postrimerías del bloqueo, se acordó que, en adelante, no se jugaría dinero. No nos restaba, por tanto, más recurso que aguardar días más venturosos.

¿Qué decir de las personas que no tenían ahorros? Precisa confesar que eran la inmensa mayoría de los parisienses. No; jamás encareceré suficientemente á nuestros hermanos de las provincias el indomable valor, la estupenda resignación y el invencible sentimiento patriótico con que esta población soportó los rigores de tan prolongada miseria. Las mujeres, principalmente, fueron admirables. No compadezco mucho á los hombres: casi todos ganaban treinta sueldos diarios, que muchos se bebían sin sonrojarse. Pero ¡las mujeres!, ¡las pobres mujeres!: con aquellos abominables fríos de Diciembre, formaban la cola, durante largas horas, ante la panadería, la carnicería, el almacén de comestibles, la carbonería, la alcaidía. Ninguna murmuraba; jamás oí que de sus bocas, acostumbradas á un dulce hablar, se escapasen palabras soeces, un insulto contra Francia; eran las más animosas para que nos resistiéramos hasta el último bocado de pan. ¡Dios sabe cuán caro les costaba este amargo bocado de pan! La mortandad aumentaba de semana en semana, arrebatando de entre nosotros

numerosas vidas. De mil doscientos ó mil trescientos, cifra normal de los fallecimientos en París, se elevó rápidamente á dos mil; luego á dos mil cuatrocientos, después á tres mil, más tarde excedió este número, llegando á cuatro mil, y, por último, á cuatro mil quinientos. La pulmonía, la fluxión de pecho, la diarrea, todo el siniestro cortejo de las enfermedades, suscitadas por tan dilatadas paradas y una nutrición deficiente, se cernió sobre aquel miserable rebaño de criaturas humanas. Por doquier veíanse coches fúnebres que, sin acompañamiento, encaminábanse al cementerio. Con los niños se empleaban menos ceremonias. Un enterrador cogía en sus brazos el pequeño féretro, y lo llevaba como un paquete de cualquier artículo, hasta la fosa común, donde lo arrojaba confusamente con los otros. Los cementerios parisienses, ya harto limitados, rebosaban de cadáveres, llegando á faltar sepulturas. Esta incuria de la tumba era un síntoma demasiado lúgubre en una población cuya piedad para con los muertos constituye casi una superstición. Más de una vez recordé el estupendo capítulo en que Thucydides describe la peste de Atenas; en todos los infortunios extremos repítese siempre el espectáculo de las mismas insensibilidades.

La cuestión de la leña no fué, en aquel tristísimo mes de Diciembre, una de las menos crueles que exigían urgente solución. Ni hulla, ni cok, ni leña; y el hielo azotaba con la intensidad que he referido antes. Nuestros gobernantes debieron prever que, en invierno, generalmente hace frío, y que, cuando hace frío, es necesario calentarse; empero es propio de los gobernantes, en Francia, llevar á su colmo la imprevisión. Parece ocioso consignar que los expendedores de leña aprovecharon la ocasión para subir el precio

de sus artículos. Este sufrimiento fué tan intenso, que agotó la resignación y la calma del pueblo — digo el pueblo, cuando apenas en algunos barrios cometieron varios granujas ciertos desmanes—. Se desvalijó bastantes astilleros; otro tanto acaeció con los inmensos solares, cercados con vallas de madera, que había en París; se apresó á los autores, siendo precisa una activísima intervención de la guardia nacional para impedir esta obra destructora que amenazaba extenderse. La administración adoptó á toda prisa algunas medidas que denunciaban su inexperiencia y su precipitación habituales. Al efecto, ordenó que se talasen los bosques de Bolonia, Vincennes y los árboles de nuestras carreteras. Empero la madera verde humea mucho y calienta poco. Mas fué menester contentarse. En las calles, en Montmartre, donde habito, veíase incesantemente á gentes que portaban su provisión del día, cinco ó seis troncos, que el industrial se había negado á servirles á domicilio. ¡Nos reíamos contemplándonos de tal guisa y reputándonos muy dichosos por haber obtenido algo! Otros regresaban á sus hogares con las manos vacías, careciendo de combustible para la chimenea del salón y para el fogón de la cocina.

Las administraciones públicas, las fábricas y las ambulancias reserváronse la escasa cantidad de hulla que nos restaba. Hacía algún tiempo que París, á falta de carbón, se alumbraba con petróleo. Nuestros ojos habían concluido por acostumbrarse al cambio que se operaba poco á poco, de calle en calle. Ello causaba una sensación singularísima, recordando al París de otros días, tan pleno de brillantes luces y tan bullicioso aun en las horas más avanzadas de la noche. Los pálidos reflejos de la lámpara de aceite sí-

lueban confusamente, de trecho en trecho, la sombra que hacían más visible; ni coches, nos habíamos comido los caballos; alguno que otro ómnibus; los almacenes cerrados; habríase dicho que era una populosa ciudad de provincia. En realidad de verdad, París, falto del contingente incesante de extranjeros que renovaba antes su población, tornaba á las costumbres provincianas. Todos acabamos por conocernos en el paseo, faltando muy poco para cambiar el saludo. Los industriales charlaban en la puerta de sus establecimientos, y los guardias nacionales del barrio que acudían al puesto de la calle á informarse de la orden de servicio del día, platicaban entre sí, sin más trato, acerca de los negocios de la política.

Un admirable sentido práctico distinguía á la guardia nacional, que los militares de pura cepa afectaban despreciar, y á la que debieron ayudar con todos sus bríos. Por ella comenzamos á conocer, en el mes de Diciembre, la vida de las avanzadas y á explicarnos con relativa precisión las particularidades de esta guerra, que todavía se nos antojaban incomprendibles.

Los periódicos—cierto que muy justamente, porque es urgente en toda plaza sitiada mantener la moral de sus habitantes—nos describían en los tonos más seductores el vivir de las avanzadas. Reconocían, desde luego, que nuestros soldados soportaban fatigas y privaciones de toda especie; empero pintábanles siempre activos, animosos, soñando sólo en nocturnas expediciones y refocilantes sorpresas. Burlábanse de continuo de la prudencia de los centinelas alemanes. A menudo, se les presentaba como espiando durante largas horas detrás, en su puesto, donde permanecían inmóviles. Dos de nuestros movilizados se

ponían de acuerdo, colocándose uno á la derecha y otro á la izquierda del árbol, á cincuenta pasos. Disparaba el de la derecha, y el prusiano, advertido por el estampido, retrocedía bruscamente hacia la izquierda; en este momento hacía fuego el segundo movilizado que, de un certero tiro, le tendía en tierra. Otras veces se intentaba hacer salir á un centinela alemán del sitio donde se escondía; un franco-tirador daba á su camarada la consigna. Entonces éste se acercaba inocentemente, ocultándose tras de un carretón, hasta la misma garita. El soldado enemigo, apercibiéndole tan cerca, no había menester más que apuntar; sacaba silenciosamente la cabeza, después los brazos, preparaba su carabina, y ¡pum! recibía una bala que el otro, emboscado, le enviaba con la certeza de que no erraba el tiro. Hase repetido cien veces la regocijante historia del kepis, que nuestros movilizados colocaban sobre una bayoneta; el hombre del casco puntiagudo poníase al descubierto para tirar sobre aquel blanco, que consideraba serio, y se dejaba matar. Frecuentemente, nuestros soldados suspendían, con la ayuda de un palo, de las ramas de un árbol, una ardilla disecada. Su caza fascinaba poco á poco al centinela enemigo, que alargaba el cuello y caía herido por una bala invisible.

Todas estas astucias bélicas, con cuyo relato diario recreábase tanto la imaginación parisina, encarnaron, por decirlo así, en compacta síntesis, en un personaje que se convirtió presto en héroe de leyenda, en el sargento Hoff. El sargento Hoff no era un mito, sino un soldado de carne y hueso, dotado por la naturaleza del olfato del mohicano y que cazaba los prusianos á ejemplo de los salvajes de América. Nuestro compañero Iriarte, el pintor humorístico de

todas las excentricidades parisienses, descubrió al público este sér misterioso. Iriarte pertenecía al Estado Mayor del general Vinoy, y leía en todas las relaciones matinales el nombre del mencionado sargento. Esto acució su curiosidad por conocerlo y estudiarlo. Hoff era natural de Saverne. Al pasar por esta localidad, los prusianos fusilaron á su anciano padre, y él juró vengar su muerte. Era necesario que todos los días matase un prusiano. Durante la noche, casi siempre solo, y disfrazado ora de cazador furtivo, ó bien fingiéndose su amigo, dedicábase á espiar sus escondrijos, siguiéndoles paso á paso, permaneciendo, si era preciso, cinco horas consecutivas en observación, en acecho, silencioso como un piel roja, para caer de improviso sobre su víctima, á quien asesinaba sin proferir palabra. En cierta ocasión, después de ocultarse durante gran parte de la noche en un cañaveral que casi le cubría el cuerpo, asaltó una garita, y matando al centinela con un certero bayonetazo, lo arrastró lejos de allí, ocupando luego su puesto, en espera de que acudieran á relevarle. Cuando llegó el cabo con el nuevo centinela, Hoff derribó en tierra á uno, y descargó sobre la cabeza del otro un fuerte culatazo, alejándose luego rápida y solapadamente. Con frecuencia se le encargaban pequeñas expediciones, y confiando ciegamente en él sus subordinados, limitábanse á seguirle.

«Cierta día—contaba á Iriarte—, llevaba conmigo doce hombres de buen temple. Abrimos una trinchera y en ella se escondieron hasta la cabeza. Yo me adelanté solo, pegando al suelo el oído: escuchaba... De pronto, en medio de la noche, á doscientos metros de nosotros, galopa un destacamento de caballería: los bávaros, con los cascos grises, lo menos ciento

cincuenta; arrastrándome, torno donde estaban mis compañeros, hago la señal y comenzamos á disparar á una; eran como pequeñas descargas. Los bávaros no sabían si éramos ciento ó diez. Desbándase el escuadrón, caen los hombres; embosco de nuevo á los míos en un sotillo próximo, y permanezco solo en la trinchera. Media hora más tarde regresan, escalonados, á recoger los cadáveres. Disparé tres veces más, reuniéndome luego con mis camaradas, sin que siquiera me viesan los enemigos.

El sargento Hoff llegó á ser el delirio de París. Sus aventuras eran muy del gusto de nuestro espíritu novelesco. Ovacionábasele en público. Por fin desapareció en la jornada del 2 de Diciembre, sin que se lograra encontrar su cadáver. He aquí ahora el epílogo de la leyenda: un mes después circuló el rumor de que el famoso sargento Hoff, con la historia de vengar á su padre, no era más que un espía prusiano, que ni había dado muerte á tantos enemigos, ni cruzado tan á menudo las filas prusianas. Realizaba, naturalmente, sus excursiones, y el Estado Mayor alemán se encargaba de tejer los falsos trofeos que habían de acreditarle entre nosotros. Ante este mentís tan rotundo surgieron de todas partes vivísimas protestas; los compañeros del sargento Hoff reclamaron unánimemente, y su gloria se aquilató, más pura y más brillante, en la información á que hubo de someterse.

Hoff resume en sí la audacia esencialmente francesa. Los enemigos se imaginaban causarnos cuantiosas bajas, y apenas tiraban sobre nuestros centinelas que habían sido los primeros en provocarles con algunos disparos. Corrientemente se les comparaba, con universal regocijo, á los fantoches de la Selva-Negra.

Representábase al centinela alemán, cumpliendo su misión, como uno de esos autómatas de madera que constituyen el encanto de los pequeñuelos y el recreo de los mayores. Primero alargaba la cabeza hacia el bastidor de la derecha, quiero decir hacia el lado derecho; después, tieso, afectado, al hombro el fusil, con paso acelerado, atravesaba la calle y desaparecía por el bastidor de la izquierda. Transcurridos dos minutos, como impulsada por un mecanismo de relojería, reaparecía la cabeza, luego todo el cuerpo, repitiéndose el mismo paseo, á la vez grave y rápido.

¡Cuánto excitaba ello nuestra hilaridad! ¡El juego consistía en romper de un tiro el muñeco en su breve excursión! La Prensa, narrándonos á diario las leyendas, verdaderas ó falsas, de la vida de las avanzadas, encubríanos la miseria y ahuyentaba nuestro fastidio. Fué preciso que la guardia nacional conviviese con el soldado para descubrirnos la sombría tristeza de aquella existencia, para evidenciarnos los estupendos abusos de la administración militar, la incapacidad de los jefes, los vicios de la intendencia, y para resumir, el espantoso desbarajuste de esa vieja máquina que se denomina el ejército francés. La guardia nacional supo demostrar tales iniquidades y contarlas, á modo de plática familiar, en ese tono de vulgar sinceridad que convence siempre.

El primer sentimiento de que los guardias nacionales hubieron conciencia á su regreso de las avanzadas, fué el de la inutilidad de su sacrificio. ¡Cuántas fatigas y malas noches pasadas á la intemperie para un resultado tan nimio! Perdíase los días llevando á cabo multitud de órdenes estúpidas, por ejemplo, revistas, formaciones, llamadas; ni una labor seria que abocase á un fin visiblemente práctico.

Indudablemente, urgía abrir trincheras, construir muros, llevar faginas, emplazar cañones, ¿qué sé yo?: todos los mil y un detalles de las pequeñas operaciones de un sitio. ¿Por qué no se les empleaba en estos trabajos? ¿Por qué no se ocupaba también á la guardia nacional sedentaria y los miles de hombres á quienes no se había podido armar? ¿Por qué tantos brazos en la holganza? Todos sabemos vagamente y en tésis general que un asedio exige enormes movimientos de tierra, un empleo incesante de la piqueta y la pala; ¿por qué se consentía que tantos hombres vigorosos enervaran sus energías en la ociosidad de una vida inactiva, sin otro objeto que comer, cenar y jugar? ¿Por qué se toleraban las cantinas con sus oradores, apóstoles de la inmoralidad y la discordia? ¿Era esta la conducta de los prusianos? No nos hallábamos al corriente de sus trabajos, y esto implicaba ya un grave peligro. Empero, sabíamos que laboraban incesantemente, abriendo trincheras y construyendo tantas fortificaciones, que cabía pensar si ellas surgían de la tierra por arte de encantamiento; apenas eran unos trescientos mil, y nosotros, que sumábamos, según informes fidedignos, un millón de hombres útiles, no oponíamos zanja á zanja, trinchera á trinchera, reducto á reducto.

No hay que extrañar, pues, que una inercia, prolongada durante cuatro meses, abrumara á los valientes movilizados y á los esforzados cazadores. Comenzamos á explicarnos su rostro de sufrimiento, su aspecto lastimoso, y, sobre todo, la desorganización sorda que, de cuando en cuando, descubriase ante nuestros ojos por incomprensibles eventos. Así supimos que órdenes extraordinariamente severas habían forzado á varios oficiales nuestros á brindar, vaso en

mano, con oficiales enemigos; que seis de ellos habían desertado, conspirando para ser secundados por un gran número de colegas, y que M. Trochu había juzgado á propósito denunciar solemnemente su conducta á la execración de todos los patriotas. También tuvimos noticia, por cartas extraviadas y publicadas más tarde, de ciertas familiaridades habidas en Rueil entre nuestras tropas y los centinelas prusianos; en otras guarniciones, los generales en jefe habían sido obligados á censurar en público y con la mayor acritud la embriaguez de sus subordinados. Estos actos de indisciplina, que invitaban á pensar en otros múltiples que permanecerían ignotos, explicábanse con una sola frase: nuestros soldados no se ocupaban en nada. Se aburrían.

Viendo á sus oficiales holgar de continuo, no depositaban la menor confianza en ellos. Además eran su obra, habíanles elegido—á lo menos los movilizados—; razón más que suficiente para no humillar la vista ante su prestigio. Aquellos oficiales, desde el general en jefe hasta el último alférez, eran muy valientes, pero en su mayoría, también muy ignorantes, y con el espíritu pleno de esos prejuicios militares cuyo conjunto integra lo que se denomina maliciosamente: *un calzón de piel*. Esta ignorancia era proverbial; á su costa, forjéronse amenas narraciones. He aquí una entre infinitas:

Nuestras tropas debían cruzar el Marga. El río, en cierto punto, vuelve sobre sí, tras de un largo rodeo, y forma una semi-isla cuyo istmo se llama, por ingenioso símil, *el bucle del Marga*. El ejército atraviesa el puente levantado sobre el primer brazo, y un viejo general, que marchaba á la cabeza, pregunta al jefe de su Estado Mayor:

—¿Qué río es éste?

—El Marga, mi general.

—¡El Marga! Creí que era el Sena que corre por París.

—Sí, mi general, pero aquí es el Marga.

—¡Ah!...

Continúa la marcha; franquean la lengua de tierra que separa los dos brazos de la corriente, y en el segundo puente torna el general á preguntar:

—¿Y este río?

—El Marga, mi general.

—¿Cómo? ¡Todavía!—Y retorciendo su mostacho, exclama en tono huraño:—¡Entonces nos batimos en retirada!

Estos generales, tan prodigiosamente ignorantes, para quienes la parte formal de la disciplina militar era letra muerta, mostrábanse en compensación intratables é intransigentes en orden á los pequeños detalles de la vida de cuartel, que los franceses sintetizan gráficamente en esta frase: *el botón de la polaina*. La guardia nacional quedábase estupefacta, viendo la desmesurada importancia que aquellos caudillos concedían á ciertas disposiciones, que acaso tuvieron su razón de ser, pero que habían sobrevivido, ignórase el porqué, á las circunstancias que las motivaron.

Un ejemplo entre mil. Nuestros generales tienen el prejuicio de la sopa. Es un axioma del arte militar en Francia: el soldado debe comer su sopa. Napoleón el Grande gustaba algunas veces la sopa del soldado. —¿Sabe bien la sopa?, es la eterna pregunta del inspector cuando requisa el régimen interior del cuartel. Reconocemos que la sopa es un excelente alimento, porque es caliente y refrigera el estómago.

Mas nuestras cocineras saben perfectamente cuántas horas deben transcurrir antes que la carne de buey haya desleído en el caldo su grasa. No es un negocio de fácil solución en campaña buscar leña y agua, preparar el caldero y colocarlo sobre el fuego. Apenas comienza á calentarse el agua, llega el enemigo, ó el clarín toca marcha. He aquí el rancho casi cocido é inservible. Guárdanse los utensilios en las mochilas y se reanuda la marcha sin comer. Recordaréis que, en la última campaña, nuestros soldados eran sorprendidos siempre cuando condimentaban la sopa. Respecto á los guardias nacionales, nadie ignora que llevaban reglamentariamente consigo todos los ingredientes é instrumentos para elaborar dicho plato, que jamás confeccionaron ni probaron. Ha sido para ellos *una sopa fantástica*.

—¿No sería más sencillo — preguntaba respetuosamente uno de mis camaradas, que formaba parte de un batallón dispuesto á marchar, á un anciano general, á quien había tratado en los salones—, no sería más sencillo, especialmente en las puertas de una urbe populosa, distribuir á cada soldado un trozo de carne cocida, que comería, entre uno y otro combate, con el fusil entre las piernas?

—Es necesario que el soldado coma sopa—replicó sentenciosamente el general. — El soldado no se bate bien si no ha comido sopa.

—Indudablemente, si la comiera. Pero no la come. Ignoro cómo se hacía la guerra durante el primer Imperio, si nuestros rancheros eran más listos ó si el agua hervía con más prisa. Empero, hoy esos demonios de prusianos nos vuelcan siempre el caldero antes que se halle dispuesta la sopa, castigándonos á ayunar.

El general se encogió imperceptiblemente de hombros, como quien no admite discusión sobre un artículo de fe; la sopa es un verdadero dogma. Otro tanto acaece con la mochila, la famosa mochila donde el soldado debe guardar ordenadamente todo lo necesario á la vida. Carga con ella para realizar un paseo militar á dos leguas de París, como si marchase á pelear en las estepas de la Tartaria oriental. Lo primero que él ha menester, para perseguir el enemigo, es desembarazarse de ella, y entiéndase que, en caso de regresar á la misma plaza, nunca la encuentra.

Son detalles insignificantes que demuestran que, en la vida militar de Francia, la disciplina se fundamenta sobre reglamentos minuciosos, desautorizados en absoluto por las circunstancias y los sucesos. El espíritu apático de nuestros oficiales se acomodaba perfectamente á tales hábitos; ejecutaban la consigna, conforme la costumbre habíala consagrado, no ingeniándose para adaptarla á las exigencias de una nueva guerra. Residiesen á diez minutos de una ciudad inmensa, bien provista de todo género de abastos, ó en campaña en un país saqueado, no habrían modificado un ápice sus usos y sus prescripciones.

He aquí porqué impugnaban sistemáticamente la novísima táctica iniciada por los prusianos. No acertaban á servirse de los telégrafos eléctricos ni de los caminos de hierro, esos dos auxiliares de la guerra tan maravillosamente utilizados por nuestros enemigos. Proseguían lanzando á nuestros soldados con la bayoneta calada contra las murallas artilladas, mientras que los alemanes nunca se descubrían, ni avanzaban sino sobre batallones casi destruidos por las balas de cañón. Uno de nuestros sanitarios me ha referido la siguiente anécdota característica:

Recogiendo los heridos y los muertos, los oficiales prusianos y franceses departían con la cortesía exigida en tal acto. Uno de los nuestros elogió el heroico comportamiento, en el ataque de Montretout, de un capitán que, bajo una lluvia de balas, y encaramado sobre un tronco de árbol, no había cesado de gritar: *¡adelante!*, indicando á sus soldados el camino con la punta de su espada. Herido consecutivamente de tres balazos, cayó en tierra, gritando por última vez: *¡Adelante!*

—¡Es admirable! — exclamaron los oficiales franceses.

—Es absurdo—repuso uno de los interlocutores prusianos.—Yo, y puedo aseguraros que todos los alemanes conmigo, reputamos á ese capitán como un loco. ¿Para qué tanta bravura? No nos ha desalojado de la posición que pretendía asaltar, se ha hecho matar y además ha sido causa de que hayan sucumbido tres ó cuatro de sus tiradores que, parapetados tras de unos árboles, dirigiánnos un fuego certeramente mortífero. Electrizados por su ejemplo, lanzáronse contra nosotros, encontrando entonces la muerte.

Esta anécdota refleja intensamente el sistema de guerra de ambas naciones. Es evidente que nosotros debemos cambiar el nuestro, y más evidente todavía que no son nuestros viejos generales, plenos de sus prejuicios de casta, quienes han de llevar á cabo esta reforma. El Ejército reclama una urgente renovación en todos sus órdenes. Entre sus instituciones que deben desaparecer figura, en primer término, la de la Intendencia. Sirve exclusivamente para dar motivo á demandas y reclamaciones. Aunque no fueran ciertos más que la milésima parte de los abusos de que se la acusa, merecía el anatema más rotundo de la opinión

pública. Téngase en cuenta que no ha habido medio humano de organizar, á tres kilómetros de París, un servicio completo de abastecimiento; que durante toda la guerra hubo la más estupenda confusión de órdenes y contraórdenes; que en el mismo día de la rendición de los fuertes, jornada prevista por la autoridad, se dispuso todo tan torpemente, que cayeron en manos de los prusianos enormes cantidades de víveres, porque no se encontraron brazos que los transportasen á París, donde nos moríamos de hambre. Téngase en cuenta, por último, que hubimos el sonrojo de leer en la Prensa alemana esta crítica general de la campaña: «Debemos gratitud á la Administración francesa, porque sin ella nos habríamos visto harto apurados para abastecernos. Empero nos reservó la atención de abandonar sus víveres en el preciso sitio donde debíamos acampar por la tarde.» ¡Extraño fenómeno que demuestra admirablemente el poder del espíritu corporativo en Francia, y cuán influyentes son las administraciones fuertemente constituidas! Contra nadie como contra los intendentes militares se ha desencadenado con mayor violencia la opinión pública; á nadie, ni con tanta energía como á ellos, se ha acusado de apatía é incapacidad; la Intendencia fué, durante esta guerra, el testaferro del Ejército; su impopularidad actual es tanta, que se la atribuyen la mayoría de nuestros desastres. Y, sin embargo, ha sido el organismo á quien se han prodigado más las recompensas oficiales. M. Trochu, respetuoso siempre con las jerarquías, colmó hasta un grado escandaloso de favores á la Administración. Todavía no ha sonado su hora; empero presto será menester que rinda sus cuentas, para desaparecer luego como tantas otras de nuestras instituciones militares y civiles

de que nos enorgullecíamos ridículamente en días lejanos. ¡Europa nos envidia!—decíamos—. ¡Cómo se reiría al presente si nuestros infortunios no fuesen más dignos de piedad que de burla!

Entre cuantos servicios había acaparado con sus avaras manos la Administración, ninguno causó efectos tan funestos, ni originó tantas reclamaciones, como el de los hospitales. M. Chenu escribió, á su tiempo, un voluminoso tomo de estadística donde, fundamentándose exclusivamente en datos oficiales, probaba que, en Crimea y en Italia, la mortalidad entre nuestras tropas había sido espantosa, por culpa de la incultura y de la negligencia de nuestros administrativos. Chenu no hubo menester grandes esfuerzos para demostrar que funcionarios, tan cargados de obligaciones, no podían ocuparse útilmente en una labor que desconocían en absoluto, y que el servicio sanitario militar debía ser desligado por completo de la Administración y confiado á la dirección exclusiva del médico en jefe. ¿No era bochornoso ver á un Larrey sujeto á las órdenes de un arrocero, panadero ó proveedor de sal? ¿No era deplorable que se sacrificasen tantas vidas humanas al capricho ignorante ó la rutina exigente de algún empleadillo? La reforma era tan necesaria, tan urgente, que no se llevó á cabo. Se colmó de elogios al doctor Chenu, citóse en todas partes su libro, creo que hasta se le nombró Oficial de la Legión de Honor; empero en nada se modificó el desorden establecido. Así acaece frecuentemente en Francia y así hemos abocado al triste extremo en que hoy nos encontramos.

No obstante, las investigaciones realizadas por el doctor Chenu nos fueron utilísimas. Las verdades sustentadas por él abriéronse paso entre el público; así,

cuando estalló la guerra, todos clamamos: «¡La Administración no está preparada! ¡No puede estarlo!» Recordábanse perfectamente las hazañas de la guerra de Secesión, admirando todavía los prodigios que la iniciativa privada, abandonada á sus propias fuerzas, organizó en algunos meses. De otra parte, la famosa convención de Ginebra había excitado una manía universal, nada pareciendo más hermoso que llevar sobre el brazo, sobre el pecho ó sobre el sombrero la Cruz Roja en fondo blanco, signo característico de la sublime institución. Combinados estos dos sentimientos engendraron una importantísima suscripción pública.

Con la mayor rapidez se formaron dos sociedades: una, oficial, y cuyos miembros pertenecían en su mayoría al gran mundo, *La Internacional*; otra, titulada *Ambulancias de la Prensa*; esta denominación explicaba suficientemente su origen y quiénes la componían. *Le Gaulois*, diario principalísimo de París, inició en primer término, en sus columnas, una suscripción que, al cabo de un mes, ascendía á un millón. Nombróse un comité, integrado casi exclusivamente por periodistas, bajo la presidencia honoraria de M. Tarbé, para distribuir de la manera más útil estos fondos. Ellos tuvieron la buena suerte de tropezar dos hombres entusiastas que se dedicaron á tal fin con apasionada fe: M. Dardenne de la Grangerie, más conocido en provincias bajo el pseudónimo de *Marcus*, y Armando Gouzien, de *Le Gaulois*; uno, recamado de oro, soberbio de su representación hasta excitar la hilaridad, pero prodigiosamente activo, laborioso, espiritual, y que, en su caritativo celo, entablaba con los parlamentarios prusianos largas y delicadas negociaciones para el rescate de los muertos; el otro, más

sencillo, más modesto, pero eminentemente organizador y detallista.

No he de historiar los beneficios prestados por ambas sociedades hasta el Sitio de París. Las provincias saben como nosotros las ambulancias que enviaron á los campos de batalla, y todas las tribulaciones que padeció el personal de las mismas, médicos y enfermeros, apresados por el enemigo, luego puestos en libertad, después presos de nuevo, y reintegrados á nosotros plenos de todo género de miserias. Cuando, á raíz del desastre de Sedán, se comenzó á creer que los prusianos avanzaban resueltamente para adueñarse de la capital, aumentó hasta su grado máximo la generosidad de la población. Llovieron donativos en especie y en dinero. Por doquier se organizaron ambulancias. Precisa reconocer que muchas lo eran sólo de nombre; por aquel entonces, se temía una entrada á viva fuerza, el saqueo y todas sus inmediatas consecuencias; así los propietarios se apresuraban á colocar su inmueble bajo la protección de la Cruz Roja que, según se supo más tarde, nunca ha protegido nada. Otros muchos fueron más cuerdos y se organizaron pronto y bien. Erales urgente efectuarlo. Los médicos aseveraban que si no se contrarrestaban con cuidado las influencias morbosas que indefectiblemente se desarrollarían en París, era seguro que nos visitaría el tifus. Este interés tan apremiante nos movió á colaborar de todo corazón en aquella empresa de salubridad. Se exigió, aunque apenas hubo necesidad de verificarlo porque sus dueños los ofrecían, todos los locales disponibles; se habilitó para ambulancias los *foyers* de los teatros, sufragándose los gastos que ellas ocasionaban con las funciones y colectas organizadas por los artistas. Estas ambulancias

adolecían del gravísimo inconveniente de hallarse emplazadas en medio de París, en los centros de infección; empero, todas hallábanse servidas admirablemente, no lamentando ninguna la triste pérdida de un enfermo ó un herido; en la instalada en *Varietés*, el doctor Bonniere logró, por un medio ingenioso, conjurar en lo posible los peligros de la supuración.

La Internacional estableció su cuartel general en el Palacio de la Industria, empero reconociendo la dificultad de calentar un local tan amplio, se trasladó al Gran Hotel, abonando por su alquiler quinientos francos diarios. La elección no fué muy afortunada; las disposiciones de un hotel amueblado se adaptan difícilmente á las exigencias de un servicio de hospital, sobre todo cuando ese hotel ha sido destinado para que las muchedumbres se alojen en él. Así, la mortalidad fué considerable, á pesar del talento del médico principal, el sabio Nélaton, á despecho de la amable solicitud con que las damas de la alta sociedad prodigaban á los heridos sus consuelos y sus cariños. De allí partió el entierro del comandante Franchetti, inmenso corazón, joven, hermoso, valiente, á quien sonreía el porvenir y cuya pérdida fué llorada por todos.

La Prensa organizó igualmente en París un número considerable de ambulancias, de las cuales muy contadas reunían las condiciones higiénicas que exige un hospital de heridos. Como á todo el mundo, habíala sorprendido los acontecimientos, por lo que fuerza era contentarse con lo que en la actualidad podía improvisar. Empero, suyo fué el mérito de construir una ambulancia que será, aun después de concluida esta guerra, como el modelo de las ambulancias y quizá como el tipo del hospital; he nombrado

la ambulancia de Passy, no instalada en definitiva hasta los últimos días de Diciembre, por lo que comenzó á funcionar demasiado tarde; mas, ha prestado grandes servicios y los prestará incalculables. Su organización ajústase al sistema americano.

París entero ha visitado, en la Avenida de la Emperatriz, *las ambulancias americanas*. Los yankees, durante la Exposición universal, nos trajeron el material de las ambulancias inventadas por ellos en la guerra de Secesión; el material continuaba en París, de suerte que, con motivo del Sitio, bastó sólo desplegarlo para que en una noche surgiera un hospital, semejante á un enorme hongo. La perspectiva era encantadora. Habíase emplazado en el campo, en medio de un bosque. Los pabellones se elevaban de distancia en distancia: unos circulares, otros cuadrados, pero mucho más largos que anchos. Eran de lienzos de algodón, impregnados de alquitrán, que los hacía impermeables. Por debajo del terreno sobre que se levantaban, habíase abierto zanjás é instalado en éstas caloríferos que, á la vez, calentaban y secaban el suelo.

Un sistema de ventiladores, combinado ingeniosamente, renovaba sin cesar el aire, impidiendo todo olor insano. Nada más propio que esta instalación; algo severa y poco pintoresca, pero muy cómoda y práctica; sin objetos inútiles y poniendo al alcance de cada uno todos los que han menester un enfermo y su médico; realizando el ideal de la ambulancia, hacer mucho con poco; sin trabas ni gastos; adaptándose, mediante espirituales modificaciones, á los casos que pueden presentarse; útil á todos. Nada en apariencia ni á primera vista; toda su vanidad se cifra en que los enfermos salgan curados de ella. Un solo

detalle hablará más elocuentemente que todas nuestras frases. Visitando, en compañía de M. Swiburne, médico-director, y de los dos hermanos MM. Emilio y Guillermo Brewer, esta instalación, penetramos en la farmacia. Parecía vacía, por lo que hube de extrañarme; en Francia no imaginamos una botica, como no sea repleta de botes de color y de millares de frascos con su respectiva etiqueta.

—Aquí—observó M. Swiburne—no conocemos más que cuatro remedios: el aire, el agua caliente ó fría, el opio y la quinina. Ellos no ocupan mucho lugar. El resto de la farmacopea es inútil y nocivo. Así, pues, lo hemos proscrito.

En el fondo, estas doctrinas no eran más que la aplicación, tan exacta como ingeniosa, de las ideas emitidas por M. Chenu en su libro sobre la guerra de Crimea, y todavía antes, por otro francés, M. Miguel Lévy, en su magnífica obra acerca de la higiene de los hospitales. Aunque otros practicasen este sistema nosotros lo habíamos inventado, preconizado. Cuando lo vimos funcionar, no pudimos menos de maravillarnos. M. Jaeger, arquitecto extranjero, residente en París, que había estudiado amplia y detenidamente en América y Alemania este problema de los hospitales bajo la forma de tiendas de campaña y de barracas, solicitó de los ingenieros militares autorización para construir uno de esta índole en los vastos terrenos próximos al Luxemburgo. Le fué concedida, complaciéndome rendir aquí justicia á nuestros ingenieros que colaboraron de buen grado en aquella experiencia brillantísima y elogiada unánimemente.

Por esta fecha, las *Ambulancias de la Prensa* resuelven construir un hospital, donde acoplando todas las ventajas de los modelos precedentes, se perfecciona-

se hasta el último grado el sistema. La Intendencia acepta el proyecto y aporta la suma necesaria, encargando al capitán Caillot de la ejecución y poniendo á sus órdenes los obreros necesarios. En tres meses se llevó á cabo la edificación. Nada más atrayente que el aspecto general de esta construcción. Confundiérasela con una aldea suiza, ó todavía mejor con una de esas pequeñas fincas de madera que los niños levantan sobre una mesa, combinando diestramente los diversos fragmentos preparados al efecto. La llanura carece aún de vegetación, pero hay el propósito de plantar árboles y trazar jardines. Entonces será como un oasis de pabellones perdidos en el campo; el transeunte que, desde la capota de un ómnibus, aperciba este nido de árboles y flores, no se imaginará que sirve de asilo á todos los dolores humanos.

El hospital se compone de treinta y una barracas, de las que se destinan á los enfermos veintiuna. El aspecto de cualquiera de sus salas produce una impresión singular. Son inmensas, de treinta metros de longitud por diez de anchura y cuatro de altura hasta el comienzo del techo, que se eleva en forma cónica otros dos metros cincuenta centímetros para rematar en una linterna que, midiendo dos metros de alta por tres de ancha, atraviesa á su vez la estancia de uno á otro extremo. Desde esta linterna, cuyos cristales pueden abrirse, se irradia un día espléndido. A cada lado, ábreanse diez enormes ventanas, penetrando por doquier los rayos del sol. ¿Para qué continuar? El primer aspecto es alegre. El sentimiento de las miserias y de los dolores que encierran los pequeños lechos desaparece en parte, como ahogado en aquella estupenda borrachera de luz. Dos enormes estufas brillan en cada uno de los extremos; sus tubos se

entrelazan en el centro de la sala, y confundiéndose en uno sólo ascienden en línea recta hasta el cielo raso, de suerte que el inmenso espacio se halla siempre á una conveniente temperatura. Además, un artesonado cubre los muros hasta la altura de un hombre, y el resto un papel tela.

Los convalecientes se agrupan en torno de las estufas, platicando en amena tertulia.

—No sabéis—me dijo M. Demarquay, ilustre cirujano que me servía de guía en esta visita — cuánto influye sobre la moral de los enfermos un lugar alegre. A mi iniciativa se debe esta colocación de las estufas, que son un centro de conversación. La calefacción americana, que consiste en calentar el suelo por un calorífero colocado bajo de él, ofrece algunos inconvenientes, y sobre todo, el de ser triste. Los hombres no saben dónde reunirse para cambiar frases de amistad, leer el periódico; se aburren. Mirad, no me satisfacen por completo estos lechos. Son lúgubres; quiero cambiar por otros más vivos el color gris de sus colchas. Pienso comprar cubrepies como éste—enseñándome uno, pintado con alegres tonos, que acababa de adquirir. — Cuando todos tengan sobre sus camas un cobertor igual, con la luz que penetra á través de las ventanas, se regocijarán sus ojos y se confortará su moral.

Tenía razón; los franceses carecen de la seriedad de los países del Norte. Acaso la severa austeridad de la ambulancia americana es algo triste para nosotros. Aquellos techos bajos, aquellas telas grises, por donde se filtra una luz mortecina, la severidad de aquellas tiendas donde la vista no tropieza ningún objeto de distracción que atraiga y recree la mirada; todo esto conviene mejor á un pueblo práctico que no

tiene otro placer que leer la Biblia. Siendo idénticas las condiciones higiénicas, parecen preferible, en orden á los franceses, el sistema de las ambulancias de la Prensa.

Cuando llevé á cabo mi visita, ocupaban los lechos los heridos de Montretout, en su mayoría guardias nacionales. El doctor Demarquay y el doctor Cousin, su segundo, no cesaban de elogiar su energía moral. Casi todos habían sido heridos por explosiones de los obuses. ¡Ah, terribles destrozos causados por estas abominables máquinas de destrucción! Vi á un pobre hombre—casado y padre de seis hijos, según me informó M. Demarquay—con una pierna desgarrada y dislocada. Su cabeza, horriblemente pálida, pendía inerte sobre la almohada; el ojo derecho, abierto y vago, carecía de vista; las manos yacían sobre las sábanas del lecho. Su postración era tal, que ni siquiera se apercibía de las curas que se le efectuaban.

—¿Recobrará la salud?—pregunté al doctor cuando nos hubimos alejado de su lado.

—¡Ah! No hay más que un remedio para él; alojarle una bala en la cabeza. Por desgracia, nadie admite estos procedimientos quirúrgicos que ahorrarian á estos pobres diablos muchos sufrimientos, tan atroces como inútiles.

La última sala de la ambulancia, con cuya inspección di por conclusa mi visita, es ¡ay! aquella por donde pasan de nuevo muchos de los que antes franquearon la entrada: es la sala de los muertos. Había allí tres bultos informes, envueltos en una sábana, cuyos pliegues dejaban adivinar un cuerpo humano; más abajo, sobre una mesa de disección, un cadáver completamente desnudo, con el pecho terriblemente

destrozado, primero, por un obús, y después por el escalpelo clínico. Me sentí desvanecer y salí presto de la siniestra sala en busca de aire fresco. Me ahogaba. ¡Pobres gentes! ¡He aquí el término de la gloria de las armas!

Además de estas ambulancias fijas, disponíase de un sistema completo de ambulancias móviles, organizado para los días de combate. Su punto de reunión era en las Tullerías. Por la mañana, los miembros del comité organizaban el servicio médico, que se componía—en las ambulancias de la Prensa, únicas que conozco suficientemente—de más de cien médicos y practicantes, sin contar los administrativos, agregados al material y al abastecimiento. A continuación marchaban doscientos ó doscientos cincuenta Hermanos de las Escuelas Cristianas, en funciones de camilleros; después, doscientos grandes carruajes de las Compañías de Lyon y Orleans; luego numerosos furgones y coches especiales, modelo Binder, para los heridos que no podían ser transportados más que completamente tendidos. A una señal de la Intendencia, poníase en marcha el cortejo; apenas llegado éste á un punto, lo más inmediato posible al lugar de la acción, buscábase un edificio desalojado para instalar el cuartel general provisional, donde los miembros del comité, que acompañaron á todos los combates á su personal, dividían á éste en escuadras más ó menos fuertes, según la importancia de la lucha y el número de heridos á recoger.

Importa no engañarse á este propósito; hablo de una ambulancia organizada maravillosamente por M. Ricord, quien supo inculcarla una disciplina precisa, á la par que la animaba con su celo. Empero no en todas partes reinaba este orden. En los comienzos,

muchos salían en coche, bajo el pretexto de las ambulancias; el más pintoresco *totum-revolutum* de coches de punto, carrozas, cabriolés, camiones, ómnibus, cestos, cruzábanse, amparados por el emblema de la Cruz Roja, en las cercanías del campo de batalla, mezclándose en una confusión indescriptible. Todos acudían como si fuesen á presenciar unas carreras de caballos, sin preocuparse de los heridos más que si se hubieran batido con balas de miga de pan. Era un entorpecimiento enojoso y gérmen de numerosos escándalos. La Administración acabó por dar de mano á tan insano curiosear y no franquear las puertas más que á las ambulancias auténticas.

Huelga advertir que el desorden disminuyó extraordinariamente, pero continuaba siendo enorme. Entre tanto que los prusianos retiraban con presteza admirable sus muertos y heridos, nosotros invertíamos en esta operación largo tiempo, necesitando siempre pedir permiso para efectuar dicha labor. Los enemigos nos respondían siempre en tono desdefioso: «Ya hemos enterrado vuestros muertos, y vuestros heridos no deben inquietaros; les hemos recogido; están con los nuestros tan solícitamente atendidos como entre vosotros». Nada más mortificante para nuestro amor propio que estas frías ironías. Y lo más grave es que tenían razón.

Varias ramas de este servicio se hallaban entre nosotros organizadas indignamente, resintiéndose de la deplorable administración de la Intendencia. El cuerpo de camilleros estaba, si he de creer los informes de testigos oculares, compuesto por elementos harto misérrimos. Quiero hacer excepción de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, cuya sublime conducta fué admirada por todo París y recompensa-

da con la Medalla de Honor impuesta solemnemente al Hermano Felipe, Superior de la Comunidad. Estos religiosos ejercían sus nuevas funciones con ese espíritu de abnegación, caridad y obediencia pasiva, que constituye la norma de toda su vida. Con paso tranquilo, y bajo una granizada de balas, se acercaban á los heridos, recogiénolos en sus brazos; no retrocedían ante ningún horror, por duro y repugnante que fuese; nunca se quejaban de la falta de alimento; bebían sólo agua; jamás tocaban una mochila abandonada, y tornaban en seguida á sus humildes labores de las clases sin percatarse de sus heroicidades. ¡Cuán poco cundía su ejemplo! La mayoría de los camilleros eran unos pillastres que desvalijaban las mochilas de los soldados muertos, llenando sus bolsillos, en lugar de recoger á los heridos; pasaban la mitad del tiempo bebiendo ó charlando en torno del fuego; devorando los víveres que se les repartían en aquella pequeña fiesta, graznaban como aguiluchos, ó mejor como cuervos, contra la imprevisión de la Administración que les mataba de hambre.

Casi no me atrevo á decir, no obstante ser rigurosamente exacto, que, en orden á este patriótico servicio, fué necesario renunciar á las buenas funciones de la guardia nacional. Ora porque fracasasen los primeros ensayos en este sentido, ó porque no se encontrara un hombre enérgico para disciplinar á los ciudadanos bajo sus órdenes, ellos se mostraron más perjudiciales que útiles, motivando numerosos escándalos. En lo que respecta á mí, recibí el encargo de ofrecer á las ambulancias de la Prensa los servicios de una compañía, que yo podía garantizar. «No, se me replicó, si aceptáramos vuestra proposición nos veríamos obligados á admitir á los farsantes, que, des-

pués de prometer mucho, vocearían injustamente: No queremos obedecer á los Hermanos de las Escuelas Cristianas; éstos son muy contados, pero obedecen; he aquí la gran cuestión.»

Con no menor desorden se realizaba el traslado de los heridos á Paris. Nunca se logró que la Intendencia supiese de antemano de cuántos lechos disponia cada ambulancia y á cuál debía dirigirse inmediatamente el herido, según su mal fuera más ó menos grave. Primero se le transportaba á una ambulancia central, desde donde, tras de varias horas de espera, se le enviaba á una ambulancia particular. A menudo sucedía que ésta se hallaba atestada ó que no reunia condiciones para albergar un enfermo de aquella categoría, en cuyo caso se negaba á franquear sus puertas. Entonces el infeliz paciente recorría, de ambulancia en ambulancia, un verdadero calvario. Más le habría valido caer en poder de los prusianos. Peor suerte aún estaba reservada á los soldados atacados de una enfermedad que se pudiera suponer contagiosa. No fijando la Administración las ambulancias especiales ni los hospitales donde debían permanecer, los camilleros no encontraban sitio en que depositarles; todas las puertas se cerraban ante ellos. Viéronse escenas extraordinariamente horribles. Introducido á la fuerza en una ambulancia un virolento, el médico-director de aquella autorizó á todos los heridos para que la abandonasen, cargando, en una carta inserta en la Prensa, á la Administración la responsabilidad de las consecuencias que pudieran derivarse de tal resolución.

Imprevisión y desorden: he aquí, en todas las esferas de la Administración francesa, la causa de nuestros desastres y nuestras miserias. Felizmente, la ca-

ridad individual suplió á todo. Durante el Sitio, la caridad de París fué inmensa, varia, ingeniosa, ardiente; agotaría los epítetos que pueden calificarla, si me propusiera caracterizarla justamente. Supo atender todas las necesidades y revestir todas las formas. Nunca fué más pobre; nunca se prodigó tanto. Ninguna obra benéfica solicitó en vano al público. Los hospitales y las ambulancias estaban plenos de sábanas, servilletas y lienzo de todas clases. «Tenemos hilas para diez años, decíame el doctor Mabez, médico-director de la ambulancia del Teatro Francés; en mi casa hay depositadas camisas suficientes para todo mi barrio.» Cuando el frío fué más crudo, se formó una asociación de socorros para vestir á nuestros soldados; apenas precisó publicar en los periódicos un aviso; las piezas de franela, las mantas, la bayeta cayeron abundantemente en sus almacenes. A raíz de las cruentas batallas de Villiers y Champigny, se temió que faltaran camas para los heridos, invitándose á los parisienses para que recogieran á los convalecientes, á fin de que dejaran sus lechos á los recién llegados. Al otro día habíanse recibido en la prefectura más de veinte mil ofrecimientos. En parangón con las cantinas municipales, erigiéronse por doquier múltiples fundaciones particulares para facilitar á los indigentes alimento y trabajo.

¡Verdaderamente admirables fueron el celo y la abnegación de los vecinos de París! Ninguno de ellos dejó de consagrarse á alguna ambulancia, al servicio de una cantina, á visitar á los pobres, á informarse de sus necesidades, á socorrerles. Surgieron numerosas asociaciones, siendo la más célebre la de las *Hermanas de Francia*. La cito como modelo, no porque haya prestado más servicios, ni testimoniado mayor

abnegación que sus similares, sino porque importa seleccionar, porque únicamente el detalle interesa en estos relatos, y porque sería imposible, hablando de todas, dedicarlas más que algunas frases generales. Habría motivo para estampar á la conclusión de este estudio la frase virgiliana: *Ab uno disce omnes*. Por una, podría juzgarse las demás.

M. Emilio Barrault fundó y organizó las *Hermanas de Francia*. Formando parte del comité civil de defensa, á diario entendía en copiosos proyectos, unos más lógicos que otros. En una de las sesiones del comité, atrajo intensamente su atención una carta de mujer, nerviosa y entusiasta, donde su firmante lamentaba que, entre tantas energías sociales que no se utilizaban, se perdiese en la inacción una de las más poderosas y eficaces: la mujer. Solicitábase á los hombres para el servicio militar: ¿por qué no imponer al otro sexo las labores de enfermeras, costureras, repartidoras de víveres?; ¿por qué no requerirle para los empleos á que la naturaleza le había destinado?

Imposible *requerir* á las mujeres por la vía administrativa. Francia entera habría lanzado una sonora carcajada, aunque á decir verdad, la idea no es ya tan ridícula. Empero, ¿no se podría organizar una legión láica de las voluntarias de la abnegación, que se comprometiesen, de palabra ó por escrito, á someterse á las órdenes de una dirección única, á obedecerla ciegamente, á prestar cuantos servicios se exigiesen de ellas, recuperando después de la guerra su libertad? De aquí surgieron las *Hermanas de Francia*, que no son otras que las *Hermanas grises*, temporeras y láicas.

M. Emilio Barrault acometió entusiásticamente

esta organización. Harto compréndese, sin que sea menester aseverarlo, cuán delicada era esta empresa y cuán abocada á un fracaso. Las voluntarias eran numerosísimas; mas precisaba admitir únicamente á personas de una moralidad intachable, rechazando aquellas que se alistasen, por moda ó por calaverada, en la asociación, y cuyo entusiasmo se entibiaría presto. Urgía, en fin — y cierto que no era el punto menos capital en una población tan propensa á la burla—no dar pretexto á ningún chanchullo de dinero, no cansar al público con cuestaciones importunas, procurarse vida propia.

Casi todas estas dificultades fueron solucionadas fácilmente. M. Barrault recorrió París entero, encontrando muchos locales desalquilados, cuyos propietarios le autorizaron para establecer en ellos ambulancias. En seguida instaló fijamente á sus neófitas, comisionándolas para que postulasen en la vecindad camas, ropas y medicamentos, y prohibiéndolas terminantemente poseer más dinero que aquel que llevasen de sus casas. En efecto, una de las reglas de la institución preceptúa que las Hermanas deben nutrirse á sus expensas. No se piense que, al principio, dejaron de surgir en el seno de esta asociación algunos conflictos de amor propio; hubo ciertos disgustos, siendo preciso un tacto exquisito para elegir con acierto las *Madres*, que habian de ser tan enérgicas como amables para mantener su autoridad.

La fundación de M. Barrault camina, al presente, á pedir de boca, contando con treinta ambulancias, unas volantes, otras fijas; unas destinadas á los heridos, otras á los enfermos, sin exceptuar á los infelices atacados de enfermedades contagiosas; un número de Hermanas, proporcionado á la importancia del

establecimiento, presta servicio en estas ambulancias; permanecen fijas, durante el día y la noche, hasta que las relevan de sus puestos. No se hallan uniformadas; su traje es, generalmente, de color obscuro, sin otro adorno que la Cruz Roja de Ginebra. Entre ellas figuran algunas aristócratas, muchas mujeres de la clase media; no pocas tienen á sus hijos en el Ejército, y creen, cuidando á los de otras madres, recompensar los desvelos que se prodigarán á los suyos; muchas, más jóvenes—la edad mínima es de veinticinco años—, á quienes la guerra ha privado de su trabajo habitual, y que buscan en la fatiga corporal un alivio á las tristezas de su espíritu; numerosas inflamadas por el fuego interior de la caridad, y que no piden á la abnegación más que el placer de sacrificarse.

He visitado con M. Emilio Barrault algunas de estas ambulancias. La instalación no es uniforme, ya que fueron establecidas en las casas que sus dueños facilitaron y amuebladas, como se pudo, con cuanto regaló la generosidad del vecindario. Empero, reúnen una condición excelente: no pueden contener más que un número reducido de enfermos, y son muy ventiladas; los balcones de una de Montrouge se abren sobre un vasto jardín, que pertenece á la ambulancia. En derredor todo es soledad y ruina. Ni una panadería, ni una carnicería, ni siquiera una taberna.

—Y ¿dónde compráis? —pregunté á la Hermana que nos guiaba.

—Vamos por la mañana, muy temprano, á París. Mas, generalmente, no nos alimentamos más que de pan mojado en vino.

Quien me hablaba de esta suerte era una joven

inglesa que vivía allí, desde hacía un mes, con su hermana, bajo la dirección de una *Madre*. Ella me enseñó la cuadra, porque disponían de un caballo para transportar á los enfermos.

—Yo misma le guío—me dijo riendo.

Aquel mismo día habían dado *de alta* á dos violentos heridos, y tranquilas y alegres en medio de aquellos quehaceres tan nuevos para ellas, aguardaban á otros. No pude menos de admirar, en el curso de estas visitas, verificadas en los barrios más diversos, la deferencia que las voluntarias de las ambulancias dispensaban al representante de la autoridad civil. Resueltamente, los sacerdotes que fundaron los monasterios eran grandes maestros de la vida y conocían profundamente el corazón de las mujeres; empero, pienso que la fe religiosa no es el único elemento integrante de estas abnegaciones y heroicidades que el catolicismo opone siempre á los incrédulos. Acaso, investigando convenientemente, se descubriera en el sér humano una necesidad de sacrificarse y obedecer, que podría desorientar, á ser así su capricho, á quienes han recibido el don del mando y poseen la fuerza moral.

¡Fenómeno singular!: la firmante de la carta, inspiradora de este movimiento, ni siquiera compareció en la asociación. Ella ostenta un nombre comprometedor, y se la rogó que autorizara, prescindiendo de su concurso, la práctica de su hermosa idea. Hubo de resignarse suspirando. Todavía érale reservada una última amargura. Insistía—aquí descubriréis la mano de la mujer—en un detalle del traje: en una cofia, dispuesta bajo una forma especial, que debía distinguir á las *Hermanas de Francia*. Los organizadores suprimieron esta cofia.

—¡Ah! se ha perdido mi idea—gemía dolorosamente.

No, ciertamente. Su idea vive intensa y llega mucho más lejos que ella supuso. ¡Cuántas sublimidades implica el nexo de estas dos palabras: *Hermanas laicas*. ¡Cuántas perspectivas ofrece!

¡Quién sabe si el problema de la educación de las mujeres no podría ser resuelto cumplidamente por esta antítesis! ¡Un alistamiento de mujeres, que dedicarían dos años á educarse!... No os sonriáis; el problema es serio, muy serio. El porvenir nos amenaza con otras sorpresas.

¡Quién sabe si de este Sitio no surgirá para nosotros una era de regeneración; si nuestros propios infortunios excesivos no engendrarán terribles lecciones que nos será muy provechoso aprender! Esta guerra nos ha descubierto múltiples defectos que ni siquiera sospechábamos; corrigiéndolos, rehabilitaremos á Francia. A la vez ha patentizado grandes cualidades, que tal vez desconocíamos, y que singularmente las provincias, en cuya opinión vivíamos encenagados en los infernales hábitos de la fanfarronería, no suponían en nosotros.

Me complazco en insistir sobre estos detalles, debiéndoseme perdonar tamaña terquedad en gracia á la bondad de mi intención, que es el muy legítimo deseo de que conozcamos mejor y estimemos más á nuestras mujeres que, en apariencia, son frívolas, pero que, en el fondo, son buenas, serias, abnegadas, y en una palabra, verdaderamente francesas.

Una anécdota, absolutamente auténtica, las retratará como son.

Una anciana dama que, antes del Sitio, vivía en la abundancia, casi en la riqueza, vése arruinada

cuando los prusianos llegaron á París. Despide á su criada, arregla su hogar y acude á comprar diariamente su comida. Hasta entonces había vivido con su hijo que, en los comienzos de la guerra, se alistó como voluntario. La ausencia del hijo amado constituía, pues, para ella un grave disgusto. Vivía, como si él permaneciese aún á su lado, cerca de ella, ante su vista. A la hora de comer, colocaba sobre la mesa dos cubiertos: el del ausente adorado y el suyo. Partía en dos fragmentos su mísero condumio; luego de satisfacer esta imperiosa necesidad física, llevaba á una vieja vecina enferma la ración de su hijo. Así continúa, sin faltar ni un solo día, durante el Sitio. No conozco nada más delicado ni atrayente que la caridad en esta forma ejercida.

CAPÍTULO ÚLTIMO

El bombardeo. — La capitulación.

Delante del fuerte de Rosny y protegido por sus fuegos, extiéndese el vasto terraplén de Avron, desde donde se domina el camino de Chelles. Durante los sucesos de 31 de Noviembre y 2 de Diciembre, el almirante Saisset se situó allí con un numeroso cuerpo de ejército, barriendo desde dicha altura, á cañonazos, la llanura, colaborando así en el movimiento estratégico que se operaba. Después, el gobernador mandó instalar en aquel punto enormes cañones de marina de gran alcance.

La posesión del terraplén de Avron nos consoló del fracaso de aquella inolvidable salida. «Muy cierto—decíamos—que se nos ha obligado á vadear de nuevo el Marga, pero somos dueños del terraplén; los prusianos no han podido arrebatárnoslo». La Prensa encarecía en sus editoriales la importancia de esta posición y el transcendental papel que había de desempeñar en los acontecimientos que se avecinaban. Debiérasenos haber ocurrido esta reflexión simplicísima: si la ocupación del terraplén ofrece tantas ventajas, ¿por qué no se ha dispuesto convenientemente, cuando cabía verificarlo con la mayor impunidad, bajo el fuego del fuerte de Rosny? Empero, no mirá-bamos tan lejos; diciendo nosotros, digo el vulgo, que

ignora las cosas de la guerra y reputa cierto cuanto se le narra. Dormíamos, pues, harto tranquilos, seguros de que el terraplén de Avron era una preciosa conquista, de la que nunca nos despojarían los prusianos.

La guarnición vivía igualmente en esta apacible quietud. Nuestras tropas se helaban, porque el frío era terrible y el termómetro que, en París, marcaba ocho ó diez grados bajo cero, descendía hasta doce en aquella planicie azotada por los cuatro vientos; empero, nadie sospechaba que podían atacarla. Mas, he aquí que una mañana, apenas alborado el día, cuando nuestros hombres se aprestaban descuidadamente á sus faenas ordinarias, se oyó súbito un ruido formidable: una, dos, tres baterías disparaban á la vez; las granadas se cruzaban en el aire, con ese silbido particular que los parisienses conocen perfectamente, cayendo como lluvia sobre el terraplén; estallaban sobre aquella tierra endurecida por el hielo; era una tromba de hierro y de fuego que, á su paso, arrasábalo todo. Según parece, en los primeros momentos se produjo un desorden espantoso. Los soldados se escondían, ciegos, perdidos. Mas, recobraron presto su habitual valor. Los artilleros, con heroica sangre fría, corrieron á sus piezas para contestar al fuego del enemigo con otro fuego mortífero. Parapetóse, lo mejor que fué posible, en las trincheras y tras de los obstáculos naturales, el resto de las tropas, entablándose un magnífico duelo entre nuestras baterías y las de los prusianos.

Esta primera jornada fué terrible. La relación oficial publicada por la tarde en París no acusaba más que ocho muertos y cincuenta heridos; quizá dijese verdad, pero el efecto moral fué desastroso. Todos los

testigos de aquel bombardeo hablan de él con admiración y espanto. Nunca había ocurrido algo semejante. Era una lluvia copiosa de proyectiles que, lanzados en todos sentidos, derribaban en tierra hombres y caballos destrozados, lacerados por horribles heridas. Un cielo, lúgubramente preñado de nieve, velaba con plomizo sudario aquella escena de desolación. Sólo algunas estrechas zanjias para resguardarse. Un plano árido, desde donde se divisaba á lo lejos la trágica sublimidad del espectáculo; viendo caer al camarada, decíase cada cual que presto le llegaría su turno. Las tropas soportaron valientemente este combate; mas, se advirtió desde el primer instante que era imposible exponerlas durante largo tiempo á tamaño fuego continuo, cuya violencia se duplicaba por momentos. Urgía adoptar una resolución; entonces surgió el temor *al qué dirán* de la opinión pública. ¿Qué diría, en efecto, el pueblo parisién, tan impresionable, tan propenso á las exageraciones de la crítica, sabiendo que se abandonaba una posición cuyas ventajas había enumerado con reiterada complacencia? Permaneciósese, pues, á la expectativa durante toda la noche del 28 al 29, imaginándose, sin duda, que Santa Genoveva, patrona de París, bajaría del cielo para tocar los cañones enemigos y reducirlos á silencio. Al amanecer, reanudóse el bombardeo menos furioso que la víspera; nos disponíamos á ovacionar á nuestros héroes, cuando, después de medio día, se descubrieron nuevas baterías, siendo entonces ocho las que disparaban contra aquel infausto terraplén; unas tiraban de frente, otras enfiladas; por último entraron en escena los famosos cañones Krupp, que, colocados fuera de nuestro alcance, lanzaban certeros obuses de cien kilos. Nuestras bombas explo-

taban, inofensivas, á quinientos pasos de sus bocas. ¡*Telum imbellé sine ictu!* Refiérese que nuestros oficiales, provistos de una lente de mar, veían á los artilleros alemanes que, cuando caía fuera de sus líneas una de nuestras granadas, saludábanla irónicamente, dirigiendo con sus moqueros á nuestros marinos burlos y aclamaciones.

La posición era insostenible para nuestra infantería, que aguardaba con el fusil prevenido bajo aquella granizada de proyectiles, y para nuestros cañones, desmontados por los obuses enemigos ó sin artilleros que los rigiesen. Al atardecer, se ordenó la retirada. Esta no era fácil ni segura; porque los morteros prusianos, disparando á ciegas sobre el camino que los soldados franceses debían atravesar, hacíanla peligrosísima; además, era preciso desmontar en breves horas un material en cuyo acarreo y emplazamiento se había invertido tres semanas. Añadid, para colmo de infortunios, que los caballos resbalaban sobre la nieve congelada por el frío. Entonces, como siempre, los marinos se condujeron heroica y sublimemente. Uncidos á sus piezas, arrastráronlas á través de aquel terreno gélido, bajo el fuego mortífero de los prusianos, hasta situarlas en lugar seguro. Esta rápida evacuación valía casi tanto como un triunfo. Empero, confesad que era harto triste verse reducidos á no contar por victorias más que honrosas retiradas. Fácil es imaginar cuán hondamente conmovió nuestros espíritus la noticia de esta catástrofe. El despacho oficial que nos la comunicó, hablaba de la *nueva fase* en que había entrado el Sitio, dejando entender con harta claridad, que esta nueva fase no era otra que el bombardeo. Muy cierto que añadía que ello había sido previsto desde largo tiempo atrás, y

que inmediatamente *se modificarían las condiciones de la defensa, sin mermar sus medios ni sus energías.*

En toda la población se produjo como una impresión de estupor, traducido presto en ira. ¡Cómo!, ¡hacía cuatro meses que pudimos ocupar el terraplén de Avron, y uno que lo habíamos ocupado de hecho, sin sufrir la más leve inquietud, y no se había llevado á cabo ninguno de los trabajos necesarios para fortificarlo y retenerlo en nuestro poder! Entre tanto, los prusianos que se adueñaron de Bourget, bajo el fuego del fuerte de Aubervilliers, habían fortificado en tres semanas intensamente dicha posición para afrontar un bombardeo y un asalto. ¿A qué se debía esto? ¡Al cabo de dos días de bombardeo, nos veíamos forzados á batirnos en retirada sin haber causado al enemigo ningún daño, ni siquiera haberle visto! ¿En qué pensaban nuestros generales? ¿En qué pensaban nuestros oficiales de ingenieros?

Empero, inquietábanos todavía más el súbito descubrimiento de tantas baterías ignoradas hasta allí. Los prusianos pudieron, á cuatro ó cinco kilómetros de nuestros flancos, realizar trabajos gigantescos sin que de ello hubiéramos la más ligera sospecha. ¡Ah!, ¿quién nos respondía de que aquellas baterías, descubiertas de improviso, eran las únicas que aprisionaban con férreo cingulo á París, y que en el primer día no lanzarían un fuego terrible contra la capital? Nadie temía este fuego—apelo al testimonio de los parisienses que lean este libro—; todos lo aguardaban con triste resignación; empero, recrudecía la inquietud sabiendo que nuestros generales nada habían previsto, que todo les había sorprendido tanto como á nosotros; que merecíamos excusa, supuesto que no habían cesado de arrullarnos con vanas ilu-

siones. Repasábamos en nuestros sentidos la historia de todos los asedios precedentes, apercibiendo que, sin excepción, los sitiados estorbaban de continuo los trabajos de los sitiadores, destruyendo sus obras é inutilizando sus cañones; que á los terraplenes, á las trincheras, á las paralelas, oponían paralelas, trincheras y terraplenes; y nosotros nada habíamos hecho, ó mejor, no se nos había ordenado hacer más que dos ó tres simulacros de combate. Y he aquí que, de repente, nos amenazaba un número estupendo de baterías, surgidas de la tierra, como los personajes salen en los escenarios por escotillón.

Representábanse estas baterías, con todos sus detalles, en su formidable é ingeniosa complejidad. Constaban de tres pisos, ocultos por vallas, que los protegían contra nuestros obuses, dispuestos sobre *rails*, para facilitar su traslado de un punto á otro, y desorientar así la puntería de los artilleros enemigos. Escondidos los soldados como topos, en huecos artísticamente abiertos, y nunca descubriéndose, no corrían ningún riesgo—. ¡Ah! ¡Son perversos!...—escribían al pie de sus artículos los publicistas militares. Y nosotros, no podíamos menos de preguntarnos: —¿Es tan difícil á nuestros oficiales de Artillería ser tan perversos como ellos? Aquellas obras parecían sencísimas: ¿por qué no las habían realizado antes que los aborrecidos alemanes?, ó ¿por qué viendo que los enemigos, más aviesos, llevábanlas á cabo, no tuvieron la malicia de imitarles? En nosotros mismos latía como un secreto despecho de nuestra ignorancia; los técnicos respondiánnos encogiéndose de hombros con soberbio desdén; nuestra impotencia para convencerles nos encolerizaba extraordinariamente. A no dudarlo, tenían la culpa de nuestra perdición,

pero también eran los únicos que nos podían sacar del atolladero; habíamos de ello plena conciencia, y por eso les suplicábamos, tendiendo hacia ellos nuestras manos, con preces, ora tiernas, ora acres, ya desesperadas, ya furiosas: — ¡Haced algo!... Lo que sea... Lo que queráis... Mas ¡por Dios, haced algo!...

¡Haced algo!, repetían á M. Trochu sus consejeros, sus amigos, hasta sus colegas, que no sin cierta inquietud sentían acrecer la ola de la indignación popular. Entre el público circulaba, cada vez más insistentemente, el rumor de graves disentimientos surgidos á este propósito en el seno del gobierno; Trochu, nunca parco en proclamas, cogía al punto la pluma, y escribía, escribía, escribía.

«Declaro rotundamente—decía un día—que, entre todos los ministros, reina la unión más firme y sólida, ante las inquietudes y los peligros del país, esperando y confiando en su redención.» Otra vez exclamaba con siniestra énfasis: «¡Tranquilizaos! ¡El gobernador de París nunca capitulará!» Leyendo estas tonterías, eminentemente bretonas, sentíase una impaciencia bien natural. No se ventilaba en aquel pleito el interés del gobernador de París, sino el del propio París. ¿Qué nos importaba que él nos prometiese no firmar la capitulación, si nos veíamos forzados á pactarla?

El partido radical, que acechaba las ocasiones de hacer más intensa la tirantez, comprendió al punto cuánto favorecía sus planes este descontento latente. Así tornó á hablar de la eterna *Commune* que, á fuerza de ser voceada, vino á ser como el *tomad mi oso*, del vaudevillista, en los casos difíciles. La Prensa no secundó esta vez sus bravuconerías; entonces se publicaban muy escasos periódicos. En su consecuencia,

recurrió á los carteles; recuerdo uno, rojo, en que se nos excitaba á la revolución, acusando de traición al gobierno y de cobardía á la burguesía. Los gobernantes pensaron que, ante semejante incitación á la guerra civil, debían extremarse las medidas enérgicas, y á este efecto enumeraron, en un bando, las que convenía adoptar contra los autores de la sedición. Empero nadie ignora que nunca los verdaderos jefes de un movimiento marchan á su cabeza; en poder de la autoridad jamás caen sino los testafierros, los *hombres de paja* de los partidos.

He dicho anteriormente que una gran mayoría de los alcaldes se hallaban afiliados á la facción de la *Commune*. No eran, por cierto, los más hábiles ni los más activos, sino los que, apoyados por un partido muy unido, mangoneaban en la política y hablaban más alto. Ellos convocaron reuniones de alcaldes para inquirir la forma en que se había desarrollado el Sitio y presentar al gobierno las oportunas reclamaciones. Estas se traducirían presto en órdenes. La *Commune*, derrotada en el arroyo, intentaba deslizarse de nuevo por la puerta entreabierta de una dudosa legalidad.

—Somos—decían—en las presentes circunstancias, los únicos representantes del sufragio universal. El nos ha conferido nuestros poderes; los miembros del gobierno deben los suyos á una revolución.

—Muy cierto—replicábamos—que habéis sido elegidos así para un objeto determinado; desempeñad, pues, vuestra misión. Sois funcionarios municipales; limitaos á las atribuciones de vuestra municipalidad. No carecéis de ellas, pero las desempeñáis pésimamente. ¡Cumplidlas!

Habría podido eternizarse esta discusión, porque nadie alegaba sus verdaderas razones.

—Ambiciono el poder — debiera haber dicho simplemente cualquiera de ambas partes.

—Y yo—podría replicar la contraria—no quiero que lo tengáis, porque desconfío de vosotros más que de sus actuales manipuladores. No me place cambiar, para servirme de una frase vulgar, pero enérgica, mi caballo tuerto por uno ciego.

Estas querellas, tan extemporáneas, hacían presagiar á los espíritus observadores una nueva *Jornada*. Era evidente que surgiría, apenas una gran emoción pública diese motivo para ello. Esta perspectiva, tan aterradora, exacerbaba más todavía las inquietudes del bombardeo.

Este proseguía con intensidad casi ininterrumpida. Primero se limitó á los fuertes del Este y á los de Rosny y Nogent; luego se extendió poco á poco á los del Sur, á Montrouge, Bicêtre, Issy; más tarde al Nordeste, intentándose contra Aubervilliers, y por último, remontándose hacia el Norte, dirigía sus bombas contra Saint-Denis. Ensordecía á París como un prolongado cañonazo, á cuyo ruido concluimos por habituarnos. Algunas granadas que explotaban más cerca, con detonación más seca y terrible, hacíannos estremecer; mas pronto nos tranquilizábamos pensando que procedía de una de las admirables baterías de nuestra marina que vomitaban metralla contra los prusianos. Por la mañana, leyendo el periódico, inquiríamos afanosamente los estragos de la capital; los informes oficiales eran muy tranquilizadores. Nos decían que nuestros fuertes habían resistido perfectamente; apenas si aquella granizada de proyectiles había arañado la piedra de sus muros. Las pérdidas en hombres eran insignificantes. Hablábasenos de treinta obuses explotados por minuto, y al fin de la

jornada, se registraba sólo un muerto y dos heridos. Todo esto podía ser cierto, porque un bombardeo se propone más asustar que producir daños efectivos; empero, por desgracia nuestra, creíamos sólo á medias la prosa endulzada de los gobernantes. Habíamosles sorprendido varias veces en flagrante mentira; esta su propensión á engañarnos movíanos á desconfiar de ellos. Me limitaré á citar un ejemplo muy reciente. Durante nuestra retirada del terraplén de Avron, el gobierno nos dijo reiteradamente que esta evacuación carecía de importancia, ya que los prusianos no podían ocupar la posición, donde se encontraban bajo el fuego del fuerte de Rosny. Nunca habríamos dudado de la veracidad de este juicio; empero, he aquí que, leyendo cierto día un ejemplar del *Moniteur prussien de Seine et Oise*, llegado casualmente á nuestras manos, supimos que el enemigo se había instalado en el famoso terraplén donde se nos aseveraba que no podría permanecer.

—¡Bah!, pensamos, es una de tantas fanfarronadas á que nos tienen acostumbrados esos aguiluchos de Prusia. Al día siguiente, dos notas militares, firmadas por el general Schmitz nos revelan que «nuestras tropas operan detenidos reconocimientos sobre el terraplén de Avron, han hecho algunos prisioneros, arrasan los puestos prusianos, habiendo destruido un amplio muro tras del cual se guarecía del frío el enemigo.» Parece ocioso apuntar que, para hacer algunos prisioneros sobre el terraplén de Avron, era menester que hubiese allí soldados prusianos. La consecuencia era clara. Eran pocos...; no podían causarnos ningún mal...; admitamos como veraces estas hipótesis; empero, lo cierto es que los había, y según murmurábamos en voz baja, más habría valido reconocerlo

así en un principio; estos pequeños tapujos eran harto miserables, restando al gobierno el congruente prestigio y la confianza de la población.

No se nos había aseverado positivamente, pero sí dejado creer que el bombardeo no nos perjudicaría; que se reduciría á lanzar obuses y balas contra las murallas; que acaso llegara al asalto, pero que nunca sembraría la desolación en la misma capital. He descrito, en un capítulo precedente, nuestras ilusiones en este orden, primero débiles y por último inquebrantables. Es fuerza confesar nuestra vanidad. El 5 de Enero, París vió por primera vez los obuses prusianos. Uno de ellos explotó sobre el jardín de Luxemburgo y sobre el cementerio Montparnasse. La Escuela Normal, situada en la calle de Ulm, el Mercado de caballos, el boulevard del Infierno, la calle Saint-Jacques también recibieron algunas bombas. Al principio, todos vacilamos durante breves instantes, exclamando:—«Se divierten apuntando á la cúpula del Panteón y á las torres de Nuestra Señora.—No, replicaban algunos, nunca se inicia el bombardeo de una capital sin anunciárselo oficialmente al gobierno por medio de obuses extraviados. Las posiciones ocupadas por los prusianos se hallan muy próximas á nuestro recinto; basta que los cañones eleven un poco su puntería para que sus balas caigan indefectiblemente sobre nuestras casas.»

De esta suerte razonaban los más benévolos. ¡Ah, cuán poco conocían á estos bárbaros del Norte, hijos de vándalos, que Luis Blanc compara, en su estilo pintoresco, á los Mohicanos que hubiesen pasado por la Escuela politécnica! No eran obuses extraviados los que comenzaban á llover sobre la populosa urbe, sobre la capital auténtica de la civilización moderna;

iban contra un blanco perfectamente determinado, y si, infringiendo todas las reglas diplomáticas, M. de Bismark no nos había prevenido, debíase á que no era menester preocuparse de los vencidos. Los embajadores y cónsules residentes en París protestaron unánimemente contra tamaña transgresión de las leyes divinas y humanas; el canciller les respondió, con su sarcástica impertinencia, que era culpa nuestra, que nosotros le habíamos forzado á tan duro trance, y que se lavaba las manos.

¡En realidad de verdad, nuestra era la culpa! ¿Por qué resistirnos tanto tiempo? ¿Por qué tendíamos los brazos á las cadenas y humillábamos las frentes ante el deshonor? ¡Eramos los únicos culpables de torturar así el corazón del bondadoso anciano Guillermo, obligándole á castigarnos tan cruelmente! El piadoso monarca se hallaba consternado; empero, ofrecía nuestros sufrimientos al dios de las batallas, su constante protector. ¡Citaba por testigos á su amada Augusta, á *nuestro Fritz*, á toda la nación alemana, á la gran nación alemana...!

La gran nación alemana debió lanzar un grito de júbilo. Al peso invencible de su opinión pública debíase el bombardeo. Los periódicos y las cartas particulares—nos apoderamos de un número considerable pertenecientes á los prisioneros y á los muertos prusianos—no cesaban de repetirlo en todos los tonos: «¡Ah!, ¿por qué no les bombardeáis? ¿A qué tardáis tanto? ¿Retrocede ante un bombardeo el valiente ejército alemán? ¿En qué piensan nuestros generales?» He aquí el único grito que se escuchaba en la cariñosa, rubia y leal Germania; un grito de envidia, mejor que de odio. París la molesta. Aborrece á nuestra capital con el furor que una fea odia á una mujer her-

mosa. De buen grado la arrojaría vitriolo al rostro, destruyendo con su pie estúpido sus caracteres encantadores á fin de impedirla ser magnífica, amable, amada; en una palabra, para hacerla semejante á ella.

Uno de sus periódicos, *La Gaceta de la Cruz*, si no recuerdo mal, escribió acerca de este asunto un extenso artículo donde intentaba calmar la legítima impaciencia de sus compatriotas.—«Tranquilizaos—les decía—, se les bombardeará; empero, M. de Bismark sabe perfectamente lo que hace; es mal intencionado. Aguarda el momento psicológico».

De aquí derivaba el articulista su discurso para explicar lo que entendía por el momento psicológico. Con la solemne pedantería del idioma alemán, demostraba que, siendo el objeto exclusivo del bombardeo impresionar la imaginación, debía elegirse justamente la hora en que la fantasía fuese más abrumada; notaba que aún no había sonado esta hora; que convenía que hubiésemos sufrido primero el hambre, y después la guerra civil, para que más tarde el bombardeo produjera el resultado que había derecho á esperar; tal sería el momento psicológico. Todo ello escrito en tono doctoral y en un estilo pesado y altisonante, que Henri Heine habría atribuido al punto á su berlinés.

¡Cuántas burlas inspiró entre nosotros *el momento psicológico*! La frase se hizo de moda, repitiéndose á cada momento en la conversación ordinaria. Decíase corrientemente: «Tengo hambre; es el momento psicológico de sentarse á la mesa». Cuando una persona cometía una torpeza, se le censuraba por no haber sabido elegir el momento psicológico. Criticábase á éste en canciones y caricaturas. Así, explotando en las calles de París la primera bomba, todos exclama-

mos, riendo; «¡Ea!, ¡creen que ha llegado el momento psicológico!»

¡Ah!, no; parece que aquel no era aún el momento psicológico. Temo que alguien me acuse de exageración y de *pose*, describiendo la forma en que los parisienses recibieron á sus molestos huéspedes. Empero, juro que, en este punto, como en todos, procuraré decir la verdad. Aunque mi relato parezca inverosímil, es absolutamente exacto; he visto, con mis propios ojos, aquellos sucesos, y si algüen dudase de mis palabras, habré de remitirle á los periódicos, que darán pleno testimonio de la veracidad de mis asertos. El bombardeo, lejos de aterrar, despertó en toda la población una vivísima curiosidad. Fué como un espectáculo, magnífico é insólito. Ni sombra de pavor, gemidos ni gritos; al contrario, una explosión de bur-las, donde la ironía parisina desplegó intensamente sus maravillosas dotes. Los granujas y los indigentes acechaban la caída de los obuses; apenas habían explotado, arrojábanse sobre los fragmentos, que luego vendían como recuerdo del Sitio. Establecióse como una *Bolsa*, donde se cotizaban los trozos de obús, según su magnitud ó la conformación más ó menos rara de sus escotaduras. Un pedazo, todavía humeante, valía cincuenta céntimos más. En esta recogida se cometieron graves imprudencias, agravadas muy mucho por la impaciencia de la muchedumbre. Tan pronto como el proyectil rodaba por el suelo, caían sobre él hombres, mujeres y niños. El gobierno se vió precisado á prohibir, por medio de un bando, á los parisienses, que se aproximasen á los lugares donde llovían los obuses. Afirmábase á este efecto, en una circular, que un obús, cayendo en un lugar determinado, era casi siempre el precursor de otro, que á su

vez precedía á un tercero, implicando un grave é inútil peligro, correr, cuando llovía, á guarecerse bajo la gotera. Se leyó el bando, y reputándolo muy prudente, nadie hizo caso de sus advertencias. Así obra en todo el parisién. Entre las chanzas del momento, hay una que caracteriza al pilluelo de París y que es verdaderamente chusca. Habíasenos advertido que tan pronto como notáramos la proximidad del obús por el significativo silbido que le antecede necesariamente, convenía tenderse boca abajo en tierra para no ser destrozado por el proyectil. Cuando los hijos de la gente del pueblo, y aun sus mismos padres veían á un corpulento y obeso burgués, con flamante cadena de oro sobre el chaleco, cruzar la calle, ventteaban, escudriñando la atmósfera, como si quisieran descubrir algo; en esta postura aguardaban á que él pasase junto á un charco, voceando entonces con toda la fuerza de sus pulmones: «¡Un obús! ¡Un obús!» Como impulsado por un resorte, el burgués arrojábase en tierra, metiendo la nariz en el fango. Huelga decir las estupendas carcajadas que sazaban el incidente.

Contribuyó muy mucho á sostener este espíritu de picardía, que el bombardeo, tan eficaz para destruir una localidad pequeña cuyas chozas de madera se aprietan unas contra otras, es impotente contra una urbe populosa, seccionada por amplios paseos, por extensos alrededores de parques y jardines, donde las residencias de los particulares, casi todas edificadas en piedra, se asemejan por la solidez de su construcción y por la fuerza de su resistencia á las ciudadelas. Un obús, cayendo sobre una de estas casas, rompía dos ó tres techumbres, causando algunos destrozos, pero éstos eran de escasa importancia y fácil-

mente reparables. Precisábanse para reducirla á cenizas cientos de obuses, dirigidos todos contra el mismo blanco; por tanto, pretender destruir un barrio de París era una empresa insensata, absurda. Por muy considerables que fuesen las provisiones de metralla acumuladas por los prusianos, no lograrían su objeto, aunque prolongaran durante diez meses el bombardeo. Apenas causaban estragos sino sobre las fachadas de las fincas y en los mobiliarios. Admiraba en verdad cruzar el Barrio Latino tras de una noche en que no había cesado ni un minuto el bombardeo y casi no descubrir ninguna huella de su paso. Paredes agrietadas, cristales hechos añicos, tejas esparcidas en las aceras, aquí y allá una puerta desgoznada, un hoyo abierto en el suelo: he aquí todo. Era menester, para ver efectivas ruinas, descubrir un sitio donde hubieran caído muchas bombas. Estos estragos inspiraban más curiosidad que espanto. Terminaré con un detalle que caracteriza á maravilla al parisién; en Auteuil, un cosechero de vinos, cuya casa había sido acariciada por varios proyectiles, mandó escribir sobre su muestra con gruesos caracteres: *El centro de los obuses*, de los que guardaba en su establecimiento una copiosa colección.

Los prusianos se equivocaron de medio á medio, si se proponían asustarnos. Sólo consiguieron exacerbar nuestro odio y nuestra ira. La misma ineficacia del bombardeo contribuyó á hacernos más abominable el procedimiento. Imposible reconocer que la guerra implica sus necesidades, siquiera ellas sean muy crueles. Un regimiento se aloja en un pueblo; caen muertos varios de sus hombres; se incendia la localidad por represalias. No cabe dudar que esto es execrable, pero se justifica y hasta cierto punto se

disculpa por la urgencia de que un ejército en marcha mantenga su autoridad. ¿Para qué servía el bombardeo? ¿En qué contribuía á que avanzase el Sitio? El Estado Mayor prusiano no ignoraba que nuestras provisiones tocaban á su fin, que á despecho nuestro el hambre les abriría presto nuestras puertas. Así pues, ¿destruíase por el placer de destruir, sin utilidad, sin objeto, para proporcionarse y proporcionar á los *dilettanti* del Universo el delicioso espectáculo de la sublime Babilonia abismada bajo una lluvia de fuego? Este solo pensamiento indignaba nuestro corazón, recrudeciendo el odio que profesábamos á los teutones.

Si las pérdidas materiales eran de menor consideración que suponían los vándalos germanos, había en cambio muchas personas muertas ó heridas, y sobre todo, es lógico pensarlo, entre aquellas á quienes su edad ó su sexo prohibían empuñar las armas. Los hombres acudían á las murallas y á las trincheras, donde esquivábanse fácilmente las explosiones de los obuses; aun los que no prestaban servicio fuera de sus casas, podían salir de éstas durante la noche; no así las mujeres, los ancianos, los niños que duermen al calor del hogar. Todas las mañanas, los periódicos insertaban la triste relación de nuestras bajas; madres muertas con el bebé que llevaban en sus brazos, inocentes párvulos destrozados en sus cunas, mujeres heridas cuando formaban en la cola para comprar pan, con las piernas acribilladas ó con el pecho abierto por la metralla. París entero rugió de ira, leyendo esta esquila repartida profusamente: «Jules Legendre y señora tienen el sentimiento de participaros la muerte de sus hijas: Alicia, de tres años y medio, y Clemencia, de ocho, ambas asesina-

das por un obús prusiano.» Un proyectil cayó sobre la casa de San Nicolás, uno de los establecimientos docentes más importantes de la capital, matando é hiriendo á cinco jóvenes de doce á catorce años; otro destruyó la techumbre de un pensionado de señoritas, mutilando á varias y causando la muerte de dos. Inmensa muchedumbre formaba en el cortejo fúnebre de estas inocentes y malogradas víctimas; M. Jules Faure expresó, en un discurso sublime, en el entierro de los alumnos de San Nicolás, el patriótico duelo de toda la nación ante aquellos incalificables atentados.

Parecía que los obuses prusianos iban expresamente contra los parajes donde podían sembrar mayor desolación. A la distancia en que se encontraban los artilleros enemigos, les era imposible afinar la puntería. Empero, una fatalidad inconcebible dirigía sus proyectiles sobre nuestros museos, nuestras bibliotecas y nuestros hospitales. Nadie ignora que el lado izquierdo de París abunda en establecimientos benéficos, cuyo número acreció extraordinariamente durante el Sitio. No transcurría un día en que la Prensa no publicase alguna protesta, suscrita por eminencias médicas, contra los crímenes cometidos en nuestros hospitales por los prusianos. Cayendo con persistente encono sobre el *Val-de-Grâce* sus obuses, M. Trochu ordenó trasladar allí á los heridos prisioneros, notificándoselo á M. de Moltke; á raíz de esta disposición, los proyectiles se desviaban de este sitio con igual cuidado que antes lo arrasaban. Los enfermos del Luxemburgo se vieron forzados á evacuar las ambulancias instaladas en dicho punto, ante la lluvia de metralla que á todas horas les castigaba; el Jardín Botánico fué asolado, saqueado; de los invernaderos del Museo, los más bellos del mundo, apenas

restaban informes ruinas de hierro y vidrio. El ilustre Chevreul, venerable director de esta institución científica, escribió en sus anales la siguiente declaración, refrendada por la Academia de Ciencias: «El Jardín Botánico, de plantas medicinales, fundado en París por orden del rey Luis XIII, el 3 de Enero de 1636, y erigido en Museo de Historia natural el 23 de Mayo de 1794, fué bombardeado bajo el reinado de Guillermo I de Prusia, siendo su canciller el conde de Bismark, por el ejército prusiano, en la noche del 8 al 9 de Enero de 1871. Hasta entonces había sido respetado por todos los partidos y por todos los poderes nacionales y extranjeros».

Dícese que exasperaba singularmente á los prusianos nuestra afectación, algo irónica, motejándoles de bárbaros. ¿Cómo querían que les llamásemos? *Bárbaros* eran los romanos cuando saqueaban é incendiaban los tesoros de Corinto; y ¿no merecían ese nombre ellos, los descendientes de Atila que, sin necesidad, y contra los derechos de la humanidad y los privilegios del arte, sembraban la devastación y la ruina en una capital plena de obras maestras; que destruían con sus estúpidos obuses la Escuela de Medicina, la Sorbona, donde habían aprendido la ciencia, y que arrasaban ahora las bibliotecas, donde antes fueran acogidos tan hospitalaria y cariñosamente?

Europa entera enmudeció de asombro, protestando por conducto de sus representantes más autorizados. Mas ¿qué influían sobre un vencedor insolente, ébrio de su fuerza y de sus triunfos, las tímidas advertencias exteriorizadas en frases diplomáticas? Así respondió con brutal cinismo; cabe resumir su réplica en esta enérgica locución vulgar: «¡Cuidad de lo que os importa!» Entre tanto continuaba sin interrupción

el bombardeo; en el pueblo, al buen humor de los primeros días sustituyó una indiferente y bravía resignación. He recorrido más de una vez los barrios damnificados por el bombardeo; su vida era como siempre; no podía menos de entristecerme contemplando aquellas interminables colas de compradoras que, resignadas, sin quejarse, bajo las incesantes amenazas del obús, aguardaban con los pies en el fango su misérrima ración de pan negro. Ni una recriminación, ni un murmullo. No reían, ni bromeaban; esto habría sido exigirles demasiado. Eran heroicas á su modo, sufrían en silencio, y muy resueltas á todo antes que rendirse. Quien no ha presenciado este espectáculo no conoce al pueblo parisién, ni sabe cuán abnegado y heroico es. Confieso sin sonrojo que en varias ocasiones me impresioné hasta llorar. El gobierno había facilitado á las gentes de los barrios amenazados cuantos medios necesitaban para trasladarse; además, todos los habitantes de la parte derecha, que contaban amigos al otro lado del Sena, ofreciéronles hospitalidad; la Administración puso á su disposición cuarteles, locales vacíos, barracas. La emigración fué mucho menos considerable de lo que podría imaginarse. No dispongo de datos oficiales para consignar una cifra exacta, pero puedo aseverar que, en el Barrio Latino, la población no disminuyó sensiblemente; aquellas pobres gentes obstinábanse en permanecer á todo trance al lado de sus miserables ajuares. Los alarmistas habían pensado que el bombardeo, prolongado tan violentamente durante tantos días, rompería las relaciones sociales, y que las casas, abandonadas á la fuerza por sus inquilinos, serían botín de los ladrones, de la escoria humana que bulle como una hez humeante en el limo de las urbes popu-

losas. Nada de esto acaeció, y téngase en cuenta que no había ó andaba empeñada en otras funciones la policía; sin embargo, no se registraron robos, ni asesinatos; aquel barrio, alumbrado con petróleo, desguarnecido de vigilantes, con numerosos locales vacíos, formado por una muchedumbre famélica, vivió más tranquilo que en los días más venturosos del Imperio.

Importa apuntar que el genio alegre y valeroso de los parisienses fué reconfortado muy mucho por la persuasión de que más allá de las filas prusianas la situación no era mucho mejor. Desde el 20 de Diciembre hasta el 8 de Enero carecimos de noticias oficiales. El terrible frío detenía á las palomas mensajeras, que sólo pueden viajar á través de temperaturas tibias. Algunos periódicos, hurtados al enemigo, suplieron en parte esta insuficiencia de informes precisos. Esta Prensa, que lógicamente falseaba los hechos en beneficio de los ejércitos alemanes, no podía, sin embargo, ocultarnos que el movimiento del país, una vez impulsado hacia la leva en masa, no se detenía. Con enorme esfuerzo inquiríamos entre aquellos fragmentos de relatos, embrollados á capricho, lo que podía favorecer á nuestra causa. No obstante, debemos reconocer que, en los últimos días de este largo silencio, la impaciencia dolorosísima llegó á su colmo, traduciéndose bajo la forma que afecta siempre en las plazas sitiadas, por rumores de victorias circulados, sin tropezar nunca á sus autores. Ya era un soldado que, después de atravesar el campo enemigo, nos comunicaba que el príncipe Federico-Carlos había sido derrotado dos veces por nuestros soldados, que llegarían de uno á otro momento. El hecho era cierto; empero, se demostró que el individuo que lo

propaló sufría una excitación afín de la demencia, por lo que no convenía conceder importancia á sus palabras. A diario los periódicos encarecían al gobierno la urgencia de romper el silencio; parecía imposible que de uno ó de otro modo nada supiera ó no tuviese nada que decir. Acucióse más y más la curiosidad pública, porque en uno de los artículos de *L'Officiel*, análogos por la incoherencia y obscuridad de su redacción á los oráculos de la Sybilla, se deslizó una alusión á triunfos que habíamos logrado y que debían aumentar nuestra confianza.

—¿Qué triunfos son esos?—preguntaron á coro los periodistas.—¿Por qué no nos los comunicáis francamente, ya que los conocéis? Y si los ignoráis, ¿por qué nos habláis de ellos?

El gobierno enmudecía con majestuosa discreción. Por fin se rompió el encanto y amanecieron días más risueños; el 7 de Enero llegaron las palomas mensajeras, portadoras de importantes despachos, expedidos por la delegación de Burdeos. Bajo sus alas escondían veinte mil—notad la cifra—telegramas particulares; entonces recibí por vez primera, después de cuatro meses, en una línea harto lacónica, pero más dulce que el rocío, noticias de mis seres queridos.

Los despachos de Gambetta nos daban cuenta de las operaciones de guerra llevadas á cabo por nuestros generales en el Norte. El general Faidherbe, luego de replegarse brevemente sobre Vitry, Arras y Donai, había reanudado, en los primeros días de 1871, una vigorosa ofensiva. Más tarde había llegado hasta el sur de Arras, librando, cerca de Bapaume, el 3 de Enero, una gran batalla que duró desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, y en la que arrojó de todas sus posiciones á los prusia-

nos. Las pérdidas, según su nota, eran importantes de nuestra parte, y enormes en el enemigo. Algunos días después, avanzando siempre, tornó á vencer en Pont-Noyelle, cerca de Amiens, apoderándose de esta población.

Empero más que Faidherbe, nos interesaban Chanzy y Bourbaki. Chanzy era, en París, sin que nadie lo dudase, *el león del día*. Destituído Aurelio de Paladines, y habiendo evacuado por segunda vez á Orleans nuestras tropas, Gambetta nombró general á Chanzy y, relatando las maniobras realizadas por el nuevo jefe para salvar el Ejército, aseveró rotundamente que Chanzy parecía ser el verdadero hombre de guerra abortado por los acontecimientos. No había menester más el crédulo y entusiasta pueblo parisién. No se juraba más que por Chanzy. La impresión fué tan intensa que aún subsiste. A la hora de ahora en que escribo este capítulo y en que todo ha concluido y se ha firmado el armisticio y ha sido destruido el ejército del Loira y nuestros fuertes han caído en poder de los prusianos, siento flotar en torno de mí una vaga admiración por Chanzy, de quien nada sé, sino que ha sido derrotado, como sus colegas de armas. Bourbaki ofrecía á nuestros ojos el mérito de haber escapado—ignoramos cómo—á la capitulación de Sedán, volviendo á combatir. El primero de estos dos generales detenía enérgicamente á los prusianos en los alrededores de Mans, hostigándoles con marchas y contramarchas. Carecíamos de informes concretos en orden á las evoluciones del segundo, pero habíamos la certeza de que maquinaba un golpe formidable contra el príncipe Federico-Carlos. Murmurábase que había logrado una ventajosa posición en Nuits, mientras que Garibaldi entraba en Dijón.

Estas noticias regocijaron extraordinariamente á París. En todas las frentes fulguraba una nueva esperanza; la gente saludábase efusivamente en la calle, estrechándose las diestras:—¿Creéis que saldremos de esto?—Comienzo á creerlo.—¿No es así?—El júbilo atribuía á Trochu todos estos éxitos.—Si—declase—las evoluciones de nuestros generales obedecen sus órdenes... Aguardad; sabe lo que hace... Si no se mueve, es porque acecha el momento favorable...—Ruborízame algo narrar estas constantes fluctuaciones de la opinión pública; mostrar á los parisienses, proverbialmente correctos y espirituales, tan vacilantes, tan fáciles de seducir por engañosos espejismos, tan propensos á la desesperación. Empero ignoro el arte de enmascarar las cosas y me limito á referirlas conforme las he presenciado. La Historia, que estudia bajo un criterio más eminente y en bloque los sucesos, no contará más que el heroísmo de esta defensa, su aspecto glorioso; los testigos oculares, por lo mismo que los ven más de cerca, descienden con mayor facilidad á los detalles.

En otras épocas, habríanos bastado esta confortación para aguardar pacientemente tres ó cuatro semanas; empero una larga espera había excitado los espíritus; el bombardeo continuaba, ampliándose cada noche, como si fuera una mancha de aceite. Las bombas avanzaban á diario un centenar de metros; algunas cayeron en las márgenes del Sena. Nuestros fuertes respondían; mas aunque se cuenten maravillas de su fuego, pensamos que nuestra artillería no perjudicaba mucho á las baterías prusianas; desde luego, no las hacían callar. Por París se extendió el rumor de que varios de estos fuertes, entre ellos los de Issy, Vanves y Montrouge, se hallaban en lastimoso estado,

con las casamatas medio derruidas y en las murallas abiertas enormes brechas. ¿Eran ciertos estos rumores? No lo sabíamos, ni podíamos comprobar su veracidad. Los boletines de M. Schmitz aumentaban en parte nuestra alarma. De nuestra memoria no se borraba la terrible frase de Bismark á Jules Faure: «Tomaremos, cuando nos plazca, dos de vuestros fuertes en cuarenta y ocho horas.» ¡Aduñados de los fuertes, París era suyo! Urgía, pues, atajar su avance por otros medios que el fuego de una artillería que parecía impotente para contender con sus cañones Krupp.

¿Qué medios eran estos? Salidas diarias, ó un gran zafarrancho; no importa cuál de ellos; ignorábase á ciencia fija, pero siempre se abocaba á la misma conclusión: urge hacer algo. Insistíase en ello, tanto más, cuanto que muchas personas creían apereibir en aquel bombardeo, tan violento y prolongado, una astucia de la guerra. M. de Moltke — aseveraban — nos cañonea tan furiosamente para engañarnos. Mientras que escuchamos, inquietos, el ruido de sus morteros, procurando guarecernos de sus bombas, él destaca, á no dudarlo, fuertes cuerpos de ejército para caer de improviso sobre las huestes de Chanzy y destruirlas. Es menester abreviar; no dejemos al enemigo un momento de reposo; distraigamos en torno nuestro sus tropas. Y en apoyo de este criterio, quienes se reputaban iniciados en los secretos del gobierno afirmaban que, en la parte de su despacho, no publicada, Gambetta tronaba contra la pasividad de Trochu, apostrofándole: — ¡Nos perdéis! ¡Batíos! ¡Haced algo!

Imposible describir el júbilo popular motivado por dos ó tres escaramuzas nocturnas que la Prensa publicó. Eran insignificantes, y hasta una de ellas fué

desgraciada, pero esto no importaba, ya que parecían indicar que el general en jefe había comprendido la necesidad de la acción incesante. Se le instó, se le rogó que hiciera más. Los órganos más acreditados de la opinión pública le indicaban por medio de alusiones veladas que si no creía en un éxito definitivo, si carecía de la energía precisa para triunfar, debía resignar el mando en otro más audaz y más joven. Sobre todo, se le exhortaba á que prescindiese de su Estado Mayor, en quien nadie tenía confianza. Muy cierto que el infeliz Schmitz redactaba siempre en un estilo ridículo sus boletines; empero, esto no era una razón para que fuese un general mediocre. Se le acusaba de ser peor que mediocre. La muchedumbre murmuraba en baja voz de traiciones. No habría recogido estos rumores, tan absurdos como odiosos, si el propio Trochu no se hubiera creído obligado á desmentirlos en una proclama fijada en todos los muros. Notábase que los prusianos sabían siempre el lugar donde debíamos atacarles, por lo que en todo caso les cogíamos en guardia. ¿Quién, sino los confidentes de M. Trochu, únicos conocedores de las expediciones proyectadas, podían advertirles acerca de éstas? Este leve detalle indica el grado de irritabilidad que conmovía los espíritus.

No hay, pues, que extrañar que el entusiasmo de París llegase al paroxismo, leyendo en la mañana del 19 de Enero esta proclama del gobierno: «El enemigo asesina á nuestras mujeres y á nuestros hijos; nos bombardea de día y de noche; sus obuses destruyen nuestros hospitales. Un grito, *¡á las armas!* ha surgido de todos los pechos. Quienes, de entre nosotros, puedan defender su vida sobre el campo de batalla, marcharán contra el enemigo; los que permanezcan en la

capital, celosos de mostrarse dignos del heroísmo de sus hermanos, aceptarán los más duros sacrificios, como otro medio de inmolarse en aras del amor patrio. ¡Sufrir y morir, si es preciso, pero vencer!»

M. Trochu no firmaba esta proclama. Una orden del día, suscrita por Le Flô, nos comunicó que, habiéndose puesto el general al frente de las tropas, el ministro de la Guerra desempeñaría interinamente las funciones de gobernador de París. Todos dedujimos que la jornada sería importantísima. Era evidente que M. Trochu se proponía no tornar á París. Quería llevar á efecto el gran zafarrancho, tantas veces prometido, ó morir á la cabeza de sus soldados.

Esta vez reservábase á los regimientos de línea, á los famosos guardias nacionales movilizados, el honor de romper el fuego. Los militares afectaban despreciar profundamente á los burgueses, disfrazados de soldados. Cuéntase que un viejo general, hablando de esta expedición, dijo textualmente: «Esos parlanchines de nacionales necesitan sólo que se les *tape la boca*; á eso se les lleva». La Prensa tradujo esta ironía soldadesca en un estilo menos pintoresco, pero más académico: «La guardia nacional ha menester una sangría, y se la vamos á hacer». Aquellos burgueses tan criticados, aquellos *chambones*, según se les denominaba burlonamente, causaron la admiración de todos los oficiales del ejército regular y del movilizado por su buena voluntad seria, por su marcialidad, por su arrojo y su abnegación. No soy sospechoso alabándoles aquí; no figuré en los regimientos expedicionarios, porque mi extrema miopía hacía de mí un soldado más peligroso para los colegas que para el enemigo. Repito lo que se contaba por doquier, lo que en mi presencia afirmaron jefes superiores, lo que no sor-

prenderá más que á los espíritus poco filósofos. Era absolutamente lógico que hombres cultos, profesando ideas liberales y sentimientos patrióticos, que combatían *pro aris et focis*, verdaderos ciudadanos, aportasen á la urgencia de defender la población, si no más valor que los soldados cuyo oficio es luchar, un corazón más resuelto y más firme, una inteligencia más clara, una abnegación más reflexiva. ¡Ah, si lo hubiéramos sabido antes!, ¡si del caótico conjunto de la guardia nacional parisiense, fatigada durante tanto tiempo en una agitación estéril, se hubiesen escogido en un principio los cien mil valientes que la constituían, jóvenes y aptos para el manejo de las armas, qué ejército se habría puesto en pie de guerra en tres semanas! Mas, ¿para qué tales dolorosos lamentos? Los hechos consumados no admiten rectificación; empero, no puedo evitar que corran por mis mejillas lágrimas de furor. ¡Oh, el imbécil y absurdo prejuicio del botón de las polainas! ¡Cuándo lo desterraremos para siempre!, ¡cuándo nos constituiremos en nación armada, no teniendo más soldados que los ciudadanos, ni otros ciudadanos que los soldados! Ya verán... ya verán... ¡Quizá no se halle tan lejos como se imagina el día de la revancha!

Los batallones expedicionarios se reunieron durante la noche, partiendo alegremente con la mochila á la espalda. Tras de vivísimo combate, volaron con gran empuje el reducto de Montretout, penetrando por la brecha en el parque de Buzenval. Allí fué herido, en el momento de disparar su fusil, un hombre cuya muerte constituyó para París un duelo general. He nombrado á Henri Regnaut, el pintor de *Salomé*, un cuadro admirable de color é imaginativa, que en el certamen anterior había obtenido el primer pre-

mio, prometiendo á Francia un artista genial. Contaba sólo veintinueve años; la crítica habíale saludado unánimemente como un futuro jefe de escuela, uno de esos hombres que renuevan el arte y colman de gloria á un siglo. Era joven, pleno de vida, casado hacía dos años con una joven de quien se hallaba enamorado locamente; un tiro disparado al azar por algún imbécil alemán, asesino de nuestras grandezas: y aquella gloria, estas alegrías, tantas obras maestras deseadas, perdidas para siempre; una joven esposa desesperada, una madre agonizante de pena, una nación y el arte cubiertas de duelo! ¡Oh! ¡Cuán abominable y estúpida es la guerra!

Una muchedumbre, impaciente y nerviosa, aguardaba en los paseos y en la calle Dronot los despachos de la guerra, que llegaban de hora en hora. El primero nos llenó de gozo, ¡ay!, no exento de cierta inquietud; ¡tantas veces nos habíamos arrepentido, al fin de la jornada, de habernos alborozado demasiado pronto! El segundo era menos tranquilizador; nos hablaba de una niebla que impedía las observaciones. El tercero y el cuarto nos dejaban vislumbrar, á través de sus reticencias, que si no habíamos sido rechazados, por lo menos no avanzábamos; el último, expedido á las nueve y cincuenta minutos, decía textualmente: «Al atardecer, el enemigo nos ha atacado con enormes fuerzas de artillería é infantería, obligando á nuestras columnas á retirarse de las alturas que habían escalado por la mañana. No podemos calcular todavía nuestras pérdidas; sabemos por los prisioneros que las del enemigo son muy considerables».

¡Siempre igual! ¡Siempre hablándonos de enormes fuerzas de artillería que, al atardecer, cambiaban la

faz del combate! ¡Ah! Pero ¿nosotros, nosotros no teníamos artillería? ¿Para qué servían los cientos de cañones, fundidos por suscripción patriótica, y ofrendados al gobierno de la defensa nacional? Al parecer se reservaban para brindárselos á los prusianos en el día de la rendición. Estas lúgubres impresiones entenebreciéronse todavía más cuando, á la mañana siguiente, leímos estas proclamas: «Es preciso, decía M. Trochu, parlamentar urgentemente con Sévres para que nos conceda un armisticio de dos días, que permita el enterramiento de los muertos y el traslado de los heridos». ¡Dos días! ¿Había por medio montañas? A guisa de comentario, el gobernador añadía en una carta, que se publicó con la autorización de monsieur Schmitz: «Enviadme carruajes y todos los camilleros que podáis reunir». Parecía, en realidad de verdad, que se trataba de desalojar el campo de Waterlloo.

París permaneció breves instantes estupefacto, abismándose luego en una tristeza infinita. No se creerá, empero, que la misma guardia nacional que se había batido tan valientemente, disipó estas impresiones. Nos imaginábamos un desastre formidable: —No, no tanto, dijeron los heroicos milicianos; se nos ordenó batirnos en retirada, y obedecimos, á despecho nuestro, sin ser perseguidos. Pensamos que aquello era lo que, en términos militares, se denomina una derrota. A no dudarlo, hubo muertos y heridos, pero muchos menos de los que os figuráis. Trochu ha pedido más carruajes y más camilleros porque hay un cieno de todos los diablos, siendo necesarios, por el hielo, diez caballos donde, hace ocho días, habría bastado uno.

París exclamó con un solo grito: «¡Qué torpeza!»

Después, reflexionando, se preguntaba: ¿Es realmente una torpeza? ¿No será mejor un cálculo? ¿No se pretenderá, aterrando las imaginaciones, inclinar á los parisienses en pro de una capitulación? Quienes pensaban de esta suerte—y formamos presto legión—advertían reiteradamente la forma en que *Le Journal officiel* redactaba las noticias que recibía de provincias por medio de las palomas mensajeras: «No hemos podido, decía el órgano del gobierno, descifrar todavía más que las primeras frases de los despachos de Burdeos; indican un período estacionario en los avances de los ejércitos del Oeste y de las importantes operaciones en el Este». Y por extraña deferencia, guardaba un profundo silencio acerca de la naturaleza de estas operaciones, que calificaba de importantes, complaciéndose en detallar la estación en que se hallaba paralizado el ejército de Chanzy.

No tardamos en conocer toda la verdad, que era estupendamente dolorosa. De Chanzy, en quien tan firme confianza depositáramos, sabíase que había sido derrotado, y dispersas ó destruidas sus huestes. De hora en hora recibíamos despachos y notas; *Le Journal officiel* substituía con puntos suspensivos el relato del desastre. Empero, ¡qué elocuente era el silencio de estos puntos! De aquella parte se había perdido todo, y sin embargo, nuestra necesidad de esperar era tan apremiante, que al punto nos volvimos hacia el Este. Aquí se nos hablaba del movimiento de Bourbaki, que, secundado por Garibaldi, surgía entre Alemania y el ejército sitiador, cuya retaguardia amenazaba. «Si logra cortar las comunicaciones de los prusianos, decíamos, todavía podemos salvarnos. Bourbaki dará la mano á Faidherbe...» ¡También contábamos con Faidherbe!

No obstante, nuestra inquietud crecía á cada momento. El bombardeo, amainado momentáneamente por nuestro ataque sobre Montretout, se había reanudado con inaudito furor, iniciándose en la mañana del 21 contra Saint-Denis. El enemigo quería rendir á Saint-Denis, insostenible para nuestras tropas, é instalarse en esta plaza, y desde allí arrasar á Belleville. Lisonjeábase de que los turbulentos moradores de Belleville, lanzados de sus hogares, se repartirían por París, llevando á todas partes el desorden, y por ende, el pillaje. Así nos amenazaba con horrible inminencia la guerra civil. Era el último de nuestros infortunios, y para evitarla, no se acudiría al gobierno; éste se hallaba completamente desacreditado. Ocupaba aún el poder porque no podíamos procurarnos otro. Mas, por doquier, maldecían y censuraban su inercia y sus torpezas; particularmente, se criticaba á Trochu; en París circuló el rumor de que su iluminismo había degenerado en demencia; que padecía alucinaciones; que platicaba con Genoveva, patrona de París, y que, en una proclama oficial felizmente interceptada por Jules Faure, había colocado bajo la protección de la santa á los habitantes de la capital. Llevaba las botas ligeras del héroe de opereta y la gorra de seda negra del mayordomo. No es menester en París más para sepultar en el ridículo á un hombre, y, sobre todo, cuando no ha triunfado. Esta marejada de impopularidad se desarrolló tanto y tan rápidamente, que el gobierno de la defensa nacional vióse forzado á ceder, acordando que, en adelante, el comandante en jefe del ejército de París no desempeñara el cargo de gobernador de la capital de Francia. Acto seguido, nombró al general de división Vinoy comandante en jefe del ejército de París, y re-

servando al general Trochu la presidencia del Consejo de ministros, suprimió el título y las funciones de gobernador. Así fué una realidad la célebre frase: «El gobernador de París nunca capitulará».

¡Ninguna ocasión tan propicia para la sedición! Mis lectores habrán advertido que, á raíz de cada una de nuestras grandes catástrofes, los partidarios de la *Commune* surgían de su ostracismo, como los diablos de una caja de sorpresa. Apenas nos acordábamos de ellos, porque sus periódicos habían cesado de publicarse á falta de público, pareciéndonos además que sus filas experimentaban considerables bajas. Mas, aunque restasen muy contados de tales fanáticos que no retrocedían ante la idea de la guerra civil, este reducido núcleo se hallaba dispuesto, y creyó abocado el momento de la acción. Durante la noche del sábado al domingo, un puñado de sediciosos forzó las puertas de Mazas, mediante la complicidad del director de la prisión, que fué destituido dos días más tarde, libertando á varios presos políticos, entre ellos el inevitable Mayor, M. Flourens. Las masas amotinadas se dirigieron en seguida á la alcaldía del barrio núm. 20, apoderándose de 2.000 raciones de pan y bebiendo una barrica en honor de la restauración de la *Commune*. Al día siguiente se les dispersó sin que opusieran la más leve resistencia.

Poco después unos ciento cincuenta individuos del batallón expedicionario núm. 101 desembocaron en la plaza del Ayuntamiento en el preciso instante en que salían de este edificio los representantes de una manifestación pacífica autorizada por el gobierno. De la muchedumbre partieron algunos disparos, cuyos proyectiles hirieron á varios de los movilizadores bretones que montaban la guardia de la Casa de la

Villa, entre ellos un joven alférez, derribado en tierra por tres balazos. Los milicianos contestaron con una carga. Llenaba la plaza un inmenso gentío, que se dispersó corriendo, gritando, atropellándose. Algunas víctimas quedaron tendidas en el arroyo. Parecía conclusa la asonada, cuando comenzó á dispararse desde los balcones de las casas situadas frente al Ayuntamiento, un nutrido fuego de fusilería. Se ordenó á las tropas reconcentradas en la plaza que tomaran aquellas casas, verificándolo así trece guardias nacionales del 101, mandados por el anciano jefe M. Sapia. En todo ello apenas se invirtieron veinte minutos.

Nunca, como aquel día, tuve conciencia de la amplitud y universalidad de París. Disfrutábase una deliciosa temperatura, y era domingo, por lo que, en unión de varios amigos, me encaminé á los *boulevards*. El pueblo parisién, siempre entusiasta del sol esplendoroso, dirigíase en copiosos y alegres grupos hacia los Campos Elíseos. Tropezamos casualmente á un amigo que nos comunicó los sucesos que se estaban desarrollando en la plaza del Ayuntamiento. Corrimos al escenario de la lucha, no encontrando en nuestra marcha más que pacíficos transeuntes, que parecían no sospechar que, á un kilómetro de distancia, se libraba entonces una batalla. Conforme nos aproximábamos, la fisonomía de las calles se modificaba sensiblemente; por doquier, corrillos donde se discutía con calor; oradores en todas las esquinas, una muchedumbre muy agitada, que avanzaba hacia la estratégica plaza. Cruzamos ésta por detrás de los carruajes de las ambulancias que conducían á los heridos; aquí, merced á la amabilidad de M. Cresson, prefecto de policía, pudimos pasar al otro lado; las tropas formaban

ya un cuadro en torno de los amotinados vencidos. Nos hallábamos en el extremo izquierdo; por cima silbaban los obuses prusianos, oyéndose el ronco tronar de los cañones de nuestros fuertes, que los respondían. Era un estruendo incesante de artillería. Llegamos á los muelles, casi desiertos, desembocando por el puente de las Artes, en la plaza del Teatro Francés.

Un público numerosísimo salía del Coliseo, donde se acababa de representar *Le Mariage de Figaro*; era la hora de los periódicos de la tarde; la gente se agolpaba á los kioscos para comprarlos. Paseando, subimos de nuevo hasta los Campos Eliseos; los niños jugaban como de ordinario; todo un mundo de paseantes endomingados miraba curiosamente á un escuadrón de caballería que, con la charanga á su frente, cruzaba la avenida. Entonces acudió á mi memoria el recuerdo de la carta, inserta en toda la Prensa, del soldado prusiano que escribía á su madre: «No puedes imaginarte que inmenso es París; los parisienses son muy bromistas; se pasan el día entero tocando la trompeta».

Esta asonada casi no impresionó al público. Puedo afirmar que causó más desprecio que ira. El número de asaltantes era reducidísimo, por lo que se les derrotó fácilmente; su hazaña, así llevada á cabo, antojábase tan absurda, que se les trató mejor como locos que como conspiradores. A lo sumo se les motejó de vesánicos peligrosos, añadiéndose que urgía exterminar á los eternos promotores de desórdenes que intentaban sumar á nuestros innúmeros infortunios el gravísimo de la guerra civil. El gobierno, calificando, en el informe fiscal, los hechos imputados á Flourens «de connivencia é inteligencia con el ene-

migo», parecía insinuar que M. de Bismark había pagado tales algaradas. Muchas personas creíanlo así.

Era una opinión harto inverosímil. El ministro prusiano no había menester, por aquel entonces, de una revolución en París para que se le franqueasen las puertas de la capital. Nuestra situación se agravaba de momento en momento. Ya no era Chanzy el único derrotado; habíanlo sido también Faidherbe, Bourbaki...; Bourbaki, nuestra suprema esperanza, copado por dos ejércitos enemigos y que, en lugar de acudir en nuestro socorro, apenas podría salvarse á sí mismo. *L'Officiel* nos comunicaba estas noticias, una á una, sin añadir un solo comentario, como si nos quisiera decir: «¡Ved; tal es nuestra situación!, ¿qué pensáis, qué haríais en mi lugar?»

Este silencio nos irritaba y desesperaba al mismo tiempo. En cualquier sentido que dirigiéramos nuestras miradas, apercibíamos signos inequívocos de próxima disolución. Se racionaba á la población con trescientos gramos de pan y treinta de carne de caballo, diarios, siendo precisas tres horas de formar en cola antes de adquirir su ración en la panadería y en la carnicería; frecuentemente acaecía que pobres gentes que no tenían otra cosa que comer, no obtenían, cuando les llegaba el turno, nada en el reparto. Más de una vez entregué mi trozo de pan á alguna infeliz mujer que gemía: «¿Qué he de hacer? Ni pan, ni dinero para comprarlo». Aquel pan era tan pésimo, que sentía náuseas sólo viéndolo sobre la mesa. Prefería comer galleta, de la que tenía pequeña provisión. Este era, por tanto, el único alimento de numerosas familias, muchas de las cuales habían disfrutado una posición desahogada. Comían sopas de vino. Pronto la diarrea comenzó á causar en ellas

grandes estragos. Y, sin embargo, no me cansaré de admirarlo: toda aquella población, tan miserable, sufría callada y resignada. Muchos infortunios y quejas, pero á nadie se ocurría buscar en un pacto con los prusianos el remedio de tamaños males. Experimentábamos á cada instante privaciones de todo género. No citaré más que un ejemplo: París permaneció, durante más de quince días, sin baños, á falta de carbón y leña para calentar el agua. De día en día aumentaba la demanda de los artículos de primera necesidad; hoy las patatas, mañana el azúcar. Esto contribuía á que el comercio encareciese los géneros hasta que el gobierno intervenía en el asunto. Era un formidable y universal desconcierto. Si en aquellos días de desventuras hubiésemos habido la suerte de encontrar un general que nos guiara, habríamos faltado un organizador que nos administrase. Caíanse de desaliento los brazos.

Los espíritus comenzaban á pensar en la urgencia de una capitulación, siquiera esta idea les colmase de espanto y angustia. La Prensa no osaba proferir tan definitiva y terrible palabra. Empero no cesaba de conjurar al gobierno—hablo de los periódicos más sensatos.—«Debéis, decía á diario y en todos los tonos, llevar á cabo el censo exacto de nuestras provisiones, para saber cuanto tiempo podemos resistir, y obrar en su consecuencia. Han pasado los días de las indecisiones; es menester adoptar resoluciones prontas y enérgicas. ¿Cuál es la vuestra? La aceptaremos cualquiera que sea, pero resolveos de una vez y decidnoslo.» En París circulaban los rumores más contradictorios en orden al abastecimiento. Los optimistas aseveraban haber harina hasta el 15 de Marzo; los mejor informados, quienes frecuentaban los ministe-

rios, reconocían que apenas restaban víveres para ocho días, y que el 3 de Febrero, París amanecería sin un pedazo de pan y con la aterradora perspectiva de un abastecimiento imposible. Un millón de seres humanos sucumbiría de hambre, antes que se desembarcara en la capital un solo saco de trigo.

Murmurábase que, en el Ayuntamiento, el gobierno, acosado por crueles incertidumbres, estudiaba este asunto. Al efecto, había convocado en consejo extraordinario á todos los jefes del Ejército, y luego de exponerles la situación de nuestros víveres y municiones, les preguntó sucesivamente su opinión, ofreciendo él la Presidencia del Consejo á quien asumiera la responsabilidad de una defensa hasta el último extremo. En pos de los generales hablaron los coroneles; tras de éstos los capitanes, declinando todos tan formidable honor. Solamente uno, si lo que se decía era cierto, expuso, con gran fogosidad, el medio, infalible en su sentir, de efectuar un zafarrancho; empero reconociendo que una vez llevado á cabo caeríamos en el vacío, con un ejército sin municiones, sin víveres, cuyo aniquilamiento era inminente.

No había, pues, otro recurso que pactar. Muchas personas piensan que Jules Faure negociaba ya la convención, que se haría pública cuando fuese firmada. París se agitaba con increíble efervescencia. A medio día referíase que Gambetta, exasperado por tantos desastres, se había saltado de un tiro el cráneo, y que su muerte signaba en definitiva aquella guerra funesta, iniciada por el suicidio de Prévost-Paradol. A las dos, se murmuraba que le habían asesinado; á las tres, que se hallaba bloqueado en Lille con Faidherbe; que en las provincias acababa de formarse un nuevo gobierno, bajo la presidencia de

M. Thiers, quien había encargado á lord Lyons que negociase un armisticio general. Los rumores de armisticio eran tanto más verosímiles, cuanto que había cesado el fuego, sobre todo en el Sur; Saint-Denis proseguía siendo bombardeado furiosamente. Nuestros oídos, acostumbrados al fragor incesante de la artillería, extrañaban muy mucho aquel inesperado descanso.

Por fin, el 27 de Enero supimos nuestra suerte. He aquí la nota inserta en *Le Journal officiel*:

«Mientras que el gobierno ha podido contar con un ejército de refuerzo, debía no omitir nada para prolongar la defensa de París. Ahora bien: aunque al presente nuestras tropas permanecen todavía en pie de guerra, las contingencias de la lucha las han diezmado, ora bajo los muros de Lille, bien más allá de Laval, ó ya sobre las fronteras del Este. Hemos perdido la esperanza de que se nos reunan; además, el estado de nuestras subsistencias no nos permite aguardar más. En semejante situación, es deber imperioso del gobierno parlamentar. Así lo verifica en estos momentos. Todos comprenderéis que no podemos, sin graves inconvenientes, indicar los detalles de las negociaciones. Nos proponemos, sin embargo, que hoy mismo, el principio de la soberanía nacional quede á salvo por la reunión inmediata de una asamblea; que el armisticio se base sobre la convocatoria de la misma; que durante el interregno el ejército alemán ocupe nuestros fuertes; que conservaremos intacta nuestra guardia nacional, y que no será conducido fuera del territorio francés ninguno de nuestros soldados.»

Harto habíase esperado y preparado esta comunicación para que impresionase, como si fuera un rayo,

á las muchedumbres. No acertaría á comparar el efecto que produjo sobre nosotros con un simil mejor que esa mezcla de sentimientos contrarios que conmueven nuestra alma al anuncio de la muerte con que acaba una larga y dolorosa enfermedad. Esta muerte era inevitable; aligera de un peso abrumador el alma, y se lanza un suspiro, no de satisfacción, de alivio. ¡Ah! ¡Todo ha concluido! ¡Ya sabemos á qué atenernos! ¡No viviremos más en la incertidumbre, en ese flujo y reflujo continuo de esperanza y de terror! Sobreviene como un agotamiento de todas las energías, como una paralización de los nervios intensamente excitados durante largo tiempo. Y de otra parte, se amaba tiernamente al desventurado recién fallecido; aunque debilísima la esperanza que alumbraba los corazones, se la mantenía cuidadosamente, mientras que la vida respiraba en sus pulmones; ella alegraba los rostros con un rayo de júbilo. Empero, ahora, todo ha concluido, y para siempre; un sordo coraje contra el Destino, un triste pesar se apodera de los dolientes, sumiéndoles en la consternación.

He aquí, si no me engaño, los sentimientos que habrían podido descubrirse en la población parisina. Parecen impugnarse; empero nuestro corazón es de tal índole, que auna con maravillosa facilidad las contradicciones más extrañas. Por doquier escuchábase este mísero consuelo:—¡La falta no es nuestra! ¡Nos han faltado hombres para guiarnos! M. John Lemoine, espiritual polemista de *Debats*, tradujo en un artículo, que causó enorme sensación, este testimonio que París entero podía aportar: tras de aseverar que no sufrían más esta última humillación los vocingleros de Belleville, que alborotaban como energúmenos gritando traición, sino la clase media honrada, va-

liente, laboriosa, abnegada, amante de la Patria y sobre la que pesaba, desde hacía cuatro meses, toda la carga de la resistencia, concluía con estas admirables frases:

«Franceses de la Francia entera, unidos y reconciliados en este combate supremo, y cuyas almas entregamos ahora á la desesperación: sabed que de nada sois culpables; jurad ante Dios y los hombres que habéis cumplido hasta el último instante vuestro deber. París, este París tan calumniado, podrá enorgullecerse siempre de haber defendido hasta el último día, hasta la última hora, la bandera de la Patria. ¡Dios está muy alto! Francia está muy lejos—decía Polonia, expirando.—París puede decir también: Francia está muy lejos. No ha podido integrarse el alma de la Nación, mutilada y dispersa por tantas revoluciones; sus restos, manando sangre, han intentado en vano reconocerse y reunirse. ¡Quizá haya recuperado en esta hora de infinita angustia la conciencia de sí misma, vitalizando en su propia sangre la virtud que contribuirá á su resurgimiento!»

Este lenguaje patriótico no era más que el eco de nuestro propio pensar. Así el armisticio no produjo los desórdenes que podían temerse. Varios batallones de la guardia nacional, unos por simple *pose*, otros impulsados por un dolor patrio excesivo, protestaron y solicitaron marchar contra el enemigo; algunos cuerpos francos rompieron sus armas; se murmuró que ciertos almirantes se habían hecho matar bajo sus cañones antes que rendirlos. Citábase, entre otros, al almirante Saïssset, que, acabando de perder á su hijo, joven oficial asesinado por una bala prusiana, sólo clamaba venganza. Estos rumores se desvanecieron presto. La inexorable fatalidad pesaba

con su férrea mano sobre todas las contingencias de la lucha; un dolor profundo, pero sin arrebatos de cólera, amargaba nuestras almas leyendo esta proclama, suscrita por el gobierno en pleno:

«Ciudadanos:

»Aún no ha sido firmada, pero lo será dentro de breves horas, la convención, que pone fin á la resistencia de París.

»Las bases son las mismas que anunciamos ayer:

»El enemigo no penetrará en el recinto de París.

»La guardia nacional conservará su organización y sus armas.

»Permanece intacta una división de doce mil hombres; las restantes tropas continuarán en París, entre nosotros, en lugar de acantonarse, conforme propusimos al principio, en los alrededores. Los oficiales no rendirán sus espadas.

»Publicaremos los artículos de la convención apenas sean refrendados, poniendo á la vez en conocimiento de todos la situación exacta de nuestras subsistencias.

»París no debe dudar que resistiremos hasta donde sea posible. Los datos que exponremos serán la prueba irrefragable, pudiendo comprobarlos quien lo desee.

»Demostraremos que todavía nos resta bastante pan para atender al abastecimiento, y que podríamos prolongar la lucha sin condenar á una muerte segura á dos millones de hombres, mujeres y niños.

»El Sitio de París ha durado cuatro meses y doce días; el bombardeo, un mes. Desde el 15 de Enero se ha reducido á 300 gramos la ración de pan; la de carne de caballo no es, á partir del 10 de Diciembre, más que 30 gramos. La mortalidad se ha triplicado

con exceso. Entre tantos desastres no hubo ni un día de desaliento.

»El enemigo es el primero en rendir homenaje á la energía moral y al valor de que el pueblo entero de París acaba de dar pleno testimonio. París ha sufrido mucho; empero, la República resurgirá vigorosa de estos infortunios, tan noblemente soportados. La lucha pasada nos reconforta para la lucha en el porvenir. Mantenemos en su integridad nuestro honor y nuestras esperanzas, á despecho de los dolores de la hora presente. Nunca, como hoy, confiamos en los destinos de la Patria.

»París, 28 de Enero de 1871.»

Era el día centésimo trigésimoquinto del Sitio. Todo había concluido, en rotundo y para siempre. Humillamos la cabeza, y tornamos, con los ojos preñados de lágrimas, á nuestros hogares.

EPÍLOGO

Es el domingo 12 de Febrero. París y Francia han nombrado sus representantes; la nación ha sido reintegrada en sus derechos. Desbloqueado París, puede por fin comunicar con las provincias. Estas y la capital se abrazan, jurando reconstituir á Francia.

¡Oh! ¡Cuán lentos y tristes han sido estos trece ó catorce días! Me imagino que ningún pueblo se aburríó jamás tanto como nosotros durante este lapso de transición tan breve y, en nuestro sentir, tan interminable. No era el tedio del hombre inactivo que bosteza; era á modo de negra melancolía, de universal insipidez, de tibia lasitud, que, para servirnos de una locución vulgar, más enérgica, inutiliza los brazos y las piernas, y que los latinos expresaban diciendo que *hace impotentes los miembros y las energías—vires que resolvit*. Sin gusto para nada, nos abandonábamos mejor que nos acostábamos sobre un sofá, cerrando los ojos para no apereibir los horrores que se verificaban en torno nuestro: el alma enervada y sumisa la cabeza. Son las horas de invencible fastidio, en que nos desligamos de cuanto nos rodea, y nos importuna la compañía tanto como la soledad nos enoja, y se experimenta un acre placer viéndolo todo negro, y se cambiaría por menos de nada la vida. Es la hora del embrutecimiento, y si osamos abrir un periódico parece que el corazón nos vocea súbito:

«¡No, no me hables de nada!, esas vergüenzas y esas miserias me son indiferentes. No soy de este mundo. ¡Déjame!, ¡ya tengo demasiado!»

Cuando, sacudiendo este entorpecimiento, salíamos á la calle, no tropezábamos por doquier más que objetos de siniestra tristeza. Renuncio á hablar de las condiciones del armisticio. ¿Para qué había de exponerlas? Francia entera las conoce. Sentimos que, atados de pies y manos, se nos entregaba á un vencedor tan astuto como insolente. Cada uno de sus artículos nos laceró como una puñalada: *Los prusianos no entrarán en París mientras que dure el armisticio...* y se añadía á continuación:—Empero, concluso el armisticio, entrarán triunfalmente en la capital.—*No se desarmará á la guardia nacional:* sospechábamos que esta base tendía más que á honrarnos, á perjudicarnos; nuestros enemigos no olvidaban la guerra civil, confiando que, al dejar sus armas á los bellivenses, éstos suscitarían desórdenes, que harían precisa nuevamente su intervención. Sobre el mapa seguíamos la línea de demarcación que separaba de las líneas alemanas á los míseros restos de nuestro ejército, notando con pena que una cuarta parte del suelo patrio era su feudo, saqueado, devastado, alimentándoles gordos y rollizos para que atravesasen fanfarronamente la comarca, impertinentes y necios á través del humo de sus pipas. Exceptuábase solamente el Este, donde se luchaba todavía; imposible desconocer que esta excepción nos perjudicaba mejor que favorecía, ya que coadyuvaba á la destrucción del único ejército que poseíamos, á la pérdida de nuestra última fortaleza, Belfort, que soportaba heroicamente el bombardeo.

¡Qué triste regreso el de nuestros pobres soldados,

que entraban en París sin armas! ¡Ah! La perspectiva nada había de magnífica. La indisciplina, que nos perdió á todos, hubo de arrebatár á esta póstuma manifestación el sello de grandeza que habría debido ostentar. Todos aquellos infelices, salvo los marinos y algunas compañías modelos, volvían sucios, desgredados, muchos hasta borrachos, no disimulando en su rostro fatigado la satisfacción de la guerra conclusa. Paseábanse ociosos, hastiados, aburridos; no podíamos menos de preguntarnos con cierto secreto espanto cuánto no influirían sobre aquellas almas ya agostadas los funestos consejos de la vagancia; si aquellos guardianes naturales del orden no aportarían á la guerra civil un nuevo y más formidable refuerzo.

La soledad más abrumadora reinaba en las murallas que habíamos visto tan animadas y bravías, que desafiaban al enemigo con las mil bocas de sus cañones. Algunos funcionarios, cerca de una pieza desmontada, ó volviendo la espalda á los prusianos; por doquier, la imagen de la ruina y la desesperación. Empero, más que este abandono, afligía el apresuramiento de gran parte de la población para franquear las puertas é ir á surtirse de víveres en las avanzadas prusianas. Importa consignarlo para baldón de los miserables que nos habían proporcionado este lúgubre espectáculo. París se moría de hambre; el horrible pan de salvado, nuestro único alimento, se repartía en cantidad harto insuficiente; no robusteciendo ninguna esperanza la moral, era inútil gritar á las famélicas entrañas: ¡no importa; tened paciencia algunos días más! Podía haberse sacrificado un breve plazo en honor del nombre francés, y tras de cuatro meses de tanto sufrir. Empero, no todos tuvieron este valor. Una muchedumbre enorme acudió ante las

avanzadas prusianas, tendiendo las manos suplicantes, unos para aceptar la limosna de algún bocado de pan y de algún trozo de embutido; otros para comprar víveres; indignaba ver la flema insolente, la desdeñosa piedad de aquellos soldados, que contemplaban tamaña confusión sonriendo y encogiéndose de hombros. Nada más desagradable que la seca é irónica cortesía de sus oficiales. Estas deplorables escenas se reprodujeron más veces de las que habríamos deseado. Los prusianos, por imposibilidad material ó por voluntad perversa, no apresuraban el abastecimiento de París. Argüían todo género de observaciones, retrasaban los carruajes, detenían los carros cargados de víveres, y á todas las objeciones replicaban simplemente, sin aducir ninguna razón: *¡Bien, bien, pasad!* Interminables filas de carreteros aguardaban su turno, pateando y jurando; los particulares que volvían con sus capachos ó los cestos llenos de pan y comestibles, nunca eran seguros de que no se les confiscara la carga. Después de haberse librado de caer en las manos del enemigo que, de vez en cuando, cedía en su rigor, les amenazaba otro peligro, todavía más serio: las numerosísimas cuadrillas de vagabundos que, sin el freno del temor á la policía, se apostaban en los fuertes y en las murallas, y desde estos puntos, con esa voz gangosa, característica en los mendigos parisienses, les censuraban comer orgiásticamente, entre tanto que el pueblo sucumbía de hambre, robándoles acto seguido en nombre de la fraternidad. Los aldeanos no se atrevían á aventurarse en aquellos caminos tan inseguros. Eran las mismas masas que, en el día de la reapertura de los mercados, saquearon dos ó tres pabellones. Al día siguiente se cerraron de nuevo, y los géneros, en baja

al anuncio del armisticio, se elevaron á precios insensatos. La policía para nada intervino en estos disturbios, cuya represión se debió exclusivamente al buen sentido público. Logróse hacer comprender á aquellos furiosos que el mejor sistema de retrasar el abastecimiento de París y mantener la elevada tasa de los víveres, era precisamente asustar á quienes los expendían. Poco á poco se restableció el orden, pero los precios bajaron muy lentamente. A diario empeñábase en los mercados una formídate batalla, una enconada puja para lograr las carnes, las legumbres frescas y el pescado.

Durante ocho días, París sintió un apetito de comer pescados frescos solo comparable, por su intensidad, á un antojo de mujer embarazada. Recuerdo que, dos días después del armisticio, uno de mis amigos, que antes de partir para Versalles pudo adquirir á costa de mil peligros pan blanco y otras provisiones, nos invitó á comer. El primer plato fué pescadilla; el segundo lenguado. Nunca me parecieron tan sabrosos. Sobre todo, el pan blanco me agradó extraordinariamente. Guardé en mi bolsillo un trozo, que distribuí en pequeños fragmentos entre mis amigos, como se verifica con el pan bendito en las iglesias de provincia.

En aquellas fechas, las personas que pudieron abandonar á París, lo verificaron con entusiasmo. Desde el primer día se pidieron 25.000 pasaportes, pretextando todos que se presentaban candidatos. Unos marchaban á abrazar á sus esposas é hijos, otros muchos experimentaban un deseo irresistible de tornar á ver en los alrededores de París su pobre quinta, para comprobar por sí las ruinas que restaban de ella.

Los provincianos saben perfectamente cuán profundo amor profesa el parisién al pequeño *hogar* que, con harta frecuencia, construye por sí mismo, que embellece gratamente con sus propias manos, que adorna con lindos muebles y objetos de arte. Durante el asedio, Teófilo Gautier, que poseía una *villa*, en la avenida de Neuilly, describe sus impresiones, tornando á la adorada finca que había visitado una vez; todo parisién podría ver reflejados sus propios sentimientos en este admirable cuadro:

«Por fin, arribamos á nuestra casa, ignorando si encontraríamos rastros de ella. En su aspecto exterior era lá misma. El busto de la Victoria del Partenon, cincelado en mármol de Atenas por M. de Laborde, y que figura, moldeada en yeso sobre un fondo rojo antiguo, en un nicho redondo, sobre la pared de nuestro despacho, ocupaba impertérrita su puesto, hermana triunfante de la Venus de Milo, estupenda energía de la forma, *vis superba formae*, idea inmortal de belleza, divinidad tutelar del misero hogar. Abríase una ventana, como si en la casa habitasen sus viejos moradores. Esto se nos antojó un buen augurio. Llamamos: acude el jardinero á abrirnos; entramos, con el corazón conmovido, en aquella estancia, tan reducida como la de Sócrates, y tan difícil de llenar con verdaderos amigos.

»Penetrando en un local deshabitado durante largo tiempo, antójase siempre que en él reina cierto desorden. Mientras vuestra ausencia, hanse instalado en él invisibles huéspedes que se retiran al punto de presentaros; parece que, al abrirse las puertas, flota el último pliegue de su ropa, desapareciendo. La soledad y el abandono integran un misterio que interrumpis. A vuestros pasos, callan los espíritus que

cuchicheaban; la araña, tejiendo su red, suspende su trabajo; hácese un silencio profundo, y en las habitaciones, sin muebles, resuena el eco de vuestras pisadas con extrañas sonoridades. Ni el más leve estrago. A no dudarlo, desde vuestra partida, nadie ha penetrado allí. El humilde santuario del poeta ha sido respetado.

»Sobre la chimenea del despacho, yace un volumen de Alejandro de Musset, abierto por la página señalada. De la pared pende una copia de una cabeza de Ricard, comenzada por nuestra querida hija, tan lejos de nosotros, ¡ay!, y que no leerá este artículo. Cierta aroma de esencia desvanecido de su pomo se evaporaba sobre su tocador de blanco mármol, esparciendo su dulce y suave perfume en su virginal cámara.

»En seguida subimos al taller que habíamos dispuesto para emprender vastos trabajos que acaso nunca concluirán. No faltaba más que la mano de tapicería, y no pudimos menos de recordar el profundo aforismo de la sabiduría oriental: «Cuando se ha concluido la casa, la habita la muerte» (1). La muerte ó el desastre. Profunda melancolía se apoderó de nuestros espíritus viendo aquellos lugares donde habíamos amado, sufrido, soportado la vida tal cual es, con sus bienes y sus males, en mayor número éstos que aquéllos, donde vivimos días que no volverán y donde nos visitaron seres amados que desaparecieron para siempre de este mundo. Sentimos allí, en nuestra humildad, algo análogo á la tristeza de Olimpio...

»Transcurría el tiempo y las puertas de París se

(1) *Jaula nueva, pájaro muerto*, que decimos los españoles. (N. DEL T.)

cerraban por aquel entonces á las cinco. Antes de abandonar nuestra querida posesión, quisimos recorrer el jardín. La bruma de la tarde comenzaba á remontarse sobre las frondosas avenidas. El viento barría las hojas caídas y los árboles desnudos se agitaban y gemían como si tuvieran frío. Algunas dalias acababan de marchitarse en los reducidos cuadros, y un viejo mirlo, amarillo, antiguo camarada nuestro, voló bruscamente ante nuestras pisadas, batiendo sus alas, como si quisiera saludarnos. Dos formidables cañonazos, enviados como salutación nocturna á los reductos prusianos por el Mont-Valérién, no asustaron, al parecer, á aquel pájaro, habituado á tales bataholas.

«Aquel mismo mirlo anidaba cada primavera en el viejo cesto verde colgado sobre el muro, silbando en tono zumbón al rozar los cristales de nuestro balcón, como si leyese lo que escribíamos.»

Otras muchas personas no debían ser tan dichosas como Teófilo Gautier. ¡Cuánta desolación! ¡Cuánta ruina! Chatou, Bougival, Marly, encantadores lugares donde habíamos vivido tan dulces y placenteras horas, ¿qué fué de vosotros? En realidad de verdad, sus jóvenes habían embalado, cuidadosamente, cuanto de valor encerraban y podía transportarse, destruyendo, en salvajes embriagueces, el resto. No se tropezaba más que propietarios consternados, llorando sobre su nido arrasado ó destruido. ¡Cuántos miles perdidos! Y ¿cuándo se recuperarían? A la larga vendría el consuelo. Plaga de dinero no es mortal. Empero, ¡tantos recuerdos arrebatados, aniquilados! ¡Oh! No hablemos más de esto. Me siento morir.

Tornemos á París. Las noticias, recibidas una tras de otra, aumentaban el dolor y la ansiedad. En-

tonces Gambetta, rompiendo con el gobierno, cuyo delegado fué, promulgó el famoso decreto en que declaraba ineligibles á cuantos habían aceptado, bajo el Imperio, alguna candidatura oficial. La emoción fué extraordinaria entre nosotros. Temíase la guerra civil en París; se esperaba que, de un momento á otro, las provincias se precipitaran contra la capital. A la vez supimos que Lyon se constituía revolucionariamente en *Commune*; que Marsella se negaba á aceptar el armisticio; quizá otros centros populosos se hallaban dispuestos á copiar este ejemplo. El porvenir se cernía sobre nosotros con sombrío aspecto.

La Prensa del partido avanzado exacerbabá como nunca las osadías de su lenguaje, atacando al gobierno con extrema violencia. ¡Ay! En este punto nos hallábamos de acuerdo; no, los hombres honrados, á cuyas manos habíamos conferido nuestros destinos, no hicieron lo que habrían podido y debido; no, no acertaron á derivar de la admirable clase media parisina todos los elementos de resistencia y energía que ella implicaba en su seno. Mas ¿para qué estas inútiles recriminaciones? Su hora había sonado; se acercaba el día del juicio.

Este amaneció por fin. Constituyóse la asamblea designada. Según los rumores que llegan á nosotros, París y algunas populosas urbes han votado hombres de acentuada significación republicana, que, con razón ó sin ella, titulábanse rojos; las pequeñas localidades, por el contrario, han emitido sus sufragios en un sentido eminentemente conservador. He aquí el fundamento de nuestro infortunio. Los prusianos han procurado que no nos entendamos. Hasta el último instante han incomunicado entre sí la capital y las provincias. A la hora de ahora, no recibimos más

que muy contadas cartas, y éstas con los sobres rasgados; las nuestras no se expiden; los periódicos provincianos llegan á nosotros sólo de contrabando, y no podemos enviar los nuestros. ¡Cómo entenderse, viviendo cada cual en diversa atmósfera de ideas y sentimientos!

Propónense aniquilarnos por la guerra civil. Espero que no lograrán su propósito. Confío en el buen sentido que caracteriza á la raza francesa. No proporcionaremos á nuestros enemigos esta suprema alegría. Si este libro, de suyo insignificante, facilitando á nuestros hermanos de provincia el conocimiento de París, y brindándoles nuevos temas de aprecio para la capital de la nación, hasta en sus errores, que no surgen de una inclinación perversa, contribuye, en su humildad, á mantener la concordia y la paz, nunca lamentaré haberlo escrito.

Bosquejé sus primeras páginas, no diré alegremente, pero sí con un júbilo vivo y sincero, en días de esperanza y bravura. El ambiente hase entenebrecido poco á poco. Signo el final entre siniestros presagios.

Procuremos alejarlos de nuestra Patria. Cumplamos cada uno nuestro deber, fijos los ojos en el escudo de París, cuyo lema es el de Francia entera: *Fluctuat nec mergitur*. Combatido muchas veces, jamás aniquilado.

Domingo, 12 de Febrero de 1871.

FIN

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO.....	1
CAPÍTULO I.—Antes del Sitio.....	3
" II.—Preliminares del Sitio.....	23
" III.—Llegada de los prusianos.....	43
" IV.—Châtillon.—Ferrières.—Villejuif..	71
" V.—Primeros días de Sitio.— Fisono- mía moral de París.....	89
" VI.—Bourget. — Rendición de Metz. — Manifestación de 31 de Octubre...	113
" VII.—Vida íntima de París durante los meses de Octubre y Noviembre...	155
" VIII.—Levantamiento de la provincia.— Combates al pie de las murallas de París.—¡Se va á bombardear!....	191
" IX.—Estado moral de París durante Diciembre.—La vida en las avan- zadas.—Las ambulancias.....	231
" X y último.—El bombardeo.—La capi- tulación.....	271
EPÍLOGO.....	315

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración

López Hoyos, 6. — MADRID

Núm. del Cat. ^o	Pesetas	Núm. del Cat. ^o	Pesetas
513-514 Aguanno. — La génesis y la evolución del Derecho civil (2 tomos)	15	62 Balzac. — Papá Goriot.....	3
176 — La Reforma integral de la legislación civil.....	4	76 — Ursula Mirouet.....	3
177 Alcofurado. — Cartas amorosas de la monja portuguesa.....	3	2 Barbey d'Aurevilly. — El Cabecilla ..	3
315 Amiel. — Diario íntimo.	9	12 — El Dandismo y Jorge Brummel.....	3
327-328 Antoine. — Curso de Economía Social, 2 vols..	16	131 — La Hechizada.....	3
178 Anónimo. — ¿Académicas?..	1	120 — Las Diabólicas.....	3
179 — Currita Alborno al Padre Luis Coloma.....	1	124 — Una historia sin nombre.....	3
183 Araujo. — Goya.....	3	110 — Venganza de una mujer.	3
180 Arenal. — El Delito colectivo.....	1,50	495 Barthelemy-Saint-Hilaire. — Buda y su religión..	7
182 — El Derecho de gracia...	3	130 Baudelaire. — Los paraísos artificiales...	3
181 — El Visitador del preso...	3	163 Becerro de Bengoa. — Trueba.	1
323 Arnó. — Las servidumbres rústicas y urbanas. Estudio sobre las servidumbres prediales.	7	174 Bergeret. — Eugenio Mouton (Merinos).....	1
114 Arnold. — La crítica en la actualidad.....	3	353 Boccardo. — Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política (para uso especialmente de los Institutos técnicos y de las Escuelas superiores de Comercio).	10
172 Asensio. — Fernán Caballero.....	1	311 Boissier. — Cicerón y sus amigos.....	8
99 — Martín Alonso Pinzón...	3	380 — La Oposición bajo los Césares.....	7
184 Asser. — Derecho Internacional privado.....	6	169 Bourget. — Hipólito Taine.	0,50
368 Bagehot. — La Constitución inglesa.....	7	395 Bréal. — Ensayo de Semántica (Ciencia de las significaciones)	5
391 — Leyes científicas del desarrollo de las naciones, en sus relaciones con los principios de la selección natural y de la herencia.....	4	447 Bredif. — La Elocuencia política en Grecia.....	7
416 Baldwin. — Elementos de Psicología.....	8	399 Bret Harte. — Bloqueados por la nieve.....	2
111 Balzac. — César Birotteau...	3	505 Bryce. — La República Norteamericana (tomo I)...	7
54 — Eugenia Grandet.....	3	484 Brook Adams. — La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos...	7
112 — La Quiebra de César Birotteau.....	3		

Núm. del Cat. ^o	Pesetas	Núm. del Cat. ^o	Pesetas
367 Bunge.—La Educación....	12	46 Daudet.—Novelas del lunes	3
185-186 Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparados (2 ts.).	14	425 Dollinger.—El Pontificado.	6
187 Buyla.—Economía.	12	166 Dorado.—Concepción Arrenal.....	1
36-37 Campe.—Historia de América (dos tomos).....	6	33 Dostoyusky.—La novela del presidio.....	3
156 Campoamor.—Cánovas...	1	301 Dowden.—Historia de la literatura francesa.....	9
79 — Doloras, cantares y humoradas.....	3	402 Dumas.—Actea.....	2
69 — Ternezas y flores.....	3	326 Emerson.—La ley de la vida	5
317, 354, 371 Carlyle.—La Revolución francesa (3 tms.)	24	332 — Hombres simbólicos....	4
393 — Pasado y presente.....	7	413 — Ensayo sobre la naturaleza, seguido de varios discursos.....	3,50
189 Carnevale.—La cuestión de la pena de muerte....	3	442 — Inglaterra y el carácter inglés.....	4
102 Caro.—Costumbres literarias.....	3	459 — Los veinte ensayos....	7
140 — El Derecho y la fuerza..	3	340 Eltzbacher.—El anarquismo, según sus más ilustres representantes.....	7
58 — El pesimismo en el siglo XIX.....	3	516 Ellen Rey.—El amor y el matrimonio.....	6
65 — El suicidio y la civilización.....	3	342 Ellis Stevens.—La Constitución de los Estados Unidos, estudiada en sus relaciones con la Historia de Inglaterra y sus colonias.	4
363 — La filosofía de Goethe..	6	162 Fernán Flor.—Tamayo...	1
293 Castro.—El libro de los galicismos.....	3	153 — Zorrilla.....	1
361 Champcommunal.—La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado	10	155 Fernández Guerra.—Hartzenbusch	1
515 Chassay.—Los deberes de la mujer en la familia...	3	92 Ferrán.—Obras completas.	3
190-191 Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer (2 ts.).	15	42 Ferri.—Antropología criminal.....	3
64 Coppée.—Un idilio.....	3	329 Fichte.—Discursos á la nación alemana. Regeneración y educación de la Alemania moderna.....	5
40 Cherbuliez.—Amores frágiles.....	3	352 Finot.—Filosofía de la longevidad.....	5
26 — La tema de Juan Tozudo	3	357 Fitzmaurice-Kelly.—Historia de la Literatura española.....	10
93 — Meta Holdenis.....	3	24 Flaubert.—Un corazón sencillo.....	3
18 — Mis Rovel.....	3	390 Flint.—La Filosofía de la Historia en Alemania....	7
91 — Paula Meré.....	3	196-197 Fouillee.—Historia de la filosofía (dos tomos)...	12
394 Colombey.—Historia anecdótica del Duelo, en todas las épocas y en todos los países.....	6	195 — La ciencia social contemporánea.....	8
437 Comte.—Principios de Filosofía positiva.....	2	194 — Novísimo concepto del derecho en Alemania, Inglaterra y Francia.....	7
401 Couperus.—Su Majestad..	3	451-452 — Historia de la filosofía de Platón (dos tomos).	12
297-298 Darwin.—Viaje de un naturalista alrededor del mundo (dos tomos).....	15		
59 Daudet.—Cartas de mi molino.....	3		
125 — Cuentos y fantasías....	3		
93 — El Sitio de París.....	3		
13-14 — Jack (dos tomos)....	6		
22 — La Evangelista.....	3		

Núm. del Cat. ^o	Pesetas
333 Fournier.—El ingenio en la historia. Investigaciones y curiosidades acerca de las frases históricas...	3
198-199 Framarino dei Malatesta.—Lógica de las pruebas en materia criminal (dos tomos).....	15
509 Fromentin.—La pintura en Bélgica y Holanda...	6
302-303 Gabba.—Cuestiones prácticas de Derecho civil moderno (dos tomos).....	15
307 Garnet.—Historia de la Literatura italiana	9
201 Garofalo.—Indemnización á las víctimas del delito..	4
200 — La criminología. Estudio sobre el delito y la teoría de la represión.....	10
202 — La superstitión socialista	5
507 — El delito como fenómeno social	4
98 Gautier.—Bajo las bombas prusianas.	3
167 — Enrique Heine	1
132 — Madame de Girardin y Balzac.	3
121 — Nerval y Baudelaire...	3
70 Gay.—Los salones célebres.	3
345 George.—Protección y librecambio.	9
421 — Problemas sociales.....	5
261 Giddings.—Principios de Sociología.....	10
414 — Sociología inductiva.	6
485 Girard.—La elocuencia ática.	4
286 Giuriati.—Los errores judiciales.....	7
164 Gladstone.—Lord Macaulay.....	1
287 Goethe.—Memorias.....	5
406 Gonblanc.—Historia general de la Literatura.....	6
21 Goncourt.—Germinia Lacerteux.....	3
204 — Historia de María Antonieta.....	7
44 — La Elisa	3
61 — La Faustin.....	3
129 — La señora Gervaisais...	3
318 — Las favoritas de Luis XV	6
6 — Querida.....	3
11 — Renata Mauperin.....	3
358 — La Du-Barry.....	4

Núm. del Cat. ^o	Pesetas
206 González.—Derecho usual.	5
282-283 Goodnow.—Derecho administrativo comparado (dos tomos).....	14
207 Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros..	7
208 Grave. La sociedad futura.	8
461, 462, 469, 470 Green.—Historia del pueblo inglés (cuatro tomos).....	25
209 Gross.—Manual del juez..	12
502 Guizot.—Abelardo y Eloisa	7
210 Gumplovicz.—Derecho político filosófico.....	10
211 — Lucha de razas	8
330 — Compendio de Sociología.	9
212 Guyau.—La educación y la Herencia.....	8
331 — La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución.	12
471 Hailman.—Historia de la Pedagogía.....	2
290 Hamilton.—Lógica parlamentaria.....	2
213 Hausonville.—La juventud de Lord Byron.....	5
324 Heiberg.—Novelas danesas y escandinavas.....	3
41 Heine.—Memorias.....	3
314 — Alemania	6
396 Höffding.—Psicología experimental.....	9
426 Hume.—Historia de la España contemporánea....	8
412 — Historia del pueblo español, su origen, desarrollo é influencia.....	9
214 Hunter.—Sumario del Derecho romano.....	4
316 Huxley.—La educación y las ciencias naturales....	6
3 Ibsen.—Casa de muñeca...	5
53 — Los aparecidos y Edda Gabler	3
423 Jitta.—Método de Derecho internacional	9
217 Kells Ingram.—Historia de la Economía política..	7
219 Koch y otros.—Estudios de higiene general....	3
295 bis. Korolenko.—El desertor de Sajalin.....	2,50
322 Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres.....	6
299 Krüger.—Historia, fuentes	

<i>Núm. del Cat.º</i>	<i>Pesetas</i>	<i>Núm. del Cat.º</i>	<i>Pesetas</i>
y literatura del Derecho romano.....	7	410 Martin.—La moral en China.....	4
221 Laveleye.—Economía política.....	7	481 Mattiolo.—Derecho procesal civil.....	10
369 — El socialismo contemporáneo.....	8	173 Maupassant.—Emilio Zola.....	1
220 Lange.—Luis Vives.....	2,50	375 Max-Muller.—La ciencia del lenguaje.....	8
454 Larcher y Jullien.—Opiniones acerca del matrimonio y del celibato.....	5	366 — Historia de las Religiones.....	8
319 Lemcke.—Estética expuesta en lecciones al alcance de todo el mundo.....	8	228 — Origen y desarrollo de la religión.....	8
288 Lemonnier.—La carnicería (Sedán).....	3	455 — La Mitología comparada. Los cuentos y tradiciones populares. Los usos y costumbres.....	7
321 Leroy-Beaulieu.—Economía política.....	8	341 Max-Stirner.—El Único y su propiedad.....	9
474 Lester Ward.—Factores psíquicos de la civilización.....	7	160 Menéndez y Pelayo.—Martínez de la Rosa.....	1
431 Lewis-Pattée.—Historia de la Literatura de los Estados Unidos.....	8	152 — Núñez de Arce.....	1
222 Lombroso.—La escuela criminológico-positivista.....	7	284 Meneval.—María Estuardo.....	6
385-386 — Medicina legal (<i>dos tomos</i>).....	15	383 Mercier.—Curso de Filosofía: Lógica.....	8
382 Liesse.—El trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social....	9	387-388 — Psicología (<i>2 tomos</i>).....	12
223 Lubbock.—El empleo de la vida.....	3	392 — Ontología.....	10
99 — La Vida dichosa.....	3	427 — Criteriología general ó tratado de la certeza.....	9
438 Macaulay.—Estudios jurídicos.....	6	418 Merejkowsky.—La Muerte de los Dioses.....	2
294 — La educación.....	7	118 Merimee.—Colomba.....	3
305-306 — Vida, memorias y cartas (<i>dos tomos</i>).....	14	133 — Mis perlas.....	3
460 Mac-Donald.—El criminal tipo en algunas formas graves de la criminalidad.....	3	450 Merkel.—Derecho penal..	10
224 Manduca.—El procedimiento penal y su desarrollo científico.....	5	230-231 Miraglia.—Filosofía del Derecho (<i>dos tomos</i>)..	15
504-510 Marshall.—Economía política (<i>tomos I y II</i>)....	14	296 Mommsen.—Derecho público romano.....	12
225, 226, 227 Martens.—Derecho internacional (público y privado) (<i>tres tomos</i>)...	22	373-440 — Derecho penal romano (<i>dos tomos</i>).....	18
424 — Tratado de Derecho internacional.—Apéndice.—La paz y la guerra. La Conferencia de Bruselas. Derechos y deberes de los beligerantes. La Conferencia de La Haya.....	8	398 Mouton.—El deber de castigar.....	4
		170 Molins.—Bretón de los Herreros.....	1
		492 Morley.—Estudios sobre grandes hombres.....	5
		295 Murray.—Historia de la Literatura clásica griega.....	10
		312 Nansen.—Hacia el Polo....	6
		472 Nardi-Greco.—Sociología jurídica.....	9
		232 Neera.—Teresa.....	3
		233 Neumann.—Derecho Internacional público moderno.....	6
		308 Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra.....	7
		335 — Más allá del bien y del mal	5

Núm. del Cat. ^o	Pesetas
336 Nietzsche.—La Genealogía de la moral.....	3
350 — Humano, demasiado humano (libro dedicado á los espíritus libres).....	6
370 — Aurora. Meditaciones sobre las preocupaciones morales.....	7
405 — Últimos opúsculos.....	5
431 — La Gaya ciencia.....	6
466 — El viajero y su sombra..	6
490 Nisard.—Los cuatro grandes historiadores latinos..	4
497 Nourrisson.—Maquiavelo.	3
355 Novicow. — Los despilfarreros de las Sociedades modernas.....	8
365 — El porvenir de la raza blanca. Crítica del pesimismo contemporáneo...	4
407 — Conciencia y voluntad sociales.....	6
478 — La guerra y sus pretendidos beneficios.....	1,50
473 Papini.—Lo trágico cotidiano y El piloto ciego.....	3
157 Pardo Bazán.—Alarcón...	1
171 — Campoamor.....	1
151 — El P. Luis Coloma.....	2
168 Passarge.—Ibsen.....	1
483 Perrot.—El Derecho público de Atenas.....	4
161 Picón.—Ayala.....	1
417 Potapenko.—La novela de un hombre sensato.....	2
379, 432 y 433 Prevost Paradol.—La Historia Universal (tres tomos).....	16
384 Quinet.—El Espíritu nuevo	5
235 Renán.—Estudios de historia religiosa.....	6
236 — La Vida de los Santos...	6
56-57 — Memorias íntimas (dos tomos).....	6
422 Ribbing. — La higiene sexual y sus consecuencias morales...	3
237-238 Ricci.—Tratado de las pruebas, con notas y apéndices relativos á la Legislación y Jurisprudencia españolas (dos tomos)....	20
397, 411, 435, 436, 348, 349, 444, 445, 456, 457, 463, 467, 479, 480, 486, 491, 493, 496 y	

Núm. del Cat. ^o	Pesetas
499 — Derecho civil (diez y nueve tomos).....	134
385 Rod. — El silencio.....	3
409 Roguin. — Las Reglas jurídicas.....	8
415 Roosevelt. — New-York..	4
453 Rozan. — Locuciones, pro- verbios.....	3
346 Ruskin. — Las siete lámparas de la arquitectura..	7
439-446 — Obras escogidas (dos tomos).....	13
122 Sainte-Beuve. — Retratos de mujeres.....	3
441 — Estudios sobre Virgilio..	5
49 — Tres mujeres.....	3
Saisset. — Descartes, sus precursores y sus discípulos.....	7
381 Sansonetti. — Derecho constitucional.....	9
84 Sardou.—La Perla Negra..	3
240 Savigny. — De la vocación de nuestro siglo para la legislación.....	3
508 Scheel y Mombert. — La explotación de las riquezas por el Estado y por el Municipio.....	4
242, 344, 372 Schopenhauer. — El mundo como voluntad y como representación (tres tomos).....	30
241 — Fundamento de la moral.	5
465 — Ensayos sobre Religión: Estética.....	4
464 — La nigromancia.....	3
458 — Estudios de Historia filosófica.....	4
448 — Eudemonología.....	5
511 Schuré.—Historia del drama musical.....	5
401 Sienkiewicz.—Orso. En vano	2
430 Sieroszewski.—Yang-Hun-Tsy.....	2
320 Sohm. — Derecho privado romano.....	14
378 Sombart. — El Socialismo y El movimiento social en el siglo XIX.....	3
256 Spencer. — De las leyes en general.....	8
253 — El organismo social....	7
254 — El progreso.....	7
257 — Ética de las prisiones...	8
255 — Exceso de legislación...	7

Núm. del Cat. ^o	Pesetas
248 Spencer.—La beneficencia	6
246 — La justicia.....	7
247 — La moral.....	7
260 — Las inducciones de la So- ciología y Las institucio- nes domésticas.....	9
249 — Las instituciones eclesiás- ticas.....	6
251-252 — Las instituciones po- líticas (<i>dos tomos</i>). . . .	12
253-259 — Los datos de la Socio- logía (<i>dos tomos</i>).....	12
250 — Las instituciones sociales	7
353 — Las instituciones profe- sionales.....	4
351 — Las instituciones indus- triales.....	3
488-489 Squillace.—Las doctri- nas sociológicas (<i>2 tomos</i>). . .	10
362 Starcke. — La Familia en las diferentes sociedades.	5
262 Sthal. — Historia de la filo- sofía del Derecho	12
376-377 Stourm. — Los Presu- puestos (<i>dos tomos</i>)	15
67 Stuart-Mill. — Mis memo- rias	3
449 — Estudio sobre la religión	4
475 Strafforello. — Después de la muerte.....	3
291 Sudermann. — El deseo..	3,50
263 Sumner-Maine. — El an- tiguo derecho y la costum- bre primitiva.....	7
265 — Historia del Derecho....	8
264 — La guerra según el De- recho internacional.....	4
266 — Las instituciones primi- tivas.....	7
267 Supino. — Derecho mu- cantil.....	12
403 Suttner. — High-Life.....	3
96 Taine.—El Arte en Grecia.	3
101 — El ideal en el Arte.....	3
106 — Florencia	3
269, 313, 337, 347, 268. — Histo- ria de la literatura inglesa (<i>cinco tomos</i>).....	34
74 — La pintura en los Países Bajos.....	3
103 — Nápoles.....	3
310 — Notas sobre París.....	6
104-105 — Roma (<i>dos tomos</i>)..	6
107 — Venecia.....	3
334 — Los orígenes de la Fran-	

Núm. del Cat. ^o		Pesetas
	cia contemporánea: <i>tomo</i> <i>1.º</i> , El antiguo régimen...	10
438	Taine.—Los orígenes de la Francia contemporánea: <i>tomo</i> <i>2.º</i> , La Revolución; <i>tomo 1.º</i> , La anarquía. . .	7
476	— Los orígenes de la Fran- cia contemporánea: <i>tomo</i> <i>3.º</i> , La Revolución; <i>tomo</i> <i>2.º</i> , La conquista jacobina	6
432	— Los orígenes de la Fran- cia contemporánea: <i>tomo</i> <i>4.º</i> , La Revolución; <i>tomo</i> <i>3.º</i> , El gobierno revolu- cionario.....	7
437	— Los orígenes de la Fran- cia contemporánea, <i>tomo</i> <i>5.º</i> ; El régimen moderno, <i>tomo 1.º</i>	6
359	— Los filósofos del siglo XIX	6
272	Tarde. — El duelo y el deli- to político.....	3
273	— La criminalidad compa- rada.....	3
271	— Las transformaciones del Derecho.....	6
500	— Filosofía penal: <i>tomo 1.º</i>	7
339-360	Todd. — El gobierno parlamentario en Ingle- terra (<i>dos tomos</i>).....	15
400	Tehekhof.—Un Duelo...	1
239	Thorold Rogers.—Sentido económico de la Historia.	10
134	Tcheng - Ki - Tong. — La China contemporánea....	3
5	Tolstoy. — Dos generacio- nes	3
7	— El ahorcado.....	3
71	— El camino de la vida....	3
63	— El canto del cisne.....	3
77	— El dinero y el trabajo. .	3
10	— El Príncipe Nekhli....	3
81	— El trabajo.....	3
15	— En el Cáucaso.....	3
115	— Fisiología de la gue- rra.....	3
52	— Iván el imbécil.....	3
117	— La escuela.....	3
1	— La sonata á Kreutzer...	3
95	— Lo que debe hacerse....	3
48	— Los Cosacos... ..	3
90	— Los hambrientos.....	3
3	— Marido y mujer.....	3
85	— Mi confesión.....	3
113	— Mi infancia.....	3

(Continúa.)

